Stanley Elkin

Magic Kingdom

Traducción de Montserrat Meneses Vilar



LA FUGA

MAGIC KINGDOM

STANLEY ELKIN

Traducción de Montse Meneses Vilar



Escalones,
12.



Título original: The Magic Kindom

Corrección: Olga Jornet

Revisión: Iago Arximiro Gondar Cabanelas

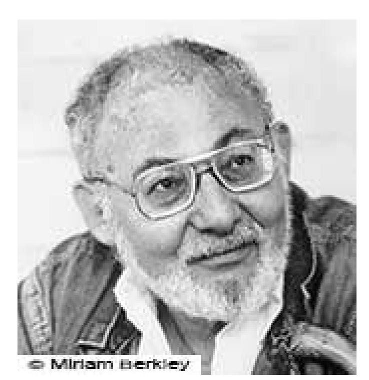
Diseño gráfico: Tactilestudio comunicación creativa

Maquetación digital: Iago Arximiro Gondar Cabanelas

ISBN: 978-84-121595-8-5

La fuga ediciones, S.L.
Passatge Pere Calders 9
08015 Barcelona
info@lafugaediciones.es
www.lafugaediciones.es

STANLEY ELKIN



(*1930- 1995*)

Nacido en Nueva York, se crió en Chicago y se graduó en la Universidad de Illinois. En 1960 se incorporó a la Universidad de Washington en St. Louis, donde permaneció como profesor de inglés hasta su muerte, en 1995, a causa de complicaciones debidas a la esclerosis múltiple, enfermedad que combatió durante más de treinta años. A lo largo de su carrera como escritor, Elkin publicó dos colecciones de cuentos, el guión de una película (que nunca se llegó a producir) y diez novelas, dos de las cuales, George Mills en 1982 y Mrs. Ted Bliss en 1995, ganaron el National Books Circle Award. Apreciado por la crítica y por muchos escritores de su época, en vida no llegó nunca a tener el éxito esperado, solo después de su muerte se volvieron a reeditar sus obras que a día de hoy son consideradas entre los clásicos de la literatura posmoderna americana del siglo XX.

PRIMERA PARTE

1

Eddy Bale llevó su idea a la Empire Children's Fund, a Children's Relief, al Youth Emergency Committee. Acudió a CARE, a Oxfam y a la Sunshine Foundation y, como a esas alturas ya era famoso, una persona de luto famosa, consiguió entrar en las salas de reuniones de los Rothschild y de British Petroleum, pasando por ICI y Anglo-Dutch, Mark's & Spencer y Barclay's, hasta Trusthouse Forte, Guinness y British Rail. Escribió a centros para enfermos terminales; escribió a médicos de Harley Street y llamó a quirófanos y hospitales. Habló con peces gordos de Sanidad y se apresuró a escribir cartas a los periódicos nacionales. Se entrevistó con Lord Lew Grade, el magnate mediático, y preparó propuestas para Granada Television y la BBC. Como se trataba de una propuesta dramática, se puso en contacto con los directores del National Theatre y la Royal Shakespeare Company. Encargó un cartel para poner en los taxis.

Lo que le convenció de tener una idea razonable, dijo, fue el hecho de que ningún pediatra visitaba a ninguno de esos niños. Ni a uno. (Charles Mudd-Gaddis, de ocho años, iba a un gerontólogo). Se los habían pasado a los especialistas. Ellos los diagnosticaban y otros especialistas los trataban, si es que podía llamarse tratamiento a la serie de medicamentos experimentales, las dosis de medicina nuclear y los ataques de rayos láser. No los torturaban para que tuvieran salud, decía, sino, en el mejor de los casos, para unos breves periodos de remisión. Morían sufriendo, les arrancaban el habla de la garganta, si es que aún les quedaba algún vestigio, o casi se transformaba en un argot propiamente de gánster, primitivo, bárbaro como los chillidos y los alaridos de una presa aullante.

Les recordaba que hablaba por experiencia propia, y, entonces sus oyentes apartaban o bajaban la mirada, ya que a aquellas alturas no podía haber ningún adulto en todo el reino que no hubiera oído hablar del suplicio del hijo de Eddy Bale: once operaciones en tres años, los viajes a la desesperada a Johannesburgo y a Pekín; incluso a Lourdes, y eso que los Bale no eran católicos; y aunque no fueran crédulos por naturaleza, hasta iban a ver a los gitanos, a cualquiera, en definitiva, que les prometiera acabar con la maldición. Estaba la

mujer de Leek Street que leía el papel higiénico con el que se limpiaba Liam y la bruja de Land's End que le había dado de comer ojos de perros rabiosos y testículos de grandes aves marinas envueltos en piel de sapo cual tétricos entremeses. Eddy y Ginny hicieron todo lo posible por sujetarlo hasta que le metieron aquello en la boca. Cuando lo regurgitó y empezaba a vomitarlo por la nariz, la bruja le tapó las fosas nasales. Ginny protestó porque lo estaba ahogando y ella dijo: «No, tiene que mezclarse con el vómito. Es lo que le da el condimento».

—¿Saben cuáles fueron prácticamente sus últimas palabras? —preguntó Eddy Bale a los hombres ilustres que lo recibían—. «¿Puedo morirme ya? ¿Puedo morirme ya, por favor?».

—Señor Bale, se lo ruego —le aconsejó un lord en voz baja—, no es necesario…

Pero Bale estaba desquiciado.

—¡Huchas! —imploró—. Permítanme poner huchas en pubs y en quioscos. Permítanme que las ponga en estancos y en verdulerías.

Había muchísimos puntos de vista. Eddy escribió contenidas cartas formales a las principales estrellas de rock en las que les sugería que compusieran una balada sobre los niños. Escribió a Elton John, que le contestó, y, junto a la carta, le envió una evocadora y hermosa canción que había escrito, y le dijo a Bale que podía quedársela siempre y cuando no llegara a relacionarse nunca con el nombre del compositor. Bale la mostró sin éxito a los mánagers de media decena de los artistas más importantes de Gran Bretaña. Todos reconocieron su genialidad, pero se negaron a permitir que las personas a quienes representaban tuvieran nada que ver con ella. Eddy incluso recibió llamadas telefónicas de dos miembros de los Beatles en las que se excusaban y una larga conferencia internacional de Yoko Ono. En una ocasión, cerca de un estudio de grabación de Hammersmith, llegó a oír a alguien silbando por la calle la triste melodía pegadiza, pero cuando paró al hombre para preguntarle qué tema era y dónde lo había oído, el tipo, un punk particularmente macarra que reconoció de haberlo visto en fotografías, se avergonzó y se fue pitando como si estuviera asustado.

Se trataba de una cuestión de buen gusto. Nadie se lo iba a decir; nadie quería herir a un hombre que había sufrido tanto, que había hecho sufrir tanto a la nación. Dos o tres de los directivos más importantes del país llegaron a coincidir en que como idea para una promoción era fantástica, que probablemente podría generar un valor de cientos de miles de libras para sus empresas, pero cuando les insistía, declinaban explicar su reticencia a participar en la campaña. (Porque para entonces incluso lo había abandonado Ginny, se había ido justo después de enterrar a Liam).

Aunque no hacía falta que se lo dijera nadie. Puede que Eddy Bale estuviera loco, pero no era ningún tonto. Durante los cuatro años que duró la enfermedad de su hijo había sucumbido —y sobrevivido— a multitud de sofisticados ataques al buen gusto y las buenas maneras. Había convivido con equipos de cámaras, había ido a la radio, había llorado hasta no poder más ante los fotógrafos de los tabloides, había participado en centenares de estratagemas y trucos publicitarios, se había convertido en el mendigo más visible y reconocible del Reino Unido. Había ido puerta por puerta, literalmente pidiendo limosna, para recaudar las casi cien mil libras que mantuvieron con vida a Liam. Vendió exclusivas a la prensa, cada una más humillante que la anterior; sacaba a la luz historias de una reserva, de un almacén, una colección de indignidades, dando al público de Liam la medida exacta de detalles íntimos, sin escatimar, con el honor de un virtuoso, un artesano de lo inconfesable: LOS BALE REVELAN DETALLES DE LA LIBIDO EN AUMENTO DE LIAM; CÓMO LE DIERON LA NOTICIA: LOS PADRES LE DICEN A SU HIJO QUE NO HAY ESPERANZA. (Al final, estaban dispuestos a aceptarlo todo, pasando por alto su sufrimiento y el de su esposa y la considerable heroicidad de la resistencia férrea del niño, sin tener en cuenta la lucha de Liam, cualquier valor que pudiera quedarle aún para inspirar a los demás, en definitiva, desafiando el interés humano —en cuanto quedó claro que no viviría — para concentrarse en lo macabro, en lo exótico, en todas las ironías inherentes y extravagantes de una muerte prematura). Y él se sintió humillado. (Y Liam, víctima terminal de la fama, que estaba tan interesado en los aspectos más crueles de su propia historia como el público, sentía una especie de alivio frío con esa documentación, de algún modo agradecía que otros pudieran sentirse atraídos, empujados al cliché, lloraba mientras su padre le leía las noticias de sus últimos meses —ya que ahora no tenía fuerzas ni para para sujetar el periódico—, sollozaba y expresaba su pésame —«He sufrido tanto que mi muerte será una bendición»— y ofrecía sus comentarios casi como si se hubiera sobrevivido a sí mismo). Y le dijo a Ginny lo que en cualquier momento ella podría haberle dicho a él (pues ambos estaban metidos en eso, colaboraban como secuestradores, raptores, ideólogos como terroristas), con las mismas pesas y medidas en sus corazones, azotados por la misma esperanza, temiéndose lo peor con idénticos recelos: «Somos bestias, amor mío. Como hormigas que aparecen en un pícnic. Nos odian. Desprecian a Liam. Desearían que desapareciéramos y nos tragáramos nuestro dolor como hombres. "Vuestro padre perdió a su padre; que este perdió también al suyo",[1] etcétera, etcétera».

Y, vaya, si en eso la gente estaba del lado de Claudio, pues él también. Y Ginny. Y, por su parte, también Liam. Por más que tuviera

ganas de que los demás supieran por lo que había pasado, había aborrecido sus rutinas en la televisión, en la prensa. «Es penoso, papá. Puro chismorreo y pamplinas. ¿Y sabes qué es lo que más aborrezco? La parte médica. Las fotos de mis injertos óseos, de mis plaquetas deformadas, esas ampliaciones atroces de mis retinas destrozadas».

De modo que como no llegaba a ningún lado con las empresas públicas, ni con los hombres más importantes del país, ni con el propio pueblo (aunque Eddy se lamentaba porque la cantidad de dinero que pedía en esta ocasión era irrisoria en comparación con la vez anterior, veinte mil libras frente a cien mil), decidió elevar el caso y pedir audiencia a la reina.

Basándose en una carta donde la reina le daba el pésame —«A mi esposo y a mí nos duele leer la noticia de la muerte de su hijo Liam en el Times. Hemos seguido el rumbo del trágico calvario de su chico y su valiente lucha. En este momento aciago, nuestros corazones están con usted»—, escribió a la secretaria privada de Su Alteza Real, y le prometieron una audiencia en cuanto su ocupada agenda lo permitiera.

Y por eso, un bonito día de primavera, Eddy Bale se encuentra en el Palacio de Buckingham.

Viste un traje negro, el que se compró para el funeral de Liam. Lleva el crespón en el brazo, tan ceñido como si le estuviera tomando la presión arterial. Y cuál es su sorpresa al enterarse de que no está en una de las salas públicas, no, sino en una especie de sala de juegos palaciega de los aposentos privados de la reina. Para llegar hasta aquí ha subido la Gran Escalinata y ha pasado por largos y elegantes pasillos tras una joven alta y esbelta que luce unos vaqueros hechos a medida y una especie de camisa country con el escudo de armas bordado a la espalda con una elaborada filigrana. Los tacones de sus caras botas del oeste parece que hacen ruido cuando pisa sobre la moqueta. «Normalmente, Bess recibe a los súbditos en la biblioteca, señor Bale, pero hemos encontrado un hueco para atenderlo aquí».

La joven, que no se ha molestado en presentarse, lo deja sentado en una silla muy alta y lujosa junto a una mesa para jugar a las cartas sobre la que hay una partida de Scrabble empezada. Eddy quiere interesarse por el protocolo, pero ella se ha ido antes de que tan siquiera pudiese formular una pregunta. Bale alcanza a leer algunas de las palabras que los jugadores formaron y abandonaron —«campesino», «siervo», «primogenitura»—, cuando un niño de tal vez siete u ocho años, un paje o un miembro joven de la familia real, aparece a su lado y él aparta la mirada rápidamente, como si lo hubiera pillado leyendo secretos de Estado.

—¿Cómo se llama?

—Eddy Bale.

—Entonces, ¿no es usted noble?

—Me temo que no —le contesta al niño.

—No pasa nada. Ah, Bale. Así es como se llamaba el niño que murió, Liam.

—Soy su padre.

—¡Válgame! Era un muchacho muy valiente, ¿verdad? Con todas esas operaciones, todas esas intervenciones y procedimientos heroicos. Se nos metió en el bolsillo a todos los nobles, nos robó el corazón. Más de un ojo aristocrático derramó lágrimas cuando falleció Liam. ¿De verdad dijo: «Estoy orgulloso de haber sido inglés»?

—Jamás falsificamos ninguna entrevista —responde Eddy incómodo, no recuerda la cita. Le sorprende un poco la camiseta del niño: lleva escrito BUCKINGHAM PALACE en letras góticas con relieve sobre lo que sería el bolsillo. Es menos estrafalario que la filigrana del león rampante hecho con perlas diminutas y pan de oro de la blusa de la mujer joven que lo ha conducido hasta aquí, pero de algún modo se habría sorprendido menos si el niño hubiera aparecido con un bombín o con un paraguas, tan mono como un niño vestido de marinero. Tal vez, cuando están entre ellos, la familia real —al fin y al cabo, él está en sus aposentos privados— goza de vez en cuando de un poco de informalidad espontánea. Tal vez esa sea la idea que tienen del patriotismo.

Bale no sabe quién es el niño. Tanto podría ser un duque como un barón, podría gestionar los ingresos de grandes fincas en Surrey o recaudar alquileres de pisos en el centro de Leeds. Parece un muchacho bastante majo y Bale, que por más que se haya entrevistado con los hombres más poderosos del reino, nunca ha tenido audiencia con la nobleza, le resume su propuesta.

Él lo escucha y concede: «¡Qué *pasada*!».

—Gracias.

—Maldita sea, ojalá tuviera yo dinero, pero me queda una eternidad para recibir mi herencia. Sus problemas terminarían entonces.

—Sois muy generoso, Excelencia.

—Qué va, señor Bale. Todos nosotros admirábamos al joven Liam.

—Gracias.

—Veinte mil —dice después de considerarlo, acariciándose el mentón, pensando en maneras de hacerlo.

—¿Sí?

—Podríamos organizar un concurso hípico.

—Un concurso hípico.

—O vender limonada.

—La limonada es una idea —opina Bale.

—¡Ya lo sé! Podríamos ir a la caza del tesoro escondido, rescatar del fondo del mar la Armada Invencible. Ahí debe de haber miles de doblones desparramados.

—Bueno…

La reina de Inglaterra entra en la sala familiar con su bolso. Bale se levanta e improvisa unas reverencias. Completa el saludo ofreciéndole una silla para que se siente al otro lado del tablero de Scrabble. Isabel II le hace un gesto para que tome asiento y Bale regresa a su sitio. Ella está callada, Eddy carraspea y está a punto de ponerse a hablar, cuando se percata de que no cuenta con su total atención. Parece que esté estudiando con disimulo la serie de letras que tiene delante.

Juegan por dinero, piensa Eddy; se juegan viajes, perros y caballos. Se juegan cocineros y mayordomos, invitaciones y el uso de castillos. Se juegan chismorreos y regimientos. Él está muy lejos de su causa y no piensa en los niños —en cualquier caso, no ha venido a salvarlos; ahora sus viejas creencias se han suavizado, moderado, casi atemperado—, sino en sí mismo.

Es lo más calmado que ha estado desde hace meses. Eddy Bale y la reina de todas las Inglaterras están de un extraño humor conspirativo, ella porque es la reina, libre de responsabilidades, intachable, la ciudadana más privada del reino mientras que él es su mendigo más público, y lo es porque se ha ofrecido voluntario para ser objeto de desprecio y está en presencia de alguien que ha apartado del todo el desprecio, que lo ha depurado de su organismo, no tanto porque sea una emoción que esté por encima de su carácter —que él no conoce— sino que está más allá de su biología, que no podría haber vivido tanto tiempo con tanto poder y tantos privilegios sin haber prescindido de él, no sabe qué es el desprecio desde el nacimiento, con toda una vida de mimos y cuidados, con el aprecio y la adoración del público. Puede que hasta la sorpresa sea para ella un vestigio, tan inútil como el apéndice, y Eddy se da cuenta de que no puede haberla ofendido con sus reverencias y saludos improvisados, con sus rápidos aspavientos. Una mujer que lo ha visto todo —aunque ahora el imperio haya menguado—, una reina amoldada a la tolerancia y a las ceremonias, que se ha sentado en cualquier sitio que le han dicho y ha observado todos los extraños bailes de bienvenida, todas las marchas invertidas, los nobles arabescos, las ostentosas humillaciones que se establecen y las mortificaciones propias de las ceremonias, que ha oído música rara y ha visto rostros maquillados con pintura de guerra —todas las máscaras con hojas de árboles, el colorete hecho a partir de corteza de árbol y los cosméticos elaborados con productos de la tierra— y para quien el mundo y todos sus comportamientos son meramente una especie de antropología y de lealtad feroz, una clase de nacionalismo étnico. Ella nunca lo despreciaría —ya que si él no conoce el carácter

de ella, ella no se imagina cómo es el de él —y por unos instantes Bess y Eddy comparten ese momento en común. Es como si —el niño se ha ido— estuvieran casados, en la cama, uno al lado del otro, leyendo…

Lo que lleva a Eddy a experimentar una especie de regresión —es decir, lo devuelve a ser él mismo— y por primera vez desde que murió Liam y Ginny lo abandonó, por primera vez desde que tuvo esa idea sobre los niños o desde que pronunciara su nuevo discurso a sus famosos pero profanos mecenas, de repente está tranquilo, no descansado pero tampoco obsesionado. Los rechazos que tan pacientemente ha escuchado—y ha comprendido, incluso ha aceptado en su corazón— por parte de hombres que a su vez lo han escuchado tan pacientemente, lo han dejado exhausto; como el mero hecho de concertar todas esas citas tan inoportunas para las agendas de los demás: vivir cumpliendo plazos, con sus oportunidades reducidas —pese a la paciencia de la gente—, condensadas en intervalos de diez, veinte y treinta minutos en los que no para de mirar el reloj, pero no porque como podría pensarse tiene una serie de minutos asignados para exponer su argumento antes de que lo despachen de buenas maneras, sino porque tiene que coger autobuses, metros y llegar a otras citas.

Y a veces hubiera deseado que no fueran tan cordiales, los delegados y los directores, hubiera deseado que fueran tan profesionales como él, que pudieran prescindir de los tés y las copas de jerez, de todos los chascarrillos del decoro, de todos los gajes fáciles del refinamiento obligatorio. Cada vez que lo invitaban a comer, se disculpaba y no iba. Aun siendo fumador, rechazaba cigarrillos cuando se los ofrecían y, a su vez, incluso cuando Liam vivía, reprimía los «Que Dios le bendiga» que le salían automáticos como a un mendigo, hasta cuando, como entonces solía pasar a menudo, se salía con la suya. (Porque Liam era simpático, incluso guapo, y vivió —y murió, por Dios— bajo la espantosa maldición de las pocas probabilidades que tenía de ganar, como las de un jugador de azar, como las de atracar un banco, una entre un millón.) Porque yo estoy como un cencerro, pensaba. Más grande que el dolor, son las ganas que tengo de seguir adelante. Ginny lo había visto claramente y, aunque había sido tan incansable como él mientras Liam vivía, no quería formar parte de esta nueva empresa. Dos horas después de que volvieran del cementerio, la esperaba un taxi para llevársela. (El trayecto, como la comida con la que se habían alimentado durante la enfermedad de su hijo —Eddy había pedido una excedencia en el trabajo para poder estar con el chico—, como la ropa y el alquiler, las facturas telefónicas, los billetes de avión, los hoteles y servicios, como el coste del propio funeral, se habían pagado con los fondos ofrecidos para curar a Liam, para mantenerlo con vida. Unos abogados habían

puesto las vidas de los padres en fideicomiso, y uno de los peculiares resultados de la tragedia que soportaban era que habían pasado a vivir, pongamos, como hijos de ricos que no han alcanzado aún la mayoría de edad y que tienen las finanzas controladas, o como estrellas de cine con una asignación, aceptando donaciones y discutiendo con los administradores de sus cuentas, siendo dependientes, implorando un tratamiento especial —aunque siempre se limitaron a ser los gestores honestos de Liam: compraban barandillas para la cama de su cuarto, un mando a distancia para su tele, almohadas, lentes de color para sus gafas hechas con un material idéntico al cristal de las ventanas de las catedrales— y ambos habían desarrollado una especie de ingenio propio de los chicos ricos, los típicos sobrinos y sobrinas de tíos privilegiados; tenían glamour de estudiante, el resplandor exuberante de una juventud que vive por encima de sus posibilidades, la sensación de que no podían evitar dar la imagen —aunque nunca fue así— de ser personas con deudas de juego, de que no pagaban a sus sastres y modistas, ni la cuenta en el pub, ni a su personal doméstico; una pareja de rácanos, entregados a las actividades de fin de semana, a darse placeres bucólicos, impregnados de un espíritu nostálgico, casi juguetón, de volver atrás, y por eso una versión «moderna», aún más moderna, pues ese tipo de persona ya no existía cuando ellos habían nacido).

Por supuesto, era una ilusión. La Agencia Tributaria era perfectamente consciente de su existencia. Esto no era un chanchullo. No se pretendía hacer ningún chanchullo, no se habría permitido. Sin embargo, como su vida había entrado en liquidación, era como si estuvieran eximidos de responsabilidades; lo que hicieron por su hijo —hasta aquellas terribles «exclusivas»— se veía como una especie de sinecura, como el chollo de un puesto de portero, o el del hombre que hace el cambio de guardia en el exterior del palacio donde está. Y Ginny se había fugado con lo último que quedaba para el taxi, sin reprocharle nada, ni su pérdida en común, más bien le había ofrecido una imagen empequeñecida, al irse debilitada, tanto que el taxista no solo tuvo que ayudarla con las dos o tres maletas, sino también con el paraguas, y, ella parecía, bueno, descubierta, destrozada, hecha polvo, destituida, deshonrada, arruinada, expulsada, como si realmente hubiera sido el tipo de persona que había —habían— parecido. «¿Adónde irás?», había preguntado él, aun estando de pésimo humor, con unas palabras inexplicablemente cariñosas debido a la situación melodramática en la que se encontraban. Ya que era un momento en su vida en que tenía todo el derecho del mundo a usar las frases rimbombantes del melodrama, un momento en que se construían conversaciones enteras en torno a ellas, para exhortar a los contribuyentes, para criticar a la ciencia médica, para consolar a Liam

o dejar a Dios a la altura del betún. Por momentos enfadado, furioso o delicadamente exhausto como un actor, y, a altas horas de la noche, con Ginny, cuando volvían del hospital o mientras Liam aún dormía en la habitación de al lado, cuando se le venía encima toda la pesada sinfonía de crisis y encrucijadas. En la época en la que había diseñado su plan. Y cuando Ginny le había dicho que parecía una centralita. «¿Una centralita?». «Atiendes las necesidades igual que las llamadas, Eddy».

La carta que ella había dejado no la había leído. Ni siquiera la había abierto. Su esposa. Habían perdido a un hijo juntos, un matrimonio, habían ido a programas de entrevistas, habían visitado a nigromantes. Siempre habían sido muy discretos, pero la misma noche en que perdieron a Liam, al volver a su piso (los periodistas habían ido a la London Clinic, enviados para esperar en el vestíbulo hasta que aparecieran los Bale, y a Ginny, que ya tendría que haber estado curada de espantos, le sorprendió su presencia, incluso se alarmó: «¿Qué están haciendo aquí, Eddy?». «Yo los he convocado». «¿Tú?». «Te lo ruego, cariño, no te enfades conmigo. Las historias bien tienen un principio, un desarrollo y un fin». «Eddy, mira que eres necio, hijo de perra.» «Gracias por venir, caballeros —había dicho Eddy—, tengo que comunicarles una muy mala noticia. Nuestro Liam se ha ido». Aunque cuando lo presionaron, él no les dio las últimas palabras del chico, en realidad les dijo muy poco, estaba satisfecho de dejar que el médico del niño tomara la palabra ya que Ginny estaba en shock y no habría podido hablar, por lo que el especialista recitó los hechos del caso de Liam y expuso a la prensa los detalles de su oscura patología; después Eddy dio un paso adelante, le hizo un gesto con la cabeza al doctor como si fuera un simple presentador en una cena de entrega de premios, como si la seca declamación que había hecho de la muerte de su hijo solo hubiera sido una especie de introducción, le dio las gracias —casi se veían los micrófonos—, le dedicó una sonrisa fría pero casi cariñosa, tomó el relevo, hizo su declaración —casi se veía el texto—, y dio las gracias a todos, a los médicos y enfermeras, al estupendo personal, a la prensa que había acudido tan amablemente en esa noche de lluvia, que había estado tan dispuesta a ayudar a lo largo de todo ese tiempo, que había trasladado el mensaje de la extraña y terrible enfermedad de su hijo al magnífico pueblo británico, cuya respuesta a la grave situación de un desafortunado chico de doce años que estaba sentenciado y la consideración que habían tenido para con los pobres padres que estaban sentenciados por el pobre chico sentenciado había sido la manifestación del espíritu generoso de un pueblo generoso, y pegaba a Ginny contra él, prácticamente la clavaba en el suelo, aplicaba las fuerzas y vectores invisibles de un lenguaje corporal secreto, igual que se guía a un

caballo con una presión de las rodillas apenas percibible, y pronunció las palabras «En nombre de mi esposa y mío, en nombre de nuestro hijo, Liam…», habían caído el uno sobre el otro como encima de un mueble, de unas sillas, de unas camas, no desvistiéndose y quitándose la ropa, sino más bien arrancándose el cinturón, los tirantes, las cremalleras, la corbata, tirándose de las mangas, de los elásticos, desenvolviéndose como regalos, como paquetes, agarrándose como niños y, ahora desnudos, como si hubieran destapado unos juguetes insólitos, que hay que montar, o un revoltijo de joyas, por ejemplo, alcanzando piezas al azar, partes, tocando particularidadeas, levantando y girando extremidades, oliendo dedos, manipulando pliegues, inspeccionando, examinando, ahora con ojos bizcos, ahora abandonándose a mirar boquiabiertos, no vigilando ni controlando, nada de miradas discretas o a hurtadillas, ni curioseando ni cotilleando, sino dedicándose miradas comprometidas, agresivas, un aquí te pillo, aquí te mato recíproco, con Ginny que le abría a la fuerza las nalgas, con la cara tan pegada como la de un detective y, de repente cambiaban de postura como luchadores, y él le miraba el coño con el ojo miope de un hombre que ha perdido sus gafas. Al final ni siquiera ha sido follar, sino un transporte, un cortejo mental, sus mismas voluntades consumadas, una seducción de la voluntad que termina en oscilaciones descomunales y fluctuantes espasmos y sacudidas de orgasmo, ya viene, ya viene, viene, autónomo pero también recíproco, como el ir y venir de una mecedora o el balancín de un niño, ambos sienten los seísmos internos y privados del yo, con una percusión como la de un redoble de tambores de glándulas —ni siquiera ha sido follar—, una convulsión del espíritu, abrumados, precipitados, sacudidos como boxeadores por las pulsaciones del amor involuntarias como un rapto, como el movimiento absurdo y coreico de un pez debatiéndose entre la vida y la muerte acabado de pescar, el zarandeo de todos los ganglios del cuerpo, de las gelatinas y los púdines, y las últimas palpitaciones que se van debilitando, temblores, y la casi delicada réplica de la ondulación de nervios, una especie de canguelo, los éxtasis de los pasmos irregulares, agradables, tambaleantes, convulsos, sucesivos. «¡Vaya!», dice el hombre desconsolado. «Dios», dice en un gemido la mujer cuya criatura será enterrada pasado mañana y que abandonará a su marido dos horas más tarde. Entonces, acongojados, ambos alzan la vista y recuperan su ropa. (Las han pasado canutas: los programas de entrevistas, los nigromantes, el matrimonio, el crío. Las han pasado canutas: el acto de pedir limosna tan generosamente recompensado; su vida a merced de los presidentes de consejos de administración, de grandes hombres de negocios y ejecutivos, de comerciantes importantes; su rara desenvoltura, su extraña y sucia fama). Y ambos se percatan, igual que

se han percatado del mutuo y desapegado frenesí de momentos antes, de que la muerte de Liam no llega sin sus compensaciones, de que están sin su presencia intrusiva, de que, de maneras que horas antes no habían podido prever, han sido liberados. (Las han pasado canutas. Habla por los dos). «Bueno —dice Eddy—, qué manera tan encomiable de copular, ¿no te parece?». (Habla por los dos y recurre a su vieja jerga, al estilo afectado que no recordaba que habían dejado de utilizar desde que supieron el diagnóstico de Liam). «¡Pardiez! —continúa—. Me atrevería a decir que nunca nos habíamos lucido tanto». «Desde luego que no», contesta su esposa inesperadamente, pero sin energía. «Yo lo que sé es que no lo he visto venir —le dice Eddy—. Ha sido echar chispas con tan solo mirarnos, los dos en pelota picada. Ni siquiera la he metido». «Por favor, Eddy, ha sido una chaladura —dice Ginny—. Has perdido los papeles». «Eddy, déjalo —insiste con desgana—. Eres un alma en pena». «Y tú das saltos de alegría». «¿Te apetece un meneíto?». «Ya puedes esperar sentado». «Venga, vamos». «Eddy, mira que eres bobo». «Qué pestilente, ¿no?». «¿Lo mío?». «¿Lo tuyo? No, qué va, lo tuyo es de primera. Tu coño es oro puro, mi querida Ginny. ¿Quieres echar un polvo?». «Ni hablar», grita ella. «Pues muy bien, preciosa», responde el marido. «Nos hemos puesto cachondos, ¿no?», añade ella más sumisa, y Eddy la rodea con el brazo. «Si hay que hacerlo —dice él—, primero tengo que cambiarle el agua al canario. Estoy que exploto». Ginny rompe a llorar. «Nos comportamos así porque ha muerto, Eddy». «No era precisamente algo espontáneo, preciosa», dice él en voz baja. «Porque él no puede oírnos. Si suena el teléfono, no será del hospital». Y ahora es ella quien habla por los dos, ha vuelto a la lengua corriente, dejando a un lado su manera de hablar afectada, igual que antes han prescindido de la necesidad real de echar un buen polvo. «¿Por qué estaban ahí? ¿Por qué los has convocado? A los periodistas. Esto no era de su incumbencia». (Él se da cuenta de que les falta el estrés, la presión absoluta de su vida en el abismo. Todo giraba alrededor del estrés, era lo que lo mantenía todo bajo control, lo que mantenía las buenas maneras. Es entonces cuando Eddy sabe que Ginny lo abandonará. Como Eddy, ella no puede aceptar el regalo del duelo, las grandes ayudas y beneficios del luto, las ventajas de la tragedia. Ay, piensa él, lo que podríamos haber hecho el uno con el otro. El estallido de esta noche es solo una muestra, ¡la punta del iceberg de su nueva intimidad!). «Liam nunca fue una criatura mediática. Nunca fue el héroe de esas vicisitudes, de ese suplicio. Lo éramos nosotros. Liam tan solo era el niño que murió, solo la víctima», le dice él.

Y ahora es la reina de Inglaterra quien no cuenta con su atención. Da golpecitos con una ficha de Scrabble contra el tablero.

«Oh —exclama Bale—. Perdonad, Majestad». Y empieza a contarle

sus planes (no sin preguntarse si el estar en un palacio no será lo que de algún modo le ha provocado ese lapso —a los dos—, el trance, el mágico estupor de su paralización: ¿Ha pasado un siglo? ¿Sigue siendo Isabel la reina? ¿Ha recibido ya su herencia el chico? ¿Ha disfrutado de su posición y se la ha cedido a otro niño que ya no es un niño y que a su vez ha traspasado su título agotado pero intacto al sucesor en las metódicas y ordenadas secuencias maratonianas de la vida y la muerte? ¿Ya se ha convertido el crío en un antepasado y han colgado su retrato vestido de uniforme en un vestíbulo?).

«Cuando me di cuenta —explica interrumpiendo sus ideas, invalidando sus improbables e inoportunos paréntesis— de que podía decirse que habíamos llegado a los límites de las opciones médicas que tenía mi hijo, comencé a cuestionar si lo habían atendido como se merecía. Mi esposa, Ginny, y yo habíamos emprendido la búsqueda de la cura de una enfermedad que nos habían dicho desde el principio que era incurable. Después de consultar a los médicos, después de obtener segundas opiniones, después de las pruebas, las operaciones y los experimentos, comencé a ver que en realidad Liam no estaba mejor que cuando se habían confirmado las primeras dificultades en aquellas entrevistas iniciales con los médicos en aquel primer consultorio del sistema sanitario. De hecho, estaba peor. Ya que ahora ya habían introducido los procedimientos invasivos. Le dieron una paliza, Su Alteza Real. Con las mejores intenciones, pero dejaron a mi hijo hecho polvo. Las toxinas le causaron la caída del cabello y le provocaron quemaduras de tercer grado en el hígado. Hicieron que sus huesos fueran tan maleables como la plastilina y le salieran ulceritas en el intestino. Convirtieron su sangre en agua sucia. Le causaron un daño terrible, Majestad. Y no es que no nos hubieran advertido sobre los efectos secundarios. De cada dos palabras que salían de sus bocas una era sobre los efectos secundarios: diarrea, náuseas, depresión y somnolencia —y es ahora que parece hacerse una idea de dónde venía su ensimismamiento—, debilidad, fatiga. Y todo con el permiso de sus padres. Todo, todo ello aprobado desde el comienzo, soberana, se añadió el sacrificio a su enfermedad como si fuera el suplemento de cubierto en un restaurante, se incorporó el riesgo a su cuenta como si se tratara del IVA. Estábamos obcecados con el riesgo, embelesados, hechizados, quiero decir. La desesperación alienta el valor. Enmascara las consecuencias y viste de lujo al hombre del saco. Ay, creo que nos volvimos locos. Tanto por la ciencia como por la astrología. Estábamos desatados como jugadores que doblan sus apuestas. Vos sois quien manda aquí, señora. Decidme, ¿existe una ley de rendimientos decrecientes? ¿Se puede tener esperanza con cabeza? ¿No nos habría ido todo mejor si hubiéramos cogido un crucero rumbo a unas islas soleadas? ¿Si hubiéramos elegido el camino de los viejos cabrones

testarudos, los que se atiborran de placer en sus sudarios como si fueran momias egipcias, con copas de coñac y puros, con un pellizco a las enfermeras que no solo les hace subir la tensión sino que sin duda la dispara? A ver, lo único que mi hijo no perdió nunca fue su belleza. La conservaba en su lecho de muerte. Ya visteis sus fotografías, seguisteis el caso. ¿Se fue como un moribundo? ¿Era ese el aspecto que tenía? Las adolescentes querían que les firmara autógrafos. Decían que era cautivador como una estrella de rock. ¿No nos habría ido mejor si le hubiéramos dado un curso acelerado de libertinaje? ¿Sin importar lo que requiriese? ¿Los platos más raros y las salsas más suculentas? ¿Ardor, juguetes y todos los últimos pitillos y deseos secretos de su imaginación?

»Bueno, ya me entendéis. Dónde nos equivocamos. Nunca lo compensamos por su muerte. Debería haber vivido como un príncipe de la corona, Majestad. Deberíamos haberlo enviado a cazar con un abrigo rojo. Deberíamos haberlo llevado a la ópera y que se hubiera sentado en el palco. Deberíamos haber secuestrado la pastelería y haberlo soltado en el parque de atracciones. Deberíamos haberlo mandado de pícnic con cestas llenas de helado. Deberíamos haber hecho que se quedara sin dientes a base de bollos y tartas y que se hubiera quedado ciego de tanto ver la tele. Deberíamos haberlo enviado a la cama más tarde de la hora habitual. Deberíamos haber hecho que quemara su vida. Deberíamos haberlo hecho aburrir hasta la muerte.

«Oh, vaya», dice la reina, agarrando su bolso. Bale sabe que la mujer —recuerda su paciencia con los fenómenos meteorológicos gracias a fotografías, a reportajes en las noticias, su tranquilidad en la jungla y en la selva tropical, su serenidad en medio de una tormenta de nieve, su comodidad en cualquier clima— lo ha visto todo, pero se pregunta cuánto habrá oído. Percibe su alarma y se alarma él mismo. Esa no es la manera que tiene de presentarse a los donantes. Con los economistas se muestra reservado, refinado como sus salas de reuniones, serio como un banco. Solo a su monarca le ha dicho estas cosas. Ni, hasta ahora, se ha parado a pensar demasiado en su reputación, en todo lo que le han concedido; una audiencia privada con la reina, el hecho de estar en esta extraña sala exclusiva. No la ha visto nunca en fotografías y no logra recordar cómo ha llegado, solo tiene un ligero recuerdo de haber subido una escalera, recorrido un pasillo, parecido, se imagina, a los de primera clase de los barcos lujosos, la extraña sensación de haber sido arrastrado hasta aquí. Sí, piensa, a la estela de la hermosa joven, conducido como un tronco, como escombros, chupado y absorbido en un remolino, naufragado, varado. La mera visión del bolso de la reina le parece no solo lo más informal, sino también lo más íntimo que ha visto en su vida. Piensa

que la ha visto hacer trampa y luego se pregunta: Madre mía, ¿ha sido eso lo que ha provocado mi reacción? Estoy loco de remate, de verdad. Tengo suerte de que no llame a la policía. Algo que, ahora cae en la cuenta, no ha sido exactamente así. Han aparecido unos criados. Permanecen de pie junto a la pared con su uniforme, con su pecho rococó hinchado como el de los pájaros. Bale está seguro de que les han hecho una señal, los han avisado. O tal vez haya micrófonos en la sala.

Eddy envía sus propias señales y mueve ligeramente un hombro hacia adelante, avanzando el brazo con el crespón, cuidándolo igual que haría un cojo con su pierna coja. Llega a tocar la tela negra. Es una manía personal, reflexiva pero cargada de un significado que espera que llegue al otro lado del tablero del juego abandonado. No intenta llevar la atención a su pérdida —se le forman lágrimas en los ojos, se le hace un nudo en la garganta, pero sucede porque, igual que Ginny, cuyo taxi pagó con lo último que quedaba del dinero para curar a Liam, su crespón se compró con (¿qué?) lo último que quedaba del dinero del finado— sino a su vulnerabilidad, su amable inocuidad de loco. Sujeta el crespón negro como si fuera una bandera blanca. E Isabel II lo comprende. Sonríe. Incluso parece que los criados hayan revelado sus intenciones. De manera imperceptible, es como si se hubieran relajado, han sacado aire del pecho, han respirado con normalidad como hacen las otras personas.

—¿Y entonces? —lo invita ella a continuar.

—Se espera que este año en Gran Bretaña mueran más de doscientos niños a causa de enfermedades raras e incurables.

—Santo Dios —exclama la reina.

—Entended que no se puede hacer nada más por ellos —continúa Bale, ahora recuperado, con el mismo decoro que si estuviera dirigiéndose a un importante hombre de negocios, a un magnate de un periódico—. A la mayoría, seguir con el tratamiento le supondría más incomodidad de la que ya tiene, y solo aceleraría la llegada del juicio final. En varios casos se han interrumpido las terapias o lo harán en breve. Se hace por petición de los padres o, en algunos casos, a petición de los propios pacientes. Sus médicos les ofrecen una especie de cuidados mínimos: régimen alimentario controlado, series de inyecciones de vitaminas ultrapotentes, patrones de sueño cuidadosamente supervisados, e incluso, cuando el malestar es muy grande, sedantes si los piden.

—*Les pauvres*!

Bale hace una pausa. Ha ocurrido algo peculiar. Ha descubierto, en el momento crucial, que es incapaz de llegar al quid de la cuestión, que el mendigo principal del reino, un hombre que ha pasado la gorra entre los principales empresarios de la industria de la nación y los

magnates de prensa y ha dado a conocer su caso no solo a través de esas exclusivas impúdicas que ha vendido sino que, en los primeros días de la enfermedad de su hijo, se subió a las tribunas improvisadas de Hyde Park Corner y había aceptado que Ginny le pasara a Liam en brazos, que le entregara el niño al final de su discurso como si el muchacho fuera la prueba irrefutable en un proceso legal, y que en una ocasión llegó a pasearse entre las multitudes en Londres junto a los músicos callejeros en la zona de los teatros, con la triste historia de Liam impresa cuidadosamente en unas pancartas que llevaba colgadas al cuello —este hombre de repente e inexplicablemente se ha quedado mudo ante una mujer de quien, a juzgar por sus chasquidos de lengua aprobatorios y sus arrullos reales, ya cuenta con su simpatía y que está dispuesta a favorecer a los niños que ahora son su causa. Quizá él se sienta un intruso, inhibido por la riqueza que ella representa y por la importancia que podría suponer su apoyo. Quizá se lo ha pensado mejor—, indeciso en el último momento como un niño que debe decidir qué bombón escoger en una caja. Quizá sea eso, que se encuentra atrapado entre las prioridades variantes de la necesidad, las problemáticas exigencias que les plantean a los hombres buenos. O que lo que siente son los recelos del gato escaldado de los cuentos y que lo que está buscando es el leguaje preciso, quiere realizar su solicitud en argot jurídico, para sellarla con las medidas métricas de un compromiso incuestionable. Pero Bale lo sabe. Se ha quedado paralizado por la peculiar emoción de la yuxtaposición, la extraña idea que siempre ha tenido de falta de armonía, de incongruencia, de todos los emocionantes misterios en desacuerdo y las asimetrías de una geometría alterada. Una vez, antes de que Liam enfermara, él y Ginny habían dejado al niño con una tía para irse de vacaciones con unos amigos a la Costa Azul. En Niza, de pura casualidad, habían encontrado una playa nudista. «Allá donde fueres…», había dicho la esposa de su amigo y se había quitado la parte superior del bikini. Hacía años que conocía a la mujer y, aunque siempre había sido atractiva, no recordaba haberse sentido atraído por ella. Después, de vuelta en Londres, no podía mirarla sin recordar cómo se había mostrado ante él en aquella playa de Niza. Y en esa ocasión no se sintió particularmente excitado. Lo que posteriormente no era capaz de olvidar era que había visto el pecho de la mujer de su amigo. No la había tocado nunca y, sin embargo, no lograba quitarse el incidente de la cabeza, y, una parte de él creyó y aún cree, que de algún modo le había puesto los cuernos al marido. Lo que sintió, en realidad, era una especie de orgullo. En otra ocasión, antes incluso de conocer a Ginny, había vivido durante un tiempo con una chica que se llamaba Ruth. Juntos llevaban una vida plácida y respetuosa, se sentían completamente a gusto el uno con el otro, se llevaban tan bien como

gemelos. En una sola circunstancia, cuando llegó al piso un paquete que esperaban, llegaron a tener algo parecido a una discusión. Ruth había ido a abrir la puerta para recibir el paquete. «Mira, Eddy —dijo al volver al salón—, creo que es la lámpara para la mesilla de noche de Heal». Bale cogió el paquete envuelto con cuidado y empezó a tirar de la cuerda con la que estaba atado. Estaba fuerte y le costaba. «Mejor voy a por un cuchillo», comentó y se levantó del sofá para ir a la cocina. «Ah, no hace falta, cariño, ya lo abro yo». Él se dio la vuelta para mirar. La cuerda robusta se partió entre sus manos como si de una galleta se tratara. «Cómo lo has hecho», preguntó Bale. «Mira, es la lámpara, sí, pero los muy bobos se han equivocado de color. Esta es verde». «¿Cómo lo has hecho?», repitió él. «¿El qué?». «Romper la cuerda de esa manera». «Pues no sé, supongo que haciendo fuerza». Él cogió la cuerda del suelo y se la enrolló en las manos. No era capaz de romperla. «Es que tú la retuerces», dijo Ruth. Tira y ya está. ¿Lo ves?». Parecía que la cuerda se hubiera estirado como una goma. La rompió sin que le costara ningún esfuerzo. No habían discutido nunca, no se habían peleado nunca. Sin pensar en lo que estaba haciendo, Eddy alargó la mano e intentó darle un bofetón. Instintivamente ella lo cogió y lo detuvo. Es más fuerte que yo, pensó Bale. Ni siquiera es una maldita competición. Después fue Ruth quien se sintió avergonzada. «Prepararé té», dijo. Al volver con las tazas, él no quería tomárselo y, aunque ninguno de los dos en ningún momento hizo alusión al incidente, Eddy nunca más volvió a sentirse cómodo con ella. Era la disparidad, la falta de armonía, la aprensión nerviosa que le provocaba la extraordinaria fuerza física de ella, que le parecía amenazadora e irresistible a la vez y con la que extrañamente se había obsesionado, lo que lo empujó a mudarse. Se avergonzaba de sí mismo, repelido por esta nueva atracción que sentía por ella.

(Ahora se le ha comido la lengua el gato porque la reina le ha despertado de nuevo la idea de disparidad, lo han dejado estupefacto y aturdido los preparativos del mundo a lo el Gordo y el Flaco, las provisiones y los arreglos sin ningún tipo de discriminación que tanto desea y teme, los rumbos surrealistas de su corazón.)

—Lo que quiero —comienza con cautela—, lo que es necesario…

—¿Puedo ir con ellos, Majestad?

Se trata del muchacho. Está sentado al lado de Eddy, un poco más atrás, con una pierna cruzada cómodamente sobre la otra, balanceándola con libertad, con tanta serenidad y tan a gusto como el ayudante de un mago que reaparece después de un truco.

—¿Con el señor Bale y los niños enfermos? ¿Los niños y niñas moribundos? ¿Puedo, Majestad? ¿Puedo? ¿Puedo ir a Disney World? ¿A las vacaciones de ensueño? Ay, ojalá. Espero que sí. En este palacio no hay nada que hacer.

—¿Disney World? ¿Vacaciones de ensueño? ¿De qué está hablando Clarence, señor Bale? —pregunta la reina.

—Bien, esa es mi idea, Su Majestad. A la que quería llegar. Veréis, son enfermos terminales. Uno de los pequeños se encuentra en las últimas fases de la progeria. Se trata de una especie de vejez prematura. Charles Mudd-Gaddis. Solo tiene ocho años pero ya lleva bifocales y sufre un estreñimiento terrible. Está débil, por supuesto, pero cuenta con todas sus facultades. Está muy atento. De verdad. Es más listo que el hambre. Ojalá todos estuviéramos igual de bien a su edad.

La reina Isabel lo observa.

—Lo que quiero decir… —Bale se interrumpe sin poder hacer nada al ver a la reina, que ha abierto el bolso y ha empezado a hurgar en él como si buscara su polvera, un pañuelo o las llaves del coche.

—Por favor, continúe, señor Bale —dice Su Majestad.

—Bueno, está esa niña de once años de Liverpool a quien ya le han hecho una histerectomía. Los sofocos deberían haberles puesto sobre aviso, pero ni siquiera así lo habrían cogido a tiempo.

La reina ha encontrado lo que estaba buscando. «¿Y?», dice cuando Bale hace una pausa.

—Me sé los nombres de casi todos los niños con enfermedades terminales de Inglaterra, Majestad, y que cumplirían con los requisitos para optar a las vacaciones de ensueño, que se beneficiarían de ellas, quiero decir. Bastaría con veinte mil.

Ella saca de su bolso un talonario y una pluma de oro. Los cheques llevan su imagen impresa y parecen más bien billetes de libras. Bale se fija en que ya están firmados; solo hace falta poner la cantidad y el nombre del beneficiario.

—Es evidente que quedan muchos preparativos por ultimar —dice Eddy nervioso—. O sea, he de decidir si me quito el crespón delante de los niños. Hay un sinfín de cosas que resolver.

Ella escribe el nombre de Eddy en el cheque.

—Se estará preguntando usted por qué no me separo nunca de mi bolso. Muy bien, señor Bale, se lo contaré ya que ha compartido tantos detalles con nosotros —explica con picardía, sin apenas mirarlo—. No le quitamos el ojo de encima por los carteristas. —Y arranca el cheque del talonario y se lo entrega. Es por valor de cincuenta libras. —No lo cobre —le ordena—. Vaya enseñándolo por ahí. Con eso debería lloverle el dinero. Cuando tenga la cantidad que cree que necesita, devuelva el cheque. No hace falta que lo traiga personalmente. Envíelo por correo.

—¿No me lo puedo quedar para siempre, Su Majestad?

—Nada es para siempre, señor Bale.

—¿Lo quiere *recuperar*? ¿Las cincuenta libras? ¿Las quiere *recuperar*?

—¿Qué se cree, que ha venido a ver a las Hermanitas de la Caridad? —preguntó la reina de Inglaterra.

2

Seleccionó a los miembros del personal con mucho esmero, como si estuviera escogiendo a partisanos, como si se tratara de un grupo que fuera a llevar a cabo un atraco. Y hasta cuando estaba reclutándolos, le gustaba pensar en ellos de esa manera, como si hubiera algo levemente ilícito sobre aquel conjunto de personas que él no acababa de ver como especialistas con años de experiencia, para él eran más bien una especie de banda, una pandilla, una tropa de aventureros, una brigada temeraria de tarambanas, de personas envalentonadas, impetuosas, turbias. La cuadrilla de Bale: sus soldados de fortuna, los bandoleros de su corazón. Aunque era una artimaña que se había montado para engañarse a él mismo: veía en el carácter de esa gente, y ya no tanto en su sinceridad, algo parecido a la Legión Extranjera, algo que se le había quedado en la cabeza de la época en la que iba al cine. Prácticamente llegó a decirles, en cuanto aceptaron unirse a su empresa —él se lo tomaba como una «empresa», también, una «operación», una «iniciativa», palabras en clave que le resultaban más satisfactorias que la etiqueta de «vacaciones de ensueño» que había adoptado la prensa— que durante todo aquel tiempo no podrían probar ni una gota de alcohol, que si llegaba a oler en su aliento algo más fuerte que el té, los echaría a la calle sin contemplaciones, y les debería haber advertido de que no podría haber líos de faldas, esto último iría dirigido a un enfermero que había atendido a Liam en la London Clinic y de quien tenía casi la total certeza de que era maricón. Y nada a escondidas, les habría aclarado: ningún timo privado, nada de meter la mano en la hucha, nada de sisar. Una mancha en el honor y a la calle, habría querido decir. Una vez volvieran a Inglaterra, quería decir, casi no pudo contenerse, podían hacer lo que les diera la gana. Él no era ningún santo, nadie lo había elegido papa. Podían irse de juerga, pillar una enfermedad venérea, a él le importaba un bledo. Podían ponerse a dar palizas a ancianas o a zurrar a tullidos. (Esto iba por Nedra Carp, una mujer que durante una breve temporada había sido la niñera del príncipe Andrés. No había pensado en llevar a una niñera, solo a un enfermero pediátrico privado y a un médico que había trabajado en urgencias, un pediatra, a quien había conocido cuando Liam había sido paciente del Queen

Mary, en Roehampton, pero se le ocurrió cuando vio a la mujer en la tele. Pensó que a los niños les gustaría tener a la niñera personal del héroe de las Malvinas). Sí, claro, quería decirles, podían decir chorradas o hacer el bobo. Como si querían hacerse vegetarianos, le tenía sin cuidado, pero una mancha, una sola mancha, y los haría trizas, rodarían cabezas. No volverían a trabajar nunca más con niños enfermos terminales, no mientras Eddy Bale viviera. ¡Y eran personas conflictivas, acosadores y asesinos de los bajos fondos, psicópatas, sociópatas, enemigos del pueblo, enemigos de Dios! La película que se había montado Bale: eran conductores a la fuga y expertos en explosivos, eran centinelas y cachas, todos dispuestos a realizar proezas sobrehumanas. (Estuvo a punto de decirles esas burradas, casi salieron de su boca esas chorradas, sentía una extraña vileza en la punta de la lengua y lo único que pudo hacer fue disimularlo en el último momento gracias a los sobrios derroteros que tomó la conversación que mantenía con ellos. Porque estoy loco. ¿Estoy loco?)

En realidad se trataba de un grupo de personas encomiables, tan encomiables como el dinero que había conseguido después de que la reina le hubiera dado el capital inicial.

Colin Bible, el enfermero de la London Clinic, es un hombre apuesto, bastante alto y correcto que, con su ropa de hospital impecablemente blanca y sus zapatos que parecen pantuflas, tiene un aire extrañamente marinero, ya no tanto alegre como un poco lánguido, como esos personajes de las películas con atuendo estival en yates privados. Tiene ese tipo de pelo rubio, fino y despeinado, que parece que siempre esté mecido por el viento, piensa Eddy, incluso en espacios cerrados. Y hay algo de irritación que se percibe en su expresión, alterada y de repente suavizada, como su pelo, como si tuviera que atender a unos huéspedes que se presentan por sorpresa. Colin había sido el favorito de su hijo, con quien se mostraba siempre jovial, exageradamente amanerado, su afeminamiento era tan marcado que parecía un chiste, y estaba diseñado —Bale y su esposa estaban convencidos— para que el niño tuviera la impresión de que solo le hablaba así a él. Fue Bible quien insistió, incluso en la última semana de vida de Liam, que el chico necesitaba hacer ejercicio, y cuando los médicos se iban —los técnicos de Radiología que habían ido a hacerle placas de los huesos, los de Hematología le habían extraído sangre, los de Medicina Nuclear le habían inyectado sustancias que después rastrearían en máquinas grandes y complicadas —, se colaba en el cuarto del muchacho, miraba alrededor con aire cómico para ver si quedaba alguien (lanzaba miradas rápidas para que pareciera que incluso Ginny y Bale se habían ido, ellos que siempre estaban allí, que en aquella última semana solo iban a casa para

cambiarse de ropa, y ni siquiera juntos, el que iba le llevaba la ropa al que se quedaba y, durante los últimos días no fueron ni para eso, ya no comían en la pequeña cafetería de la clínica, ni siquiera compraban nada en las máquinas expendedoras sino que pedían la comida en el propio hospital y pagaban unos precios desorbitados —«El negocio no lo hacen ni con las operaciones ni las pruebas», dijo Ginny una vez en broma, «sino con las puñeteras comidas y cenas»— y escogían los platos del día siguiente del mismo menú que el dietista de la clínica ofrecía a su hijo moribundo) y gritaba, primero a modo conspiratorio, luego más alto: «Nos vamos de paseo, Liam. ¡Nos vamos de paseo, de paseo!».

(—Colin dice que no debo incapacitarme yo mismo —les explica Liam sin aliento, desde la cama, cuando vuelve.)

(—Te has esforzado demasiado, cariño —dice Ginny—. Tienes que guardar fuerzas.)

(—¿Para qué?)

(—Ya son las tres —dice el padre—. ¿Dónde has estado estos últimos veinticinco minutos?)

(—Colin me ha llevado hasta la ventana. Hemos estado mirando Devonshire Place.)

(—Ah. ¿Y qué habéis visto?)

(—Los coches. Hemos contado dos Humber. Había Bentley y Jaguar. Colin dice que son coches de médicos. Como es natural había Morris-Minor, algún Ford Cortina y algún Anglia. Hemos visto un montón de Vauxhall y de Daimler. Y Colin asegura que ha visto un Hillman-Minx con la capota bajada. Ese me lo he perdido.)

(Él sabía que se iba a morir. Era como si hablara de los pájaros que había visto en la naturaleza. Sabía que se iba a morir. Lo habría sabido aunque no hubiera tenido la prueba de su cuerpo en decadencia. Los médicos habían sido cautos cuando él les había preguntado si alguna vez podría irse del hospital. Sabía que se iba a morir. Tenía el testimonio patético de la vigilia de sus padres: su aliento agrio, cercano, Bale no se afeitaba y a su madre se le veía el maquillaje agrietado en la cara. Así que sabía que se iba a morir. Colin Bible se lo había dicho. «Solo hay coches ahí abajo, chaval. Solo coches, no son canguros. Si los duques me dieran permiso, te llevaría a Kew Gardens o al zoo de Regent's Park. Podríamos pasarnos por el Madame Tussaud a echar un vistazo. La mayoría de los que están allí también están muertos y enterrados, Liam». Liam se estremeció. «¿Qué? Entonces, ¿los has visto? A los Ozymandias, las momias. Seguro que ahora están un poco desmejorados, pero te diré una cosa. Vivieron su vida, y la vivieron a lo grande, tanto villanos como héroes y cortesanos. Todos ellos hijos de su madre e hijas de su padre. Todos, los personajes antiguos y los modernos. Ni uno de ellos tenía ganas de

morirse y excepto los locos, quizá, ni uno de ellos estaba dispuesto a morir. No porque no supieran lo que les esperaba sino porque solo un loco no valoraría lo que deja. Así que eso es lo que tienes en común con los magnates y los presidentes, Liam. Todos quieren vivir. A todos nos gusta el sol y la lluvia. Solo los dementes creen que la vida es dura. ¿Dura? Si es más suave que un pijama de seda».)

(—Mi vida es dura.)

(—Ah, entonces no te importará morir.)

(—Sí, sí que me importa.)

(—Pues ya está.)

(—Tengo doce años —dijo Liam.)

(—Sí, y no has estado enfermo siempre. Seguro que habrás jugado a fútbol en algún momento. Habrás metido un gol de cabeza. —Liam sonríe—. Y me juego lo que quieras a que sabes nadar, a que has ido a la piscina, puede que hasta hayas ido al mar. Puede que hasta hayas ido a Brighton.)

(—Y a Blackpool.)

(—¡A Brighton y a Blackpool! Y me dices que la vida es dura. Bueno, vale. Yo te creo, pero habrá miles de personas que no.)

(—Una vez, jugando a críquet, lanzaba yo y derribé los palos tres veces seguidas —recuerda Liam.)

(—Eras lanzador, ¿eh?)

(—No era un campo reglamentario. Fue algo que improvisé con mis amigos en el parque.)

(—Has hecho de todo —dice Colin Bible.)

(—Qué va —dice en voz baja, mirando al enfermero. El muchacho está cansado, quiere que lo acompañe a su habitación. En estas ocasiones Colin no suele coger la silla de ruedas. Lo lleva en brazos cuando el niño está demasiado débil para caminar y lo apoya sobre la amplia repisa de las ventanas del hospital. —Qué va, no hice nunca esas cosas.)

(—¿Qué cosas, Liam?)

(—Las que hicieron los personajes antiguos y modernos.)

(—Esa era mi sorpresa —dice Colin.)

(—Me moriré antes de poder hacer cosas normales. Nunca tendré mi propio estudio.)

(—Eso no es gran cosa —dice Colin Bible—. ¿Un estudio? No es oro todo lo que reluce. Están llenos de moho y humedad, y las láminas de linóleo que hay en el suelo no encajan. Y eso que hay normativas municipales que lo prohíben.)

(—Siempre quise vivir en un estudio. Mi plan era alquilar uno y gastarme los ahorros en una chimenea eléctrica. ¿Qué sorpresa?)

(—Bueno, ya sabes, Liam, tú eres un personaje.)

(—¿Cómo? ¿Yo?)

(—Un personaje moderno, pero personaje al fin y al cabo —le dice Colin—. Puede que seas el niño más famoso de Inglaterra.)

(—¿Qué? ¿Por qué me voy a morir quieres decir?)

(—Han publicado una foto tuya en News of the Day. Has salido en la tele. Han escrito artículos sobre ti en todos los periódicos, incluso en el Times. Todo el mundo te conoce. Has sido un símbolo. Hay famosos que rezan por ti. Las chicas te escriben cartas para que les envíes un autógrafo. Saben que escuchas el programa de Terry Wogan. Llaman para dedicarte canciones. Un domingo estaba en casa con un amigo escuchando «Melodies for You» y oímos tu nombre. «Anda, si yo lo conozco», dije. «¿A Liam Bale?», me preguntó mi amigo. «Sí, es uno de mis pacientes».)

(—No he hecho nunca nada valiente. Aguantar el dolor no cuenta. Cuando me duele algo, lloro. Me pongo a lloriquear y me quejo. Tú mismo me has oído, Colin.)

(—Liam, tú has visitado el Madame Tussaud —le recordó Colin—. Allí no están solo el general Montgomery, el almirante Nelson y Jesús en la cruz. Has visto que hay criminales famosos, que hay estrellas de cine. Pues claro que tú eres un personaje.)

(—¿El Madame Tussaud?)

(—Bueno, es de lo que estamos hablando, ¿no? Esa es mi sorpresa. No te lo puedo garantizar del todo, pero tengo un amigo que es uno de los escultores más importantes del museo. De hecho, es el director artístico y es él quien suele decidir qué personajes van a exhibir. Cuando se enteró de que te conocía se ilusionó. Ya había hecho unos esbozos maravillosos a partir de fotos tuyas de los periódicos. «Espera», le dije. «No sé si Liam querrá que lo conviertas en una de tus estatuas de cera. No a todo el mundo le gustaría algo así, Colin, ya lo sabes». Él también se llama Colin. Pues bien, dijo que respetaría tu voluntad, naturalmente. Aunque no tiene por qué hacerlo. Él es el director artístico y tú eres un personaje público. Y aunque no lo fueras, una vez muerto, pasas a ser de dominio público de todas maneras —me parece que es lo que establece la ley—, así que podría hacer lo que le diera la gana, pero prometió respetar tu voluntad. Le dije que lo consultaría contigo, Liam. Personalmente, creo que sería muy bonito, pero es tu decisión.)

(—¡El Madame Tussaud! ¡Estar en el Madame Tussaud! Qué pasada. A ver, ningún chico se quiere morir, pero es que eso es una pasada. Ya hasta me imagino las caras de mis amigos cuando me vean.)

(—Bueno, ¿sabes qué, Liam? Le dije a Colin que cuando te lo contara seguramente esa sería tu reacción. Él es muy bueno, Colin. No

es quien se encarga de los moldes, que se hacen en Francia, en su mayoría, pero él se hace los dibujos preliminares y es quien decide las poses de las estatuas.)

(De repente Liam se queda blanco. Colin Bible lo baja de la repisa de la ventana y lo lleva en brazos hasta un banco, donde lo deja con delicadeza. Le levanta la parte superior del pijama, echa el aliento al disco metálico para que no esté tan frío y se lo coloca sobre la piel. Liam empieza a decir algo. «Shhh, shhh», le dice el enfermero. «Bueno —dice al cabo de unos instantes—, voy a tomarte el pulso», que es rápido pero no alarmante. Le pone el termómetro debajo de la lengua. De nuevo el chico intenta hablar. «Liam, por favor, que lo vas a romper. Entonces acabaremos los dos en el Madame Tussaud.)

(—Ah, *shí* —dice Liam.)

(—Un minuto —dice Colin. Liam ha recuperado el color—. Está por debajo de lo normal —le dice regañándolo—. Bueno, ¿qué me querías decir?)

(—Las poses —dice Liam—. ¡Las *poses*!)

(—Vale, las poses. ¿Qué pasa con ellas?)

(—¡En una cama de *hospital* no! Sentado en una silla, pase, ¡pero en una cama de hospital no! Cuando has dicho lo de las poses…)

(—¿Ha sido por eso? Claro, se lo diré a Colin. Te colocará en una silla. Leyendo, tal vez, o viendo la tele. Mirando por la ventana, mirando cosas a lo lejos o contando los coches Humber. Tranquilo, Liam. Será tan espectacular como cualquier otra de las figuras que hay. Colin es un buen amigo. Nos hará sentir orgullosos.)

(Y esas fueron prácticamente las últimas palabras de su hijo, las que Bale había ocultado a los periodistas cuando se habían presentado aquella tarde húmeda y desagradable del último día de Liam, las palabras que apenas había llegado a oír, que no había podido descifrar, cuando Liam le pidió que se acercara y le habló desde el espantoso y terrible éxtasis de su terror: «Mamtushof».)

(—¿Cómo, Liam? Perdona, hijo. No te entiendo. —Y llamó a Ginny con señales, con cuidado, en silencio, como si fuera un inspector de policía y le pidiera que descolgara el teléfono para oír un mensaje de los secuestradores—. Perdona, Liam. Despacio. Despacio.)

(El muchacho menea la cabeza, respira hondo, intenta recuperar el control, lo consigue, vuelve a empezar despacio, tan lentamente, con tanta paciencia como si fueran sus padres quienes corrieran peligro. «Ellos», dice, «quieren», añade, «poner… mi…», entonces se interrumpe e intenta recordar la palabra, «…figura, mi *figura* en el Madame Tussaud».

(—*¡Jamás!* —lo tranquiliza su padre.)

(—Por supuesto que no, cariño —coincide su madre.)

(—No —les suplica Liam, perplejo—. Tenéis que permitírselo. Por favor. Quiero… Quiero estar allí. ¡Prometédmelo! —Y entonces muere.)

El antiguo médico de urgencias es el señor Moorhead. No es, como a Eddy Bale le gustaría vagamente que fuese, un médico de a bordo, alguien destrozado, endurecido por el comercio con China, por las travesías bajo cubierta, por el calor aliviado abanicándose con hojas de palmera, por la crueldad de las barcazas y los paquebotes, por las sofocantes rutas fluviales africanas, o por los témpanos de Múrmansk o de Groenlandia, un proscrito, una persona mancillada, harta de la vida. (¿Por qué insisto en eso? Se pregunta Bale. Que será responsable de varias vidas jóvenes. Y no en la típica excursión de verano con los Boy Scouts y las chicas guías donde todo está organizado y van cogidos de la mano, sino la cruda realidad, en una expedición condenada al fracaso desde el principio. Entonces, ¿por qué insisto con eso? Mi mujer me ha abandonado. He perdido a un hijo. ¿No tengo ya una vida bastante completa?) Pero lejos de haber caído en desgracia, y a pesar de las exageradas fantasías que Eddy Bale alimenta, Moorhead es una eminencia. (En menos de cuatro años, desde que lo conoce Bale, ha dejado el sistema sanitario público, se ha montado una consulta privada y ahora tiene un puesto de médico interno en el hospital pediátrico de Great Ormond

Street, es un profesional excelente y muy bien considerado, cuyo servicio en el hospital pediátrico es de los más distinguidos en Gran Bretaña). Secretamente desea ser condecorado con la Orden del Imperio Británico. Líderes del comité editorial de la revista Lancet lo han recomendado, e incluso hay colegas respetados, a quienes nunca ha revelado sus ambiciones, que no logran entender por qué no lo tienen en cuenta para ese reconocimiento mientras que, año tras año, se incluyen a estrellas de rock, actores, periodistas televisivos, diseñadores y demás, personas que se lo merecen menos y que puede que hasta sean menos famosas. Se trata de una omisión advertida, y en varias ocasiones han llegado varias cartas al Times, normalmente seguidas y a veces acompañadas de elegantes notas del propio Moorhead, claramente avergonzado, en las que desmentía que tuviera nada que ver con ellas. Él sabe muy bien cuál es la auténtica razón por la que lo ignoran, aunque por supuesto no la revelará. Igual que sabe por qué ha decidido irse a Florida con Bale y los niños a esa vana expedición. Es un lugar que casi con total seguridad, aunque le encanta el sol, el calor y va de vacaciones a menudo a las Islas Baleares o a la costa de África Occidental, hasta puede que en barcos bananeros, en esas barcazas y paquebotes que echan humo que se imagina Eddy Bale, él no visitaría nunca como turista. Moorhead va

por los judíos. Va para ver a los judíos. Ha oído que incluso hay más en Florida que en Israel. Son los judíos quienes lo excluyen del sistema de honores de la reina, quien hace tres años que le permite asistir a su cóctel en el jardín, pero son quienes a la hora de compartir el privilegio y el poder real le ponen trabas. Con todos los judíos que hay allí. Al menos para Moorhead esas son las vacaciones de ensueño.

Se encontraban en el piso de protección oficial de Eddy Bale en Putney. «Docto…», había empezado a decir Bale, ofreciéndole un refrigerio y después corrigiéndose e utilizando el título invertido que se usa para algunos médicos. «¿*Señor* Moorhead?»

Eddy, atareado con el té, delante de su invitado, que lo había seguido hasta su pequeña cocina, abría la selección de quesos del supermercado, murmurando, disculpándose, por los productos preparados de padre soltero que sobrevive a su hijo, y ponía los minúsculos bocadillos sin corteza y los pastelitos sobre la cocina a gas para quitarles un poco el frío.

—Tiene todo un aspecto delicioso, Bale —dijo el señor Moorhead.

—Sé que no es a lo que usted está acostumbrado.

—Tiene un aspecto delicioso.

—Bueno —añadió Eddy—, no se parece en nada a lo que sirven en el cóctel del jardín de la reina.

—¿Conoce el cóctel de la reina?

—Ya hace años que recaudo fondos, que voy a pedir favores. Me sé de memoria la lista de invitados. Bueno, no me queda otra, ¿verdad? Para poder desenvolverme. Como un agente de seguros o un representante autorizado en la City. Conozco a los peces gordos. Conozco a gente distinguida.

—Mi querido Bale —contestó el doctor—, me parece que a mí no me conoce. Es cierto que me relaciono con los peces gordos y la gente distinguida en el pícnic empresarial de Su Majestad. Hasta estoy pendiente de la decoración. Lo cual me convierte en alguien que se debe a sus clientes tanto como usted, como cualquiera en la bolsa o el mundo de las finanzas, pero todo es en beneficio de los niños de Great Ormond Street. Si hago el trepa es por ellos, en el Everest soy más sherpa que Edmund Hillary. Y esto también podría explicar mi presencia en esta larga marcha suya. Y ahora, hablemos de esos pobres niños terminales, de esa prole que está en las últimas.

Y señaló una pila inmensa de carpetas que había sobre el sofá del salón de Eddy.

Y Mary Cottle, ni niñera ni enfermera, una mujer en la treintena que no había perdido ni a marido ni a hijos pero sí a un prometido, no porque hubiera muerto ni tampoco porque la hubiera dejado por otra,

sino porque no podía tener hijos, sí podía concebirlos y llevar a término el embarazo pero tenía un útero envenenado, un espantoso collar de genes contaminados que podían destruir a cualquier criatura, niño o niña, a la que diera a luz. Gozaba de buena salud y era bastante guapa, pero sufría la enfermedad más extraña que uno pueda imaginarse. Era portadora. En dos ocasiones, una vez cuando era adolescente y de nuevo con veintipico años, había dado a luz a bebés destrozados, muertos. Otras dos veces la amniocentesis había revelado unas espantosas malformaciones congénitas, cromosomas impregnados de graves deformidades latentes, como un té demasiado amargo.

—Hay problemas —había dicho el médico—. Sus hijos nacerán ciegos. Con cáncer, con sarampión, con las glándulas inflamadas. Con bastones en los puños.

—Tendremos que tirar el bebé al agua sucia —le había dicho el cirujano que le hizo su segundo aborto.

—Todo es agua sucia —había dicho Mary, rompiendo su compromiso.

—Es absurdo —había dicho el novio—. No hace falta que tengamos hijos.

—No —había dicho Mary.

—Podemos adoptar.

—No lo entiendes —dijo ella—. Nunca podré acostarme contigo.

—Eso es ridículo. ¿Y qué se supone que tienes?

—Todo. Soy como una Lucrecia Borgia. Enveneno a los bebés.

Desde entonces ni siquiera ha besado a un hombre y se ha mantenido cuerda mediante frecuentes y furiosos ataques masturbatorios, en los que se pregunta cada vez qué clase de caldo sucio, nauseabundo y enfermizo está removiendo con el dedo.

Aunque era exactamente la clase de persona automarginada e inadaptada que Eddy buscaba para su iniciativa, no sabía nada de su historia personal. Llegó con unas referencias poco convencionales: una señora gris con muchas recomendaciones, una candidata, a ojos de todos, de una santidad laica, siempre tranquila —quienes la recomendaban tampoco sabían nada de sus costumbres, de su estado constante de calma orgásmica—, siempre serena.

—Mary es un amor —le habían dicho los padres de los niños que estaban a punto de morir—. Es maravillosa. No sé de dónde saca la fuerza.

—No sé qué haríamos sin Mary —habían respondido sus referencias cuando él se había puesto en contacto con ellos—. No sabe qué es estar nerviosa.

—Con todo lo que habrá visto —dijo Eddy a modo de confidencia a dos enfermeros de confianza de la London Clinic—, quizá se ha

vuelto insensible.

—Qué va, no es eso. Es más bien… Es algo espiritual. ¿No definirías así su mirada distante, Bert?

—Espiritual, sí —dijo Bert—. Esa es la palabra. Tiene un aire tranquilo y espiritual.

—Siempre está sonriendo. ¿Sabes a quién me recuerda? A La Gioconda.

—Es un ángel, Mary.

—Los ángeles no fuman —comentó Bale, que no la había visto nunca entrar en un sitio sin un cigarrillo en los labios.

Estaba fumándose uno, en Putney, el día que escogieron a los finalistas.

—Siento llegar tarde —dijo Mary Cottle al sentarse, y a Eddy le sorprendió la falta de preocupación en su voz, así como en su bello y radiante rostro, que parecía no haber experimentado nunca la más mínima inquietud—. ¿Qué me he perdido?

—El señor Moorhead está haciendo una buena criba —anunció Colin Bible y señaló unas dos docenas de expedientes a los pies del médico.

Nedra Carp comentó que, dicho así, daba risa y soltó una carcajada, y a Bale le dio por pensar algo que había observado durante toda su vida: que las personas, incluso las más desabridas, cuando estaban en grupo solían comportarse de manera excéntrica. Lo había visto en el colegio, lo había percibido cuando había hecho el servicio militar y también en la oficina donde había tenido un trabajo estable. Era como si las normas de cortesía, que no solo gobernaban sino que controlaban la conducta humana en las situaciones en las que había solo dos individuos, quedaran anuladas en cuanto se reunían más personas, como si la cordura fuera únicamente una especie de timidez ensayada y lo que eran, cómo eran *de verdad*, su auténtica naturaleza, salvaje como el plumaje de los pájaros exóticos, solo se permitiera surgir en grupo, dando paso a toda la chaladura y a las excentricidades, a las acciones disparatadas que emergen en manada y se multiplican en rebaños estrafalarios.

Porque en la televisión había parecido una mujer muy agradable. Por teléfono también. Y aunque era cierto lo que había sugerido Colin Bible, que Moorhead se había comportado con talante autoritario, barajando los nombres que Eddy había propuesto para las vacaciones de ensueño con algo más parecido a la impaciencia que al buen juicio, como un jugador de cartas, por ejemplo, que desecha cualquier elemento que no tenga valor inmediato en su próxima mano, Bale asumió que era precisamente eso lo que Moorhead, el único médico del grupo, suponía que se esperaba de él. Y puede que lo pensara de

verdad, porque cuando Colin Bible pronunció la frase con la que Nedra Carp había soltado la carcajada, Moorhead alzó la vista bruscamente. «Tengan en cuenta que esto no es un concurso. En realidad, ninguno de estos niños ha presentado ninguna solicitud para venir con nosotros. Estamos intentando establecer una prioridad en función de la gravedad de los casos. Es lo que hacen los médicos constantemente en urgencias. Lo que se hace en la guerra. Se trata de encontrar a los niños que más se beneficiarían de nuestra atención».

—Los muertos que más se lo merecen —dijo Mary Cottle, y Nedra Carp pegó un alarido.

—Hay cuestiones éticas que considerar —dijo Moorhead.

—Mi amigo Colin me advirtió de que ocurriría esto —dijo Colin Bible al oído de Mary Cottle—. Acéptalo todo tal como venga. Sea cual sea la composición final del grupo, considéralo como una especie de *objet trouvé*.

—¿Qué cuestiones éticas? —preguntó Eddy Bale.

—Bueno, por ejemplo, si escogiéramos a un niño y sus padres tuvieran dinero para costearse el viaje —respondió Moorhead.

—Por ejemplo, ya —dijo Eddy.

—Y es necesario que los niños sean compatibles.

—¿Y si aún no son conscientes de que se van a morir? —preguntó Mary Cottle sosegadamente—. Ver a algunos compañeros podría ser una conmoción tremenda para ellos.

—El viaje será agotador. Podría acortarles la vida.

—Así es —dijo Moorhead.

—Y luego está toda la cuestión del buen gusto —dijo Colin Bible.

—¿El buen gusto? —preguntó Eddy Bale.

—Perdón —dijo Colin Bible—. Mi amigo me aconsejó que no me metiera en eso.

—¿Dónde está el baño? —preguntó Mary Cottle.

—¿El buen gusto?

—Bueno, habrá cobertura mediática, ¿no? —dijo Colin Bible—. Señor Bale, usted sabe mejor que nadie cómo se aprovecha la prensa de estos niños.

—Nos apuntaban con sus teleobjetivos cada vez que salíamos —dijo Nedra Carp—. Podían sacar fotos del interior de la cesta de pícnic del príncipe Andrés.

—Y, de todos modos, la medicina es más un arte que una ciencia exacta.

—¿Y? —insistió Eddy Bale.

—A un niño un médico le da seis meses de vida y a otro, dos años.

—¿Y qué?

—¿Quién dice que no pueda vivir dos años el de los seis meses?
—¿O que el de los dos años se muera al cabo de una semana?
—Tenemos que estar seguros, ¿lo entienden? —dijo Nedra Carp.
—De que se van a morir. De que es algo inminente.
—Es una buena pregunta —dijo Moorhead.
—Como cuándo se produce la muerte cerebral.
—La muerte de los pulmones.
—La muerte de los dedos —murmuró Mary Cottle en el lavabo.
—Hay muchas buenas preguntas por hacer.
—Hay muchas cuestiones éticas que considerar.
—¿Y si un niño es religioso?
—¿Si cree en Dios?
—¿Si tiene esperanzas de que exista el paraíso?
—Que está convencido de ello.
—Mientras que a lo mejor hay otro que ni siquiera es creyente.
—Que piensa que cuando te mueres, no hay nada más.
—O que es judío.
—No sería justo.
—Para el niño escéptico, ateo o agnóstico.
—Para el niño judío.
—¿Para el niño escéptico, ateo o agnós…?
—Bueno, entonces el niño religioso lo tendría todo, ¿no?
—Disney World y además el paraíso.
—O podemos plantearlo a la inversa.
—De acuerdo.
—¿Es justo penalizar al creyente por sus creencias?
—Cuántas buenas preguntas. No pensaba que fuéramos a profundizar tanto.
—¿Deberían pasar sus últimas semanas lejos de su familia, de sus amigos y de sus mascotas?
—Si llevo siempre el crespón —reflexionó Bale—, podría desanimarlos.
—Quizá algo menos ostentoso. Quizá un pin en la solapa.
—Bueno, miren, yo no había pensado en todas estas bonitas preguntas —confesó Eddy Bale—. Solo en la cuestión del compañerismo.
—Ver Nápoles y después morir.
—¿Ver Nápoles y después morir?
—Se refiere a cómo reaccionarán cuando tengan que volver.
—Se refiere a volver a Inglaterra, a sus casas, que eso pueda ser un chasco.

—Que podrían caer en una depresión reactiva.

—Pero ¿a ustedes qué les pasa? —dijo Bale—. ¿Tienen que buscarle tres pies al gato a una buena causa? Como los abogados, los que persiguen ambulancias. Yo no sé nada de cuestiones éticas ni de buenas preguntas. Solo sé cómo se comporta la gente normal. Ya no hay nadie que me dé los buenos días por la mañana.

Todos se quedaron mirándolo.

—El jefe tiene razón —dijo Colin Bible—. Manos a la obra.

Mary Cottle regresó a la sala frotándose las manos, como si no se las hubiera secado bien, y les dedicó una sonrisa beata.

—Muy bien —dijo Moorhead y cogió el resto de carpetas.

—Vamos allá —dijo la niñera, Nedra Carp.

Y fue entonces cuando sintió el hormigueo. Apenas pudo contener las ganas de vomitarles sus desvaríos, las vidas infames que estaba constantemente imaginando que habían tenido, sus recorridos abyectos. La palabra «jefe» había tenido un efecto en él, en todos ellos, había sido como un hechizo. Eddy no podía evitarlo, se sentía igual de aturdido con sus patochadas que con los delirios del grupo. Jefe no había sido nunca, pero en cuanto Bible pronunció la palabra, percibió el cambio en el ambiente, por la pura sencillez del asunto. Él era el jefe, el responsable del grupo. El organizador. Quien hacía cumplir las normas. En su locura colectiva habían buscado, como siempre hacen los locos —incluso los que tienen delirios de grandeza—, a alguien sobre quien proyectar sus despropósitos y ofrecérselos con el mismo orgullo con el que los gatos les llevan ratones o pájaros muertos a sus amos, preparando astutamente las escapatorias a sus desatinos. Mientras que él, con la misma astucia (aunque con menos juicio) se había percatado de lo que hacían y había aceptado su propuesta disparatada, su condición única y particular: que él fuera quien estuviese al mando.

De modo que como el buen administrador en que acababa de convertirse, empezó a delegar —él, en quien también habían delegado funciones—, y las delegaciones se fueron desdibujando como en un juego de espejos —estamos todos como cabras, pensó—, y le pidió al médico que le hiciera un resumen de la situación. Quería saber la opinión profesional de Moorhead —lo había llamado Moorhead a secas; había dicho «opinión»— acerca de las calificaciones de los candidatos. Explicó que estaba dispuesto a aceptar sugerencias sobre qué niños se beneficiarían más de un viaje de esas características. Y se sorprendió al ver que el doctor recogía las carpetas que ya había descartado, nombres e historiales esparcidos a sus pies como escombros, como las cartas eliminadas en una partida, y se puso a escucharlo atentamente mientras el médico le ofrecía su cautelosa opinión de experto, aunque más que con atención —el mendigo más

famoso de Inglaterra por una vez se hizo el espléndido— con paciencia, por los tecnicismos que usaba el doctor, esperaba y recibía casi de manera instantánea la traducción de los términos para las personas de a pie, como un acto debido, como una especie de deferencia, como si fuera el jefe de delegación de la ONU, por ejemplo, sintiendo optimismo —cruzaba las piernas— y, al final, no estaba ni atento ni paciente, sino complaciente —sentía cómo le salían las canas a la altura de las sienes—, e interrumpía solo para formular sus perfectas e impresionantes preguntas de administrador.

—Gracias, señor Moorhead —dijo educadamente cuando el médico hubo terminado. Y con elegancia se volvió hacia Colin Bible—. Y usted, ¿usted está conforme, hermana? —preguntó con malicia al enfermero marica a quien le habría gustado disecar a Liam y exhibirlo.

—Sí, sí —dijo Colin—. No podemos hacer nada por los que tienen meduloblastoma. Dan un poco de grima con esos mareos y esos ataques de vómito que tienen, con sus caídas y sus dolores de cabeza constantes.

—¿Niñera?

—Soy de la misma opinión—dijo Nedra Carp.

—¿Y qué me dicen de ese muchacho de Stepney con transposición de los grandes vasos?

—Es bastante mono —comentó Mary Cottle distraída al mirar la fotografía.

—Bien —dijo Colin Bible—, como ha explicado el doctor, el resultado de las autopsias es interesante. Tiene el corazón como una encrucijada de autopistas. Yo lo descartaría.

Bale se paseó por la sala y dio a cada uno de ellos la oportunidad de rechazar a una o dos víctimas sin pensárselo demasiado. Cuando le llegó el turno, Mary Cottle se abstuvo con dulzura, y Eddy, que como buen administrador tenía el ojo puesto en las cuestiones logísticas, se reservó para él el derecho de veto que ella había rehusado. De esta manera, además de las eliminaciones que había hecho el señor Moorhead y la del chico de Stepney por parte de Colin Bible, se deshicieron de la panencefalitis esclesorante subaguda, de la enfermedad de Tay-Sachs, de la de Krabbe, del tumor de Wilms, de la enfermedad de Cushing, y les quedó un caso de la enfermedad de Gaucher, una tetralogía de Fallot, un osteosarcoma, una fibrosis quística, un disgerminoma, un síndrome de Chédiak-Higashi, una progeria y una leucemia linfática aguda.

—Bien —dijo al levantarse—, parece que lo único que queda por hacer es avisar a los padres y redactar la exención de responsabilidad junto con los abogados. Enhorabuena a todos y gracias. Me parece que ha sido un día provechoso desde el punto de vista laboral.

Él lo creía.

Y entonces, ¿por qué, se preguntó cuando los demás se fueron, me siento como un capullo?

Era una buena pregunta.

3

El niño con la enfermedad de Chédiak-Higashi murió. Un periódico había publicado la noticia acerca del grupo de Eddy tres días antes del anuncio oficial. El muchacho, al reconocer el nombre de Bale en el sobre que iba dirigido a sus padres, se entusiasmó tanto con la idea de irse de vacaciones de ensueño que abrió la carta sin pensar. Estaba tan ilusionado que en ese momento no notó el pequeño corte que se hizo con el papel, pero los gránulos arenosos que atacaron a sus glóbulos blancos y les impidieron combatir la infección, fueron los que se lo cargaron.

Janet Order también vio la carta antes que sus padres y, aunque se podía imaginar el contenido —como muchos de los niños enfermos, como el propio Liam, era una niña con una inteligencia excepcional; si llegaba a su próximo cumpleaños, cumpliría trece años; hacía meses que su cuerpo había empezado a redondearse y había tenido que cambiar el sujetador de camiseta por uno de verdad; no era algo que la avergonzara tanto y, en realidad, había aceptado bastante bien la idea de convertirse en una jovencita, su pubertad le interesaba, se enorgullecía bastante de ella, a decir verdad, se ocupaba de su periodo con un interés modesto pero oportuno, y aunque no disfrutaba con el malestar propio de la regla, le gustaba tener que ocuparse de eso, poder cuidarse, utilizando aquellos tampones extraños que para ella eran nuevos y lavándose con aquellos productos inodoros y ligeramente medicinales, valorando no solo los distintos analgésicos que existían en el mercado, sino también las dosis más eficaces, y se interesaba de un modo casi naturalista por el escaso vello rubio distribuido por su monte de Venus, supervisando y revisando las nuevas y explosivas secreciones de sus glándulas con la actitud solícita que años atrás había tenido con sus muñecas— no la abrió, prefirió esperar a sus padres, y mientras tanto se puso a practicar las técnicas de biorretroalimentación, los estiramientos y los ejercicios de respiración que le había enseñado su fisioterapeuta. Al cabo de pocos minutos su pulso había recuperado la normalidad y la tensión, que le habían enseñado a medirse, no estaba especialmente alta para sus

niveles habituales.

Janet tenía una enfermedad cardíaca congénita, la tetralogía de Fallot. Aunque por lo demás era una niña espabilada y también guapa, había nacido con un agujero en el corazón y la aorta traspuesta; su corazón era como una de esas hortalizas con deformidades espectaculares que a veces se ven en los mercados: una patata con forma de hogaza de pan, por ejemplo, o un racimo de uvas unidas como siameses. Era alta para su edad, de constitución delicada pero robusta y tenía una cabellera larga y rubia que le llegaba hasta la cintura. En una fotografía en blanco y negro, se la habría visto como una niña seria y malhumorada, pero notablemente agraciada. Ese mal humor era fingido, era una representación, no era indicativo de su estado de ánimo sino que más bien se trataba, o así lo veía Janet, de una muestra de carácter. Teniendo en cuenta las circunstancias, era una niña bastante alegre y solo ponía mohines en esas fotos, lo hacía, o eso le gustaba pensar, para dar un toque de verdad a la imagen publicitaria, dedicando ese desprecio y ese desdén, esas miradas con el ceño fruncido, a la gente que veía las fotos, pero no para dar una imagen falsa de sí misma, sino para disminuir su belleza o, mejor dicho, para señalar lo contrario, invisible en esas fotografías en blanco y negro. Debido a la anomalía que sufría, la oxigenación deficiente de su corazón agujereado, la aorta que los médicos le habían insertado quirúrgicamente como si fuera una especie de elemento arquitectónico colocado en un segundo momento, Janet era cianótica de nacimiento y su piel tenía un uniforme color azulado, oscuro como el agua del mar.

Las operaciones sucesivas, como les habían advertido a sus padres y también a ella, habían sido meramente paliativas, más que una cura habían sido gestos convulsos, batallas combatidas sobre el terreno inoportuno de su pecho manipulado.

Los niños se metían con ella.

—Uy —decían—, que viene el cielo.

—Sí. Yo he visto pajaritos que le volaban por la cara.

—Ya, bueno, eso es porque se creen que es como ellos. Un pajarraco azul y feo.

—No, se creerán que es un campo de arándanos. Quieren comérsela.

Janet Order se tomaba esas ocasiones como oportunidades para corregir a los niños, para hacer del mundo, así lo veía ella, un sitio mejor donde vivir. «Es solo un defecto de nacimiento. No deberíais reíros de eso, chicos. Tengo la piel azul porque cuando nací la sangre me pasó al cuerpo a través del agujero en el corazón sin pasar antes por los pulmones. Los pulmones son los que le dan el color rojo a la sangre gracias al oxígeno.

—¡Corazón agujereado! —se mofaban—. ¡Ya viene Janet Order con su corazón agujereado!

Aunque lo que más le preocupaba era el miedo que le tenían. Por cada niño que se burlaba de ella, había una docena que ni se atrevían a mirarla.

—No, no —les decía—. No tengáis miedo, tocadme. Adelante, tocadme la piel. Ya, sé que parece fría, pero no lo está. Desprende el mismo calor que la vuestra. Vamos, tocadme. A mí no me importa.

Y a veces, en alguna ocasión, de vez en cuando, había un alma valiente que la tocaba con cautela, que ponía el dorso de la mano en su mejilla azul mientras ella cogía la mano rosa entre sus manos azules y la guiaba a lo largo de su brazo, cuello y hombros azules, tranquilizando al niño, consolándolo. «Así —decía—, ¿ves? No está fría. Es de color azul porque los pulmones hacen aumentar la presión de la sangre y en algunos puntos el corazón se rompe, y los cirujanos van cerrándolo e injertando vasos sanguíneos encima como si fuera un neumático viejo con parches. Se podría haber corregido, pero dicen que tengo un defecto, la comunicación interventricular. No debes tener miedo». Sin embargo, solo de pensar en el defecto azul de Janet Order, el chico se estremecía sin querer entre sus manos templadas de color azul.

Ahora era más amable. Cuando era más pequeña y jugaba a los juegos secretos de los niños, los demás críos se horrorizaban al ver las cicatrices azules de las operaciones que le cruzaban el pecho como venas superficiales, o su trasero azul y su pequeño pubis azul. Ella se reía con maldad, se sentía cómoda con la crueldad del poder azul que ejercía sobre ellos.

El día de la carta, cuando sus padres volvieron a casa, los recibió con lágrimas en los ojos.

—Ha llegado esta carta. No la he abierto, pero me parece que es por las vacaciones de ensueño. —Y le dio el sobre a su padre.

—Así es—dijo él—. Es una noticia estupenda, Janet. Dentro de dos semanas, te irás a Florida. ¿Nos dará tiempo a prepararlo todo? —le preguntó a su esposa—. Me parece que necesitará vestidos de verano. Y un bañador nuevo. ¿Tú qué opinas, Doris? ¿Podremos tenerlo a tiempo? Ay, cielo, no llores. No llores, cielo.

—Nuestra Janet ya es una mujercita —explicó su madre—. Y a veces cuando las mujercitas están especialmente contentas, lo demuestran llorando. —A continuación volvió a dirigirse a su hija—. Pero, Janet, por favor, ya sabes que no te conviene agitarte. Tus preciosos ojos marrones se han vuelto azules.

—No me lo merezco, mami —susurró la niña.

—No seas boba, Janet. ¿Después de todas esas operaciones? Has

sido una niña que ha tenido que soportar muchas cargas.

Y fue entonces cuando Janet Order confesó a sus padres que su color azul no había sido nunca una carga para ella, y les explicó lo que les había dicho a aquellos niños, lo que les había susurrado en aquellos sótanos húmedos, en los cobertizos poco iluminados y en los rincones oscuros de los parques desiertos, para asustarlos, cuando se pavoneaba de su intestino y de su pipí azules, coaccionándolos con el poder azul de sus lágrimas azules.

Noah Cloth, confinado a estar en hospitales en la época de la vida en que los otros niños de su edad van al colegio, no sabía ni leer bien ni hacer cuentas. Flojeaba en historia, en geografía, en la mayoría de asignaturas. Solo se le daban bien las manualidades, pero ahora había perdido la capacidad de dibujar. Lo habían operado de tumores en los huesos nueve veces: de la muñeca derecha, del fémur izquierdo y del derecho, de los dos codos, una vez de la base del cráneo y otra para extirparle unos bultos pequeños alrededor de una clavícula que parecían un collar de perlas. Dos veces lo habían operado de las falanges del anular de la mano derecha. La primera intervención había sido un éxito, las minúsculas excrecencias habían resultado ser piezas de joyería benigna, pero cuando los cirujanos lo operaron por segunda vez, descubrieron que el chico tenía osteosarcoma en estado avanzado y tuvieron que amputarle el dedo. Les dijeron a los padres que debían de esperar más tumores malignos, y una amable señora de un hospital de cuidados paliativos fue a explicarle la situación al niño.

Noah tuvo una discusión con ella, defendía que en el cuerpo humano había centenares de huesos de los que podía prescindirse, como el del dedo anular, por ejemplo. Le dijo que podía llevar una vida normal, no de manera indefinida, claro que no, nadie vivía para siempre y, lo más probable es que habría inconvenientes, de vez en cuando tendría que sacrificar algún hueso importante de verdad que se viera afectado por la enfermedad o algo así, pero lo que en realidad le daba miedo, dijo, era que en algún momento le llegara el turno a una pierna, que no quedara más remedio que amputársela, ponerle una prótesis —había visto cosas así, ya que había pasado mucho tiempo en centros de rehabilitación— y tuviera que acabar caminando con bastón. Se echó a reír y le dijo que imaginaba que cosas peores se habían visto, pero ¿y si tenían que amputarle la pierna derecha?

—¿La pierna derecha? —preguntó la señora del hospital de cuidados paliativos.

—Sí, claro —dijo él—, en ese caso ya estaría para el arrastre, ¿verdad? A ver, he pasado mucho tiempo en esos sitios, ¿sabe? Así que sé de estas cosas. —Ella no entendía qué quería decir—. Es la pierna contraria—le explicó Noah—. Hay que sujetar el bastón con la

mano contraria a la pierna malparada.

—Yo no…

—Ay, señora —dijo Noah Cloth, y le tendió la mano en la que le faltaba un dedo—. Una vez te acostumbras, no pasa nada, pero ¿cómo va a rehabilitarse alguien con una pierna de madera si ni siquiera puede sujetar bien el bastón? A ver, eso es lo que pasó con mis rotuladores de dibujo, ¿no?

Y tan solo hacía unas semanas que había detectado un dolor agudo a lo largo de la espinilla derecha. Ajá, pensó, pero no mencionó nada a sus padres ni a los médicos, ni tampoco a la metomentodo de cuidados paliativos, ya que no quería darle esa satisfacción y porque sus argumentos lo deprimían.

—Pero ¿es que no lo ves, Noah? —dijo la señora al chico de once años cuando se presentó en su casa para pedirle que muriese—. Estás negando los hechos. ¿No te das cuenta de lo típico que es tu comportamiento? Kübler-Ross nos dice que las personas que se encuentran en tus circunstancias atraviesan una serie de etapas típicas: la negación de la realidad, la ira, la negociación y la aceptación. Y tú ni siquiera eres capaz de superar la primera fase. ¿Cómo esperas aceptar tu situación?

—Bueno, si no la acepto —dijo Noah Cloth—, entonces no me moriré, ¿verdad?

—Esa es la etapa de la negociación —saltó la mujer jovialmente.

—No —respondió Noah Cloth con serenidad—, es la de la ira.

La mujer del hospital de cuidados paliativos le dejó un folleto. Y como Noah no sabía leer, lo tiró a un rincón de la cama, donde el padre lo encontró por la noche cuando entró. Lo cogió para examinarlo.

—¿Sabes de qué va esto?

—No —respondió Noah.

—¿Quieres que te lo lea?

—¿Es una historia?

—No.

—Porque en la tele hay historias mucho mejores —dijo Noah.

—No es una historia —dijo el padre, que carraspeó mientras Noah empezó un duelo silencioso, y su madre entró a escuchar al padre leerle al hijo lo importante que era el proceso de dejarse ir, no avergonzarse de morir, haciéndose el duro ante los miedos del niño. Cuando terminó de leer, dobló el folleto y miró al chico.

—Al final sí que era una historia —dijo Noah Cloth, que suspiró y sintió una punzada. Pero si ahí no hay huesos, pensó distraído, ignorando lo que podía provocarle la enfermedad: todas las irritabilidades y abrasiones de ostra, los pequeños fragmentos

malignos de perla que le perforaban los pulmones como clavos, que resplandecían como nácar, haciendo que su aliento brillara como el rocío.

—Vaya unas vacasiones de ensueño —se quejó Benny Maxine, el de la enfermedad de Gaucher, con Rena Morgan, la de la fibrosis quística.

—¿Qué tiene de malo Disney World?

—Pues nada, si lo que te gustan son las atracsiones, los enanitos y los actores fracasados que no han conseguido ningún trabajo desente y tienen que disfrasarse de animales, y que cuando te quieres sacar una foto con ellos, alargan la sarpa para que les des unas monedas. Permíteme que te diga que a mí eso no me parese divertido. Benjamin Maxine, guapa. Benny para los amigos. Me parese que no nos habían presentado.

—Yo soy Rena Morgan, Benjamin.

—Benny para los amigos.

—Benny.

Se estrechan la mano con solemnidad.

—No, no es para nada la idea que tengo yo de unas vacasiones de ensueño, desde luego que no —dijo Benny Maxine.

—¿Pero has ido ya?

—¿Adónde? ¿A Disney World? ¡Ni loco!

—A lo mejor te llevas una sorpresa. Quizá al final te acabe gustando.

—Qué va —dijo Benny—. Es una espesie de Brighton pero en pijo, nada más. Adventureland, Tomorrowland. ¡Los malditos Países de Nunca Jamás! Tonterías para mocosos, si quieres saber mi opinión.

—¿Los países de nunca más?

—¿Qué? —dijo Benny Maxine—. No, cariño, el País de Nunca Jamás. Ya sabes, adonde va Peter Pan volando con sus amigos en el espectáculo de Navidad. No me refiero al país de verdad, no te hablo de la isla pirata ni de la roca de la calavera. Tú no dises nunca cosas sin pies ni cabesa, ¿verdad que no, guapa? No te preocupes. Aquí somos todos ingleses. Niños y niñas ingleses a punto de estirar la pata. Y es por eso que creo que nos deberían haber consultado, deberían habernos pedido nuestra opinión antes de enviarnos a todos a Florida y a Magic Kingdom para hasernos montar en las atracsiones y exponernos al peligroso sol tropical.

(»—No te gires, guapa —dijo Benny en voz baja, y señaló con el mentón en dirección a Janet Order—, pero a esa no le iría nada mal un poquito de sol.) Es que, a ver, ¿cómo pueden saber ellos dónde le gustaría pasar unas vacasiones de ensueño a un pobre pringado como

este humilde servidor? No ha venido nadie a sentarse a mi lado en la cama para oírme hablar en sueños.

—¿Adónde irías?

—¿De vacaciones de ensueño?

—Eso es.

—¿Te refieres a si pudiera elegir cualquier sitio del mundo?

—Sí.

—Bueno, entonses no habría concurso, ¿no? Es que mira qué tenemos a nuestra disposisión. África, Sudamérica, Australia, Asia. No nos olvidemos de Asia. La Madre Rusia y China, también en Asia.

—¿Es ahí adonde irías? ¿A Asia?

—A Montecarlo —dijo Benny Maxine.

—¿Cómo? Pero si eso está en el sur de Francia.

—En Mónaco. Está en Mónaco.

La niña se rio.

—A mí me parece que es del mismo tamaño que Regent's Park.

—A una casa en primera línea de mar —dijo Benny Maxine.

—Vaya un lugar más raro para escoger —comentó Rena—. ¿Y qué harías allí? ¿Pedirías que te pusieran los sellos en las postales?

—Sí, esacto. Y os las enviaría a ti y a la Niña Azul de allí, que estaríais en Mickey Mouseland. Las firmaría con «Vuestro humilde servidor, el niño que se dejó una fortuna en Montecarlo».

—Ya te gustaría.

—Oye, para ser una mocosa eres bastante espabilada, ¿no?

Con tanta risa Rena Morgan había dado rienda suelta a sus inmensas reservas de mucosidades fibroquísticas. Benny la miró un momento. «Chata, menudo catarro que tienes», le dijo, ofreciéndole un pañuelo limpio. Que ella rechazó con un gesto de cabeza mientras abría una vistosa bolsa de lona de grandes dimensiones y con estampado de flores en cuyo interior parecía haber únicamente, o esa es la impresión que tuvo Benny, nada más que pañuelos, de hombre, más grandes que el suyo, algunos ya arrugados. La niña metió la mano en las profundidades del bolso, la sumergió entre la ropa húmeda y sacó un pañuelo sin usar. Lo cogió de la esquina, lo sacudió y se abrió, desplegándose como una bandera, como una alfombra enrollada, como un paraguas. No se lo llevó a la cara, ni siquiera se sonó, sino que se lo pasó por debajo de la nariz con un gesto continuo, ininterrumpido, como si se pasara por los dientes una mazorca de maíz, pensó Benny, o como una hoja de papel que se mueve por debajo de las teclas de una máquina de escribir.

—Perdona —dijo Rena, estrujando el pañuelo empapado y metiéndolo de nuevo en el bolso. Se la veía bastante recuperada.

—Qué buen truco que tienes para abrir el pañuelo —comentó

Benny.

—Segrego muchas mucosidades. Es un asco —dijo ella—. Tengo fibrosis quística.

—Bueno, todos tenemos nuestra crus, ¿no? Si no, no estaríamos aquí en esta maldita terminal esperando a que nos lleven a Heathrow en putas limusinas como si ya fuera nuestro puto funeral, ¿no crees?

—No deberías decir tacos.

—Tengo quinse años.

—No creo que la edad tenga nada que ver con eso.

—Ya, y yo opino que la edad no tiene nada que ver con el sitio adonde le gustaría ir a una persona a pasar unas vacaciones de ensueño.

—¿Vacaciones?

—¿Perdona?

—No has dicho «vacasiones». Entonces sabes pronunciar correctamente las palabras.

—Estrellita, ¿dónde estás? Me pregunto qué serás.

—¿Y cuál es tu cruz?

—Ah, mi cruz. Mi cruz es la Estrella de David.

—No me entero nunca de qué hablas, Benny.

—Soy judío y tengo una enfermedad judía. De Gaucher se llama. Tengo un higadazo judío, un bazo descomunal. Tengo la cara deforme y el barrigón hinchado. Es la enfermedad elegida del pueblo elegido.

—¿Y qué hace la enfermedad?

—¿Qué hace? Me hace guapo y me da derecho a conocer al Pato Donald en persona.

—¿Y duele?

—Es una cosa muy rara. Rarísima. Se me acumula el azúcar en las células —baja la voz—. ¿Ves los dedos?

—Te muerdes las uñas.

—Por capricho. Me mastico los puños. Me lamo las palmas. Soy puro caramelo. Me exprimo la lengua y sale zumo dulce; mi saliva es mejor que un refresco. Mira. —Se desabotonó la manga de la camisa. A lo largo del brazo tenía una especie de grafiti misterioso e inconexo de marcas de dientes borrosas en forma de media luna—. Soy un caramelo, soy un pastel, soy sirope, soy hidromiel. Soy melaza y mermelada. Soy bombones y miel. Es increíble. Engordo que no veas. Pero no, no duele. Solo cuando se me rompen los huesos. Tengo unos huesos tan frágiles como cacahuetes. Es como caries, solo que en el tuétano.

—Vaya, es horrible —dijo Rena.

—Ya, bueno, aquí todos somos horribles. ¿Qué me dices de la

chavala azul? La que parece un banderín. Y ese tal Cloth, el del cáncer, que lo van cortando y vaciando tanto que si sobrevive terminará pareciendo un trozo de asado de domingo.

—Eres terrible.

—Me hace perder el apetito, este grupo —dijo Benny Maxine—. Con esta gente cerca me parece que no podré darme ni un mordisco en paz.

—Ay, Benny.

—¿Sabes qué es una tontina?

—¿Una tontina?

—Es como un acuerdo. Normalmente lo hacen los viejos. Pilotos de guerra, viejos tarumbas, como en los Irregulares de Baker Street, gente que anda metida en alguna operación estrafalaria. Cada uno pone algo en el fondo común y quien sobrevive se lo queda todo. Eso es lo que tendríamos que hacer nosotros. Montar una tontina. Podríamos pedirle al señor Moorhead que calcule lo que nos queda de vida a cada uno. Como hacen los agentes con los seguros de vida. Dividimos el resultado de la suma y… Eh, oye —se interrumpió Benny Maxine—, no, mujer. Eh.

La niña se puso a llorar y las lágrimas se le mezclaban con la gelatina clara que le salía de la nariz.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber su madre, que estaba hablando con otros padres y el personal y salió corriendo en su ayuda—. Para, Rena. ¡Basta! Ya sabes qué pasa si lloras. Ay, Rena. —Abrazó a la niña y empezó a limpiarle la nariz con toques suaves con los pañuelos de la bolsa de lona, secándole los mocos, taponándoselos, cortándolos, como si fuera una extraña hemorragia irrefrenable.

Bale temía que no fueran a salir nunca. Imprevistos de última hora. A estas alturas eran casi una señal. Algo debería haberle hecho ver las señales de alarma, debería haberle advertido. Vete o sucumbe con ellos, los pobres niños condenados que tiene a su cargo. (A su cargo, desde luego. Las bombas de Bale. Activadas. A punto de explotar. Sus muchachos de relojería. Se sentía como un artificiero). Estaba allí Ginny, y Eddy la saludaba y gritaba «¡Aquí, aquí!», como en una reconciliación de película; los niños miraban como si les hubieran colado un impostor, y el listillo, Benny Maxine, ponía los ojos en blanco y decía «ajá y ¿ahora qué hacemos?», como si supiera algo. Vaya con el chaval, pensó Bale. Le gustaba llamar la atención, ponía un acento falso de clase obrera, de barrio del este, cuando lo más cerca que había estado de Whitechapel había sido en las películas de Michael Caine; y mientras tanto Eddy había visto a Ginny y estaba montándose sus películas, llorando y riendo como un demente en la

abarrotada terminal de salidas de Heathrow y cantando «¡Aquí, aquí!», como si estuvieran en el andén de la estación de Waterloo, ambos atrapados entre la gente indiferente, nadando contra corriente como salmones, y Eddy pensando en qué le iba a decir. Ginny no era solo un espejismo, no se trataba de alguien que se le pareciera, que llevaba el pelo como ella o que tenía tics similares. Era Ginny Ginny y, lo que era aún peor, estaba incómoda. «Ostras, Eddy, no recordaba que hoy era el gran día». «Vaya, ¿entonces qué haces aquí?». «He quedado con un amigo». «Ah», dijo Eddy. «¿Son esos los niños?». «¿Qué? ¿Ellos? ¿Esa criatura azul que parece que se haya caído dentro de un zumo de uva? ¿El chaval que no tiene donde ponerse el anillo? ¿Esa cría con peluca que parece que esté de ocho meses? ¿O quizá te refieres al mozalbete con cara de bobo que chupa quimioterapia del biberón?». «Ay, Eddy». «¿Qué amigo?». «Mi novio, Eddy». «Tu novio, vale». «No quiero entretenerte», dijo ella. «Lo conozco?». «Ay, Eddy». «Dímelo». «Sí». «Pues ¿sabes qué, Ginny? Muy mal. Te lo digo en serio. Casi que me compadezco de ti. Porque, por más que me esfuerce, sinceramente, no se me ocurre nadie que conozcamos los dos que me llegue a la suela de los zapatos en cuestiones de amistad o lealtad». En ese momento se produjo un alboroto en la sala que agradeció, un rumor parecido al que acompaña la llegada repentina de un famoso, y Eddy Bale se volvió a mirar.

—Ay, Dios —dijo—. Es el sabihondo.

Benny Maxine estaba hablando con los periodistas.

—Benny, después de todo este revuelo, ¿qué es lo primero que tienes pensado hacer cuando embarques?

—Secuestrar el avión y llevarlo a Montecarlo. He hablado con mis colegas y hemos convenido que Florida está muy bien si lo que te van son las naranjas y los cocodrilos, pero que Montecarlo es lo más para pobres pavos como yo que quieren tener un último rollo antes de dejar huérfanos a mamá y a papá, como si dijéramos. La ruleta, el *chemmy* y las playas nudistas, ¡ese es el sitio ideal para nosotros! —anunció Benny Maxine con su estilo impostado ante las cámaras de televisión.

—¿De verdad piensas secuestrar el 747, Benny?

—¿Eres del Times?

—Del Evening Standard.

—Quiero ver al tío del Times. Es lo que lee la reina, ¿no?

—Yo soy del Times.

—Dile a la reina que somos todos ingleses, leales súbditos desde el primero al último. Dile que vamos allá donde nos manden. Díselo a los de Piccadilly, díselo a los de Leicester Square. Díselo a los del campo de juego a lo largo y ancho de este maravilloso reino. Puede que no seamos más que unos pobres críos enfermos terminales que están a

punto de palmarla, pero somos ingleses de pura cepa. ¡Hip hip, ha ha!

Se quedaron mirándolo.

—¿Me he pasado? —preguntó con su manera normal de hablar.

Después de Benny, la prensa se fue a buscar las opiniones de enfermos más solemnes y recogió las ideas azules de Janet Order, las perlas amputadas de Noah Cloth, la historia lacrimógena de Rena Morgan y la agudeza y sabiduría de Lydia Conscience, Charles Mudd-Gaddis y Tony Word.

—Yo soy la mejor fuente —le dijo a Bale un Benny Maxine enfurruñado—. Aquí el personaje soy yo.

—Esto no es un concurso, Benny —lo consoló Eddy—. No seas exagerado.

—Jimmy Cagney —dijo Benny Maxine—. Quiero irme como esos tipos que recorrían los últimos metros hasta la silla eléctrica. Masticando chicle y contando chistes. «Sé qué pretende, padre. Es usted un buen hombre, pero pierde el tiempo. Yo solo soy un tipo duro de pelar, padre».

—Vamos, Benny.

—Tengo quince años, señor Bale. En cambio esos otros críos… Algunos están más enfermos que yo, pero me parece que aún no se han hecho a la idea. De cómo están las cosas. De que Dios y la ciencia ya se han despedido de ellos. Los muy bobos están entusiasmados de verdad.

—Oye, Benny, no te vayas a pensar que tú estás aquí para meter a nadie en vereda. No hay horarios. Esto no es el tren del Estado. Déjalos tranquilos y olvídate de tu información privilegiada.

Después puso al corriente a la niñera, Nedra Carp, sobre Benny:

—A ese hay que atarlo corto, señorita Carp. Quiere contarles historias de fantasmas a los demás.

—Llámeme niñera —le pidió Nedra Carp—. El príncipe Felipe me llamaba así. Y Su Majestad también.

Y el señor Moorhead, quien le advirtió que muy probablemente Benny se encontraba en una fase maníaca y que cabía esperar que le siguiera una depresión reactiva, le dijo a Eddy que aunque a estas alturas no podía hacer gran cosa por el chico desde el punto de vista médico, si los síntomas se intensificaban, podrían tomar ciertas medidas.

—Por Dios —dijo Bale—. ¿Es maníaco depresivo?

—Lo tenemos controlado. Si la depresión se agudiza —dijo el médico—, puedo darle las rojas.

—Las rojas —repitió Eddy.

—Sí —dijo el buen médico—, y si se viene arriba, le podemos dar las azules.

—Las rojas y las azules —dijo Eddy Bale observándolo.

—Anfetas y tranquilizantes, Eddy —le explicó el doctor de manera científica—. Podríamos haber evitado esta situación si hubiéramos contado con los perfiles psicológicos de los chicos. También puede que sea conveniente que evitemos que coma dulces.

Eddy Bale pensó en las uñas de alto contenido calórico de Benny Maxine.

Porque los imprevistos de última hora no se habían reducido al pasaporte extraviado o a los amigos de los niños que formaban un corro a su alrededor para despedirse, eran los consejos de los familiares, que pedían especial atención a los tics y hábitos de los niños y que habían decidido revelárselos solo en el último momento a Eddy, a su personal —Bale cogía apuntes con una taquigrafía furiosa e improvisada que más tarde no sería capaz de descifrar—, ofreciéndoles la ayuda del conocimiento habitual de las costumbres de los niños, la experiencia directa de entre ocho y quince años que tenían de su descendencia, y les daban detalles —incluso a las azafatas, a los auxiliares de vuelo, al piloto, a la tripulación del 747 que había salido para ver a los pasajeros especiales— de todo aquello que se les ocurría, como si los niños fueran puertas defectuosas que solo ellos sabían cómo abrir, o coches difíciles de arrancar a menos que se sepa cómo girar la llave —Eddy escribía y escribía—, o casas que se alquilan temporalmente a desconocidos, encasquetándoles a ellos, también, medicamentos que debían conservarse en el frigorífico, juguetes descascarillados, muñecas rotas, pedazos de manta, muestras de prendas: todas las raciones de emergencia para afrontar los momentos de crisis. (Igual que si los niños fueran mecánicos, como si sus trastornos fueran defectos de funcionamiento de una máquina que no es tuya). O incluso la muchedumbre que formaban los periodistas. No eran imprevistos, ni siquiera eran trucos útiles, sino más bien una serie de conjuros y hechizos. Y Eddy intentaba estar en todo, anotarlo. Los verdaderos imprevistos eran los miembros de su extraño personal. Solo Colin Bible mantenía la calma. Solo a Mary Cottle se la veía serena. Los propios niños estaban inmersos en una revuelta de palacio, un golpe sin sangre. No hacían ruido —ellos no eran niños de hacer ruido, solo daban voz a su dolor con fortísimos bocinazos de alarma—, se paseaban por caminos prohibidos, utilizaban en exceso las fuentes de agua, apretaban los ceniceros que funcionaban con palanca, tocaban los elementos del equipo televisivo ahora desmontado, los micrófonos y las luces, miraban cómo aterrizaban los aviones, los señalaban, con los ojos ávidos de catástrofes. (Bale cogía apuntes frenéticamente, abreviando, anotando, subrayando, poniendo signos de exclamación cual dagas desenvainadas al lado de los puntos clave, sobre los que luego daría vueltas, preguntándose qué podían querer

decir).

De un lado de la boca de Bale:

—Niñera, por favor, ponga orden.

—Ahora mismo —respondió Nedra, y Bale, por el rabillo del ojo, con un oído sí y el otro no y con solo una fracción de su atención ya dividida, reparó enseguida en la dimensión del error que había cometido. Nedra se mostraba ansiosa e intimidada, sus meses con el príncipe Andrés, lejos de haberle supuesto una ventaja, no habían sido más que un ejercicio de autoridad menoscabada y diluida. (Eddy debería haberle pedido referencias a Su Majestad). Él la vio tal cómo era, más canguro que niñera, la que los cubría con la manta, la que empujaba los cochecitos, bastante protectora pero incapaz de otra cosa que no fuera demostrar lealtad, una partidaria de los laboristas, imaginaba Bale, cuando gobernaban ellos, y de los conservadores cuando era el turno de los conservadores, se colgaba de la teta de la autoridad, pasaba inadvertida, invisible como un pariente pobre o una tía solterona. ¿No estarían mejor sentados en las bonitas butacas del aeropuerto?, se preguntaba Nedra. ¿No querían echar un vistazo a algunos de los mejores periódicos del país después de que los viajeros los hubieran dejado? Tal vez los niños mayores podrían leerles las noticias a los más pequeños.

—¿Es una broma? —dijo gruñendo Charles Mudd-Gaddis.

—Por supuesto que no, Charles —respondió Nedra Carp—. Siento que te lo tomes así.

—Puede que solo tenga ocho años y no llegue al metro de estatura, pero no soy uno de «los más pequeños».

—Claro que no.

—Tengo progeria —se lamentó.

—Sí.

—Es una enfermedad —protestó.

—Lo sé.

—Me hace envejecer de forma prematura —se quejó.

—Shhh, shhh.

—Me arrugo todo como si fuera un viejo —dijo hoscamente.

—Claro, claro —respondió ella, mirando alrededor con desespero, estudiando los bonitos ceniceros de palanca de Heathrow, por si le entraban ganas de vomitar.

—Me arruga la piel, me endurece las arterias y me provoca la caída del cabello —dijo apesadumbrado.

—Es lo más normal —dijo ella distraídamente.

—Nadie sabe cuál es la causa —añadió con rencor. Señaló al médico—. Ese, por ejemplo. Él no conoce la causa. Ni tampoco la cura —refunfuñó.

—Seguro que están trabajando para encontrarla —comentó Nedra Carp alegremente.

—Demasiado rara —respondió cortante Mudd-Gaddis.

Nedra Carp se había distraído. Observaba las cómodas butacas del aeropuerto y le habría encantado estar sentada en una de ellas, acurrucada con uno de los periódicos nacionales que los viajeros siempre dejaban. «¿Perdona?», dijo, redirigiendo su atención al niño.

—He dicho «demasiado rara». Oye, ¿es que estás sorda? —le preguntó irritado—. Un niño de cada ocho millones. Nadie va a dedicar fondos para que se erradique la progeria cuando solo la tiene una persona entre ocho millones —gruñó.

Nedra Carp asintió.

—Me produce estreñimiento y me pone de mal humor —le dijo malhumorado.

—Qué horror.

—Tengo que tomar zumo de ciruela —explicó con resentimiento.

—Procuraré que siempre haya.

—Pero estoy en plena posesión de mis facultades mentales —protestó indignado.

—Desde luego —dijo Nedra Carp.

—Y me atrevo a decir que es más de lo que puede afirmar la mayoría —añadió con tono acusatorio—. Puedo recordar cosas que me pasaron a los dos años como si hubiera sido ayer. Soy muy despierto para mi edad.

—¿Y de ayer?

—De ayer no me acuerdo.

—Ya veo.

Él la escrutó.

—¿Sí? —preguntó Nedra Carp para ver si le sonsacaba algo.

—¿Eres mi tío Phil?

—Soy la niñera —contestó la niñera.

—Eso es —dijo Mudd-Gaddis, y se fue arrastrando los pies, y Nedra Carp miró al hombrecito marchito con una especie de pavor. Aquí la autoridad era la muerte. Aquí imperaba la muerte.

Bale, que había oído a Benny Maxine proponer a los niños apostar por ver quién volvería con vida y quién no, quería participar de todo aquello. El chaval establecía cuotas diarias altísimas para quien acertara los dos primeros nombres de los fallecidos y sugería apuestas complicadas, como trifectas. Cuando lo miraron raro, él argumentó que aquello no tenía nada de ilegal, que era como la quiniela. Eddy pensó en ir a hablar con el chico. Le diría que pusiera el nombre de Nedra Carp debajo del suyo.

Entretanto, Ginny había vuelto con un hombre que le resultaba familiar, que se parecía bastante —salvo por la ropa que llevaba— a Tony, el que tenía el quiosco-estanco del barrio. Un bonachón con una especie de gabardina práctica, de esas que a veces se ponen los periodistas de la televisión cuando están trabajando fuera, que parecía sentirse como en casa en un aeropuerto internacional como Heathrow, con sus elegantes cremalleras, presillas, hombreras y una mano metida en lo que podría ser un bolsillo donde guardar un mapa, y tenía toda la pinta de ser un agente doble. Podría haber estado sujetando perfectamente una pistola, desprendía jovialidad por los cuatro costados y una especie de rubor histérico —¿regocijo?— y daba la impresión de que en cualquier momento podía darle un ataque apopléjico.

—¿Te acuerdas de Tony? —le dijo Ginny.

—¿Cómo estás, Eddy? —dijo Tony y sacó de las profundidades de su gabardina la mano que sujetaba la pistola. Bale se preguntó por qué se llamaban Tony todos los hombres que destrozaban familias en Gran Bretaña—. Qué grupete tan simpático —añadió afablemente el presentador, señalando a los niños terminales—. Oye, no parece que estén tan enfermos.

—¿No? —dijo Bale.

—Bueno —precisó Tony—, la niña del bombo parece que está demasiado débil para poder llevar a término el embarazo.

—La niña del bombo.

El amigo de Ginny señaló a la pobre Lydia Conscience, de once años, cuyo tumor de ovario había hecho que su barriga tuviera el aspecto del de una embarazada de siete u ocho meses.

—Tiene disgerminoma —dijo Eddy Bale con gran dignidad fingida —. Es un tumor lo que lleva a término.

—Hum —añadió el corresponsal extranjero con aire pensativo—. ¿Sabes lo que me llama la atención de todo esto?

—¿Qué?

Bajó la voz.

—Cuando se ponen enfermos, todos se quedan escuálidos, y eso hace que los ojos se les vean enormes —explicó—. Pero los ojos no crecen. Está comprobado. Los ojos ya están completamente desarrollados en el momento del nacimiento. Luego, cuando se les queda la cara chupada, es penoso. Los ojos son «el espejo del alma». Los ojos grandes les tocan la fibra sensible a los cristianos. Las organizaciones como Oxfam lo saben. Por eso se ven tantos ojos grandes en los anuncios, Eddy. —Bale, a su vez, abrió los ojos como platos y miró a su mujer, que agarrada del brazo del tipo, estaba allí pegada como uno más de los accesorios de la gabardina. Tony, que

interceptó la mirada, alzó los hombros tímidamente y dijo—: Se me hace un poco raro llamarte así, Eddy.

Bale se puso a estudiarlo y al final dijo:

—Dime una cosa, ¿quieres?

—¿Qué?

—¿En serio eres nuestro antiguo estanquero?

—¿No me reconoces?

—Sin la chaqueta y sin los botones flojos colgando de un hilo, no. Así, ¿te estás ventilando a mi mujer, Tony?

—Esa no es una pregunta que pueda hacerse entre caballeros —contestó fríamente el quiosquero.

—Venga, tío. ¿Sí o no?

—Diría que eso no es de tu incumbencia —dijo quien les vendía los helados.

—¿Demasiado personal?

—Sí —dijo hurgando en el bolsillo de la gabardina en busca de una granada—, diría que es demasiado personal.

—Dirías que es demasiado personal.

—Eso diría. Sí.

—¡Imagino que cuando nos vendías tabaco no era nada demasiado personal! —explotó Bale—. ¡Supongo que cuando te comprábamos el maldito periódico no era nada demasiado personal! —gritaba absurdamente. Vio a Mary Cottle reaparecer después de ir al baño. Parecía que los observara desde detrás de una tranquilidad espesa, casi pesada. Eddy se dirigió a su mujer—. Esto es una broma, ¿no? ¿Presentarte en la terminal de salidas de esta manera?

—¿Una broma?

—¡Por el amor de Dios, si es nuestro quiosquero! Vive detrás de una cortina amarilla. Cuando se abre la puerta, suena una campana y sale para vender diez peniques de caramelos. ¿Cómo has conseguido que cierre?

—¿Sabes una cosa, Eddy? Eres un esnob.

—Tony, la verdad es que no te había reconocido con este atuendo. Eres actor aficionado, ¿verdad? Se te da bien. Muy bien. ¿A que es bueno, Ginny? Mirad, gracias por venir a despedirnos. A los dos. En serio, gracias. Es una ocasión triste. Y la verdad es que estaba nervioso. Habéis conseguido que se me haya pasado.

—¿Con este atuendo? ¿Atuendo?

—Mirad —dijo Bale—, os lo agradezco.

—Pues claro que me la ventilo —dijo Tony—. Ya lo creo que sí. Nos ventilamos mutuamente. Por turnos. Detrás de la cortina amarilla.

Ginny tiraba de la manga de la gabardina de Tony y le dijo:

—Vamos, que perderemos el avión.

Benny Maxine observaba con atención. Mary Cottle también. Colin Bible levantó un momento la vista del biberón de zumo de naranja con medicina que le estaba dando a Tony Word cuando la tetilla se le salió de la boca, salpicando en el ojo al niño, que se sobresaltó.

—Fíjate en lo que haces —dijo el pequeño—, que escuece.

—No te quejes —le dijo Colin—. Eso es señal de que hace efecto.

—¿No es demasiado mayor para estar tomando la medicación en biberón? —preguntó Noah Cloth.

—Es que sabe muy mal —explicó Colin—. Con un poco de teta, la medicina pasa mejor. No me preguntes por qué.

Noah Cloth se fue corriendo a contarles a los demás lo que había dicho Bible.

El señor Moorhead estaba haciendo una especie de ronda de visitas por la sala del aeropuerto, tomaba el pulso de los niños con aire abstraído, les ponía el dorso de la mano en la frente, les examinaba la garganta, les miraba los ojos y los oídos, hacía bromas y reconfortaba tanto a padres como hijos con su presencia enorme y complicada.

Un auxiliar de la compañía aérea se aclaró la garganta en un micrófono encendido.

—Bueno —dijo Ginny, extendiéndole la mano a su marido—, que tengáis un buen aterrizaje.

—Por turnos —dijo Eddy Bale, estrechándole la mano.

—Buen viaje, Colin —le deseó Ginny al enfermero de su hijo muerto. Bible la saludó con la cabeza y ella se fue con su amante.

Los padres daban abrazos a sus hijos y a los de los demás. El compañero de piso de Colin Bible, que había aparecido justo cuando los niños y sus cuidadores estaban a punto de embarcar, se acercó, le dio una palmada en la mejilla a su amigo y le entregó lo que parecía una flamante cámara Polaroid. Mary Cottle sonreía como si estuviera soñando cuando Lydia Conscience empezó a recitar: «Ahora que me voy a dormir, que guarde mi alma al Señor le voy a pedir. Y si me muero antes de despertar, que mi alma se quiera llevar».

—Es tal como dicen —observó Benny Maxine—. No hay ateos en las trincheras.

Y Eddy Bale, al subir al avión, se preguntó para sus adentros qué es lo que creía que estaba haciendo y, extrañamente, aunque tampoco por primera vez, se preguntó qué demonios pasaba detrás de aquella cortina amarilla.

4

El señor Moorhead no debería haberse preocupado. No logró dormir durante el largo vuelo transatlántico. No había querido pagar por los auriculares y se quedó sentado a oscuras viendo una película que ya había visto, intentando concentrarse al máximo, leer los labios de los actores, o hasta evocar la banda sonora majestuosa y bastante clásica, para ver si así podía relacionar lo que recordaba de la historia con las escenas mudas e insustanciales que se proyectaban ante él en una pantalla del tamaño de una mesita. Por algún motivo el ejercicio le recordó a su época de estudiante de medicina, cuando había pasado noches enteras preparándose para un examen. Un primer plano de la heroína le trajo a la memoria la oscura patología de una enfermedad degenerativa; un plano general de la calle de una ciudad, el recuerdo agudo, desierto y cerrado de una epidemia; una panorámica de una multitud, el sabor y la textura metálica de la peste. Casi no apartó los ojos de la pantalla —una vez para ajustar el volumen de los auriculares de Tony Word y otra para ir a buscar una manta más para Lydia Conscience— y cuando terminó la película, el señor Moorhead tenía en la cabeza una idea confusa del argumento ligeramente melodramático mezclado con las amargas etiologías de un centenar de enfermedades.

Lo que lo había alterado, aunque fuese inconscientemente, lo que lo había llevado a realizar ese extraño esfuerzo por recuperar todo un largometraje que no había disfrutado ni cuando lo había visto por primera vez, era el miedo a la posibilidad de tener que compartir habitación con Colin Bible.

No soy mala persona, pensó el señor Moorhead. No le hago daño a nadie. Y, mientras se preguntaba si era buen médico, empezó a llorar en silencio.

En el asiento de al lado, Benny Maxine se revolvía y lloriqueaba en sueños. El doctor le quitó los zapatos de los pies hinchados con delicadeza y le acomodó la mantita de la compañía aérea, que se le había quedado enganchada por debajo y la soltó. Le colocó bien la almohada para que estuviera más cómodo e hizo una mueca cuando vio la boca extrañamente abierta del judío, la estructura ósea

hinchada, casi flexible, que confería a la cabeza de Benny una anómala blandura. Si hubiera podido, habría remodelado el rostro del chico dándole golpecitos y masajeando los huesos enfermos para devolverles la forma, y después habría chafado la piel dilatada de alrededor como habría hecho con la arena húmeda de las torres y adornos de un castillo en la playa.

El señor Moorhead sentía impulsos caprichosos hacia la quiropráctica, un afán de Pigmalión de la medicina, el deseo de extraer salud, de sembrarla como un cultivo en una placa de Petri, de acomodar, igual que había hecho con la manta y el cojín de Benny, quitando todos los hilos enredados y los nudos enmarañados de los achaques y las enfermedades. En la universidad había sido el mejor de la clase de anatomía, era un mago del cuerpo humano, tenía un instinto casi de escultor con los músculos y los huesos, era casi un geólogo o un adivino con los esquistos y los fluidos de las formas. Con un solo vistazo era capaz de ver las distorsiones de una tabla anatómica y todas las puntas abiertas de un órgano interno mal dibujado. Tenía ojo de artista para el cuerpo humano, y, en los museos, se ponía a diagnosticar a las estatuas, explicando entusiasmado a sus amigos boquiabiertos, incluso a desconocidos, qué estatuas y qué cuadros se habían hecho a partir de modelos de carne y hueso y cuáles eran solo el ideal platónico del pintor o el escultor. Pensaba que Miguel Ángel era un impostor. «Si hubiera existido un modelo de verdad para el David —le había dicho una vez a su profesor—, seguramente seguiría vivo». Y tenía la teoría de que, en caso de haber existido La Gioconda, su bocio incipiente la habría matado antes de llegar a la treintena.

Y ahí estaba el problema. Un amigo a quien le había explicado sus ideas sobre el David era estudiante de la Royal Academy of Art. «Oye, Moorhead —le había dicho el amigo—, existió de verdad. Un modelo. Un chico judío por el que Miguel Ángel estaba colado. Auténtico de cabo a rabo, polla sagrada circuncidada incluida. Hay moldes reales en el sótano de la Royal Academy».

—Moldes reales.

Porque estaba obsesionado con su ideal de salud y de vida, con un concepto plenilunar de la lozanía y el vigor. De la energía, de la exuberancia, del cuerpo que desborda plenitud solar, la apertura total de diafragma, el apogeo solsticial, como un barco que flota en el agua en el espacio preciso entre sus líneas de flotación. La breve perfección de las flores le partía el alma. Los animales sanos también. Todos los especímenes perfectos, ya fuesen machos o hembras. Cualquier forma de vitalidad despreocupada, todo aquel organismo que fuera inconsciente al dolor y ajeno a la muerte. Por ese motivo se había hecho médico y se había especializado en pediatría. Por ese motivo los

judíos lo asustaban y lo fascinaban al mismo tiempo.

Ya era médico residente cuando vio las fotografías. De los supervivientes. De los campos. No eran hombres, eran esbozos de monigotes destrozados. Versiones en declive y obscenas de todos aquellos paradigmas de lo humano que había estudiado en la universidad. Y aquello anuló para siempre su ideal casi perfecto de salud e integridad, de inmaculada pureza, todos aquellos prospectos y gráficos lustrosos, transparentes, que, casi sin pensar en ello, le habían infundido una idea del hombre centrífugo, la noción de salud como algo que se irradia desde un centro fijo, órganos y glándulas, cartílagos e intestinos que se influyen mutuamente, que transmiten vida eléctrica de verdad desde un ónfalo que no se ve, invisible —¿núcleo?, ¿esencia?, ¿alma?— como si el cuerpo, el propio cuerpo, fuera solamente una especie de testimonio arqueológico, una pila secuencial y aritmética de palimpsestos acumulados. Las fotografías habían sido una revelación para él, algo asombroso, no porque revelaban lo que eran capaces de perpetrar los hombres, sino por lo que le enseñaron sobre su propia profesión. Tuvo que revisar todas sus antiguas teorías. En el centro de todo estaba la enfermedad, no la salud; su idea de núcleo, esencia y alma, ahora obsoleta, había quedado degradada a la idea de defecto, nódulo, grieta; la enfermedad incipiente era la semilla que producía los gérmenes del contagio que se propagaban por los circuitos intoxicados del ser. Se colocó una lupa de joyero en el ojo y examinó, analizó, escrutó sus constituciones destrozadas. A partir de esqueletos inconexos y hundidos, huecos y cráteres debajo de piel con bolsas como las de un papel pintado que se ha puesto mal en la pared, se atrevía a hacer diagnósticos espectaculares, prognosis asombrosas. Debía de parecer un falsificador perfeccionista, que comprobaba las radiografías dos veces, incluso tres, en busca de errores y defectos. Aprendió más de esas fotografías espantosas que de la carne perfecta de sus textos médicos idealizados. A su jefe de departamento, un judío, debió de parecerle un loco cuando lo pilló con la lupa en el ojo como si fuera un prestamista y las fotos esparcidas ante él como imágenes pornográficas.

Sin embargo, Colin Bible era otra historia.

Colin Bible era un ejemplar perfecto, y al señor Moorhead lo turbaba. No estaba preparado para nadie como él. Lo más probable es que el enfermero fuera maricón y, el médico, que ya estaba enamorado de la visible salud del hombre, se mordía las uñas al pensar que quizá tenía que compartir habitación con él. Se arrepentía de no haber convencido a su esposa, una mujer tranquila, no fea pero inofensiva a sus ojos por las venas varicosas que tenía en las pantorrillas, para que lo acompañara. Moorhead, que deseaba ser buena persona, la echaba de menos. Volvió a llorar, pero esta vez no

fue en silencio, sino a moco tendido.

Benny Maxine se movió y murmuró algo en sueños, y Moorhead se acercó a escucharlo.

—No juegues si no puedes permitirte perder —masculló.

A Lydia Conscience le dio la risa tonta. Entre todos los niños que había en el avión —en realidad, entre todos los niños que dormían en el mundo en ese momento, tanto los que estaban descansando de noche como los que estaban haciendo una siesta—, ella era la única que soñaba con Magic Kingdom. Lo sabía porque la señal estaba libre y no había ningún zumbido que molestara en la línea. Y, aunque era una niña generosa, se alegraba de tener el sueño para ella sola, no como en el hospital, donde siempre tenía que compartirlo todo —la atención de las enfermeras, las chucherías, las visitas, la tele grande de la sala— con los otros pacientes.

El parque enorme no estaba vacío de visitantes —eso le habría dado miedo—, pero no había largas colas para subirse a las atracciones o para entrar en los espectáculos o los restaurantes, ni había nadie en los lavabos limpios. En la fresca y cómoda tienda de primeros auxilios había una enfermera y un doctor de guardia, pero no había nadie con ninguna urgencia, ni siquiera un niño perdido que ocupase una camilla y dejase todo perdido con envoltorios de caramelos, botellas de refrescos o un cono de helado tirado derritiéndose en el suelo. Aparte de la tripulación alegre y eficiente, Lydia tenía para ella sola todo el submarino lujoso del Capitán Nemo, espléndidamente amueblado, y cuyos ojos de buey ofrecían buenas vistas de las otras embarcaciones de la flota que se exhibían como delfines en el agua oscura y limpia, un agua que Lydia imaginaba helada por su garganta, como las compresas de hielo que le bajaban la fiebre y le refrescaban el sueño.

Por todo Magic Kingdom había la misma circulación de perfectos grupos reducidos, que estaban allí con el único propósito de hacer resaltar los fantásticos edificios y las maravillosas atracciones, que debían aparecer, o esa era la impresión que tenía Lydia, como en los proyectos originales: adultos acicalados con sus hijos sanos y ordenados que reposaban en los amplios bancos y se paseaban ociosos por los hermosos pabellones del parque, por las preciosas vistas y paisajes; los visitantes —Lydia era la excepción— parecían estar dibujados, como siluetas atractivas en un folleto, respetuosos como los invitados de un cóctel en un jardín. Lydia estaba encantada porque tenía unas vistas perfectas y sabía que se encontraba claramente en una posición privilegiada. Durante el paseo por el río, por ejemplo, en el barquito a vapor que recordaba vagamente al de *La reina de África*, entre el ruido del motor renqueante y el honorable capitán sucio y

desaliñado, Lydia se sintió lo bastante cómoda hasta en las partes más traicioneras a través de la jungla, navegando por el río tortuoso, como para cargar su cámara, encontrar la luz perfecta, enfocar con atención y disparar en el momento exacto en que estuviera satisfecha con la composición. Cuando un hipopótamo de aspecto bravío se sumergió en las aguas embarradas al pasar la embarcación, Lydia tuvo la suficiente presencia de ánimo para pedirle al capitán que apagara el motor y poder sacar una foto mejor cuando el hipopótamo volviera a la superficie.

—Hipopótama —dijo el capitán.

—¿Cómo dice? —preguntó Lydia Conscience con aire interrogativo.

—Es una hipopótama, es hembra, señorita —le informó el hombre —. Hace eso por sus crías. No está jugando, *mademoiselle*. De hecho, a los hipopótamos no les gusta nada el agua, igual que a los gatos. Es solo por una cuestión de higiene. Quiere dar ejemplo a sus pequeños. Deben de estar muy cerca, si no, ni se le habría pasado por la cabeza. Saldrá a la superficie dos veces más, hará ese ruido por el que son tan famosos los hipopótamos, la llamada especial que hará que los pequeños acudan raudos cuando la oigan. Esa sí que es una buena foto, mi damisela. Llevaré el barco hasta una zona donde el agua esté un poco más clara. Así podrá hacer una foto de las crías mamando.

—Qué me dice, señor Bale —exclamó Lydia.

—Es su manera de respirar, *fräulein* —le explicó el capitán entrecano—. Cogen el aire de la leche de la madre. La respiración de los hipopótamos es asombrosa, pero los pulmones de las crías son tan pequeños que si no hicieran eso, se ahogarían.

—La naturaleza es maravillosa —dijo Lydia Conscience.

—Es alarmante, compañera. Yo no he ido nunca al colegio —le explicó el hombre—. Todo lo que sé lo he aprendido aquí en el río. — Y haciendo un gesto amplio con el brazo, señaló los patitos de goma que flotaban por la superficie del agua, los tiburones mecánicos a cuerda y el entramado de palmeras que había a lo largo de las orillas.

Antes de que el viaje terminara y el revisor le pidiera el billete, Lydia tuvo varias oportunidades de hacer buenas fotos. Consiguió un primer plano de Tarzán arreglando su casa en el árbol y una toma espectacular de un pícnic de caníbales. Una vez más, el capitán silenció el motor y, llevándose los dedos a los labios, indicó a Lydia que no dijera nada. Juntos escucharon las alegres canciones de los caníbales alrededor de la hoguera.

—Qué bueno —dijo Lydia cuando reanudaron la marcha—. Como no soy de un país tercermundista, soy de Londres, esta es una fantástica oportunidad que tengo para descubrir lo que pasa allí.

El capitán de pelo cano y tristes ojos de acero asintió prudentemente.

—Pues espérate a conocer a Mickey —le dijo.

—¿Mickey?

—Mouse.

—¿De verdad conoceré a Mickey Mouse?

—Una audiencia privada, *memsahib*.

—¡Una audiencia privada!

El capitán bajó la voz.

—Porque tú eres la única que de verdad quería venir a las vacaciones de ensueño.

Era cierto. Lydia Conscience había querido visitar Magic Kingdom desde hacía un porrón de tiempo. Por temor a ofenderlo, no podía contarle al capitán que sus auténticos favoritos eran el Pato Donald, Goofy y Dumbo, hasta los 101 Dálmatas, pero el astuto y viejo trotamundos, que algo sospechaba, eliminó cualquier objeción que la niña hubiera podido tener.

—Es muy amable, en serio. No es verdad que sea un estirado, como se inventan sus detractores. Y tiene unos poderes maravillosos. Si le coge simpatía a algún crío, no hay nada que no…

Pero antes de que el capitán pudiera terminar la frase, se empezaron a oír señales de que la línea estaba ocupada e interferían con el sueño. Llegaban de Holanda, llegaban de España. Llegaban de un centenar de países donde los niños pequeños se preparaban para dormir su siesta.

Lydia era una niña generosa y normalmente eso no le habría importado. Disney World era un lugar lo bastante grande para todos. Había sido agradable no tener que hacer cola ni lidiar con multitudes, desde un punto de vista estrictamente práctico, para ella era más seguro no correr el riesgo de toparse con gente teniendo aquella voluminosa barriga que le dolía cada vez que se rozaba con algo, como si se hubiera pillado un dedo del pie en una puerta. Y además le daba vergüenza. Era perfectamente consciente de su aspecto ante los desconocidos (U-N-B-O-M-B-O). Y hacía tiempo que se había acostumbrado a llevar un anillo de compromiso y una alianza de pacotilla que se había comprado para que la gente no se hiciera una idea equivocada (o más bien sí que se la hacían, y ella se reía). Sin embargo, ahora la idea de encontrarse con aquella niña azul le ponía los pelos de punta. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí: Janet. Janet Order. A quien estaban haciendo subir a bordo ahora mismo. Así que Lydia Conscience corrió a esconderse, con su gran tumor meneándose dolorosamente en el líquido amniótico que se había formado a su alrededor.

En la zona de fumadores hacia el fondo del avión, Janet Order finalmente había sucumbido al sueño. Janet era una niña que recibía el sueño con los brazos abiertos. Se trataba de los sueños. Janet Order estaba impaciente por soñar. En los sueños había encontrado un número infinito de maneras de utilizar su coloración como una especie de protección. A veces era una antigua britana, un miembro de la antigua tribu céltica que se pintaba de azul, o soñaba con el Mardi Gras, con festejos fabulosos en los que los turistas llevaban disfraces impresionantes y su piel azul pasaba prácticamente desapercibida entre todos los tonos brillantes de los colores llamativos y chabacanos de los demás. O era una cazadora, una guerrera, y el azul intenso de su pigmentación tenía fines bélicos, debía infundir terror, era el color honorable y respetable con el que asesinar al enemigo. O estaba en la corte, en un baile de máscaras, o en una elegante fiesta temática, con los brazos cubiertos con largos guantes, escondida detrás de suaves velos, o sujetando unos impertinentes ante los ojos como un banderín rígido y fino. Otras veces sujetaba una bandera azul en ceremonias y actos de estado de naciones imaginarias. O incluso —este era un sueño complicado y emocionante— desfilaba delante de una tribuna de autoridades, agitando ante ella una enorme y pesada bandera británica de tal manera que las barras y las cruces sobrepuestas le ocultaban el rostro mientras que su cuerpo quedaba protegido detrás de los triángulos ondeantes del campo azul. En esos momentos se sentía como una bailarina cubierta de plumas, como una *stripper*. Había miles de maneras de protegerse. Soñaba con habitantes azules que vivían en pueblos y ciudades azules. Soñaba que estaba sumergida en el agua, fría y tranquila, con los labios y la cara azul por el frío. O tirada en una playa, azul y ahogada.

Justo en el momento en el que Lydia Conscience se escondía de la niña azul, entró en el sueño Janet Order. A Lydia no se la veía por ningún lado, y Janet tampoco se enteró de que Lydia —de lo ordenada que era— había estado por allí. En cambio en lo primero que reparó fue en el agua y se sumergió en la turbulenta corriente del río, un poco por delante del *Reina de África*, mientras el capitán despeinado le silbaba para advertirle del peligro, ahuecando las manos y gritándole instrucciones que ella no oía, pero que entendió a la perfección cuando él le lanzó una cuerda. Que ella no cogió. Porque prefería esperar a que el agua se enfriara un poco más para así poder justificar su color. Solo después de ver al hipopótamo se dio cuenta de que estaba en la jungla.

«Cógelo —gritó el capitán cuando el barquito a vapor pasó al lado de la niña—. Coge el salvavidas, muchacha». Ruborizándose —el color rosa de su modestia sumado a su color natural la hizo volverse de un

violeta intenso—, se sumergió en las oscuras y embarradas aguas y se alejó de la embarcación. Y allí, en el templado fondo del río de la selva, en un suave remolino de fango, en la turbia disolución de la tierra rota, en medio de la abundante putrefacción y la oxidación de la erosión, intentando enfocar los limos, los sedimentos y los posos en descomposición, todos los residuos en fermentación de la infusión terrosa de la suciedad empapada de todo el planeta, Janet Order se puso a nadar. La niña del corazón enfermo —había visto sus radiografías, su corazón en forma de bota, con las arterias y los ventrículos manipulados como cables defectuosos o como cordones mal atados—, privada de gravedad, volaba en el agua, respirando tan tranquila como un pez, como el pesado hipopótamo o como las dos crías del sueño, ajenas a todo, abstraídas, pegadas a las tetas de su madre como si fueran pajitas de un refresco. Nadando, pasó las hélices paradas del pequeño barco a vapor y llegó a una zona donde el agua estaba igual de turbia pero menos agitada que de donde venía. Allí, el fango y el polvo del fondo del río ya no formaban remolinos sino que estaban dispuestos en estratos —Janet percibió la sutil estratificación del agua, parecida a la de las rocas o el cielo— como gelatina. De hecho, cuando alargó un dedo para probar el agua, que tenía un aspecto particularmente apetitoso, perturbó de algún modo el delicado equilibrio de las capas del río. El agua empezó a temblar, y a su alrededor paneles y superficies se hicieron añicos como cristal. «Ahí va», exclamó Janet, al ver demasiado tarde los carteles que decían *no revolver* que había a lo largo de las cálidas aguas del río tropical. Por todas partes salieron criaturas asombrosas, cuyo sueño se había visto interrumpido, si no por la presencia de la intrusa, por las libertades que esta se había tomado, para ver qué había ocurrido que había alterado el equilibrio de la naturaleza. Y aunque no le dijeron nada, se sintió regañada por el coral, despreciada y vapuleada por el arrogante caballito de mar, recto y majestuoso como una inicial en una toalla. La insultaron los microorganismos: el plancton y un granito de arena minúsculo que un día se irritaría y se transformaría en perla, y que ahora se estaba colando en el interior de la concha de una ostra. Grandes ballenas le dieron la espalda, y los tiburones la censuraron en silencio. El reproche brillaba en las lágrimas de las sirenas. Los marineros ahogados le sacaron la lengua sin decir palabra.

«Perdón. ¡Lo siento mucho!», dijo Janet Order molesta, y las sílabas le salieron de la boca dentro de burbujas que se transformaban en bocadillos como los de los tebeos. Una vez libres, se dispersaban empujadas por la corriente, zarandeadas, se enganchaban con otras cosas, como detritos esparcidos desordenadamente, un balbuceo de escombros. Lo que ella leyó fue: «Lo. ¡Don siento! Per mucho».

Ay, madre, pensó, preocupada por si no se había hecho entender,

se vio como debían de verla los demás y se sintió una intrusa, una cazadora furtiva en ese reino pacífico. Yo no quería, pensó en el sueño, mordiéndose la lengua para que no se le pudieran escapar las palabras y se transformaran en aquella estructura sintáctica horrorosa.

Y fue entonces cuando se le acercó la serpiente de mar para verla mejor. Fue entonces cuando las focas pasaron por su lado, y los peces golondrina y los orcos. Fue entonces cuando el manatí la rozó ligeramente. Como Tritón, las náyades y las nereidas. Fue entonces cuando Leviatán sonrió, y Janet Order se dio cuenta de que entre todas esas criaturas asombrosas, ella, la niña azul, era la más asombrosa de todas.

Sentada al lado de Janet, Mary Cottle sacó un Gauloises del paquete y lo encendió, soltando el humo dulce y ligeramente fecal a su alrededor. A Mary Cottle le gustaba fumar tabaco fuerte y a menudo, en su piso de Islington, se daba el capricho de fumarse unos puros de los baratos, saboreando el fuego cruzado de los olores rancios. Creía que así el lugar parecía más vivido. También fumaba en pipa, al menos hasta aculotarla, y cuando estaba de vacaciones en el continente, en Italia, en Yugoslavia, en España y detrás del telón de acero, se fijaba en lo que fumaban los campesinos, los veteranos, los aficionados al tabaco austero —no el de importación, no las marcas nacionales de mejor calidad que fumaban los adolescentes a la moda y los jóvenes de clase trabajadora en las cafeterías— y elegía esas marcas, que prefería comprar por unidades en el quiosco, hasta cuarenta o cincuenta cigarrillos de golpe, disfrutando el placer que le daba mirar las manos mugrientas de los vendedores callejeros, manchadas de los periódicos, de las tintas de color baratas de las revistas que tocaban, del diésel y los humos industriales a los que estaban expuestos, y seleccionaba el basto tabaco Burley, el Latakia, sintético y oscuro, el Virginia, con clavo, curado en atmósfera artificial, denso, amargo y con olor a moho. Habría fumado ese tabaco con mucha más frecuencia —hasta los puros, la tiranía de las pipas—, pero descubrió al principio que, por extraño que parezca, aquello la hacía atractiva a ojos de los hombres, los excitaba de un modo peculiar, casi como si desprendiera un almizcle, un rastro sugerente de cabaret de Weimar, del Berlín de antes de la guerra. Y también atraía a las mujeres. Que la tomaban por bollera, confundían su expresión serena con la engreída complacencia típica de las lesbianas.

La niña sentada a su lado se agitaba nerviosa mientras dormía y empezó a toser y a respirar con dificultad. Mary Cottle la despertó con suaves palmaditas mientras en el sueño Janet Order, que se estaba ahogando, llegaba a la conclusión de que había estado demasiado tiempo sumergida en el agua y nadaba desesperadamente para salir a

la superficie, golpeando a los asombrados dioses y monstruos marinos al pasar por su lado, a Tritón, a Poseidón y a la bella y curiosa Anfitrita. Menos mal, pensó, que solo era un sueño. En la vida real había aprendido a mantenerse a flote, pero no sabía nadar, aunque por orden del médico, que se lo prescribía como actividad terapéutica, iba a menudo a la piscina pública, donde hacía el muerto, despojada de la gravedad y de todas las fatigas de la vida cotidiana, mientras su madre o uno de sus hermanos la observaban desde fuera.

Porque todo tiene una explicación perfectamente lógica. Había sido el humo del pitillo de Mary Cottle el que había desencadenado en el sueño de Janet Order el discurso transformado en burbujas y también el que había provocado el ahogo de su corazón apedazado que la había acabado despertando.

Cuando Janet despabiló, fue cuando Lydia Conscience salió de su escondite y regresó a la pintoresca cubierta del *Reina de África*.

—¿La ha visto? —preguntó Lydia al capitán.

—¿A quién tendría que haber visto, mama-san? —preguntó el taciturno lobo de mar.

—A la niña.

—¿La muchacha azul?

—Sí.

—Una nadadora de aúpa —dijo el hombre.

—¿Ah, sí?

—Ya lo creo —dijo el capitán—, ¡una nadadora *de aúpa*! Intenté lanzarle una cuerda pero no quiso cogerla.

Habría hecho falta ser muy rápido para captar el momento en que Mary Cottle aplastó su cigarrillo en el pequeño cenicero incorporado en el apoyabrazos de su asiento del 747 y dispersó el humo con la mano. Y habría hecho falta tener una vista casi estroboscópica para llegar a ver la ligera sombra de preocupación que le cruzó el rostro.

—¿Te encuentras bien? ¿Te traigo un vaso de agua? —le preguntó a Janet cuando empezó a calmársele la tos.

—Sí, por favor —respondió Janet—. Gracias.

El agua del grifo salía tibia y los vasos eran demasiado pequeños, de modo que Mary fue a pedirle un vaso con hielo a una azafata. Cuando pasó al lado de Rena, que dormía, la miró con una especie de gratitud por haber dicho de buenas a primeras que si Mary fumaba, era mejor cambiarse de asiento y evitar así el riesgo de que se le llenaran de mocos los bronquios y los senos nasales. Lo ideal sería no tener que sentarse en la zona de fumadores, había añadido como disculpa. Y como Mary estaba alterada —todo tiene una explicación

perfectamente lógica— porque Janet casi se había ahogado mientras dormía, decidió entrar un momento en el váter para aliviar un poco la tensión.

Colin Bible vio pasar a Mary Cottle. No sé qué se trae entre manos, pensó, pero está claro que no es lesbiana. Él, que tenía ojo clínico para esas cosas, casi un instinto, poseía algo parecido a un radar para reconocer las preferencias sexuales de la gente y no se dejaba engañar nunca por las apariencias, por la impostura del género: conducta y comportamiento, afeminamiento y masculinidad eran pura ornamentación para él, solo la etiqueta que regulaba las poses y los gestos. Y en más de una ocasión se había ahorrado bochornos, desaires, por no hablar de palizas o detenciones, gracias a ese don. Un geólogo, un buscador de la sexualidad que solo se basaba en las venas reales y que no perdía el tiempo donde sabía que no obtendría resultados.

Menos mal que está Colin, pensó Colin, contento de tener pareja y de *estar* en pareja, agradecido por todos los alicientes y los consuelos sedentarios del amor, por no tener que participar más en la carrera de la búsqueda del amor, agradecido de no tener que ir gorreando un poco de compañía, de haber renunciado al coqueteo, a las citas, a la prolongada adolescencia eterna que era la marca y también la maldición de la soltería. Pensó en su compañero con algo parecido a la gratitud y un sentimiento que estaba por encima de lo que sentían el uno por el otro, y empezó a experimentar una especie de paz inefable hasta que fue consciente de la exagerada velocidad a la que volaban, de la negra, tremenda altitud, del oscuro y peligroso océano debajo de ellos. Hasta ahora, a no ser que hubiesen ido juntos de vacaciones, siempre había sido su amante quien había tenido que enfrentarse a los riesgos relacionados con los viajes, quien había cogido el avión, quien había ido a París a reunirse con sus artesanos, a Europa del Este, a África —había pasado dos semanas en Uganda para convencer al hueso duro de roer que era Idi Amin para que aceptase posar para su estatua de cera—, a Utah para conseguir los derechos artísticos del fusilamiento de Gary Gilmore para el Madame Tussaud: viajaba por todo el mundo para ganarse la conformidad de los líderes, la cooperación de las familias. Colin definía esas expediciones como «cazas de cabezas». Bible se quedaba en casa. Como la esposa de un bombero o de un policía, como una esposa de guerra.

Y aunque en realidad no estaba preocupado, de vez en cuando estaba bien ser quien corría los riesgos, había algo de comodidad en ser el benefactor en lugar del beneficiado. Había recibido con más humillación que terror aquellas pólizas, enviadas desde Heathrow y que solían llegar el mismo día, que lo nombraban legatario en caso de muerte accidental de Colin. La libra que le habría dado cien mil si el

avión de su amigo se estrellaba y Colin moría parecía haber convertido su relación en una dependencia grotesca, y las notas bromistas que acompañaban el documento que normalmente estaban garabateadas en la tercera y pálida copia —«*Adiós, mi amor. ¡Cómprate un vestido!*»— no ayudaban a disminuir la sensación que tenía Bible de haber sufrido una afrenta, un menoscabo impertinente. (Él, que conocía muy bien las condiciones del auténtico testamento de Colin, las disposiciones de una muerte seria y formal en las que prevalecían los lazos de sangre. Él, que, además, había visto el documento. Todo para la hermana que vivía en Birmingham, para sus dos hijos en caso de que ella muriera, para una red de tíos, tías y primos, complicada como si fuera de la aristocracia, en caso de que los sobrinos murieran, y el propio Colin en la retaguardia de ese larguísimo archivo). Ya no se molestaba en abrir esos sobres, dejaba que se quedaran en el fondo de la pila de correspondencia que se iría acumulando durante la ausencia de su compañero.

—De verdad, Colin —lo había regañado su amigo al encontrar el sobre por abrir—, deberías tomártelo más en serio. Este papel es importante. Es un seguro de vida en caso de que tuviera un accidente aéreo. Habrías ganado cien mil libras.

—Gracias —le había respondido Colin—, pero si realmente quieres hacerme un regalo, ¿por qué no me compras un billete de lotería?

Después de eso, las pólizas que enviaba Colin desde Heathrow se fueron volviendo más complicadas. No solo aumentaron las primas y beneficios, las eventualidades que cubrían se fueron haciendo cada vez más diversas. Colin no solo cobraría si Colin moría en un accidente de coche, en un accidente de tren o en uno de autobús, también si moría en un incendio en un hotel, si secuestraban su avión, si lo raptaban, si lo envenenaban o si hubiese sufrido lesiones provocadas en un ataque terrorista. Había una cláusula de triple indemnidad si moría en un hospital extranjero que no estaba reconocido.

—En serio, Colin —dijo Colin—, no te entiendo. De verdad que no. ¿Sabes cuánto cuesta una buena póliza completa? ¡Quince libras! Con todas las cláusulas que añado sube casi a las veinte. Y no te hagas tanto el indiferente, querido mío. ¿Tienes idea de cómo conducen en esos países? ¿Puedes llegar a imaginarte lo violentos que son los negros? ¡El mero hecho de ver piel blanca los exalta!

—A mí también —dijo Colin.

—No es broma. Podría desaparecer en un visto y no visto.

—Ni se te ocurra desparecer en un visto y no visto.

—En el futuro haz el favor de ser un poco más previsor, Colin. Hay riesgos reales.

—¡No me hables de riesgos! —respondió Colin, ahora enfadado—. Soy enfermero. Trabajo en un hospital. No quieras meterme miedo ni me vengas con historias de comida envenenada y terroristas. ¿Sabes por qué no abro esos sobres? Por tus comentarios sarcásticos. «Ve a la peluquería». «Para que te compres un traje como Dios manda para el funeral». ¿Quién te crees que eres, hablándome de esa manera?

—Fíjate, mi zorrita adorable.

—¡Esa sí que sería una póliza interesante! Un seguro contra zorras. Con cláusulas que cubran el herpes también.

—No te pongo los cuernos, Colin.

Y probablemente no lo hacía, pensó Colin. Como él, Colin era un hombre decente. Incluso antes de conocerse, ninguno de los dos había sido un casanova. (Lo que probablemente explicaba el testamento de su amante: la incapacidad de Colin de poner por escrito o reconocer ante la ley lo que había sido un secreto a voces durante todo este tiempo que habían estado juntos, que su relación era seria, un compromiso, una promesa, un vínculo, una devoción a la que no le faltaba de nada excepto que se reconociera ante un tribunal. Eso explicaba la hermana de Birmingham, los sobrinos, los tíos, las tías y los primos lejanos, todos los trofeos de una vaga legitimidad que Colin atesoraba. Tal vez también explicara el seguro de viaje cada vez más complicado que contrataba Colin siempre que se iba por trabajo. Puede que tuviera la intención, que quisiera, o simplemente estaba dispuesto, a morir fuera, como si los desastres contra los que se aseguraba, las extrañas muertes que añadía en Heathrow, fuesen solo una extensión corriente de una especie de acuerdo que se llevaba a cabo entre compañeros de piso, como una apuesta colateral, por ejemplo). Por tanto, Colin no era ningún casanova. De hecho, había sido la propia sensibilidad extraordinaria de Colin Bible hacia la sexualidad de otras personas la que los había unido desde un principio.

Se habían conocido en el hospital. Colin había ingresado por una intervención de poca importancia, pero las cosas no habían ido como esperaba: había tenido complicaciones dolorosas aunque, por suerte, no peligrosas. A Colin Bible lo habían transferido de pediatría a ortopedia porque en ese momento faltaban enfermeros allí. Enseguida se dio cuenta de que el hombre era homosexual y, al ver lo incómodo que estaba su nuevo paciente al tener que permanecer en la misma posición, le preguntó si quería que le hiciera un masaje en la espalda.

Eyaculó mientras Colin aún le estaba aplicando la loción. El enfermero enseguida lo tranquilizó.

—No se preocupe —le dijo Colin al hombre—. Pasa muy a menudo.

—Pero no es normal —se excusó apresuradamente su futuro

amante—. No tengo ni las más remota idea de por qué me he comportado así. Nunca me había pasado nada parecido. Será que usted conoce los puntos especiales porque es enfermero. Sin querer me habrá masajeado uno de ellos.

—Es por la piel —mintió Colin—. Después de un accidente está especialmente sensible.

—Se habrá llevado una imagen pésima de mí.

—No —le dijo, y acto seguido hizo algo de lo que nunca se habría imaginado capaz. Se saltó su ética profesional. Se inclinó y besó al paciente. Le acarició el pelo. El hombre no se movió.

—Trabajo en el campo de las artes —explicó el hombre sin venir a cuento—. En el Madame Tussaud. Soy uno de la nueva generación. Bueno, me parece que eso suena demasiado exagerado. Lo que quiero decir es que tengo unas ideas muy audaces. Innovadoras —añadió nervioso.

—El Madame Tussaud era uno de mis sitios favoritos cuando era pequeño —dijo Colin—. Hace muchísimo tiempo que no voy.

Seguía acariciándole el pelo al paciente.

—No lo reconocerías. Y cuando inauguren el ala nueva… ¿Te acuerdas de la Cámara de los Horrores?

—¿Que si me acuerdo? —dijo Colin Bible—. ¡Cómo no!

—Jack el Destripador —dijo su nuevo amigo con desprecio—. ¡Y Burke y Hare!

Colin Bible se estremeció.

—No —dijo el hombre—, a eso es a lo que me refiero. Aquello era una aberración. —Se ruborizó impulsivamente—. Quiero decir que no tenían ninguna importancia desde el punto de vista social. ¿Qué sentido tiene? Exhiben personajes así para llamar la atención. Yo lo que busco es algo completamente distinto. Bueno, ¿quieres que te cuente mi sueño, cómo me imagino el lugar? Por Dios, ¡qué manera de hablar!

—Sí, me encantaría —respondió Colin Bible.

—¿De verdad? No estarás siguiéndole la corriente a una marica vieja, ¿no?

—Claro que no.

—Pues bien —dijo—, esa gente, esa panda, eran nuestros sociópatas históricos patrios. Un espectáculo de dementes, nada más. Hidras y kraken. Rocs y mantícoras. Cosas que hacen ruidos por la noche. Es que, hasta está Hitler, se hizo una reunión para decidir si debían incluirlo. A ver, ¿tú te crees? Los más viejos de la junta de directores se oponían a muerte. Y después de convencerlos, lo plantaron allí con toda la vestimenta, como un auténtico *führer*. Vamos que parecía el César. *¡Hitler!*

Colin Bible asintió.

—A ver, ¿qué quiero decir con esto? Mi idea es mostrar lo que hizo. Quiero representar el Holocausto. Me parece que eso se merece toda una sala. Una sala *grande*. Podríamos enseñar los hornos, podríamos enseñar las duchas y a los judíos, desnudos, con los números azules marcados a fuego en la muñeca, sin saber lo que les pasará. Podríamos mostrar a los supervivientes descoyuntados contra la alambrada con su traje de rayas. Con las montañas de dientes de oro, con las pilas de zapatos. Hiroshima. Con un edificio del que solo queda en pie una pared, una sombra de la carne vaporizada estampada encima como si fuera una doble exposición.

»Deberíamos mostrar el cáncer —dijo el hombre, con lágrimas en los ojos y el índice curvado, el mismo que hacía unos instantes, Colin había tenido entre sus dientes—. Y no soy una marica vieja.

—Lo sé —dijo Colin Bible.

—No lo soy.

—Lo sé —dijo Colin.

—En realidad, nunca he sido muy activo sexualmente.

—Lo sé.

—No lo he sido.

—Yo tampoco —dijo Colin Bible.

—Ay, Dios —dijo el paciente.

Lo que le había dicho era cierto, pero cuando a Colin le dieron el alta en el hospital, Colin Bible se fue a vivir con él y se hicieron pareja. Llevaban juntos casi cuatro años.

Sin embargo, era agradable sentir la extraña sensación de autosuficiencia que le habían conferido los remotos peligros del avión a toda velocidad.

En Heathrow había estado muy atareado con los niños como para pensar demasiado en Colin —no solían acompañarse al aeropuerto, y se había sorprendido cuando su amigo había aparecido en la terminal en el último minuto—, y había encontrado el mostrador de seguros de la compañía por casualidad. Debería hacerme una póliza, pensó con impaciencia. Colin piensa en estas cosas. Se cree que te está enviando un ramo de rosas. La chica empezó a explicarle las opciones posibles. «No, no —la interrumpió Colin—, con el básico “Ay, Dios, que nos caemos al mar” me basta, una cobertura del estilo “Se temen trescientos muertos en desastre aéreo”». «*Cuídate*», garabateó apresuradamente en la parte superior de la copia de Colin.

No sabía por qué, pero sonreía.

Los niños dormían, con sueños intermitentes.

El pequeño Tony Word, a quien lo están matando los leucocitos,

las células claras, blancas, incoloras que le aguan la sangre y la vuelven de un color pálido, la petequia y la púrpura, las pequeñas hemorragias distribuidas por su rostro como un sinfín de pecas falsas, la fatiga, la fiebre y el dolor de huesos, las células malignas que le untan la médula de contaminación, las infecciones graves y leves que explotan dentro de su cuerpo como artillería, la incapacidad de su sangre de coagular, sus órganos extragrandes que no funcionan correctamente, los cortes malos —el hígado, los riñones— de su carne comprometida —por la leucemia—, la amplia paleta de sustancias químicas con las que los oncólogos le han decolorado la sangre, con el cuidadoso empeño propio de los restauradores, desconchando las manchas blancas que lo contaminaron, devolviéndole la intensidad del color original con los tubos de vincristina, prednisona, asparaginasa, dexametasona, mercaptopurina, alopurinol, metotrexato, ciclofosfamida, doxorrubicina y otros tonos variados —lo está matando también el tiempo, la tasa de supervivencia de cinco, seis, siete años (ya hace dos años que Tony superó la última remisión, pero le han empezado a reaparecer las pecas por la mandíbula y se encuentra en una fase inicial de insuficiencia renal)—, el pequeño Tony Word sueña con sus comidas bajas en sal, con los líquidos y zumos de frutas que le obligan a tomar, casi, o eso le parece a él, por un tubo, con todas las frutas con piel que debe comer y que, debido a los microbios invisibles y la suciedad escondida que puede haber en las manos de su madre, debe pelar él mismo —la naranja hermética, la manzana difícil, la pera imposible, el suplicio de la uva, que manipula con palillos especialmente esterilizados, como hace con todo, para evitar cortarse y que las heridas no cicatricen—, también lo animan a que se prepare su propia comida equilibrada y nutritiva (aunque no lo dejan acercarse a los fogones), su verdura con hojas verdes lavadas y hervidas, a lavar la lechuga, la col rizada y la coliflor, el brócoli, las coles de Bruselas, el repollo; a lavarlo todo, la berenjena y las patatas, las chalotas y los champiñones, y después consumir el caldo congelado que tiene que raspar del tarro con una cuchara y untarlo en tostadas (en las que previamente debe retirar la corteza) para poder comérselos, o a beber el caldo, espeso como el bario, para asimilar las vitaminas y minerales, y a comer la piel flácida de las verduras: a preparar también la carne, a frotar (por lo menos esto es idea suya, del niño que tiene miedo) la ternera y el jamón, las costillas y chuletas, los asados, con tal de que todo lo que come, o eso piensa él, tenga un ligero sabor a detergente de lavavajillas, ya que aprendió a cocinar a los cuatro años y con diez ya era un chef consumado, por lo que se metían con él, solo por eso, no por su aspecto débil y enfermizo, o por su nulidad en los juegos (a los que de todos modos tampoco le habrían permitido jugar), ni por su gran ansiedad como

espectador sentado al fondo de las gradas del gimnasio para que no vaya a caerle encima un balón por accidente, o lejos de la línea de banda cuando jugaban fuera y se hubieran mofado de él si él los hubiera llamado mis colegas, pero como saben que cocina, han oído que presume de ello, ya que no tiene otra cosa de la que fardar (excepto de su dolor, de su resistencia, salvo ese año o dos o, como mucho, tres que le quedan de vida y que nunca ha mencionado), lo han visto en el comedor comiéndose sus extraños bocadillos de restos de verduras con sus babas vitamínicas y rellenos de minerales viscosos, lo han visto pelar meticulosamente su fruta y beberse el zumo, su botella de agua de cuarto de litro a la que alguien le ha tenido que quitar el tapón y servirle el agua en un vaso de plástico para que Tony no se corte el dedo con el tapón dentado o con el abridor de la botella o con un vaso de cristal que podría romperse y que no tiene permiso para usar. De modo que el niñito moribundo se agita y se revuelve dormido y sueña con su desayuno de los campeones, sus comidas de atleta, su régimen estricto de obseso de la comida sana, saciado mientras duerme, atiborrado, lleno como un glotón, él, que nunca ha tenido hambre, sueña con comida ahora que no tiene hambre.

Charles Mudd-Gaddis, el viejecito, sueña con su primer cumpleaños. Sueña con la tarta y con las velas, sueña con los globos y con las serpentinas; sueña con los juguetes, sueña con los aplausos. Y sueña que tiene tres años, el niño que en ese momento ya sería un hombre de veinte, veintiún años. Después sueña con la niña, de seis años, que para él es una mujer. Y ahora tiene cinco años y va por los cuarenta. ¡Quién pudiera volver a los treinta y cuatro! Y sueña que cumple siete años y llega la confusión, esa blanca afasia del corazón y de la cabeza. Y sueña con una claridad espantosa que es el presente y no logra recordar cuántos años tiene en realidad.

Rena Morgan no sabe si está despierta o está durmiendo. Había notado que la señorita Cottle había pasado por el pasillo por el olor a tabaco que llevaba impregnado en la ropa y en la piel como si fuera una taberna. En un estado que se parece más al sueño que a otra cosa, se lleva un pañuelo, nunca va sin ellos, a la nariz y se suena suavemente, con delicadeza, como una dama, doblando la descarga en un trozo seco de tela con tanta pericia como la de un mago escondiendo una moneda. Ha aprendido a hacer estos movimientos delante de un espejo, utilizando como modelo imágenes que ha elegido de trágicas damas que se secan las lágrimas por el rabillo del ojo, dándose toquecitos con el lino para que, cuando funciona, como siempre ocurre ahora que ejecuta de manera tan perfecta su gesto, no

parece que se esté secando las lágrimas sino más bien que se está aplicando maquillaje o quitándose pegotes de rímel y un exceso de polvos del rostro —hasta dormida conserva esa precisa mirada de desapego— dándose los últimos retoques cosméticos. Aunque en realidad ella piensa en sus mucosidades como si fueran lágrimas de una vasta reserva de pena, de su triste tesoro de sufrimiento. Llena los pañuelos y se deshace de ellos dormida, los dobla con cuidado y los mete dentro de bolsillos, debajo de almohadas, como una especie de sonambulismo controlado, sedentario, su modorra de tahúr tramposo. No sabe por qué lo hace (ni cómo), aunque supone que es una forma de orgullo, un autocontrol recatado, hasta romántico, el arcón del ajuar de las travesuras del corazón. Pero no tiene tiempo para sueños y está vigilante, siempre alerta, nunca sabe si está echándose un sueñecito o si está completamente despierta.

En Montecarlo, Benny Maxine tuvo una mala mano y esperó a que el crupier recogiera lo que había perdido.

El amputado, Noah Cloth, levantó la mano y contó lo que había perdido.

Este era el mejor momento, pensó Nedra Carp. Los niños tapados y soñando con angelitos. Hasta disfrutaba de sus suaves ronquidos. Apenas roncaban, en realidad. No eran más que susurros. Solo el aire cálido que vibraba por la nariz. Entra el aire bueno, sale el malo. Aunque ni siquiera oía eso. Con el zumbido ronco de los motores. (¿O eran reactores?) Ni tampoco veía a sus niños. Solo, a su derecha, a Charles Mudd-Gaddis y, a su izquierda, a Rena, que dormida, se lleva pañuelos a los ojos como si soñara algo triste, y mira lo que sea que pase en el sueño como un cervatillo cariñoso en el teatro o en el cine. A ella le gusta esa ternura, disfruta viendo a los niños que no pueden contenerse las lágrimas cuando muere la madre de Bambi o, en el espectáculo navideño, cuando la malvada madrastra de Cenicienta y sus hermanastras traman contra ella. Le da igual lo que digan, el sentimiento es la única base auténtica de la crianza. Se había escandalizado cuando el príncipe Andrés de pequeño había recibido con fría indiferencia y unos ojos inalterablemente secos el terrible sufrimiento de Hansel y Gretel cuando al final se dieron cuenta de que su padre, ese leñador dominado por su mujer, en realidad quería abandonarlos en el bosque solo porque la arpía de su esposa le había dicho que no tenían suficiente comida para subsistir.

Es una suerte para el Reino Unido, piensa Nedra Carp, que Andrés esté tan lejos de la sucesión. Siente que los monarcas han de ser compasivos de verdad, que deben entender que no todos sus súbditos

son tan pudientes como ellos. Vaya. Ni la mitad. (¿Y no era la esposa de ese leñador otra madrastra? Aunque Nedra no perdona al marido tan fácilmente. Al final la reconciliación sale de perlas, pero si ella hubiese sido uno de los dos niños no habría saltado tan rápido a sus brazos. ¿Y si vuelven los malos tiempos? Supongamos que… Bueno. Gato escaldado, del agua fría huye).

Y, a la hora de la verdad, ni siquiera estaban tapados. O no del todo. Solo tenían una vieja manta polvorienta de la compañía aérea echada por encima que les cubría los hombros pero no estaba bien ajustada al torso. No era comparable a que estuvieran en su propia cama, aunque se hace lo que se puede. Y recuerda a los niños sanos que ha cuidado. Cuando les leía cuentos y les acariciaba el pelo era casi como si Nedra hubiera absorbido su comodidad soporífera, esa sensación tan agradable de bienestar, la suave termometría de sus cuerpos y el ambiente de cama de plumas como un trópico acogedor. Pues sí, sabe muy bien cómo se sienten, esa indolencia virginal y la fabulosa inocencia complaciente, y a veces se pregunta si se lleva esas cosas con ella a la cama, si el recuerdo de ese pesado descanso que la rodea como un perfume no es suyo, sino que es el aura procedente de los niños. Para ella, Nedra Carp, ¿es eso lo que para ellos son los animales de peluche, las mantas y los tejidos entre los dedos y los montones de lana? Descarta esa suposición. Al fin y al cabo, ella está *in loco parentis*. Sí, piensa gravemente, como todas esas malvadas madrastras. Sin embargo, ella no es malvada, en todo caso, demasiado blanda, la disciplina no es su fuerte y su falta de firmeza es señal de debilidad. Ja, ja, ríe en medio de su ensoñación, esa sí que es buena; la falta de firmeza es una señal de debilidad, esa sí que es buena. Aun así conoce perfectamente cuál es la reputación, las historias de niñeras severas, reprimidas, viejas locas, celosas de los niños privilegiados que están bajo su tutela. Los dejan aullar cuando tienen hambre, los pellizcan cuando están en su cuarto, tiran de ellos con más fuerza cuando no hay nadie importante cerca, cuchichean en los parques con las otras niñeras. Bueno, probablemente se referían a las institutrices. Para los no iniciados, las institutrices son las que dieron mala fama a las niñeras.

Qué ironía del destino, piensa Nedra Carp, pero aquí estoy, rumbo a América, a Disney World, Florida, y siente una extraña emoción. Fue el señor Disney y los yanquis quienes hicieron famosa a Mary Poppins, un consuelo, un bálsamo, una persona conocidísima por todo el mundo, en todas las latitudes y culturas. Es ridículo, piensa, no soy católica, pero Mary Poppins es prácticamente mi santa patrona.

Y lo era. Nedra Carp se imagina a Mary Poppins velando por ella, la idea de su presencia la reconforta, aunque no está tan convencida de que exista. Ha visto la película diecisiete veces y aunque sabe que

no se parece en nada a esa mujer misteriosa, ni tiene sus poderes ni su estilo, sigue siendo Mary a quien recurre cuando está en apuros, es a Mary hacia quien se dirige ahora en lo alto de los tejados mojados y las volutas de chimeneas humeantes del mundo nublado. Y piensa en Mary, en esa viajera amable, resuelta, en Mary de Inglaterra y del globo celeste. Y sabe que es gracias a Mary Poppins que hace este viaje, que va a toda velocidad hacia Disney World como a una especie de Lourdes, y que no aporta, alguien que no tiene gracia ni para cambiar un pañal y que probablemente se avergüence de ello, ninguna experiencia ni con niños con fiebre y aún menos con moribundos, que no es capaz ni de hacer reír a niños sanos, es más, ni de entretenerlos, ni de hacer que se porten bien, todo hay que decirlo, alguien que no tiene ninguna de las aptitudes de Mary Poppins, solo su aburrido don del amor, que vuela a Florida, hacia su patrona que está allí —quizá—, a rezar ante una santa seguramente animada, casi probablemente con sus mejores galas. Va de camino a Orlando, alguien que se dedica a un oficio que no le corresponde y cuyo amor por los niños no es correspondido, ella misma es una vieja loca reprimida, *muy loco parentis*, que no puede soportar pensar en las cartas de recomendación que lleva en el bolso como si fueran un paquete de viejas cartas de amor insulsas.

Nedra Carp, piensa Nedra Carp. Tengo nombre de pez. Y aunque en esta época igualitaria y concienciada, la mayoría de sus jefes la llaman señora Carp —la propia reina lo hacía y Andrés, ceceante y manteniendo las distancias, también—, no se ha casado nunca. Y sabe que eso que lleva en el bolso no son cartas de amor sino únicamente referencias y credenciales poco entusiastas —les ha echado una ojeada, las ha leído—, notas frías sobre una persona honesta e incluso diligente, pero sosa. Y también sabe que si se hubiera llegado a casar, probablemente lo habría hecho con un viudo con hijos, de nuevo *in loco parentis, in loco parentis* siempre, alguien que nunca tendría un lugar para ella. Y también sabe que nunca ha hablado mal de los niños a su cargo ni les ha infligido ninguna de las mezquinas crueldades típicas de su oficio, que antes se moriría de hambre que negarle un mendrugo de pan a sus hijastros o hablar a sus espaldas con el leñador, que a diferencia de la madrastra de Cenicienta, ella no tendría favoritos, ella no, piensa con orgullo, Nedra Carp no es así, quien para bien o para mal, como un soplo congénito en el corazón, tiene corazón de adoptada.

Ya que probablemente nadie excepto Nedra y quienes estuvieron involucrados saben que de pequeña, ella tuvo niñeras y, cuando fue un poco más mayor, tuvo una institutriz, o que ella misma fue hijastra, pues su madre había muerto cuando ella tenía cuatro años, y su padre se volvió a casar con una mujer que ya tenía dos hijos. Sus niñeras,

institutrices, madrastra, hermanastra, hermanastro, padre y, más tarde, su medio hermano y su media hermana habían sido bastante buenos. Pero entonces, a los nueve años, fue su padre quien murió y su madrastra, que aún no tenía treinta y cuatro años, se casó con un viudo que tenía dos hijas. Y Nedra aún arrastra una triste sensación de fragmentación y de lealtades divididas, la remota idea de haber crecido con primos lejanos y distantes, y ahora tenía dos hermanastras, otro hermano bebé y una hermana bebé y la noción confusa de haber crecido con tías y tíos o incluso solo con familia política, todos vagamente relacionados y alejados, también, por el matrimonio. Solo ella y sus medio hermanos eran Carp, y, ya fuese fruto de la confusión, ya fuese por el impulso de la sangre y el amor, intentó crear un vínculo con ellos, y lo tuvieron, pero cuando nació la última hija de la madrastra, su medio hermano fue a hablar con ella y le dijo: «Me parece que no puedo seguir honrando nuestra relación especial».

—¿Ah, no? —dijo Nedra.

—No sería justo con mi medio hermano y mi media hermana que acaba de nacer.

—Ya —dijo Nedra.

—Esto complica muchísimo las cosas —se justificó el único varón Carp.

—Sí, bastante —reconoció Nedra.

—Aunque siempre te medio querré.

Y al decir eso fue como si se esfumara ante sus propios ojos.

Entonces fue la madrastra quien murió y el dos veces viudo se volvió a casar, y la casa se llenó de parientes, medios y cuartos, dando lugar a un embrollo cada vez más fraccionado de escaso parentesco, relativo prácticamente a una décima parte.

De modo que Nedra recurrió a las niñeras. Tal vez porque ellas entendían aún menos quién era quién, los extraños vínculos de parentesco de aquella casa. Habría hecho falta un manual para entenderlo. Hay que tener en cuenta que yo no era la pariente pobre, piensa Nedra Carp, sino la única hija que vivía en esa casa de los verdaderos fundadores de la familia. La propia casa donde vivíamos había pertenecido a mi madre. Así que fue a las niñeras a quienes recurrí, con quienes compartía el mismo vínculo y la misma sangre que con cualquiera de los parientes, medios y cuartos, y fracciones aún menores de relación, a esas señoras amigables y no consanguíneas que se quedaban a dormir en casa: a ellas recurrí, les eché una mano, arrimé el hombro, las ayudaba con los niños más pequeños, como una Cenicienta voluntaria, y ellas debían pensar de mí, si es que reparaban en mí, que era una aprendiz de niñera o una novata, a quien ellas —

las niñeras— no regañaban, pero a quien tampoco daban amor, porque tenían un corazón neutro y entrenado, y no se involucraban porque era su trabajo y porque tampoco se les exigía.

Solo que, piensa Nedra Carp, una cosa así no debería haberse permitido. Aquello fue imperdonable. Alguien debería haberlo corregido la primera vez que ocurrió. Mi nueva madrastra, mi medio hermano diluido, el viudo doble, la propia niñera de verdad, alguien. Mi madre había sido la propietaria de la casa. Esos niños no tenían ningún derecho a llamarme «niñera».

Eddy Bale habla con Liam, su hijo muerto, se dirige al chico en sueños en una habitación de hospital que no recuerda, y ese mismo hecho lo anima, se entusiasma cuando se da cuenta de que no es que no recuerde la habitación, sino que al mirar más allá de Liam y de la ventana, no recuerda la vista. No es Londres, ni siquiera es Inglaterra. Hay un parque fuera pero la vegetación le resulta desconocida, los coches van y vienen en medio de un tráfico denso. Ni siquiera son modelos que reconozca y de los tubos de escape sale un curioso rastro de vapor que no reconoce como el humo normal. Desea que aparezca una enfermera o un médico para ver a qué raza pertenecen. Se encuentra en un piso demasiado elevado para distinguir las características étnicas de los transeúntes y es incapaz de ver ninguna de las características de los conductores de esas máquinas excéntricas. De hecho, el cristal de las ventanas de los extraños automóviles es curiosamente opaco. Lo que de verdad espera, claro está, es que le confirmen que se encuentra en un lugar donde no ha estado nunca, en una tierra de nuevas y avanzadas tecnologías, un país donde se hace investigación experimental y audaz porque tienen claras sus prioridades. Le gustaría ver, por ejemplo, uno de esos gráficos en forma de pastel que dicen a qué se destinan los impuestos: un veinticinco por ciento se invierte en servicios sociales, otro veinticinco por ciento a I+D, otro veinticinco por ciento a programas de prestaciones y el último veinticinco por ciento al ejército, para que ningún país se atreva a desafiar a una potencia tan civilizada.

No se lo puede preguntar a Ginny. No está. Pero quizá eso sea también buena señal. A lo mejor aquí el tratamiento médico es tan avanzado que no hace falta que vengan acompañantes, solo viene quien realmente tiene ganas, por sociabilidad, como alguien que llama a un amigo cuando está de paso por la ciudad.

De modo que no puede preguntarle a Ginny, y al chico no quiere decirle nada. Por miedo a que interfiera en el delicado equilibrio de la terapia. Y también lo animan otras cosas, cosas insignificantes, pequeños detalles que normalmente no se relacionan con la ciencia, pero son bastante indicativos, o eso le dice su instinto, de que está en

una habitación de hospital. Hay una cocina a gas, por ejemplo, y una despensa repleta de panes y pasteles, con abundantes patés y quesos. Hay una pequeña nevera con buenos vinos y una serie de medicamentos ordenados por estanterías. Al lado, en una mesa de laboratorio regulada a lo que debe ser la altura de su hijo, hay un surtido de equipamiento farmacéutico: mecheros Bunsen, un microscopio bueno y, cerca, varias placas de Petri que relucen con cultivos que parecen migas de pan. Hay una bureta, matraces varios, un mortero y una maja donde probablemente su hijo triture sus panaceas, sus medicamentos y sus granos de café. Más instrumentos de los que desconoce el nombre. También hay una caja de caramelos y una bonita fuente llena de fruta.

—Liam, lo que quería aclararte —explica con cautela al chico de la cama— es este asunto de «Las vacaciones de ensueño». Estoy intentando compensarlos, ¿sabes? Por estar tan enfermos, quiero decir. Por tener esas enfermedades catastróficas. Por tener que morir antes de tiempo, ¿me entiendes? Bueno, si precisamente tú no lo entiendes, ¿quién lo va a entender? —añade con una risita—. Quiero decir que tú has pasado por eso, hijo. Ya sabes lo que es. ¿Quién lo va a saber mejor? Es decir, tú eres como el indio a quien nadie puede criticar hasta que haya caminado una milla en sus mocasines, hijo mío.

»Así que yo lo veo como una recompensa. *Entre nous*, chaval —susurra—, una retribución extra por un trabajo peligroso. —Le guiña el ojo—. Solo un pequeño incentivo, un pequeño «detalle», ya me entiendes, y hace un gesto frotándose el pulgar y el índice, como si estuviera a punto de sobornar a alguien. —Solo esta cana al aire. Oye, hijo. ¿Oye, Liam? —Y menea la cabeza y se lleva un dedo a los labios. Otra vez el equilibrio delicado de la terapia. Que no quiere perturbar. De manera que se pone a dar pasos por la habitación. Evitando escrupulosamente el contacto visual. Preguntándose: ¿Cómo me está saliendo? ¿Cómo me está saliendo?

»No se trata de que este viaje sea en homenaje a ti ni nada por el estilo. Por supuesto que no. ¿Qué? ¿Lo dices en serio? ¿Un guateque en Florida? ¿Darse una panzada de subir al tiovivo? ¿Una juerga en el parque de atracciones? ¿Un homenaje a tu persona? ¿Crees que tu madre y yo seríamos capaces de convertir esto en un maldito día señalado o de irnos a armar jaleo como cretinos? Me dejas de piedra al ver que piensas eso, de piedra. Vamos, Liam, eso ya tendrías que saberlo. —Pero sigue sin mirar al muchacho.

»*O deberías. Deberías* saberlo. Porque ya hemos escogido una lápida especial para ti. De las que te gustan, campeón. De auténtico mármol. No esas porquerías con material sintético que están de moda ahora. Nada de sucedáneos, nada de pacotilla. Con tu nombre, tu dirección,

tus fechas, tu número de teléfono y tus notas grabadas para que duren mil años. ¿Qué más se puede pedir?

»Porque estamos orgullosos de ti, hijo. Se nos cae la baba contigo. De verdad, cariño, papá está contento de ver que te va tan bien. Hay que ver qué máquinas. ¡Vaya! Seguro que yo no sabría ni dónde tocar. ¿Mezclas tú solo la salsa negra con los grumos verdes de moco? ¡Puaj! Huele bastante mal. No quiero saber a qué sabrá. Yo lo que no podría tragar es esa parte peluda. —Y de repente se vuelve para mirar a su hijo a la cara. Aunque Liam tenga los ojos cerrados, parece que siga a Eddy con los párpados allá adonde va en la habitación, como un truco de perspectiva en un retrato—. Aunque debo reconocer que tú ya has cargado con bastantes castigos en la vida. Las radiografías y los rayos láser, los procedimientos invasivos, el dolor y la náusea. El sufrimiento siempre fue en lo que más destacaste. Te daría un premio especial. De verdad que sí. No lo digo solo porque seas mi hijo. Aunque alguien debería hacer algo con todo este vómito.

»Bueno, seguro que fue muy inteligente por parte de los médicos que te dejaran descubrir a ti la mejor cura. Cuando ellos lo intentaron, la cagaron bien. Vete tú a saber. ¿Al final qué fue? ¿El gran descubrimiento? ¿Qué era en resumidas cuentas?

Esta vez se lleva bruscamente el dedo a los labios para que Liam no hable. El gesto le sale como una bofetada.

—No —dice Eddy—. No digas nada, Liam. Calla, hijo. Porque si realmente estás muerto… No es que piense que lo estés, ya me entiendes, no se me pasa por la cabeza ni un segundo, pero solo por si acaso, por si se da, no quiero oírlo. No quiero oírlo. No pienso escuchar ni una palabra sobre terapias audaces y nuevos progresos científicos. No si estás muerto, no.

»¿Cómo me está saliendo?

SEGUNDA PARTE

1

Una nieve fina y ligera caía sobre Magic Kingdom. Cubría las calles y los tejados de la provincia de la diversión con un polvo fino y seco. La perturbación había sido totalmente inesperada y pilló por sorpresa a los meteorólogos de la tele y a las emisoras de radio de Orlando. Fue una tormenta insólita en todos los aspectos. Nadie que trabajara en el parque recordaba nada igual, y aunque algunos de los citricultores de la zona rememoraban tormentas similares —había habido una en 1959, antes de que abriera el parque, cuando la temperatura bajó cinco grados en menos de siete horas y los agricultores tuvieron que cubrir los árboles con lonas y poner estufas antiheladas en un intento por salvar los huertos—, habían ocurrido en pleno invierno, no a finales de octubre. En cualquier caso, no hacía tanto frío, la temperatura no había llegado a bajar por debajo de los cero grados. Los expertos atribuyeron el hecho —o más bien la especulación— de que la nieve no se fundiera y hubiera cuajado toda en el suelo a que habría caído desde una altura muy elevada, posiblemente desde la estratosfera, que había atravesado… Bueno, nada en realidad, solo una especie de pozo de aire enorme, estancado e insólito, que dio la casualidad de que sus dimensiones coincidían con la extensión del propio parque.

Como es natural, para los niños el frío fue una gran decepción, sobre todo después de la sorpresa al aterrizar en Miami, ataviados con abrigos gruesos y bufandas que era más práctico ponerse que llevar en la mano junto con la aparatosa carga de juguetes y paquetes, cuando habían recibido en la cara el bofetón del cálido y húmedo aire de Florida, un aire tan bochornoso y terroso —o eso le pareció a Janet Order, o eso le pareció a Lydia Conscience, o eso le pareció a Charles Mudd-Gaddis, que había disfrutado yendo en sus días mozos— como el aire del gran invernadero de Kew Gardens.

Para cuando hubieron pasado la aduana, cogieron su vuelo de conexión, llegaron a Orlando y se registraron en el hotel, ya era más del mediodía y, con la diferencia horaria, era más tarde de su hora de ir a dormir y el señor Moorhead los mandó a sus habitaciones. De modo que, aunque apenas eran las ocho en punto cuando empezó a

nevar, ya estaban dormidos y se dieron cuenta de la acumulación a la mañana siguiente.

Parecía el paisaje de un globo de cristal con nieve.

La nieve caía sobre el Castillo de Cenicienta, caía sobre Main Street y Liberty Square. Caía sobre Adventureland y Fantasyland. Revestía las agujas de la Mansión Embrujada, se aferraba a la estructura en forma de paraguas de la Space Mountain y tenía un aspecto lúgubre y extrañamente magullado sobre las laderas puntiagudas rojas de la Big Thunder Mountain. Recubría los ojos saltones y dementes del submarino del Capitán Nemo que había emergido, se acumulaba aguanieve en las tazas de la Fiesta del Té del Sombrerero Loco y dejaba un reguero de polvo a lo largo de los alféizares de la Liberty Tree Tavern. En las vallas corroídas de Frontierland se acumulaban discretamente montoncitos y se intensificaba el brillo del vivo hormigón y los metales y aleaciones de Tomorrowland. Un polvo sutil espolvoreaba las copas de los árboles que había a lo largo de las orillas del río humeante, sinuoso y ondulado, que se retorcía y enredaba pasando por la selva tropical y el altiplano árido, por la jungla asiática y la verde y exuberante vegetación del Valle del Nilo. Llenaba la superficie con oquedades de la Spaceship Earth y confería a todo el parque el aspecto de un paisaje transformado por una nueva, cruda y terrible era glacial.

Desde Top of the World, el restaurante de la quinceava planta que había en el hotel, Nedra Carp y los niños veían cómo la nieve cubría las islas de Bay Lake y la Laguna de los Siete Mares y, más lejos, veían a los caballos de un rancho lejano revolcándose en la cosa blanca, se sobresaltaban, se levantaban de un brinco y se lanzaban una y otra vez sobre ese extraño y frío elemento, que les pinchaba la piel y alarmaba sus grandes corazones equinos.

Nueve pisos más abajo, en la habitación del señor Moorhead, que Benny Maxine había apodado como «la sala de cuidados intensivos», los adultos observaban cómo caía la nieve sobre los tejados de las casas comunales del Pueblo polinesio. Contemplaban cómo se pegaba a las copas de las palmeras y cubría las pistas resplandecientes del monorraíl del parque con una fina capa blanca.

Ha… Ha sido… Ha sido un error, pensó Eddy Bale. Y, abatido, se dio cuenta de que había llegado hasta allí y había hecho que todos se hicieran ilusiones por una causa vana. Porque eran casi las once —y daba igual la tormenta insólita o las temperaturas en rápido ascenso y que atravesaban los copos de nieve que caían y perdían su contorno helado, las estructuras cristalinas chocaban y lo que caía del cielo se parecía más a los restos de un avión que a un fenómeno meteorológico, más a una corrección climática de último momento que a una nevada insólita, y daba igual también la accidental e

involuntaria belleza que la tormenta, gracias a su ciega rareza, como los dibujos que hace la pintura sobre la leche, había creado— y la mañana del primer día casi había pasado y los niños aún no habían desayunado. Eso no era culpa de la tormenta, aunque con otros niños podría haber sido así (a los clientes del hotel les había pillado por sorpresa, los cafés y restaurantes se llenaban, las mesas, la comida, el té y los cigarrillos que se alargaban, nadie tenía prisa, todo un grupo de personas evacuadas que se reencuentran alegres como si fueran víctimas de una inundación), podía ser una excusa, sin duda, pero poco importante, ya que lo que no había tenido en cuenta Bale (tan ocupado como había estado con la logística de larga distancia, con la financiación, con su pandilla de malhechores, con los candidatos seleccionados, con los preparativos para el viaje de Heathrow a Miami y los de Miami a Orlando, la asignación de habitaciones pensada por anticipado) era la flaqueza típica de los moribundos, los catarros espantosos y el estreñimiento matinal, los silbidos de su embrollada respiración, la sangre, los dolores y los pinchazos contenidos en los huesos como si hubiera un atasco, todas las décimas de fiebre de su sueño rígido y entumecido. Se había olvidado de las náuseas de Liam y no había pensado en las de ellos: alientos que apestaban a Beirut, en el estómago se les formaba una película viscosa de náuseas matutinas, la resaca aletargada de la medicación que tomaban. Gruñían. Se arrastraban apáticos por la habitación o permanecían a la espera, como en un trance, mientras se ponían los zapatos, o mientras se abotonaban la ropa, sin expresión, como si vivieran en un clima de embotamiento en el cual la voluntad había desaparecido.

Ay, qué desgracia, pensó Eddy Bale desesperanzado. El tiempo pasaba, el médico con las manos atadas y ninguno de ellos era capaz de organizar nada tan sencillo como el desayuno. Nedra Carp, la única en pie, estaba detrás de la camarera que había entrado en la habitación con su llave justo después de las ocho esa mañana y si se había sorprendido había disimulado al verlo a él, a Colin que dormía y a los dos niños —el médico había asignado las habitaciones, a Bale le había tocado con Colin, Mudd-Gaddis y Benny Maxine— con una paciencia casi estoica, por lo que a lo mejor, pensó Eddy, eso formaba parte de la ética profesional del hotel, como si ella estuviera al corriente de sus circunstancias especiales. La camarera le pidió disculpas en voz baja a Eddy por haberlos molestado y se fue. Pero no antes de que Nedra apareciera por detrás de ella, como una sorpresa, con un fajo de folletos en una mano y el «Boletín de Disney World» en la otra.

—¿Querrán ir a misa los niños? Anoche no dije nada porque pensaba que esta mañana estarían demasiado cansados y no quería molestarlos, pero hay una capillita muy mona cerca de la Interestatal

Cuatro, y se llega fácilmente. He cogido el autobús de la bandera marrón que hay fuera del hotel y le he enseñado al conductor la tarjeta que nos dieron cuando llegamos.

—¿Ha ido a la misa, señorita Carp?

—No ha sido un servicio *normal*, señor Bale. No sé ni si la capilla está consagrada, pero había algo parecido a un altar y unos bancos y vidrios de colores, y los domingos hay un sacerdote.

—Benny es judío. No sé de qué religión es Mudd-Gaddis, pero le preguntaré si le interesa.

—Uy, casi se me olvida —dijo y le entregó el boletín a Bale—. Sale esta pequeña crónica sobre nosotros en el periódico. Me parece que está escrita con gusto. —Eddy leyó el texto. Era un discreto artículo debajo de un pequeño titular en la última página: *niños ingleses ganan vacaciones a magic kingdom*. Constaban todos sus nombres y ponían las edades de los niños, pero no decía nada al respecto del propósito del viaje. No se mencionaba ni la muerte ni la enfermedad. No se especificaba que el señor Moorhead era médico—. La noticia de hoy es el tiempo —dijo Nedra Carp.

—¿El tiempo? —preguntó Bale, que aún no había mirado por la ventana y se había olvidado de las extrañas inclemencias del día anterior.

—Sí, debe de haber unos diez centímetros de nieve. El conductor, al que llaman «miembro del cast», a todos los trabajadores aquí los llaman así, ¿lo sabía, señor Bale?, estaba bastante preocupado porque no llevaba cadenas. Aunque fuera del parque no ha caído ni un copo de nieve.

Todo esto fue antes de que se despertaran los niños, Nedra descorrió las cortinas y le mostró el paisaje, lo desveló con orgullo, como si fuera un retrato por encargo. Y Bale, ya timorato, desesperado, preocupado por sus —las de ellos— pérdidas como un general en el campo de batalla, despierto incluso antes de que la camarera hubiese entrado, despierto y abatido una hora antes del alba, ya deprimido cuando se había ido a dormir la noche anterior, y también durante su sueño sin sueño, presa de una desesperanza insoportable. (Aunque Bale no era ningún tonto, aunque se conocía bastante bien a sí mismo, o lo bastante bien como para reconocer sus hábitos, las secuencias de causa y efecto de su comportamiento condicionado. Y se recordaba a sí mismo, Eddy, cuidado; Eddy, no confundas la parte por el todo. Siempre te pones en plan patético y amargado cuando llegas a la meta y el destino. Vamos, si hasta hubo una época en que te quedabas hecho polvo cuando oías al conductor del autobús avisar de que llegaba tu parada. Y se recordó la vez en que permitió que una tasa de cambio desfavorable —por llevar algo de dinero encima había cambiado unas libras por pesetas en el dutyfree

de Gatwick— casi les arruinara la luna de miel en la Costa Brava. Ginny había intentado tranquilizarlo, le había dicho por lo menos cinco veces que la comisión del veinte por ciento que habían pagado por el cambio en pesetas era ilegal, que los bancos españoles les habrían cambiado el dinero según la tasa oficial, pero él seguía torturándose: la libra que había perdido en la transacción se multiplicaba en su cabeza por cinco por cada libra y cada traveller's cheque de Thomas Cook que llevaban, por todas las letras al banco que tendrían que pedir cuando volvieran para compensar el déficit de uno a cinco, sus míseros ahorros, disipados, destruidos, el colchón de su amor; y también calculaba mentalmente todas las complicadas proyecciones de las comidas, souvenirs, cuentas de hotel, desplazamientos, cremas solares, cuentas en discotecas y dinero para emergencias súbitamente con inflación. Descontaba su luna de miel a los españoles. Y no quiso salir de la habitación en veinticuatro horas —iban a estar diez días— porque pensaba: *Si no salimos, no podrán engañarnos*. Pensaba: *Aunque ya lo han hecho, y en un solo día, un veinte por ciento de nuestros preciosos diez días tirados a la basura*. Veía el sol que resplandecía el veinte por ciento más que en el folleto, el mar era un veinte por ciento más azul, las olas más altas, también, y conspiraba quedándose en la habitación para recuperarse: *Tenían diez días. Si tenían diez días y la proporción era de cuatro a uno —¿de cinco a uno?—, ¿qué era?, el diez por ciento de sus pérdidas, pero también tenían que hacer el amor, tenían que dormir, tenían que utilizar la habitación, doce de las veinticuatro horas del día, por ejemplo, así que entonces sería más bien un cinco por ciento y no un diez, y seguían estando un quince por ciento por debajo*. Ginny le había dicho: «Hay una bodega muy cerca del hotel. Podríamos ir a comprar vino, naranjas y pan. A lo mejor hasta preparan bocadillos. Esta noche podemos cenar en la habitación. Usaremos el dinero que nos han timado en Gatwick. Así los timaremos nosotros a ellos». Ginny lo acusó de ser tacaño. La tacañería no tenía nada que ver, repuso él. Y era verdad. No era ningún rácano. Se acobardaba con las cosas nuevas, era torpe, negado, inexperto, tenía el miedo metido en los huesos, en la sangre, en las uñas y el pelo. Se lo explicó a Ginny, lo de su vértigo oblicuo. «Dame tiempo —le dijo—. Cuando abran los bancos —llegaron demasiado tarde, los bancos ya habían cerrado— y podamos cambiar moneda según la tasa correcta, seré un despilfarrador por ti». O a la hora de elegir. Tener que elegir lo atormentaba. Lo abrumaba. Le aterrorizaban las noches en el centro. Odiaba leer menús, escoger película, decidir qué obra de teatro ir a ver. Y se volvía pusilánime en los taxis cuando no conocía la ruta. Aunque siempre se olvidaba. Se olvidaba cada vez. Llamaba al taxi con la misma autoridad y seguridad que la de un parlamentario hasta que, una vez dentro, volvía a sentir la paranoia del novato, con un ojo

en el taxímetro y el otro, no en el paisaje, ya que para él era *terra ignota*, sino en algún tipo de lógica que pudiera descubrir en la ruta, los principios de la geografía, y mientras tanto escuchando lo que decía el taxista para ver si le daba alguna pista, la observación que parecía conversación, la pregunta demasiado cordial, Bale analizaba al conductor que lo analizaba a él. Una vez estaban perdidos en Willesden, buscando el número 14 de Broadband Road porque Bale, sin llegar a decirlo, había insinuado que ya había estado allí, que prácticamente se conocía la zona como la palma de la mano, y para disuadir al taxista de prácticas poco honestas por su parte, comentó con el tono más leve de sarcasmo que tal o cual edificio, aún en pie, tenían que estar ahí desde la Gran Guerra pero que parecía, si es que estaban cerca del Willesden que él conocía como la palma de su mano, que tenían que haberlo construido de la noche a la mañana. Y en Johannesburgo, adonde habían ido con Liam para probar una nueva terapia agresiva, habían bajado las mismas cortinas oscuras. En Pequín. Hasta en Lourdes. Sobre todo en Lourdes. Los inicios de todas las expediciones eran igual de tristes, el jet lag para Eddy era como una enfermedad. Pero tacaño no, avaro no, ni cicatero ni agarrado. Por sus venas no corría ni una gota de sangre de usurero. No soportaba el despilfarro, nada más, se estremecía con las oportunidades perdidas, con una vida mal gastada. ¿Y quién podía decirle que no tenía razón? ¿No lo había abandonado Ginny? ¿No había muerto Liam? ¿No solía llevarse chascos en el teatro? ¿No le había provocado una indigestión el entrante a base de ostras?). De modo que no despertó a Colin. De modo que no despertó a los niños.

Que pasaron del sueño a la vigilia —con Eddy que los miraba desde detrás de sus pestañas— como un equipo de natación sincronizada. Una epidemia de inicios interrumpidos, el inicio trastabillante de un nuevo día. Colin supervisaba todo desde su cama supletoria, ordenando abluciones como si fueran estaciones del Vía Crucis. «Lávate los dientes, Benny. Haz de vientre». Después hablaba en voz más alta para el viejecito: «Tienes los dientes en el vaso de la mesita de noche, Mudd-Gaddis. No te olvides de ponerte un jersey, no te olvides de la bufanda». Le guiñó un ojo a Eddy, traspasándole los ojos cerrados, las pestañas, perforando su farsa forzada, como la intrusión de un láser. Y Bale solo quería terminar con aquello y se preguntaba si era tan tarde como esperaba que fuese. Y, buscando motivos de queja, quiso indignarse con el tono que había usado con el anciano el enfermero, que cargó la voz de condescendencia como una pistola de munición, intentó indignarse con la conspiración que implicaba el guiño (porque, al fin y al cabo, fue descubierto como alguien que se escaqueaba, se lo reconoció por lo que era, por lo que podía ser, y lo hacía un maldito bujarrón), lo intentó y fracasó —

impresionado, en definitiva, por la diferencia entre sus estilos: Eddy no se sentía tan escandalizado como intimidado, mostraba la deferencia del oriental, un respeto arraigado por los mayores, sentía que los años raros de Mudd-Gaddis se merecían un reconocimiento, porque —Dios, ¿qué hacía un tipo como él con esa gente?— para Bale era casi como si Charles Mudd-Gaddis fuera un viejecito de verdad, una criatura como un pergamino. Había tenido que morderse la lengua para eliminar el tono deferente y una vez había estado a punto de tratarlo de usted.

—Pero bueno —dijo Benny Maxine, al salir del baño y ver la nieve por la ventana—. ¡Toma ya! ¡Mirad qué tiempo hace! ¿Qué probabilidades había de que pasara algo así?

La nieve había empezado a fundirse. En el restaurante, Nedra Carp y los niños, a quienes se habían sumado el resto de adultos, procuraban hacer ver que no pasaba nada mientras Lydia Conscience, sacudida por las olas de sus náuseas matutinas, regurgitaba trozos de tostada seca y gotas de pomelo en la servilleta.

—Se me habrá ido por el otro lado —se excusó, con la cara como un tomate.

—Toma, guapa —le dijo Rena Morgan, ofreciéndole un pañuelo que se había sacado de la manga.

—Perdón, no me he dado cuenta —dijo Mary Cottle, apagando un Gitane en el plato.

—Esa fuma como un carretero —le dijo Benny Maxine a Noah Cloth en voz baja—. Seguro que es bollera.

—Bueno —dijo el señor Moorhead, volviendo al tema destacado del que estaban hablando los niños cuando él, Bale, Bible y las dos señoras se habían reunido con Nedra en el restaurante—, no estoy de acuerdo.

—Usted solo está hablando de mi enfermedad —dijo Charles Mudd-Gaddis, que presidía la mesa, y a Eddy le dio la impresión de que una extraña claridad se había posado sobre el chaval. La camarera le había dado la cuenta, y antes de que Eddy pudiera cogerla, Mudd-Gaddis ya estaba firmando en la parte de atrás—. Quiero ser justo. ¿Cuánto es el quince por ciento de setenta y tres dólares con cuarenta y cuatro centavos? No puedo pensar —dijo con un hilo de voz.

—Deja once dólares —respondió Mary Cottle.

Mudd-Gaddis sonrió a la camarera.

—Gracias, guapa —dijo y se volvió hacia el médico—. De verdad que no. Nunca me he sentido especial, nunca me he sentido marcado. Me refiero a predestinado. Lo que he vivido ha sido solo —y aquí el abuelito hizo una pausa, se esforzó por encontrar las palabras exactas

— una vida normal.

—¿Solo una vida *normal*, querido mío? ¿*Solo* una vida normal?

—Ah, usted se refiere a mis síntomas —dijo Mudd-Gaddis—. Usted es médico. Para usted los síntomas tienen su importancia. Tengo mis huellas digitales, por supuesto, y probablemente el azul de mis ojos es de un tono particular. Y me siento sobre un culo distinto al del resto, tengo un trasero especial, hecho a medida, pero eso les pasa a todos.

—¡Charles! —lo regañó Nedra.

Pero no oía bien. Estaba un poco sordo y continuó como si no hubiera habido ninguna interrupción.

—A ver, todos conocemos esa historia de que no hay dos copos de nieve iguales, y cuando la oímos por primera vez, es una novedad, en cierto sentido. En cierto sentido, sí. Pensamos, pensamos: «Con toda la de cosas que hay en el mundo, ¿y no existen dos hojas exactamente iguales? ¿Ni dos pulgares ni dos firmas?». Trabajitos para los expertos en caligrafía, los detectives que se dedican a investigar falsificaciones. Pero ¿qué más da una diferencia? ¿Una peculiaridad infinitesimal? Vale. —Suspiró—. Aquellos tres o cuatro meses cuando fui pequeño, lo reconozco, sí recuerdo imaginar que estaba envuelto en un manto especial. Pero absolutamente todos los niños lo piensan. Es una trampa y un engaño.

Qué sabio es, pensó Eddy Bale. Es un mocoso viejo y sabio. Como ese cómo se llame, Sam Jaffe, en *Horizontes perdidos*. Un día lo pillaré por banda. Le contaré todos mis secretos. Le preguntaré por Liam, le preguntaré por Ginny.

—¿Cuál es el nombre de pila de Su Alteza Real?

—¿De Su Alteza Real?

—Su Alteza Real. La reina. ¿Cuál es el nombre de pila de la reina?

Mudd-Gaddis parecía desorientado. Tenía los ojos empañados.

—Espere —dijo—, lo tengo en la punta de la… en la punta de la…

—¿Qué apostáis a que no lo dice?

Moorhead asentía para darle ánimo, pero el pequeño pensionista solo era capaz de mirar al médico con un gesto de impotencia.

Fueron Goofy y Pluto quienes rompieron la tensión. Se acercaron a la mesa con globos que sujetaban con unas garras vagamente articuladas a medio camino, le pareció a Eddy, en la escala evolutiva entre las manoplas y las manos. Goofy sonreía a los niños detrás de sus simpáticos dientes salidos. Pluto, con la larga lengua colgando como un calzador extragrande de color rojo, en perpetuo jadeo, los observaba con sus enormes ojos fijos sin párpados con una expresión de agradable estupor. Las orejas les caían a cada lado de la cabeza como unas corbatas estrechas.

—¡Buenas! —dijo Rena Morgan.

Goofy saludó con la cabeza.

—Gracias —dijo Noah Cloth, después de escoger del montón un globo violeta que parecía una uva gigante y agarrarlo con su propio guante modificado.

Janet Order acariciaba a Pluto, que estaba agachado, con su mano azul en el suave cogote naranjo-marronoso. «¿Te gusta? Te gusta, ¿verdad? ¿Te gusta, Pluto? ¿Sí?». La criatura canina giró la cabeza y ofreció en silencio a las uñas cianóticas de la niña muestras lujosas de su pelaje de color. «¿Sabes dar la patita? La patita, Pluto. ¿Sabes dar la patita?».

—No pueden hablar —explicó Nedra Carp—. Es una regla estricta. Lo he leído en el folleto.

—¿Cómo? ¿Como la Guardia real? —preguntó Tony Word.

—¿Los que están delante de Buckingham Palace? —añadió Lydia Conscience.

—Eso es —contestó Nedra Carp—. Están adiestrados.

—Anda —dijo Benny Maxine—, sobre eso podríamos apostar. ¡Los provocaré!

—¡Benny! —le advirtió Eddy Bale.

Pero era demasiado tarde. Maxine se había levantado y ya sujetaba en una mano la nariz de Pluto, redonda y negra como una pelota de squash.

—¡Vete a la mierda! —dijo—. ¡Vamos, tira! ¡Aire!

El animal antropomorfo —Goofy llevaba algo parecido a ropa: un chaleco, algo que parecían unos pantalones, unos zapatos alargados— estaba ahí plantado. Quizá ladeó la cabeza unos grados, pero si lo hizo, siguió paralizado con esa especie de serenidad melancólica, con la mandíbula contraída, con su buen humor inane estampado en su cara ancha, profunda y muda como la de un cocodrilo.

—Conque vas de duro. Vale, está bien, pero yo aún no te he enseñado de lo que soy capaz. ¿Estás listo, cara perro?

La criatura enderezó la cabeza.

—Benny —dijo Eddy Bale—, para.

—¿Qué es esto? —dijo Benny Maxine, y le colocó las manos en las cerdas puntiagudas pegadas como astillas en las mejillas—. ¿Qué es esto, *púas*? ¿Y dices que eres un perro? Macho, tú eres un puerco espín.

—Ya os he dicho que están adiestrados —dijo Nedra Carp—. ¡Muy bien, jovencito!

—Déjalo ya, Benny —repitió Eddy Bale.

Sin embargo, el animal permaneció inmóvil, de un modo muy parecido al de los guardias con los que lo habían comparado, con su alegría a modo de indiferencia.

—Eh, aún no he terminado contigo, joven puerco espín. —Y Benny le puso las manos en la larga chistera ladeada que llevaba pegada a su disfraz—. Anda, aquí hay un hueso. ¿Por qué te lo pones en la cabeza? ¿Se lo escondes al chucho? ¿Y si te lo lanzo? ¿Y si lo vas a buscar?

—En serio, Benny —insistió Eddy Bale—. Si esperas seguir comiendo con nosotros, si no quieres irte a la habitación el resto de días…

Benny Maxine quitó con cuidado el primer alfiler.

—No te muevas, amigo, o podría pincharte —dijo al retirar un segundo alfiler largo del cuero cabelludo de Goofy.

—Benny —exclamó Rena—, si vas a ser desagradable no pienso ser tu amiga. —Se puso a llorar y las flemas y fluidos varios empezaron a brotaron de sus reservas.

—Bueno, bueno —dijo Benny Maxine—, Goofito y yo solo estábamos divirtiéndonos un poco. Él lo disfruta. ¿A que lo disfrutas, Goofito? —Aunque su expresión glacial de satisfacción no había cambiado en absoluto, fue como si el animal se encogiera ante su atormentador, como si su diversión hubiera sufrido una sutil magulladura, como si su porte y su comportamiento no se correspondieran con la preciosidad de su sonrisa franca, con los dientes felices y siempre a la vista, casi como si sus expectativas y esperanzas de perrito se quedaran congeladas para siempre y fueran dos o tres pasos por detrás de sus extremidades inteligentes, de su cuerpo, más astuto. Rena Morgan sacaba pañuelos de papel y de tela de todos los escondites habidos y por haber. —Está bien —dijo Benny arrepentido. Con cuidado volvió a colocar el primer alfiler entre el sombrero y los pliegues sueltos del cuero cabelludo de tela de Goofy. Rena seguía sorbiéndose los mocos y Benny devolvió el segundo alfiler de aspecto peligroso a un Goofy satisfecho, extrañamente digno, que se inclinó a modo de reverencia y volvió a su posición vertical y que, aunque era suyo, lo aceptó como si fuera una espada ofrecida como rendición y se retiró.

—*¡Lengua!* —gritó Mudd-Gaddis en tono triunfal—. ¡En la punta de la lengua!

—¿El qué, Charles? —preguntó Moorhead—. ¿Qué tienes en la punta de la lengua?

Fue como si el jovencito encogido se desplomara bajo el peso de sus jerséis. Daba la impresión de que llevaba un chal y unas pantuflas.

Benny Maxine miró acusadoramente a Eddy Bale y Nedra Carp. Con Rena Morgan parecía querer disculparse y actuar como si estuviera ofendido a la vez.

—¿Por qué me has hecho perder la apuesta? ¿Eh? ¿Por qué?

—No había ninguna apuesta —le dijo Mary Cottle—. Nadie la

aceptó. No tenías ninguna apuesta.

—Ya lo creo que sí —contestó él—. La había hecho conmigo mismo. —Se dio la vuelta, alzó la voz y gritó a las dos siluetas naranjas que se retiraban. —¡Eh! ¡Eh! ¡Apuesto a que no nos moriremos! Ninguno de nosotros. Os apuesto eso. ¡Apuesto a que no nos moriremos!

Avergonzados, todos los adultos y los niños salvo Charles, Benny y Rena, que estaba empeñada en cortar el fluido de mocos que bajaba como si fueran las últimas gotas de un cucurucho de helado, miraban a Goofy y Pluto repartir globos en una mesa que estaba lejos. Se los veía restablecidos, recuperados, radiantes y espléndidos como leones.

—¿Qué relación tienen el uno con el otro? ¿Lo sabéis? —preguntó Noah Cloth queriendo saber—. ¿Pluto es el hijo de Goofy?

—¿Es su hermano? —dijo Tony Word.

—Me parece que es su sobrino —dijo Lydia Conscience.

—A lo mejor es su perro —murmuró Benny Maxine.

2

Era una situación incómoda. Hasta para Mary Cottle, flexible como un junco, habituada a adaptarse a las condiciones externas como una manga de viento, era una situación incómoda. Acostumbrada a la rareza y a la anomalía como un zapato viejo —se le ocurría la expresión «ir como un guante», y también «ir como anillo al dedo» y «como pez en el agua»—, a todas las excéntricas contingencias y extrañas circunstancias en las que las posibilidades son una entre un millón. Y nunca la habían sorprendido, nunca, ni una vez en todo el condenado tiempo que había transcurrido desde su segundo aborto, desde que los resultados de sus análisis de sangre habían mostrado sus manchas, después de revisiones e informes médicos y profecías apocalípticas que había aceptado como un Edipo sagaz, un Macbeth más listo, no era ciega a las escapatorias que se le ofrecían ni se cerraba a ellas —«escapatoria» era una palabra que se le había ocurrido a ella—, ya que las había visto enseguida, ella las había visto, incluso antes de que el médico hubiera tenido oportunidad de explicarle a grandes rasgos las opciones que tenía: ligadura de trompas, hasta la histerectomía. («Oiga —le había dicho el cirujano—, es una medida extrema, la histerectomía. No hay ningún médico en todo el reino que aceptaría una responsabilidad semejante. Diablos, su jardín de las delicias es todo luz y dulzura, no hay ballicos ni vezas ni alimañas molestas. No hay ningún ácaro, piojo o pulga que lo perturbe. Ni tijeretas ni langostas, ni escarabajos, ni chinches. Solo hay deliciosas hadas al final de su jardín, señorita Cottle. Si obviamos sus huevecitos contaminados, el recipiente está como una rosa. De modo que, ¿quién podría tocarla? ¿Quién podría manosearla? Esos puritanos que utilizan aceite de ricino y los carniceros reaccionarios son como momias. «Gracias, doctor, por su franqueza». «Alto —dijo el cirujano—, yo no he dicho que no la haría». «No, gracias». «Además, sería una medida preventiva. Disminuirían las posibilidades de tener cáncer». «No, gracias», dijo ella y echó la espesa niebla de sus cigarrillos baratos en la dirección del doctor. «Es como quitarle el apéndice. En realidad no lo ne…». «No, gracias». «Vaya, es usted de armas tomar. Muy bien, guapa, la doctora es usted y usted decide. Si prefiere unos nudos de la abuela en las trompas, pues le haré unos

nudos. A ver, cariño, si quiere le hago unas trenzas y unos moños, si quiere le pongo unos lazos. Puedo…». «No, gracias». Y entonces fue cuando él dio rienda suelta a la franqueza. «Pues adelante, pida una segunda opinión. No habrá diferencia. Usted tiene en su cuerpo sustancias químicas tan repugnantes que podría envenenar el agua de los pozos. Le aseguro, señorita Cottle, que cualquier niño que tenga la desgracia de concebir podría llevarla a los tribunales. Usted solo puede engendrar monstruos. Sus hijos serían kraken, quimeras y basiliscos. Sería madre de guivernos, de *snarks*[2] y de esfinges. Generaciones de víboras, señorita Cottle». «¿Es su opinión profesional?». «La píldora no es ninguna garantía contra la concepción. Usted la está tomando y ya ha perdido a dos niños y ha tenido que abortar dos veces. Aún no sabemos por qué hay mujeres menos receptivas a los efectos de la píldora, pero así están las cosas. Me temo que es una de esas mujeres que no puede permitirse confiar en los métodos anticonceptivos habituales». «No lo haré». «Si pretende vivir la vida —continuó sin hacerle caso—, de una mujer joven y sana, casi con total seguridad tendrá que someterse a una de las intervenciones ligeramente radicales que le he enumerado». «No,

gracias». «Bueno, hay más cirujanos. Si no confía en mí, no me importa ponerla en contacto con alguno de ellos. Creo que tengo en mente a la persona ideal para hacerle la histerectomía. Bueno, una vez lo ponga al corriente de las circunstancias…». «No habrá histerectomía, ninguna intervención». «Oiga, le estaba tomando el pelo cuando le he dicho lo de los nudos que le iba a hacer. De verdad, es muy sencillo. Solo quería animarla». «Lo sé». «Entonces —dijo él—, ¿qué ha decidido? No quiero meterle prisa, pero cuanto antes tomemos cartas en el asunto, antes podrá reanudar su vida sexual normal». «Ya se lo he dicho, no habrá ninguna intervención». El cirujano se quedó estudiándola. «Entonces me temo que debo informar a las autoridades —dijo con calma—. En este país es delito traer a propósito hijos al mundo cuando se sabe mucho antes del nacimiento que sufrirán múltiples y graves trastornos físicos y psíquicos»). Y la otra escapatoria también. La que el cirujano no había mencionado. Que podía acostarse con hombres estériles. Con hombres con vasectomías, hasta con hombres que fuesen impotentes, hombres con prótesis, con perillas de goma que apretaban en su mano para llenar sus falsas erecciones de fluidos, que se llegaban a correr, eyaculaban, y le lanzaban a sus partes líquidos, agua de ducha vaginal, perfume, champán de verdad. No quería saber nada. Como no soportaba planificar, no lo haría. Los hombres mentían. Si eras franca, si les decías que no podías tener hijos, si se lo explicabas, se inventarían cualquier excusa, dirían que eran estériles, que se habían hecho una vasectomía, incluso afirmarían ser impotentes o que tenían prótesis,

para presentarse la próxima vez con una jeringuilla, con tubos de goma rotos de lavativas, de bombas de bicicletas, irrigadores vaginales, esfigmomanómetros, artilugios varios de la farmacia. Odiaba los subterfugios, odiaba que la cortejaran. Las coreografías sociales, recargadas y opresivas, la avergonzaban y la deprimían. Regalos, flores, cartas de amor, llamadas de teléfono que recibía tarde en la cama, después de una cita, hasta el anillo de compromiso que le había regalado su novio. (Y había aceptado casarse con él, mudarse a vivir juntos, hasta había sido ella quien lo había sugerido, solo para que dejara de cortejarla). Porque era decorosa, fina, intachable, amable. Porque era pulcra, aseada, impecable. Porque desde el punto de vista moral siempre era irreprochable. Pura, discreta, reservada. Porque era quisquillosa, exigente, melindrosa, propensa al sobresalto. Incluso aprensiva, incluso tímida. Porque tenía un aguzado sentido de la cortesía, de los matices y la sutileza. Porque ponía límites y le buscaba tres pies al gato. Porque era puritana. Porque tenía clase. Porque era buena. Porque, al fin y al cabo, era perfeccionista. Se había perfeccionado en el arte de las pajas.

De modo que era *evidente* que era una situación incómoda. Porque necesitaba desahogarse —la nicotina más fuerte y las mezclas de tabaco más hoscas ya no servían de nada— y, de haber sabido que le habían asignado tres compañeras de habitación —Moorhead la puso en la 629 con Nedra Carp, Lydia y Rena—, se habría pagado una habitación para ella sola de buena gana. (Era *evidente* que los cigarrillos no le servían de nada. Cuando Rena Morgan estaba cerca no se atrevía a encender ninguno. La fibroquística era aún más sensible al humo, por más que fuera ligero, que Janet Order, y si alguien encendía una cerilla a tres metros de ella le daba un ataque de asma. Y ahora fantaseaba con la idea de reservar una habitación para ella sola, tal vez en otra planta, un lugar donde pudiera explayarse si sentía demasiada presión. Y dudaba en hacerlo solo porque aquello habría significado tener que planificar). O se habría traído las tres bolitas de acero que había comprado en el sex shop de Shaftesbury Avenue. (Aunque no las había utilizado —eso sí que exigía una planificación atroz— excepto en una ocasión, las debía de tener guardadas en algún sitio, probablemente en el armario con los regalos que le había hecho su prometido. Se las había puesto entre las piernas, las había introducido, dentro, hasta el fondo —en las instrucciones se indicaba que para obtener un resultado óptimo, debía consultarse con el ginecólogo, pero naturalmente ella era demasiado discreta como para hacer algo así, y, aunque se imaginaba volviendo a ver a aquel cirujano listillo para enseñarle cuatro cosas sobre intervenciones radicales, al final, como era una experta, como conocía bien su dulce y rico territorio, decidió hacerlo ella misma— y se había paseado por su

piso en un estado de éxtasis continuo, a cada paso que daba se le encadenaban los orgasmos. Siete pasos por la salita para ir hasta los geranios de la maceta en el alféizar y vaya, Dios, oh, oh, oh, joder, ah, ah, ah, ¡ah! Unos pasos para llegar a la nevera en la cocina y sacar un poco de verdura para la cena y oh, ah, ah, ah, mmnmnnnn, ah, ah, ah, ¡mmmmm! Un paseíto hasta el baño para lavarse las manos antes de cenar y tuvo que meterse los puños en la boca para atenuar los gritos y gemidos. No eran maneras de comportarse para una señora amable, decorosa, fina, pura, pulcra, reservada, melindrosa, aseada e intachable como ella). Así que las había dejado en casa. Igual que el vibrador, que tenía una forma bastante neutral excepto por la punta redondeada, pero iba recubierto de un plástico adherente casi carnoso un poco como el revestimiento de los cables eléctricos de su equipo de música —en general, Mary estaba en contra de la música, ya que era algo parecido a un plan— y que adquirió en esa misma tienda ese mismo día en Shaftesbury Avenue cuando había comprado la maquinita de acero inoxidable del orgasmo perpetuo, haciendo caso omiso de las miradas de los hombres —no había otras mujeres solas en la tienda— y realmente indiferente a la mirada lasciva del dependiente y a su comentario insensible y poco profesional —«¿Quiere que se lo envuelva, señora?»—, tratándolo con la misma elegancia presuntuosa con la que había desarmado al cirujano, sin perder el control, tan decorosa incluso después de su siguiente comentario, diciéndole: «Si de verdad tuviera tantas agallas como usted parece pensar que tengo, no necesitaría esta tontería, ¿no cree?». Usadas una vez y abandonadas, las había dejado en casa, quizá en el mismo armario en el que guardaba los regalos de porcelana del prometido (porque la vergüenza, aunque ella no sentía ninguna vergüenza, también sería otra forma de planificar y llevaría a otros planes: deshacerse de las «pruebas», camuflarlas, desmontarlas, meterlas de una en una en la basura para que el basurero no supiera qué eran). Esta vez sus motivos no tenían nada que ver con el éxtasis continuo, la decencia de un placer circunscrito, ni siquiera con el leve bochorno que sentía al pensar que podía mojarse hasta tal punto y metérselo tan dentro que acabara electrocutada. No. Era aquella planificación del fabricante, la deferencia que había tenido con la fantasía. Era la verosimilitud de la piel. Ella tenía necesidad de desahogarse, no de fantasía. (No pensaba en nada cuando se masturbaba, en nada, centraba su atención únicamente en el mecanismo de la acción, o si estaba en un aprieto como ahora, en estrategias, en prever, en *planificaciones*). Porque, al final, ella era nerviosa y, como cualquiera que aplique contención en su carácter con la misma precisión que un entallador, estaba sujeta a ataques de nervios, indisposiciones, escalofríos, toda la piel de gallina, a la

agitación alarmista de la escena, a la riña y al trajín. El Valium solo la hacía dormir. La música no le gustaba. La lectura requería su tiempo y, de cualquier modo, no era lo más práctico en las salas de hospitales. El bordado, la cocina y otras habilidades manuales tenían sus propios inconvenientes. Solo el orgasmo la calmaba, alineaba las limaduras de hierro —así es como le gustaba imaginárselo: como minúsculas piezas de metralla que la perforaban— de su espíritu disperso como un potente imán, la restauraba y, como algo maravilloso, la mantenían en ese estado varias horas. De modo que la flexible Mary Cottle se subía por las paredes, aunque en casos de emergencia, podía hacerse gozar en menos de dos minutos. (Porque no era satisfacción lo que necesitaba, como tampoco necesitaba fantasía. La duración no significaba nada para ella, los orgasmos múltiples tampoco, y era incapaz de prolongar su alivio autoinducido más de cinco minutos. Lo había comprobado empíricamente. Necesitaba saberlo. Había experimentado. La abstinencia había sido un experimento, igual que las esporádicas fantasías intencionales y premeditadas y otros tipos ingeniosos de ruido blanco apuntados hacia la divagación y el aplazamiento. Las bolas de acero habían sido un experimento, el vibrador también).

El monorraíl avanzaba a su paso constante de tren de juguete. Se había armado un follón. La Cottle había desaparecido, y Colin Bible estaba llevando a los chicos al hotel él solo. Después de que la nieve se derritiera tan rápidamente, de manera tan insólita como la propia tormenta (y casi no quedó ni rastro de humedad, se esfumó como niebla, se evaporó como el rocío), a todos se les había levantado el ánimo de manera notable. Hasta Moorhead, frotándose las manos (y pensando en judíos, ansioso por estar entre ellos), parecía presa de un entusiasmo desmesurado e irrefrenable que Colin (que había trabajado como enfermero para él, que había seguido sus órdenes, que había asistido a sus discursos comedidos sobre las necesidades especiales de los chiquillos —en las propias palabras extrañas e incongruentes de Moorhead— moribundos, y que sin que le cayera especialmente bien, sentía tener con él una relación casi de afecto como la que sienten entre ellas las personas que pertenecen a distintas castas) no le había visto nunca. El doctor había tenido un ataque de oratoria.

—Aquí somos extranjeros en una tierra extranjera, y lo más adecuado es que empecemos presentando nuestros respetos a nuestros anfitriones. Eso es lo que hacen todos los turistas que se pasean por Whitehall, ¿verdad? Se hacen fotografías con el Parlamento de fondo y van a husmear al número diez de Downing Street. Esta no es una capital de estado, claro que no, pero he estado consultando las guías y yo diría que debemos empezar por Main Street, USA.

Y a los niños les había encantado, a todos. Enseguida se habían quedado embelesados con el ambiente de calles empedradas del lugar, con sus bonitas tiendas y sus alegres tejados victorianos, impactados con las nubes doradas de los nombres de las ventanas del segundo piso, con los tranvías tirados por caballos y los autobuses descubiertos de dos pisos, espléndidos como el sol, con los faroles de gas y la atmósfera de sombrereras y canotiers, sus almacenes y sus heladerías y todos los dulcísimos aromas de vacaciones de la colección de caramelos. Les embargó la nostalgia, hasta a los más pequeños, con las vagas e inefables texturas de consanguineidad que compartían con localidades marítimas equivalentes en Gran Bretaña. Avanzaban con energía, se dejaban llevar por ese ambiente de sombreros y banderines, casi sentían el viento en la espalda, casi olían los tofes, casi les llegaba el olor a sal. Algunos pensaron que aquello podía ser Blackpool. Otros pensaron que podía ser Brighton.

También disfrutaron de la Sala de los Presidentes. Sentados como niños buenos vieron el breve documental histórico que precedía al espectáculo principal, incluso Mudd-Gaddis dejó en suspenso su cinismo añejo, hasta el fino desprecio de Benny Maxine quedó congelado. «Shhh —dijo Nedra—. Callaos». Aunque no habría hecho falta. Nadie hacía ruido. Para empezar, estaban cómodos, bien sentados en los respaldos de las suaves butacas, respirando el aire acondicionado como si fuera oxígeno, todos ellos, los enfermos y los sanos, en ese estado perfectamente equilibrado de concentración e ilusión, la calma chicha que rodea a un espectáculo y que parece ocupar el tiempo y hacer que incluso los preparativos y las instrucciones, los avisos susurrados y las señales que se hacen entre acomodadores y guías sean parte integral de las operaciones, agradables de ver e interesantes de oír como todo lo que seguirá, el trabajo de los demás se transforma en una extensión del espectáculo.

Sin embargo, ninguno de ellos estaba preparado cuando terminó el documental patriótico y se levantó el telón para mostrar a los autómatas, unas máquinas curiosamente repletas de detalles que a un tiempo estaban tan rígidas y tan agitadas como personas atrapadas en un momento de inquietud de la vida cotidiana, que se mueven y tienen ataques de tos como si estuvieran posando para una fotografía grupal, por ejemplo, o durante una ceremonia pública.

—Son robots —dijo Nedra Carp en voz baja—. No son de verdad.

—Actores —repuso Tony Word.

—Son actores —reconoció Noah Cloth—, pero como ese actor de la tele en Francia, que recita como si fuese un autómata.

—Pero tiene que haber unos cuarenta ahí arriba —comentó Lydia Conscience.

—Sí —dijo Benny Maxine—, es un cuerpo de baile.

—Son robots. Yo creo que sí —opinó Janet Order.

—Son como ordenadores especiales —dijo Rena Morgan.

—Son de verdad —dijo Charles Mudd-Gaddis con toda la autoridad que le concedían los años.

—¿De verdad? ¿De *verdad*? —dijo Benny con tono de burla—. ¿Es que no lees el periódico, no te informas? Ese de ahí es Ronald Reagan. Ese es Nixon y ese, Carter. ¿Tú crees que este grupo de hombres de Estado, esta troupe de presidentes artistas se dedican a las artes escénicas?

—Son de verdad —repitió Mudd-Gaddis.

—Sí, abuelo —dijo Benny—, han tirado la casa por la ventana.

Y cuando Lincoln empezó a hablar, Colin Bible solo fue capaz de sentir vergüenza por su amigo en Inglaterra, por las pálidas figuras muertas del pálido y muerto museo de cera, por todos los pálidos héroes y villanos no resucitados de los que aquí se burlaban.

La precisión anatómica es notable, pensó Moorhead. Pero cómo es posible que alguien haya podido pensar que Roosevelt era judío, me pregunto.

Que se queden con la duda, pensó Eddy Bale.

—Que no son de verdad —dijo Colin Bible, ahogando un sollozo, como pillado en un momento de la inquietud de la vida cotidiana como cualquiera de los robots del escenario. Y se sintió conmovido, terriblemente conmovido. Nunca me ha hablado de esto, pensó. No me lo ha contado porque me quiere. El bobo quería que me sintiera orgulloso de él. Y allí, en la Sala de los Presidentes, en medio del silencio solemne que había sustituido a la tranquila discusión que zumbaba por todo el auditorio, Colin se sintió orgulloso. Orgulloso de ser amado de esa manera. No le comentaría nada a Colin. No mencionaría el tema. Y si *Colin* lo sacaba, haría una broma. «¿Qué, aquello?», le diría. «Un montón de cables y circuitos. Los han hecho unos electricistas. Cosas de japoneses», lo reconfortaría.

E incluso Eddy Bale respiró tranquilo porque ya habían superado la primera mañana y parte de la primera tarde. Lo estaban haciendo bien. Hasta la comida había sido fácil, pensó Bale alegremente, pan comido. Moorhead había encontrado una especie de bar de zumos y los niños habían estado tomando bebidas de fruta y verdura. Dos o tres habían tomado yogur. De modo que Bale, fuese cual fuese el motivo que lo había hecho ser reacio a salir, los viejos recelos de turista que casi arruinaron su luna de miel y la de Ginny en la Costa Brava y que hacían que en los taxis estuviera en tensión, cuando hubo calmado su temor a lo nuevo, o mejor dicho, su agorafobia de pringado —si bien el rango del señor Moorhead desde el punto de

vista social lo superaba, Eddy seguía siendo el jefe de la expedición— tomó una decisión. Se dividirían en grupos. Era lo más sensato. Para sacarle más provecho al dólar, como les gustaba pensar a los estadounidenses. (Como pensó

Bale. Que dijo «como les gusta pensar a los estadounidenses» antes de «sacarle más provecho al dólar», seduciéndolos ya no tanto con la jerga de allí, sino con la idea de ser británico, seduciéndolos, consolidándolos, federándolos, recordándoles en aquella latitud sureña de aquel pedazo de tierra si no quiénes eran, por lo menos de dónde venían).

De modo que Bale delega en Mary y Colin la tarea de llevar a Charles, Tony, Noah y Ben a la Mansión Embrujada. Y resulta que no es tan distinta a una de tantas casas, menos imponentes, de Inglaterra, en concreto la del señor Moorhead. Es, sorprendentemente, el pequeño Charles Mudd-Gaddis, con su memoria atrofiada que le va y viene, quien se lo hace ver a los demás.

—Es exactamente igual —dijo Benny Maxine.

—Bueno, exactamente igual no —comentó Colin Bible.

—Se parece un montón —afirmó Noah Cloth, y fue a morderse por costumbre la uña del dedo que le habían amputado hacía siete meses.

—Es un poco del estilo del siglo dieciocho —añadió Mary Cottle—, pero es holandesa.

—El señor Moorhead es holandés —dijo Tony Word.

—¿El señor Moorhead es holandés? ¿Cómo sabes ese detalle? —preguntó Colin.

—Porque me lo dijo él —explicó Tony Word—. La vez que fuimos a su casa.

—Nos estaban examinando —dijo Benny Maxine—. Para ver si éramos compatibles.

—¿Compatibles? —preguntó Noah Cloth.

—Para ver si nos llevábamos bien —dijo Benny—. Si seríamos buenos compañeros.

—Y me enseñó unos zuecos de madera. Dijo que habían sido de su bisabuelo.

—Somos compatibles —dijo a carcajadas Mudd-Gaddis.

—Solo que a mí me daba grima tocarlos —dijo Tony Word.

—Somos compatibles —insistió Mudd-Gaddis, que disfrutaba de un respiro, de un periodo de lucidez.

—Podrían haber habido astillas.

—Somos compatibles. Somos niños que nos vamos a morir —sentenció Mudd-Gaddis con su voz ronca de anciano.

En cuanto Noah empieza a llorar, Tony le sigue. Y Charles Mudd-Gaddis, en pleno apogeo de lucidez, con la cabeza clara como el agua,

ve con toda la luz todos los ángulos de todas las causas y los efectos; devuelto, podría ser, a su edad verdadera, legítima, y lo ve *todo,* hasta lo que siente ahora, en este preciso instante, la madurez perfectamente completa de sus curtidos ocho años, puede que sea un engaño; las sustancias químicas inundan su organismo y bailan, se trata de una sobrecarga neurológica, una sinapsis frágil y quebrada, su remisión es solo una improbable manifestación de la coincidente, connivente senectud, y de golpe se arranca la peluca de la cabeza y la lanza al suelo.

—Es *amarilla* —grita—. ¡Yo tenía el pelo *castaño*! ¡Mi pelo era castaño! —Y empieza a pisotearla.

Maxine, asustado, se acerca para calmarlo, para que se recupere, sin ser consciente de que ya ha vuelto a su estado normal, que su compatible y furioso amigo, que da patadas a la peluca destrozada, pisoteándola, limpiándose los zapatos en ella como si fuera una alfombrilla, tropezándose con su paso vacilante, de anciano, está lejos de poder ser consolado.

—Esto no se hace, abuelo —le dice Benny, agarrándole el brazo—. No está bien. Vamos, abuelete. Vamos, yayo. No está bien. Dígaselo, señorita Cottle —le implora a la mujer, con los ojos llenos de lágrimas —. Por favor, señorita Cottle, ¿no puede hacer algo?

Y ella se tapa la boca con la mano derecha, conmocionada, horrorizada, y con la izquierda se toca la entrepierna, agarra un trozo de tela, así lo ve Colin Bible, como si hubiera tenido un accidente.

Enseguida se encuentran rodeados de miembros del cast. (Mary Cottle, que aborrece hacer escenas tanto como planificar, piensa: *habrían venido de todos modos*. Nos tenían calados. Habrían venido de todos modos. Teníamos algo que nos delataba, incluso estando en reposo. Habrían venido igualmente).

El hombre con el crespón en el brazo —están en la Mansión Embrujada— se ofrece amablemente a llevarlos hasta el principio de la cola. Mientras, un joven apuesto y fornido recupera la peluca de Mudd-Gaddis, y, sacudiéndola, se la pasa a Colin, quien según ve Mary Cottle, parece conmovido con el gesto. Una chica da unas palmaditas en la cabecita calva de Charles; lo levanta del suelo y cruza la cola de gente con él a caballo, con el resto del grupo del cast detrás, que guiñan el ojo abiertamente, no entre ellos sino a los niños, a los dos adultos, como si mostraran un acuerdo secreto, dosificándolos de algún modo —los guiños—, gestionando la delicada coreografía de gestos de tal manera que nadie reciba dos guiños de la misma persona o que nadie guiñe el ojo de más. Solo que Mary Cottle ve al joven que le había devuelto la peluca de Charles a Colin, guiñarle el ojo a Colin, y Colin responde aún con más entusiasmo. Ella ve que el chico se ruboriza. Me admira, piensa Colin sintiéndose culpable. En un país

donde la tasa de sida es exorbitante.

En el interior, se disponen a lo largo de lo que podría ser la costura del edificio, cutre como la cocina de un restaurante fino, o como una zona de camerinos o donde los trabajadores se reúnen para fichar. Se oye un murmullo de grabaciones, se entrevén los caminos entrecruzados, sinuosos, torcidos, un poco como las cintas de equipajes de los aeropuertos, de otros grupos de turistas, de los vagones negros y abiertos que los transportan. Cada tanto ven destellos de efectos especiales como si fueran relámpagos, como ráfagas fosforescentes de insectos. En las retinas las imágenes posteriores se queman como una mecha: el bombardeo de rayos láser, las deflagraciones de los efectos teatrales de la guerra, todas las antorchas, las velas y las candelas que emanan una radiación fantasmal.

El tipo que lleva el crespón en el brazo le hace una señal a una chica que está junto a un panel de control, que toca un botón que hace que los trenes se detengan. Coge un micrófono que hay en la pared. «Debemos hacer una pausa para recoger a unos *visitantes* —se interrumpe y baja la voz para dar un efecto de amenaza fingida— *de última hora*». «De última hora» lo pronuncia como si fuera una pregunta.

La maquinaria se ralentiza —es como si tuviera lugar un solemne y tierno armisticio— y hacen subir a Colin, Mary y los chicos en un vagón vacío, a oscuras, y se acomodan en unos asientos que llevan una especie de altavoces incorporados. Empiezan el viaje. Y las sensaciones se amplifican —al aire de allí dentro le han hecho algo, hay una humedad artificial parecida al frío débil de una catacumba— al haber sido trasladados del sol resplandeciente hasta la cargada oscuridad.

Sus rostros avanzan contra telarañas, las rompen como fantasmas que llegan a la meta en una carrera fantasma. El mismo cuervo aparece una y otra vez. Una vieja armadura con su fiero metal cubierto de sudor y sus goznes chirriantes se resiste a la muerte, transciende el óxido, se anima y cobra vida. Los ojos de criaturas nocturnas pestañean en el papel pintado. Una tetera sirve un té envenenado. Unos espectros, transparentes como el té, se mueven en el aire como si fueran prendas de la colada. Hay una mujer viva sepultada dentro de una bola de cristal. Alrededor se oyen los aullidos de los muertos, insistentes y desesperados como exigencias de mendigos. Es ese sonido, el murmullo de la petición atormentada, la que provoca un mayor malestar en los niños que el de los artilugios convencionales de la muerte: los murciélagos, los ataúdes dispuestos como muebles. Siguen aturullados. Mary Cottle lo nota; Colin Bible, que aún tiene grabada en la retina la imagen del chico de veinte años

que le guiñó el ojo, que le tocó la mano una fracción de segundo más de lo necesario cuando le dio la peluca de Charles, también.

—Están intentando decir algo —susurra Noah Cloth a su compañero, Tony Word—. ¿Tú qué crees que intentan decir?

—No sé. Parecen mugidos de vacas.

Ambos se estremecen.

Solo los tenues y sofocados gritos de Charles Mudd-Gaddis pasan casi desapercibidos entre los alaridos y chillidos profesionales de los actores de la casa encantada, las melodías del túnel del terror de los muertos. Si los otros están aturullados, Mudd-Gaddis está petrificado; si sus compañeros lo oyen, confunden el sonido con las quejas casi imperceptibles de los fantasmas de los niños. Ha estado lloriqueando así desde que lo llevó a hombros hasta allí la chica grandota, que ahora está sentada a su lado y lo coge de la mano, estrujándole sin pensar sus articulaciones artríticas, masajeándoselas con cariño, haciéndole ruiditos, ruiditos que él no oye, y que si oyera tampoco les prestaría atención.

Ya que, en la oscuridad, sus ojos de anciano casi no ven; y en el exterior iba tan alto a caballo de la chica grandota que no se atrevió a mirar abajo y no se percató, aunque tampoco los habría aceptado, de los gestos reconfortantes de los robustos miembros del cast, a quienes daba la espalda. De hecho, ni siquiera es consciente de que la chica que está sentada a su lado es la misma joven que lo agarró en plena rabieta, lo levantó del suelo donde él pisoteaba la peluca y daba patadas apenas unos segundos antes, lo alzó, lo alejó de la tierra y le arrancó aquella farsante, abominable peluca amarilla que él había estado intentando ensuciar para que volviera al marrón de sus recuerdos. Ya no está en remisión, ya no está disfrutando de un momento de lucidez, además, no sabe bien dónde está, y solo tiene la sensación de encontrarse en algún lugar bajo tierra, montado sobre una vía estrecha de una mina de carbón, tal vez, o arrastrado en un trineo, aunque no tiene frío, por los seis meses de medianoche del Círculo Polar Ártico. No está en remisión, no disfruta de un momento de claridad cristalina como el de hace veinte minutos —aunque se acuerda de todo a la perfección, en realidad, no se le escapa ni un detalle, ni uno, hasta el asunto a un tiempo humillante y exasperante de la peluca lo recuerda tan nítidamente como si hubiera sucedido años antes— y recuerda el día en que cumplió siete años. Su lloriqueo es una especie de nostalgia, su recuerdo del día es tan vivo y cristalino que el lloriqueo se convierte en un suspiro, el suspiro en un sollozo, y el sollozo en un grito.

—Ay, mi juventud perdida —grita.

—Chsss, guapo —le dice la chica a su lado—, el viaje está a punto de acabar. Solo dos minutos.

Charles Mudd-Gaddis se pone a gritar. Colin, los niños y Mary se asustan. Él grita. Grita y grita sin parar.

—Dos minutos más —dice la chica grande—. Dos minutos. Te lo prometo.

Él grita.

—*¡Stat!* —exclama la chica en dirección a los miembros del cast que están detrás del decorado. Charles reconoce la palabra. Mary, Colin y los demás niños también. Es la palabra clave que se usa cuando hay emergencias en los hospitales. Mary, Colin y los chicos creen que le ha pasado algo a Charles—. *¡Stat! ¡Stat!* —grita la chica. El vagón se detiene bruscamente.

—¡Eh! —dice un turista bromeando—. Menudo latigazo.

Los miembros del cast corren hacia el lugar con linternas.

—¿Qué tiene?

—¿Qué ha pasado?

—Me parece que le da miedo la oscuridad —dice la chica.

Colin pasa por encima de los asientos para acercarse al sitio de Charles.

—Oiga, por favor, permanezca sentado. Arlene se ocupa del chico.

—Es que está…

—Tengo que pedirle que se siente, por favor. Por su propia seguridad. El niño se pondrá bien. Vamos a evacuarlo.

—Pero si se mueve como si tuviera mil años —dice Benny Maxine —. Se caerá y se romperá la cadera en la oscuridad.

—Hay una amplia pasarela. No es peligroso.

Todos se han bajado del tren; los niños son escoltados por los solícitos miembros del cast. Es como si los guiaran por una zona contaminada de gas lacrimógeno. Después se encienden las luces de la Mansión Embrujada como las luces auxiliares de los teatros y los hospitales, como las luces de emergencia de los vagones del metro. Los accesorios se desvanecen, los dibujos desaparecen de las paredes de lona desnudas, los espectros se extinguen, la bola de cristal está vacía, los ojos de los murciélagos del papel pintado son unas bombillitas minúsculas, la tetera de juguete vierte un lazo de celofán retorcido y coloreado, los ataúdes y los viejos baúles son solo objetos de leña sólida, los cuervos son objetos mecánicos, el espacio imaginario que han estado recorriendo es solo una especie de almacén. Los visitantes de la Mansión Embrujada protestan.

—Es que mirad qué sitio —se queja Noah Cloth—. Seguro que los fantasmas no existen.

—Supongo que no —coincide Tony Word desanimado.

—Los pobres desgraciados como nosotros no tenemos nada que rascar en el infierno —dice Benny Maxine, avanzando sobre el asfalto

que hay junto a las vías con curvas, por la arquitectura confusa, por pendientes que suben y bajan indiferentes, que, a oscuras, habían parecido espectaculares.

—Probablemente el infierno no exista —dice Noah.

—No —coincide Tony Word.

—No —dice Benny Maxine—, es una forma de llamarlo.

—Como el cielo.

—Pero no se lo contemos a las chicas —advierte Benny.

Y los tres muchachos se echan a llorar.

Charles Mudd-Gaddis era imposible de consolar.

Como Mary Cottle, que, prácticamente con los nervios a flor de piel y la tensión por las nubes, que le provocaba un dolor físico, consiguió deshacerse de Colin, que recibió a los cuatro niños en la misma puerta por dónde habían entrado, aceptándolos como prisioneros que le entregaba formalmente el atractivo auxiliar que había sacudido la peluca rubia del niño y se la había dado al enfermero («¿Aún tiene el sombrerito amarillo de su hijo?». «Ah, no soy el padre de los niños». «¿No?». «Soy el enfermero que los acompaña». «¿Ah, sí?». «No tengo hijos». «¿No es de los que tiene hijos?». «No, no lo he sido y nunca lo seré». «¿En qué hotel se aloja?». «En el Contemporary». «No está nada mal el gimnasio del Contemporary. Tiene que ir». «Quizá me anime»), y logra escaparse del grupo en la rampa de la ventanilla donde se compran los billetes y entradas, lugar que utiliza como escudo, y se coloca detrás de una puerta en el andén donde no hay nadie, y ahora está sentada sola a oscuras en un vagón vacío del mismo monorraíl donde van Colin Bible y los cuatro chicos, con la falda por encima de las rodillas, la mano en las bragas y dos dedos en su clítoris seco, tirando de la carne en la que hasta ahora podía confiar, tocándola como si fuera un timbre, pero distraída, esta vez no tiene la mente en blanco precisamente (algo que, la verdad, el hecho de que su cuerpo se abandonara a la pura fricción mecánica siempre había sido un punto a favor), sino repleta de un catálogo de imágenes dispares (más bien como en la propia Mansión Embrujada), desde el intercambio que podría terminar en lío entre Colin y el auxiliar alto y guapo, por ejemplo, hasta la falda, los vestidos que ha traído en la maleta, lo orgullosa que está de lo mucho que se conoce, su talento para la previsión, ya que había intuido, se imaginaba, que podrían producirse escenas, que seguro que se producirían, y por tanto había renunciado a traer pantalones (aunque ella sabía que el traje pantalón, con toda probabilidad, sería la manera de vestir estándar, como de hecho había podido constatar) y había elegido faldas y vestidos, que le resultarían más prácticos en una

situación de emergencia. De modo que manos a la obra —hasta la expresión la distrae, aún la aleja más de ese estado de ánimo, que no es deseo, no es lujuria, sino meramente tener los nervios a flor de piel, la tensión a mil, una especie de dolor físico— contenta, pero por otro lado, molesta, por la ausencia de agua y jabón, por poner otro ejemplo, que ahora mismo es un fastidio, que le resulta de lo más inconveniente, porque si consigue llegar al orgasmo y si no lo consigue también, no puede tocar a los niños antes de haberse lavado las manos, así que deberá seguir escondiéndose de ellos, huir al baño de mujeres, aunque nada de esto constituye una fracción de su nerviosismo real, ya que si logra tener un orgasmo, bueno, estará fresca como una rosa, podrá lidiar con la situación, pero no está segura de que vaya a lograrlo. Para empezar, en la salida no había prestado suficiente atención y no recuerda cuánto se tarda en llegar al hotel, si hay una parada. Hay una delante del Polynesian Village Resort Hotel y aunque hay más gente que baja del monorraíl de la que sube, y no entra absolutamente nadie en su vagón, las puertas se abren automáticamente, y Mary se ve obligada a hacer una sofisticada operación de tapado con la falda —*menos mal* que lleva falda, si no se habría tenido que poner de pie, no habría conseguido subirse los pantalones sin convertirse antes en otra atracción de Disney World, por lo menos para los transeúntes del andén de la estación— y ahora está bastante segura de que está volviendo al hotel y que puede que le dé tiempo a hacer lo que tiene que hacer si pudieran callar por un momento las voces grabadas que salen del altavoz del vagón que no dejan de parlotear sobre Disney y los «visionarios» que construyeron este lugar, y si pudiese sacarse la dichosa imagen de Colin Bible de la cabeza. Ese marica lelo. La enfermera tenía que ponerle ojitos al chaval de la Mansión Embrujada. Al cuerno la gente que monta escenas, piensa.

En ese momento el tren entra en el interior luminoso del Contemporary Resort Hotel. Y se abren las puertas. Y Mary Cottle, con las manos vacías, se baja apresuradamente la falda, se pone bien las bragas y sale del monorraíl.

Fingiendo buscar algo que se le ha caído al suelo, se agacha detrás de las puertas que se abren y espera a que Colin y los niños salgan del andén, que desaparezcan de la vista.

Entonces se dirige a recepción y pide una habitación.

3

—No sé —dijo Colin Bible—. No sé qué ha ocurrido. A lo mejor está majara.

—Es un crío. Se ha asustado. Lo han asustado los fantasmas —dijo Bale.

—Le ha pasado antes de entrar. Ha sido antes de que viera ningún fantasma. Aún estábamos en la cola.

—¿Habéis hecho cola?

—No quieren tener un tratamiento especial, señor Bale.

—Eddy —dijo Eddy.

—Jolines, es que «Eddy» me cuesta, señor Bale. Sin ánimo de ofender, pero me cuesta llamarlo «Eddy». Recuerde que Liam fue mi paciente.

—¿Es que crees que no me acuerdo?

—Lo siento, lo he ofendido.

—Que no.

—Sí, lo he ofendido. A Liam podía llamarlo por su nombre. Era paciente mío, pero era un niño. Lo que no está bien es cogerse confianzas con la familia de un enfermo. Pregúntele al señor Moorhead por el código deontológico.

—Mary Cottle me llama Eddy.

—Si Liam no hubiese muerto, sería otra historia.

—¿Ah, sí?

—Si Liam no hubiese muerto, usted, su mujer y yo podríamos haber ido al pub, haber invitado a todo el mundo a pintas, haber jugado a los dardos y brindado por nuestra salud. Usted habría dicho: «A tu salud, Colin». Y cuando me hubiese tocado a mí, yo habría cogido mi vaso y habría dicho: «¡Y a la tuya, Eddy! Y a la de Liam, por supuesto. Y a la de Ginny». Es decir, la señora Bale. Eso si Liam no hubiese muerto.

—¿Habríamos podido ser amigos? ¿Si Liam no hubiese muerto?

—Habríamos superado juntos algo importante, ¿no lo ve?

—Y claro, si Liam no hubiese muerto, tú no habrías tenido ningún motivo para mantener las distancias.

—Yo no lo veo como una cuestión de distancias, señor Bale.

—¿Ah, no? Mira, Colin, me sorprendió bastante que aceptaras embarcarte en esto. Creo que habrías ganado más dinero quedándote en Inglaterra.

—Me pagan bastante bien. Más que a la media.

—Ya, pero… —dijo Eddy.

—¿Qué, no lo sabía?

—Más que más que a la media —dijo Eddy.

—De cualquier manera, no me gustaría que pensara que he venido por el dinero. Estos muchachos, estos muchachos están condenados, sentenciados. Los han declarado culpables. Señor Bale. Los han puesto en el índice. Llevan un precio en la cabeza. Yo soy enfermero. Es mi deber profesional. Aunque si a mi amigo no le hubiera parecido bien, no habría venido.

—Ya, es de tu amigo de quién estamos hablando.

Y entonces fue cuando Eddy pensó que el hombre, ahora colorado, avergonzado y culpable, parecía perder los papeles. Colin lo fulminó con la mirada y Bale pensó: *no quiere tutearme, pero no tendrá ningún inconveniente en estrangularme*. En cambio, cuando habló, la voz de Colin era sumisa, adoptó un tono de víctima, atenuada como pasos sobre una moqueta, o como si viniera de detrás de unos pesados cortinajes.

—No me parece que hayamos hablado nunca de mi amigo, señor Bale.

—Liam me habló de él —dijo Bale.

—¿Liam? ¿Liam le habló de él?

—Vamos —dijo Eddy—, os vi abrazándoos en Heathrow. Lo sé todo. Sé que le prometiste a mi hijo que le harían una estatua de cera después de morir.

—Yo quería animarlo.

—A Liam no le pareció que lo estuvieras animando. Liam se lo creyó todo. Lo creía en su lecho de muerte.

—No me daba la impresión de ser un chico religioso, Liam. Lo estaba tanteando, señor Bale. Me pareció que la idea le hacía gracia, así que lo alenté para que creyera que yo podía organizarlo.

—¿El qué? *¿Que pensara que podía convertirse en una gran vela sin mecha?*

—¿En una vela? ¿Una *vela*? Estamos hablando de arte, señor Bale. Lo que mi amigo hace es arte.

—Ah, otra vez tu *amigo*. A quien le pareció bien que vinieras. El que te dijo: «Claro, Colin. Adelante, cariño. Llévate la Brownie. Así les haces una foto a todos».

—Pues podríamos hacerlo. No lo hemos hablado pero ¿por qué no?

No se le pueden poner límites al arte. Ah, y no digo que lo que usted hace no sea con buena intención, tiene algo heroico, aunque con un toque un poco simplón, pero si todos vamos a acabar bajo tierra, ¿para qué sirve todo esto?

—Para llamar la atención.

—¿Y la cera no? ¿La cera no sirve para llamar la atención?

—Eso es ridículo.

—¿Y por qué me contrató? ¿Por qué me contrató si le parezco tan ridículo?

—Porque esos papanatas no se controlan —dijo Bale tranquilo—. Porque tarde o temprano la situación se les va de las manos. Se desmadran.

—¿Se desmadran?

—Se desmadran, sí. Porque tarde o temprano piensan en el Asalto al tren de Glasgow. Sueñan con hacer un túnel por debajo del Lloyd's. Planifican entrar en el Banco de Inglaterra y tienen sus opiniones sobre Ricardo III y los niños de la Torre.

—¿Entonces ha visitado el Madame Tussaud?

—Ellos son quienes piensan con la lógica del Madame Tussaud. Sí, se desmadran. Una guardería espantosa de niños muertos. Porque me imaginé que tú serías capaz de algo así, por eso. Que si te dan una mano… Nunca pensaste en el mal gusto, ¿no? ¿Ni se te pasó por la cabeza la opinión pública, la invasión de la privacidad, las terribles consecuencias de ir tan lejos?

—Ni por un momento —dijo Colin Bible—. Del mismo modo que usted no pensó nunca en qué significa estar muerto.

—¿Cómo? ¿Qué significa, Colin?

—Significa que ya no tienes nada que decir al respecto. Según mi amigo, que resulta ser un experto en ese tema concreto, quiere decir dominio público, señor Bale.

—Eddy —insistió Eddy Bale.

Que estaba estupefacto de hablar así, aunque no se arrepentía de haber dicho lo que ya había querido decir en Inglaterra: invitarlos a que se olvidaran de sus líos privados, para así aplacar por fin su corazón mudo y voluble. Solo lamentaba que hubiera tenido que ser Colin Bible, que le caía bien y que era en quien más confiaba, quien se llevara la peor parte de sus acusaciones. Vio que lo había alterado.

Entonces *estoy* loco de verdad, pensó triste.

Sin duda Colin estaba loco. Loco de remate. Lo único que había querido hacer era llevar a Bale aparte y mencionarle la negligencia de la mujer. Separarse de esa manera había sido imperdonable. Quería que quedara constancia de ello. Ahora no era capaz de recordar si lo

habían hablado. Y él apreciaba a Eddy. ¿Cómo se habían metido en ese berenjenal? Lo cierto es que había pasado. Había insinuado cosas horribles sobre su amigo. Pobre Colin, pensó Colin. No sin sentir una oleada de la misma vergüenza —herido, abochornado por su tecnología trasnochada— que había sentido ese mismo día en la Sala de los Presidentes cuando Lincoln había empezado a hablar. Y sintió de nuevo, solo que esta vez con toda la fuerza de una idea, lo que antes había sido solo un pensamiento vago: y la relación que tenía con las implicaciones y las consecuencias era parecida, por poner un ejemplo, a la calderilla que uno lleva en el bolsillo con respecto a la idea del dinero de verdad. Ahora la idea casi había alcanzado la madurez, empezaba a tomar forma mientras él intentaba esquivar las acusaciones disparatadas de Bale, y se iba consolidando, aunque él ya tenía bastante claro lo que debía hacer para emprender los primeros y horribles pasos concretos.

Como compartía habitación con ellas, Nedra Carp tenía preferencia por Lydia Conscience y Rena Morgan. Si eso era injusto para el resto de niños, si excluía a los chicos o si la distanciaba de Janet Order, pues qué se le iba a hacer. Habría sido ir en contra de su corazón de niñera. Siendo niñera —y no podía, en plena consciencia, afirmar que se tratara de algo justo, solo dar fe de ello; parecía un instinto, casi una enfermedad, una especie de magnetismo artificial de la sangre que guiaba sus lealtades y la transformaba en una patriota de la proximidad, que llevaba consigo todas las obligaciones convenientes del amor mercenario— ella, por su carácter, se sentía incapaz (y tampoco tenía ganas), ya no tanto de asumir responsabilidad —era responsable por naturaleza y se habría arriesgado sin pensarlo dos veces: se habría lanzado a un edificio en llamas o a un mar en tormenta, aunque el fuego era lo que más temía y no era una gran nadadora, en el caso de que una vida joven hubiera estado en juego— por el bienestar de los niños que no estaban a su cargo, sino incapaz de crear ningún tipo de afecto que no hubiese sido comprado y pagado. Era su defecto. Lo entendía y hasta se reprendía por ello. Intentó mejorar pero sabía que era incapaz de un amor no autorizado. Lo que le molestaba más eran sus antipatías, el hecho de ver a los otros niños, incluso a estos —los chicos y Janet Order— como amenazas y rivales, tenían una *otredad* que la repelía y la hacía estar a disgusto, la revolvía, la turbaba: igual que, pensaba ella, le sucedería a un testarudo religioso ortodoxo a quien le ofrecen comida prohibida. Objetivamente, ella desaprobaba ese aspecto de su carácter. Otra cosa no, pero objetiva sí que era, la objetividad profesional era su fuerte, contaba con ella en su repertorio, y estaba preparada no solo para comportarse de manera justa, sino para intuir qué era lo justo, que no

siempre era fácil (los *turnos*, por ejemplo; no necesariamente a quién le tocaba, que solía ser una cuestión de cálculo, sino también la *calidad* del turno, sus beneficios o sus defectos: qué había que hacer si había poco viento y la cometa no alzaba el vuelo, si quien empujaba el columpio era un vago, si un niño no acababa de entender las normas de un juego; o las *negociaciones*: si había habido intención de engañar, decidir si un juguete estaba dañado por haberlo usado mal, por accidente o por algún defecto básico en su construcción; gestionar todo tipo de discusiones y disputas que se reducían a la delicada cuestión del propio gusto: qué hacer, por ejemplo, si solo quedaban globos amarillos para repartir; a quién darle caramelos y a quién bombones) y era así porque ella trataba con niños que no compartían ni su correcta percepción de las cosas ni su sensibilidad, y no tenían capacidades para evaluar la evidencia o para ver las sutiles distinciones que hacía ella, y a su vez, todo hay que decirlo, solo contaban con sus egos sobrealimentados para juzgar y tenían incorporado su propio interés, ciego, bárbaro, como el peso de un dado trucado y, a veces, incluso para Nedra, eso hacía imposible decidirse. Y no solo su antipatía por los niños que no entraban en su esfera inmediata. Mary Cottle parecía una chica bastante agradable — si bien Nedra no podía tener más de cuatro o cinco años más que Mary, si es que no tenían la misma edad, era Nedra, en su capacidad de niñera, quien voluntariamente asumió el papel de la mayor—, pero para ella, Mary era solo una más de los «otros». Aunque lo de «solo» era una manera de hablar, ya que sufría mucho a los demás. La realidad era que la presencia de Mary Cottle en la habitación suponía una afrenta para ella. No podía evitarlo y hasta se sentía mal por sus antipatías aprensivas y sus hostilidades poco razonables, pero así eran las cosas. Le repelía ver el cepillo de dientes de la mujer en el cuarto de baño que compartían, la cuchilla que utilizaba para depilarse las piernas, el tufo de sus cigarrillos, el pelo en el peine, su camisón en el gancho de detrás de la puerta del baño, la imagen de su cama sucia, sin hacer, el sonido de su respiración cuando dormía. ¿Y si era cierto eso que decían los niños? ¿Que la señorita Cottle se había separado de Colin Bible y los chicos cuando volvían al hotel….? El incumplimiento del deber a Nedra le ponía los pelos de punta.

Sabía que su impaciencia no cumplía con el ideal de Mary Poppins, pero uno no puede ir en contra de su carácter. Cuando se equivocaba, lo reconocía. Y en esta ocasión se equivocaba. Reconocía cuando se equivocaba pero era benevolente. De acuerdo, sí, tenía favoritos, pero también podría haber adoptado el papel de Dios, por ejemplo, si se le hubiese requerido, habría tomado terribles decisiones —establecer quién debía vivir y quién debía morir—, es más, lo habría hecho siguiendo los mismos principios firmes que le permitían decidir a

quién le tocaba el caramelo y a quién el bombón.

Obviamente, sabía la impresión que debía de causar en los demás. A la gente le encantan los estereotipos. Una vida sublimada en función de los demás. La tendrían por una solterona endurecida. Buenecita, y en el amor enamorada de sus jefes o, algo menos halagador y más repugnante, de los niños bajo su tutela que aún no han llegado a la pubertad. Sospechaba que otros sospechaban que jugaba con ellos en la bañera, enjabonando y haciéndoles cosquillas a sus cositas hasta que se ponían erectas debajo del agua de la bañera como periscopios. Así que se hacía una idea de la impresión que debían tener de ella. Con el coño seco. Más que como órgano sexual, estaba allí para acumular polvo. Nedra Carp soltó una risita. Al fin y al cabo, la divina Mary Poppins había tenido a su Bert. Nedra no era una libertina. Su energía no iba en esa dirección, pero no era una solterona. Le habían deshollinado la chimenea, chim chimini, chim chimini, chimchim chiró. Solo que no era tan importante para ella, nada más.

Ser niñera lo era, eso sí era importante. Y a lo mejor, pensó, a lo mejor había que ir por la vida con una especie de disfraz. A lo mejor los estereotipos de los demás te protegían, te escondían, y podías estar tranquila, entre algodones, y seguir con tus cosas.

Porque durante toda su vida no había perdonado a ciertas personas por haberla abandonado, se había pasado el tiempo hurgando en su resentimiento, echando en cara su historia *in loco parentis*, había cultivado sus recelos de Gretel humillada.

Y todo esto por culpa de sus años de formación, pensaba Nedra con amargura. Sus años de formación. Esa pequeña fracción de tiempo infantil en la que todo lo que aún no está incrustado en los genes —y tanto para Nedra como para Mary, entre la naturaleza y la crianza no había color— hay que embutirlo en el niño sin que quede nada fuera. Si, como decía el poeta, el niño era el padre del hombre, las madrastras, las institutrices, la familia política y las niñeras tenían el mismo valor que el resto de las relaciones. Sobre todo, las niñeras. (Porque los niños tan pequeños aún no sabían qué eran los estereotipos y antes de que se les grabara en la memoria, cogerían la impresión de cualquiera que estuviese disponible, cualquiera a mano, cualquier persona más grande o mayor que uno mismo, cualquiera: un primo lejano bastaría, la criada; el chico de la verdulería). Pero sobre todo las niñeras. Que se encargaban, recordaba, del baño y regulaban la temperatura del agua, que venían con toallas gruesas a secarte, las siestas tan acogedoras y las montañas de amor, que te cortaban la carne y, después, te sujetaban la manita, aún imperfecta, al cubierto y guiaban tus movimientos sobre el corte, que te enseñaban a untar la mantequilla y la mermelada en la tostada, que te ofrecían un pañuelo como si fuera una rosa, que te limpiaban las heridas y te daban un

beso donde te habías dado un golpe, que te mostraban los libros ilustrados, el alfabeto «A de abeja, B de barca» en su regazo, y que te leían los cuentos en el ambiente serio y seguro de edredón o manta, que primero acompañaban el cuerpo por las estaciones de la dulzura y después, como el director del coro, sugerían los himnos, pronunciaban las íntimas palabras de la oración (la dulzura también aquí: una *noblesse oblige* de la infancia, y hasta los nombres de los rivales ofrecidos a Dios, de detractores y enemigos, el vínculo de consanguineidad que a estas alturas ya no se distingue, difícil de entender, con un valor meramente legal). Y, aún más tarde, estos ángeles del alma explicaban, justificaban, las repentinas rupturas de fe y las hostilidades inexplicables de los primos lejanos que en otro tiempo habían sido cercanos. Siguiendo las instrucciones de las niñeras, como una especie de conversa, una especie de catecúmena —sin ser católica, Nedra iba a misa tanto como podía; lo que le atraía no eran ni la ceremonia ni los ornamentos suntuosos, sino la total convicción y autoridad—, era a ellas a quienes recurría cuando se sentía desorientada, cuando se había quedado sin consejos que aplicar a una nueva situación —Nedra contaba con muchísimas soluciones y centenares de explicaciones, pero con pocos principios—, buscando, aunque ni ella misma lo sabía, aún no lo había aprendido, no las explicaciones ni los principios, sino el refugio de una taza de chocolate. Recurrió a una niñera (aunque ya era mayor para tenerla, y ya no tenía, porque la suya se había ido y esta era nueva, ahora estaba con las institutrices y hasta había perdido el derecho de llamarla niñera, pero lo hacía de todos modos —fue otra niñera quien le dio esa explicación, aunque para Nedra eso siempre le parecería un principio—, sin darse cuenta de que al hacerlo se había colocado inconscientemente en una posición de autoridad, había comprometido su título, un título que solo los niños que cuidaba ahora o en el pasado, o un jefe o un compañero del personal doméstico de la casa tenían el privilegio de usar —dijo «privilegio»—) para explicarle que le había venido la regla, y fue una niñera quien le explicó, quién justificó, el frío aviso de su medio hermano de que ya no podían disfrutar, cuando nacieron los gemelos y él pasó a tener un medio hermano y una media hermana para él solo, de su relación especial. («Les hace la pelota a ellos, señorita»). Eran las niñeras en quienes confiaba para encontrar consuelo y en quienes dependía para obtener lo que ella aún creía que era amor. Solo que ellas también estaban de paso, o por lo menos en ese apartado, eran tan poco fiables y efímeras como los padres y las madres de verdad. Y quedó conmocionada al descubrir que en realidad cobraban, que lo hacían por dinero, que no tenían simplemente un parentesco lejano con ella, como una especie de Cenicienta, por ejemplo, de segundo o tercer grado. (Y aunque ella

sería la primera en reconocer —reconocérselo a ella misma porque no le importaba a nadie y si trascendía solo podría herir a otras personas — que su amor también era mercenario, Nedra Carp no se dedicaba a eso por dinero. Ya que dinero, ella ya tenía).

Y que ahora esperaba que los demás recurrieran a ella. Y en las raras ocasiones en que eso ocurría, adoptaba las mismas poses y actitudes que sus propias niñeras. Se mostraba ligeramente distraída, distanciada, como si llevara unos chales imaginarios sobre los hombros y la hubieran interrumpido mientras tejía, y emitía un aura de cariño de tía vieja que se le aferraba como una estúpida y anticuada dignidad.

Rena Morgan apartó la vista del televisor, que miraba a volumen bajo para no molestar a Lydia Conscience mientras dormía.

—¿Era valiente el príncipe Andrés? —preguntó.

—¿Mmm?

—El príncipe Andrés. Si era valiente.

—Ah, muchísimo, cielo.

—¿Incluso cuando era pequeño?

—Un héroe en miniatura.

—Entonces, no te sorprendió que se fuera a combatir contra los argentinos.

—Me lo esperaba.

—¿Ah, sí?

—Lo único que me sorprendió es que tardara tanto en decidirse.

—La valentía es importante, ¿verdad?

—Muy importante, cariño. El valor es la condición *sine qua non* de los hombres.

—Y de las mujeres. Bueno, o eso creo yo.

—La valentía en los hombres y la paciencia en las mujeres.

—Ah, ¿es así?

—Las mujeres, las que están bien educadas, no tienen suficiente fuerza física para ser verdaderamente valientes.

—¿Cuando las cosas se ponen difíciles quieres decir?

—Qué manera tan inteligente de expresarlo. ¡Eres una niña muy lista!

—Gracias, pero hay muchas cosas que no entiendo.

—Rena, cariño, si hay algo que te preocupe, quizá yo pueda ayudarte. ¿Te ha estado molestando Janet Order?

—¿Janet Order?

—A mí me da la impresión de que es un poco descarada y, aunque no debería decirlo, ese color azul que tiene es bastante desagradable. He visto que hoy no te lo has comido todo. Sabes que es muy

importante que comas alimentos de los cuatro grupos. Si es Janet quien te quita el apetito, puedo hablar con el señor Moorhead y el señor Bale para que tú y Lydia comáis solas.

—A mí Janet me cae bien.

—Pero qué niña tan *caritativa*.

—En realidad, es por algo que has dicho tú.

—¿Cómo? ¿Algo que he dicho yo? No sé qué puedo haber dicho, cielo, ni idea.

—Eso sobre la valentía en los hombres y la paciencia en las mujeres.

—Una resistencia tranquila, cariño. Una imperturbabilidad tolerante. Paciencia, resignación y sumisión.

—Janet no es una persona que se someta, y nunca se me habría ocurrido definirla como resignada.

—Ah, pero yo hablaba de las mujeres.

—Sí. Valentía en los hombres y paciencia en las mujeres.

—Eso.

—A mí me parece que Janet Order es valiente —dijo Rena—. Si yo tuviera su color de piel, creo que haría que me la blanquearan, la escondería, como hago con mis pañuelos.

—Por respeto a los sentimientos de los demás, claro.

—No, por mí. La gente se la queda mirando. Pero a ella le da igual.

—Es descarada.

—Es valiente.

—Si tú lo dices, cariño —concluyó Nedra Carp, volviendo a su labor imaginaria.

—Estaba pensando en bajar a la sala de *juegos* —dijo Rena al cabo de un rato.

—¿Qué? ¿A la sala de juegos? ¿A estas horas? Si son casi las nueve. Y la señorita Cottle a saber dónde está. Lydia duerme, pero ¿y si se despierta? Claro que también podría dejarle una nota.

—No, que a lo mejor no la encuentra.

—No te preocupes por eso. La dejaría en un sitio que sería imposible no verla.

—Está en un sitio nuevo. A lo mejor entra en pánico. Puede que necesite algo.

—El señor Moorhead está en la habitación de enfrente. Y el señor Bale y el enfermero están en la de al lado.

—¿Tú crees que pensaría en ellos durante esos primeros momentos de terror?

—¡Y además considerada! Cómo me gusta ver que mis niñas son así.

—Nedra, yo no soy ni considerada ni atenta. Ni caritativa ni tan lista.

—¡Y además modesta!

—Cuando antes te he preguntado por el príncipe Andrés, si era valiente, ya sabes, es porque es una cualidad que admiro mucho.

—Pero qué valores tan bonitos tienes, cariño —dijo Nedra Carp.

—Es una cualidad a la que aspiro.

—Es muy noble por tu parte.

—Por eso quiero bajar a la sala de juegos yo sola.

—¿Tú *sola*? ¿Tú *sola*? Pero, cielo, si te estás muriendo. Ni hablar.

—Es *porque* me estoy muriendo que tengo que ser valiente. Tengo esta fibrosis quística horrible que parece que los médicos no pueden controlar y yo voy por la vida con todos estos pañuelos en las mangas. No tengo el valor para que me vean sonándome la nariz. He pensado que si bajo yo sola a la sala de juegos una hora o así y dejo que la gente me mire (saben que estamos aquí, ya sabes, ven que viajamos con nuestros cuidadores como si fuéramos el clan de los condenados, y después de la escena en el restaurante esta mañana, y lo que les haya pasado a los chicos en la Mansión Embrujada…), los niños sanos, niños sanos de mi edad. Pues eso, he pensado que a lo mejor se llevan una mejor impresión de nosotros, y de mí (de mí, lo reconozco), si de vez en cuando nos ven de uno en uno. Por favor, niñera. Te lo pido por favor.

—¿Y jugarías a esos videojuegos?

—Sí —contestó Rena.

—Son muy estimulantes. Te podrías excitar demasiado.

—Pues tendré que aprender a controlarme.

—¿Y si alguien se mete contigo? Los niños pueden ser muy crueles. Podría darte un ataque.

Rena abrió su bolso, le mostró a Nedra un pañuelo blanco y dijo:

—Con esto bastará, ¿no?

—Vaya —se planteó Nedra—. Qué problema. Personalmente creo que ya eres muy valiente. Considerada, caritativa, atenta, lista. Unos valores muy bonitos, sí. Haces esto por los demás, no solo por ti. ¿Verdad, Rena? Quieres dar ejemplo, ¿no, cariño?

—Sí —dijo la niña, bajando la vista.

—No es una decisión fácil. Tengo que sopesarlo. Sufres una enfermedad grave que te provoca unos ataques devastadores. Quieres ponerte en peligro deliberadamente. Sabiendo muy bien que la gente te reconoce, quieres favorecer la aparición de un ataque yendo a un sitio que pondría a prueba la capacidad de resistencia hasta de un niño normal. Es más, en lugar de ir provista de tus protecciones habituales (no llevabas el inhalador en el bolso cuando lo has abierto

hace un momento, ¿verdad que no?), pretendes bajar a la sala de juegos con un solo pañuelo, cuando un niño con un resfriado común no llevaría menos de tres. ¿Es eso?

—Sí.

—Estás jugando a un juego peligroso, cariño, muy peligroso.

—Pero es por eso que lo hago.

—Ya lo entiendo, ya.

—Sí.

—Pero ¿tú comprendes que la niñera es responsable de ti? ¿Comprendes que si… bueno, si te pasara alguna calamidad durante el transcurso de esta… aventura, tu niñera podría, y con razón, ser acusada, y que casi con toda probabilidad eso significaría el fin de las vacaciones de ensueño?

—Sí.

—Y aun así, ¿estás dispuesta a poner en peligro el placer de tus amigos y a tu niñera, y a ti, a ti también, solo por demostrar algo abstracto que lo más probable es que nadie entienda? Y también incluyo a tus queridos padres. ¿Ves todas las ramificaciones de esto, Rena?

—Sí.

—¿Causar tanto jaleo solo por un vago principio?

—Sí.

—Una hora no puede ser. Si no vuelves a la habitación dentro de cuarenta y cinco minutos, haré que el personal de seguridad del hotel te vaya a buscar —dijo Nedra Carp.

—Gracias.

—Pues, nena, espabila. ¡Espabila! Que el tiempo corre —dijo Nedra Carp, y con el inhalador golpeándole en el bolsillo de la falda y los pañuelos enrollados que guardaba en las mangas del vestido como si fueran las sedas de un mago que le absorbían el sudor, Rena Morgan salió corriendo a encontrarse con Benny Maxine, que ya la estaba esperando delante de Spirit World, la licorería donde habían quedado a las nueve.

Colin Bible estaba al acecho —sí, esa era la expresión adecuada— en el gimnasio del Contemporary Resort Hotel. Merodeaba junto a los urinarios, se escondía cerca de los lavabos, se escabullía entre los lavamanos y se insinuaba en los secadores de manos eléctricos. Se imaginaba que parecería un loco, alguien despojado de toda dignidad, en apuros, con las frenéticas convulsiones de un abandono no del todo completo, como si, al evitar el contacto visual, conservara en el último momento un vestigio de cordura meramente técnico. Conocía a los que eran como él, pensó incómodo, los había reconocido con bastante

asiduidad en el lavabo de hombres de las grandes estaciones de metro de Piccadilly, Baker Street, Knightsbridge y Oxford Circus. Ni siquiera le faltaba el perió-

dico obligatorio, la típica expresión distante —fingida, asumida como un disfraz— en la mirada. Ni se molestó en hacerse el ocupado, haciendo ver que se sacudía con garbo las últimas gotas de orina de la polla, ni abriendo y cerrando de un portazo las puertas de los lavabos como si tuviera mucha prisa o estuviera nervioso. Ni se había remangado para enjabonarse las manos y los antebrazos como un cirujano. Ni se había quedado plantado en los secadores de manos eléctricos, quitándose el exceso de agua con todo el brío de un director de orquesta que impone el tiempo a los músicos. No se alegraba de esconderse, no disfrutaba de su camuflaje cauteloso, no obtenía ningún placer de esa farsa furtiva de ir de puntillas. Era solo que no tenía el valor de hacer ningún avance —a menos que volverse cohibido y actuar de incógnito fuera un avance— y no creía que el tipo lo fuera a reconocer. Pensó, es decir, que tendrían que volver a abordarlo, de nuevo tendrían que guiñarle el ojo, tendría que producirse el roce de manos una segunda vez. Ese era el motivo por el que tenía ese aire sospechoso, por eso se escondía en su mejor traje entre los hombres a su alrededor con pantalones cortos de deporte y atuendo de gimnasio, posando como si llevara un impermeable, por eso se apoyaba en la bicicleta estática como si estuviera coqueteando, por eso rondaba subrepticiamente por las máquinas de pesas y andaba con sigilo junto a la cinta de correr y la minipista del gimnasio. Era el motivo por el que iba a hurtadillas por los bancos de pesas, por lo que fisgaba en la sauna y se insinuaba en la máquina de remo. Era porque pensaba que no sería reconocido que se mostraba como si estuviera en medio de una emboscada: perdido y oculto, queriendo pasar desapercibido, como detrás de una cortina de humo, anónimo, secreto, apartado, camuflado, reticente y retirado, una inferencia, un polizón.

Ni siquiera lo oyó llegar.

—Hola, guapo —dijo el tipo—, ¿hace mucho que esperas?

Si intentabas adivinar lo que más le fastidiaba a Noah Cloth sobre la idea de morir, con toda probabilidad, te habrías equivocado. Sus padres, intentando imaginarse qué le pasaba por la cabeza al niño, intentando superar la visión que tenía de las cosas su hijo con una enfermedad terminal, sospechaban que se trataba del dolor o directamente del propio miedo a la muerte, y sensatamente interpretaban la feroz negación de su enfermedad como terror puro y duro, pero al mismo tiempo a un sentido ideal de justicia insultado, deshonrado, ultrajado; su vida enredada y embrollada era como una mancha sobre sus valores, la infamia definitiva a cómo hay que ser,

una calumnia a todo lo demás. Ellos, es decir, lo veían, como una persona noble, interpretaban su reticencia a aceptar los síntomas o a confesar el dolor como la reacción de un caballero ante algo sumamente limitado e insosteniblemente injusto. Apreciaban que fuera así, y aunque al guardarse sus quejas, puede que truncara sus intentos y los de los médicos por prolongarle la vida, valoraban ese aspecto del carácter de su hijo y sentían redoblar su propia pérdida, con un dolor que a su vez cada vez era más grande, aunque decidieron que llegado el momento intentarían ser, debían intentar ser tan buenos como su hijo, estar a su altura, por su bien, estar a su altura. No serían de esos padres que convierten su casa en un santuario y que conservan los restos patéticos, la ropa, las fotos, los juguetes, el aparato dental y los bastones para caminar. Le habían hecho esa promesa —es lo que le susurraron al oído cuando embarcó en el avión en Heathrow—, que intentarían sobrevivirlo con estilo, con tacto, honor, clase y gracia, asegurándole que no se había equivocado, que su destino era una anomalía, casi disculpándose, casi suplicándole que los perdonara si la realidad parecía de otra manera (mientras le indicaban a Noah cuál era la fila de las sillas de ruedas, los procedimientos de embarcación especiales en los que insistía la compañía aérea), asegurándole que la mayoría de niños llegaban a ser adultos, que la mayoría de adultos tenían hijos y que, después de una vida razonablemente larga y feliz, no los sobrevivían. Veían sus necesidades e intentaban darle aliento. «Es un error, Noah», dijo su padre. «Es una metedura de pata, hijo». Noah, que los miraba desde la silla de ruedas que la compañía aérea no les dejaba empujar, intentaba aferrarse a las palabras de su padre que caminaba a su lado mientras lo llevaban hasta la pasarela. «Papá tiene razón, Noah», dijo su madre. «Lo que te ha pasado es una desgracia, pero a la larga, a la larga…». «Las cosas se compensan, es lo que quiere decir», insistió su padre. «Sí, Noah —dijo su madre—. No pienses que no es algo democrático. Porque no es así, ¿verdad, papá?». «Claro —dijo el padre—, ahora esto y luego aquello. De verdad. Tú eres la excepción que confirma la regla».

En cierta manera tenían razón con su hijo: el dolor, el miedo, el agravio. Pero las cosas eran más complicadas.

En realidad, se reducía al hecho de que moriría antes de ganarse la vida.

Era prácticamente analfabeto (la mujer del hospital de cuidados paliativos, que sabía hacer su trabajo, no era psiquiatra ni psicóloga pero sabía escuchar muy bien, era una auténtica experta en la muerte y estaba interesada en todos sus signos, habría podido explicárselos incluso a un analfabeto como Noah, habría sido capaz de rebatirle sus razones, no de reconciliarlo, eso nunca, pero sí de agudizar su rabia).

Hasta para ser un chico de once años —tanto tiempo en el hospital, tanto tiempo condenado con la radiación y asfixiado por la quimioterapia, tanto tiempo sedado, tan confundido con los calmantes— era analfabeto. No sabía leer bien, apenas era capaz de seguir la trama cuando le leían historias, y buscaba distraerse con los periódicos y los suplementos en color del domingo, con los anuncios de las revistas y con los programas de televisión, con las grandes ilustraciones de los libros ilustrados. Fue por eso que había empezado a dibujar. No era un artista con talento, ni siquiera particularmente entregado. Calcaba los dibujos o los copiaba de un modo muy concienzudo, apretaba las ceras y los lápices contra sus articulaciones dañadas, y presionaba con su pulso en descomposición. Si hubiera tenido más movilidad, habría sacado fotos de las tostadoras y de los coches familiares que dibujaba, de las casas, las cámaras de fotos y los muebles de salón, de los estantes repletos de los supermercados, de las cocinas a gas, de las neveras, y de los sistemas de calefacción central, de los abrigos, camisas, vestidos, corbatas y televisores, de los equipos de música, las planchas, de los frascos de cosméticos, de las cajas de caramelos y de las botellas de ginebra, de los ordenadores y los zapatos, de los paquetes de cigarrillos y los tubos de pasta de dientes y todos los demás artículos que tanto le fascinaban. Porque lo que sí era capaz de seguir, él que no podía seguir una trama sencilla, eran las noticias de la televisión, el penoso y constante tema del aumento de la tasa de desocupación, los despidos, los hombres cabreados por los expedientes temporales de regulación, el cierre de astilleros enteros, de líneas de montaje, el cierre de fábricas, la reducción de servicios y las personas que proveían esos servicios enviadas a casa, y primero temió por el trabajo de su padre, después por su padre, porque él también era mortal —dibujaba lápidas, monumentos, coronas florales— y después porque él era un analfabeto, no sabía leer bien, no sabía hacer cuentas, no había recibido la instrucción técnica tan importante para la generación actual de trabajadores, y que era, como le contaba cada noche el presentador de las noticias, tan absolutamente indispensable para la suya. Porque ¿de dónde sacaría él el dinero si no sabía leer, no sabía hacer cuentas y no tenía ninguna habilidad? Porque ¿dónde conseguiría dinero para la comida que dibujaba, para la nevera y los armarios donde se guardaba, para la cocina donde se preparaba? Porque ¿de dónde sacaría el dinero para los artículos de lujo, las compras importantes de consolación? Por eso los dibujaba, los copiaba de los anuncios. Para tener gracias a la homeopatía mágica lo que no llegaría a vivir suficiente para poder comprarse. «Bien —le habría dicho la señora de cuidados paliativos, que de verdad sabía lo que hacía, con estas palabras de consuelo—, en realidad no temes morirte, sino ponerte bien». «No —habría contestado Noah el

analfabeto, sin morfina, cuya administración suspendían en los momentos en que hablaban, con toda la agudeza de su dolor rígido, nítido, como argumentos sólidos, alineados y ordenados como los productos envasados en las baldas repletas de los supermercados que él dibujaba. «Ya no. Siento demasiado dolor. Los puntos de mis primeras operaciones, ese dedo que me cortaron, los huesos y los bultos, lo que se seca en mi pañuelo. La luz de la lámpara de la mesita de noche que cruza la sábana, las sombras. Todo, todo eso me duele. No tengo miedo —habría dicho—. No. Y ahora ¿puedo tomarme mi dosis de morfina, por favor?».

Sin embargo eso habría sido en otro momento. Un aspecto del condicional. Un tiempo alternativo. Pero actualmente, en el aquí y ahora de Disney World, está feliz como una perdiz con las tiendas. Para él, es como si lo hubieran dejado caer justo en medio de los suplementos dominicales coloreados. (Porque rara vez ha ido a tiendas. Hasta la ropa —para él desnudarse en los probadores habría sido un suplicio— se la lleva a casa la madre o el padre para que se la pruebe. Ha estado en la tienda de regalos del hospital, por supuesto, y con bastante frecuencia lo han ido a visitar a la sala los voluntarios del carro —suponía que eran voluntarios: enfermeras con expedientes de regulación, personas que viven de subsidios, ya que el sistema sanitario no tiene dinero para pagar a los que empujan el carro; daba por hecho que se trataba de voluntarios— con un escaso inventario. Podría contar con los dedos de las manos que le quedan las veces que ha llegado a comprar algo, y, a fecha de hoy, no recuerda, si es que lo supo alguna vez, cuál es la postura correcta para pagar o aceptar el cambio. Ni siquiera en Heathrow, la primera vez que estaba en un aeropuerto, le habían dejado echar un vistazo en el inmenso quiosco y lo hicieron cruzar deprisa el dutyfree. Aunque él había echado un ojo, por supuesto, al pasar por delante de los escaparates, y había visto cartones de cigarrillos, botellas de alcohol que reconocía de los anuncios, cámaras fotográficas como las que había dibujado en sus blocs).

—Bien —dijo el señor Moorhead—, si te ves con fuerzas, sí.

—Sí. Me veo con fuerzas. Gracias. Gracias, señor Moorhead.

—¿Y tú, Janet? ¿Cómo te encuentras?

—A toda vela —contestó Janet Order. A toda vela, pensó, como el color azul de los mares por los que navegaban.

—De acuerdo. Entonces lo haremos como un experimento. Pero recordad que cuando estáis vosotros solos debéis funcionar como compañeros. No podéis salir del hotel bajo ningún concepto, *ninguno*. Y nada de caramelos. Si tenéis sed, podéis beber agua. ¿Tenéis dinero?

—Yo tengo los veinte dólares que me dio en Londres, señor

Moorhead —explicó Noah.

—Bueno, es bastante. No te lo gastes todo. Aún nos quedan cinco días más, tiempo de sobra para pensar en qué tipo de recuerdos queréis llevar a casa.

—¿Cuándo podremos tener el resto del dinero, señor Moorhead? —preguntó tímidamente Noah.

—Bueno, cuando os lo dé.

Los niños se dirigieron hacia la puerta.

—¿Estáis seguros de que podéis hacerlo?

—Sí, señor Moorhead.

—Sí, señor Moorhead.

—A la menor señal de debilidad, la primera, pedid que me llamen. No intentéis volver a la habitación. ¿Tenéis las pastillas que os di?

—Sí, señor Moorhead.

—Sí, señor Moorhead.

—¿Conocéis vuestros síntomas respectivos? ¿Estaréis atentos a las señales de peligro que os he dicho?

Janet Order asintió; Noah el analfabeto, que dudaba de las palabras que Moorhead había intentado enseñarle —estenosis, atresia, disnea, síncope— pero que recordaba a grandes rasgos qué cosas malas podían pasarle a su amiga azul, también.

De modo que para él es como que lo dejen caer en medio de esos suplementos dominicales del periódico de colores llamativos. Se lo cuenta a Janet Order.

—No te hagas el listo, nueve dedos —le dice la niña azul.

—Pero mira todo lo que hay —dice Noah, y con orgullo piensa en el tipo de cliente que sería él.

—¿Qué? ¿Esta porquería?

—A mi madre le encantaría.

—¿Un carrete? ¿A tu madre le encantaría un carrete de fotos?

Pero él no la escucha. No solo está absorto en la primera experiencia de compras compulsivas de su vida sino en la primera experiencia que ha tenido comprando. Al cabo de diez minutos ha adquirido el carrete de fotos, una botella de champú, un antihistamínico que ha visto anunciado en televisión, un collar antipulgas y antigarrapatas y un par de flotadores de brazo infantiles. Se ha gastado más de doce dólares (y ha hecho mal los cálculos —no es que le dé vergüenza pedirle ayuda a Janet, es que está tan entusiasmado con la idea de gastar dinero que ni siquiera recuerda que ella está allí: si le da un ataque de estenosis, atresia, disnea o un síncope en ese preciso momento, seguro que la palma— y espera que la cajera le coja el dinero de la mano y él casi le arranca la vuelta a ella) pero no le preocupa porque aún tiene, además del cambio de los

veinte dólares que Moorhead le ha avanzado de los cien que han prometido a cada niño para sus gastos, los cincuenta que su padre le dio a escondidas en Heathrow y de los que no le ha dicho nada a Moorhead. (Lo que no sabe hacer son los cálculos a largo plazo y los complicados, los que tal vez él mismo sepa que no sirven para nada). Y vuelve a la misma cajera cinco veces, una por cada uno de los cinco artículos que ha adquirido. Janet, a su lado, está sin aliento. Nunca ha visto nada igual, qué frenesí, y se pregunta si está ante algún ataque que el señor Moorhead se ha olvidado de mencionarle.

—Vamos —le dice—. Vámonos, Noah. Por favor, Noah. Ya encontraremos otra tienda. Hay muchas más tiendas a las que podemos ir.

Ella siente que se queda sin aire —la disnea— y ya casi está preparada para agacharse allí mismo, en medio de la tienda. (A veces si se agacha recupera el aire, aunque es una postura que le da vergüenza hacer, ya que es consciente de que la gente que la vea esperará oír gruñidos y ver zurullitos azules debajo de su falda cuando se levante). Ya tiene el Inderal preparado cuando de repente Noah vuelve a reparar en ella.

—¿Más tiendas?

Él sujeta con torpeza en la mano cinco bolsas de papel, y otra cajera que se ha fijado en su deformidad, le ofrece una bolsa de plástico grande que pueda coger del asa.

—¿Más tiendas?

—¿Quieres que te lleve algo, Noah?

—No —responde él bruscamente, enfadado, casi con avaricia. Aunque los paquetes no pesan mucho, no puede llevarlos bien y tienen que parar dos veces para que Noah pueda repartírselos entre los brazos. Y lo hace con la nariz, con los dientes, lo tiene todo en equilibrio, levantando las manos y moviendo las bolsas de un lado al otro con la cara, mientras piensa, él que no sabe leer, *¿quién querría llevar tan duras cargas?*[3]. Antes de llegar a la siguiente tienda del amplio vestíbulo del hotel, se le cae la bolsa con el champú al suelo y empieza a llorar.

—Mira, Noah —le dice Janet Order para calmarlo—, la botella es de plástico. No se ha roto. ¿Por qué no me dejas que te la lleve?

—Más vale que no se te caiga.

Y en la tienda, que es una especie de boutique Disney, vuelve el extraño frenesí. No parece ni irritable ni calmado, sino de algún modo triunfante, más bien, como un explorador, supone Janet, como quien descubre una cabecera de un gran río del que ha estado siguiendo el recorrido, como hombres que descubren cadenas montañosas, cascadas, como arqueólogos en excavaciones que de golpe se

encuentran ante tesoros espectaculares.

—Ay, Noah —dice Janet Order, y lo observa mientras él hace lo que ella no sabe que son sus cálculos personales, sus matemáticas a medida. Mira las etiquetas de los precios, da la vuelta a figuritas de porcelana para ver el precio en la base. (¿Cómo lo sabía?, se pregunta. ¿Cómo he podido saber que sería ahí donde está el precio?) No se preocupa en añadir los centavos, cuenta por unidades de dos, cinco, siete y diez dólares, redondea la cifra al alza, las sumas al número par sucesivo, añade también los impuestos, todos los típicos adjuntos con asterisco que ha visto al lado de los productos de los anuncios que no solo ha mirado, sino que ha estudiado, dibujado, copiado. Hasta Noah el analfabeto, que no sabe leer bien, sabe que ahí es donde te engañan, en la letra pequeña, el asterisco no es solo una trampa, sino una clara advertencia de que la trampa existe: «más IVA», «pilas no incluidas», «lo recibirá en un plazo de entre ocho y doce semanas» y todos los *caveat emptor* de los viejos zorros. Así que también calcula los impuestos, calcula todo lo que se le ocurre, no por despilfarro sino para prepararse para las desilusiones, él que no sabe leer bien, y que solo sabe hacer sus cálculos personales y que se va a morir. (Ni tampoco entiende el dinero estadounidense, que ha visto por primera vez no cuando su padre le dio a escondidas los cincuenta dólares en Heathrow, ya que estaban dentro de un sobre, y tampoco cuando el señor Moorhead les avanzó veinte dólares de los cien que les habían prometido, ya que también estaban dentro de un sobre, y tampoco cuando él había rasgado el sobre y había esperado pacientemente a que la cajera cogiera el billete de veinte dólares de su mano cuando hizo su primera compra, sino cuando le arrebató el cambio a la cajera estupefacta, sin tener ni idea de qué es un dólar, una moneda de diez centavos, de cinco o de centavo. Sabe más o menos que Estados Unidos es un país rico y poderoso —en las noticias de hoy no hablaron de despidos, ni del cierre de astilleros, ni de fábricas cerradas—, así que supone que el dólar vale más que la libra. Solo con mirarlo, le parece que tiene más valor, las cifras más altas estampadas en los billetes, los retratos de los hombres que han gobernado la nación, esa águila de aspecto malvado, la artillería verde de las flechas. Hasta las pálidas y ligeras monedas transmiten una noción indiferente de plenitud. Y tiene sensación de abundancia, de variedad infinita —hay cosas en esa tienda que no entran en la categoría de artículos de primera necesidad ni en la de los de lujo y que a él le parece que no tienen ninguna utilidad— los candelabros de Mickey Mouse, por ejemplo, los álbumes de sellos de personajes de dibujos animados, los sobres transparentes, vaporosos con dibujos de Mowgli, del Señor Sapo, Bambi, Blancanieves, los enanitos en los sellos engomados).

—¿Noah? ¿Qué vas a hacer con todas estas cosas? ¿Noah?

Pero él no se molesta en contestar y lleva sus compras —ya no paga los artículos por separado, espera a haber elegido todo antes de llevarlo a la caja, no porque se haya acostumbrado a comprar sino porque se da cuenta de que ha estado perdiendo tiempo, que así es más eficiente— a la cajera.

Cuando entran en la siguiente tienda, Noah Cloth ha gastado sesenta y dos dólares con catorce centavos y, porque si no hubiera sido imposible llevar las cosas, ha aceptado la bolsa de plástico. Dentro, además de las compras que ha hecho antes, hay dos figuritas de porcelana, una del Sombrerero Loco y la otra del Gato de Cheshire, un reloj de cuarzo de Dumbo, dos sudaderas idénticas de Mickey Mouse y una baraja de cartas con Minnie de reina y Mickey Mouse de rey. También hay un juego de posavasos en que están grabadas las caras del Pato Donald y de sus sobrinitos.

En la tienda Contemporary Man, Noah compra varios artículos de playa para su padre: unas sandalias, un bañador, unas gafas de sol, un albornoz, una toalla y una visera.

La cuenta sube a setenta y tres dólares y pico.

—Préstame dinero —le dice en voz baja a Janet Order—. Te lo devolveré cuando Moorhead nos pague.

—Ay, Noah. No tengo tanto.

—Si os alojáis en el hotel —dice el vendedor (que de vendedor tiene lo mismo que Noah de cliente; aquí no hay nada que se acerque a una negociación, ni transacción, ni comercio, ni negocio; los productos, que en realidad son tan poco producto como el vendedor es vendedor y Noah es cliente, son más que nada un símbolo, un emblema, como lo es el dinero que Noah da a cambio, ese valor extranjero con sellos y símbolos extraños garabateados en el anverso y en el reverso y cuya potencia, por más que lo sea, está expresada en un lenguaje poco familiar, insólito y por tanto desconocido, incognoscible, un mero símbolo, un emblema de la simple ocasión simbólica de sus viejos sueños congelados)—, lo podéis cargar a la cuenta de la habitación. Solo tienes que enseñarme tu tarjeta cliente.

—Estoy muy cansado —dice Noah Cloth.

—¿Quieres que llame al señor Moorhead?

—Estoy muy cansado —insiste—. Creo que he de sentarme.

—Llamaré a Moorhead.

—Me voy a sentar.

—¿Dónde está el teléfono? Tengo que llamar a su médico.

—Así mejor.

Janet Order le toca la frente. La temperatura no parece elevada, tiene el pulso fuerte y regular.

El vendedor ya le había empaquetado los artículos de playa.

—Sí, estoy mucho mejor —dice Noah, con las piernas levantadas, sobre la tumbona de lona y madera que el vendedor ha abierto para que se sentara el niño.

—Aguanta, Noah. En teoría —le explica al vendedor—, cuando estamos con el sistema por parejas, no podemos dejar solo a nuestro compañero.

—Estoy bien.

Tú eres tonto, piensa ella. Mi compañero es tonto.

—¿Por cuánto puede salir una silla tan bonita como esta? —pregunta Noah Cloth al hombre mientras Janet ha ido a llamar.

Puedo sumarla a la cuenta, piensa al oír el precio, puedo sumarla a la cuenta de la habitación.

—Cree que no es nada —le dice Janet Order a Noah cuando vuelve—. Solo un poco de cansancio.

—Estoy bien.

—¿Estás recuperado como para volver a la habitación?

—Que estoy bien.

—Vale —dice ella y le ofrece el brazo para ayudarlo a levantarse de la tumbona.

Cuando suben juntos en el ascensor no se molesta en contarle —ya que el chaval está majara, está como una cabra— que ha visto a Benny Maxine con Rena Morgan. Le ha parecido que tramaban algo.

Lamar Kenny ha visto al pequeño listillo. Piensa que quizá pueda divertirse un poco con él.

Como Tony Word está durmiendo y Noah y Janet han salido, el señor Moorhead está libre para pensar en su judío.

Hay una especie de villano —Moorhead ha pasado demasiado tiempo en salas de hospitales como para no haberse fijado en ese arquetipo de personajes de las series de dibujos animados; de hecho, esos sinvergüenzas han acabado infiltrándose en el trato que mantiene el doctor con los pacientes, se han convertido en una fuente de conversaciones con sus enfermos pequeños, un recurso para banalizar su presencia— que parece medrar gracias a la adversidad, que continuamente sobrestima sus propios poderes oscuros frente a los más luminosos y eficaces del rival. Cada derrota sufrida por los de esta clase da pie a una ocasión de mayor regocijo, un escarnio nefando, un optimismo rebelde y sin fundamento. De algún modo, Moorhead, que intenta calmarse recordando que se ha equivocado otras veces, se parece a esos tipos. Para empezar, comparte con ellos su increíble entusiasmo, el mismo sentimiento de invulnerabilidad. Recuerda sus días en la universidad, sus teorías, la confianza con la que se paseaba

por las galerías de arte, diagnosticando a los personajes de los retratos y las estatuas, como en una especie de clase magistral presuntuosa. Recuerda por qué eligió la medicina como la ocupación de su vida, su atracción estética por la salud, su antigua teoría de que los niños portan su salud con la misma ligereza que un hombre un paraguas. Sobre todo recuerda su visión optimista, ahora descartada: sus antiguas inclinaciones a pensar que el cuerpo era maleable como la arcilla, su creencia que la salud, no la enfermedad, era la esencia de la vida. Descartada para siempre con esas fotos que había visto de supervivientes de los campos de concentración, esas imágenes demasiado íntimas, desnudas como cuerpos en una operación, de judíos, con sus expresiones dementes y sus posturas inconexas, con huesos asomando como vigas mal puestas, como una arquitectura descuidada de golpes y heridas, con la piel flácida como la ropa de un adulto en el cuerpo de un niño, con las articulaciones y cavidades casi a la vista que no se corresponden con el andamiaje defectuoso del cuerpo, el drama de los huesos aparentemente hinchados parecidos a una polea manipulada, con el engranaje al descubierto.

Su idea era tan sencilla como una fotografía del antes y el después. Como excelente especialista en diagnósticos que era, creía (como creía que había localizado el incipiente bocio de La Gioconda y atribuía la famosa sonrisa a nada más que el regusto amargo del yodo que salía a borbotones de su tiroides hiperactiva) que casi todas las enfermedades eran crónicas, si no congénitas. Si la admiración por la salud y el bienestar fue lo que al empezar lo envió a pediatría, fueron las imágenes de los campos —a excepción de su breve paso por urgencias, una oportunidad casi igual de buena para acercarse al cuerpo humano que una autopsia— las que le hicieron quedarse.

Su error en los viejos tiempos había sido confiar demasiado en los artistas. Habían idealizado tanto a sus modelos como los tipos que dibujaban aquellos órganos perfectos —corazones e hígados perfectos — en los libros de texto. (Por lo que Moorhead sabía, probablemente da Vinci había atenuado el bocio de La Gioconda y reducido a sonrisa misteriosa lo que ya podía ser una mueca). De modo que lo que servía eran las fotografías, como las que habían hecho los alemanes, las que habían hecho los aliados. Aunque lo que servía de verdad era la documentación completa, las fotografías de los judíos antes de que los detuvieran —cuando estaban en los campos ya habría sido demasiado tarde, el viaje extenuante en los vagones del ganado, las malas condiciones higiénicas—, álbumes familiares con fotos individuales y en grupo hechas en contextos distintos, más relajados: en la playa, en picnics y fiestas, en bodas, en *bar mitzvah*, la primera foto del bebé, rabinos rezando, todas las imágenes cotidianas de la vida. (Pero seguía teniendo debilidad por la buena salud, por lo menos por su aspecto, su

mente estaba repleta de imágenes de especímenes perfectos, de atletas fuertes, bellos y estrechos, tanto femeninos como masculinos. Lo que explicaba, claro está, su timidez con Bible. Si le hubiera tocado con él en la habitación no habría dudado en pedirle que se desnudara para examinarlo, auscultarle el pecho, palparlo y tocarlo hasta que quedara lleno de morados, y a continuación pedirle si podía inspeccionárselos. Una vez, solo una, hubiera querido tocar un riñón sano en apariencia, oír el estallido de un corazón aparentemente fuerte. Lo que habría provocado muchos malentendidos).

En manos de un especialista en diagnósticos con más capacidades, su descubrimiento habría podido ser una herramienta extraordinaria. Trabajando hacia atrás y utilizando como prueba estudios sucesivos de supervivientes de los campos, habría podido demostrar la validez de su teoría sobre el estado latente de todas las patologías. Si solo pudiera hacerse con esos álbumes —dudaba que los alemanes hubieran permitido que los tuvieran, pero los judíos eran un pueblo con un fuerte sentimiento de grupo y seguro que había fotos del principio de judíos que habían sobrevivido en los álbumes de parientes lejanos que nunca habían pisado los campos— sería perfecto, pero para él era más importante dar con los propios supervivientes, coger sus historiales médicos y examinarlos, ver, por fin, si sus patologías concordaban, como estaba seguro de que ocurriría, él que no era capaz de comprender la obstinación de los villanos en los dibujos animados de los niños pero que reconocía abiertamente que a veces la compartía, con los diagnósticos y los pronósticos —no tenía en cuenta la malnutrición a menos que hubiese podido afectar en enfermedades sucesivas relacionadas; no tenía en cuenta los trastornos psicológicos a menos que fueran anteriores a la experiencia en el campo y que esta los hubiera exacerbado— que había hecho al principio de sus estudios sobre el holocausto. (Ahora había nuevas tecnologías; utilizaba ampliaciones y aumentos informatizados de esas viejas fotografías granuladas, que lo resaltaban todo, lo registraban todo, hacían destacar aquel estado latente e incipiente, nítido como una costra, definido como una erupción cutánea). Porque ahora no había ningún jefe de departamento a quien rendirle cuentas y él tenía su colección personal de más de mil ampliaciones informatizadas de hombres y mujeres en las vallas posando para la foto de la liberación, en gran parte imágenes de las personas en primera fila, junto con unas planos excelentes de palmas de las manos abiertas contra la alambrada, apoyándose torpemente para quitar el peso del cuerpo, o de los dedos agarrándose, los nudillos hinchados y las uñas rotas bien definidas en sus fotografías aumentadas igual que elementos de sotas, reyes y reinas en las cartas. Aunque se trataba de un asunto que conllevaba sus riesgos, muchos

más que pedirle a Colin Bible que se dejara examinar. (Algún día, por darse el gusto de verlo todo, tendría que visitar especímenes superiores, pero suponía que aún faltaba mucho para eso). Y no habría más cócteles en jardines si algo así se llegara a saber. Ya podía despedirse de su puesto en el hospital de Great Ormond Street. Por no hablar de la Orden del Imperio Británico. Por no hablar. No le quedarían ni los escarnios nefandos.

En su fantasía, ha terminado sus estudios preliminares. Entrega un artículo: «Diagnosis y pronósticos de algunos supervivientes judíos de los campos de concentración». Después, durante el turno de preguntas, alguien quiere saber si no le han servido las fotos de las víctimas que fueron gaseadas o fusiladas. Al fin y al cabo, apunta la persona, los supervivientes iban vestidos. En cambio, a los otros les habían ordenado desnudarse, los asesinaron y después los tiraron a fosas comunes. Seguro que sus cuerpos desnudos habrían sido de utilidad para sus estudios.

Y él le dice, le responde, le suelta: «Sí, pero solo por lo que respecta al diagnóstico».

Por eso había venido a Florida.

Y había encontrado a su judío.

Mary Cottle, con aspecto descansado, está delante de la puerta de la habitación de Eddy Bale, llama y él abre.

—Me han dicho que ha preguntado por mí.

—Ah. Gracias por venir. No es nada importante. Pasa, adelante.

—Gracias. Parece que he perdido a los demás en la estación del monorraíl.

—Colin ha dicho que ha habido un poco de lío.

—Sí. Ha sido muy ridículo por mi parte.

—No, no, por supuesto que no. No ha pasado nada. Todos vivos y coleando.

—¿Quién es el que está en la cama, Mudd-Gaddis?

—Ah. Sí. Bueno, todos vivos, por lo menos. Benny Maxine estaba un poco inquieto. He pensado que estaría bien dejarlo salir un rato. Ya sabes cómo les gusta a los chavales explorar los hoteles.

—La verdad es que no lo sé.

—Pues sí. En los ascensores entran en éxtasis. Les encanta tocar botones y anunciar los pisos a los demás huéspedes.

—¿Ah, sí? No sé por qué no me imagino a Benny así.

—No, quizá no. ¿Qué tiene? ¿Quince años? Imagino que estará más interesado en ir a los bares del hotel. Supongo que era en mi hijo en quien estaba pensando.

—Lo acompaño en el sentimiento. Me parece que no le había dado

el pésame.

—No pasa nada.

—Es que uno se siente idiota. Te sabe muy mal, por supuesto, pero no hay nada que decir.

—Bueno, eres muy amable. Te lo agradezco.

—Parecía un niño muy majo.

—¿Conocías a Liam?

—Bueno, más por su fama que por otra cosa, pero le llevé la comida un par de veces.

—Perdona. Creo que lo sabía y me había olvidado.

—Descuide.

—¿Quieres tomar una copa? No es que haya una gran selección, pero tengo una ginebra buena que compré en el dutyfree. O si lo prefieres te puedo ofrecer un poco del jerez de Colin.

—No, gracias. Pero beba usted. Mi vicio es el tabaco. Nunca he sido bebedora.

—Sí. Me he dado cuenta del olor del tabaco que fumas.

—Lo sé. Es una costumbre asquerosa.

—En absoluto. Me gusta cómo huelen los cigarrillos extranjeros. Franceses, ¿no?

—A veces, sí. A veces, franceses. O rusos, búlgaros. Los sabores del telón de acero.

—¿No son muy fuertes?

—Hace tiempo decidí que si iba a fumar, lo haría bien, ya puestos.

—Ya, te entiendo. Espero que hayas traído provisiones. Las marcas estadounidenses son bastante suaves en comparación.

—Me temo que soy un poco contrabandista. Logré pasar dos cartones por la aduana.

—Bien hecho.

—¿Fuma su esposa?

—Se fuma al estanquero.

—Perdón. Qué tonta soy. Sé que se han separado.

—Ella se ha separado.

—Ha estado sometida a mucha presión.

—La presión también la sufría yo.

—Por Dios, Eddy. ¿Puedo tutearte? Ah, sí, si tú mismo insististe en ello, ya lo hablamos en casa de Moorhead. Toda Gran Bretaña estaba sometida a mucha presión. Gales, Escocia e Irlanda del Norte. La Isla de Man. La Isla de Wight. Casi nos sale una hernia a todos, Ed.

—¿Y qué? ¿Algún problema? Perdí a mi hijo. ¿Qué te has creído?

—¿Yo? Nada. Yo solo soy una voluntaria, un paladín. Soy una enfermera sexi e indulgente.

—Shhh.

—Cómo ronca Mudd-Gaddis, ¿no? No sé cómo logra respirar.

—Voy por mi segunda ginebra y eres tú la que está como una cuba.

—Trae el jerez de Colin. Te acompaño.

—Pero tú eres fumadora. Nunca has sido bebedora.

—¿Sabes que hice donaciones en todas tus campañas?

—¿Qué? ¿A dinero, te refieres?

—En el transcurso de los años debí de dar más de cien libras.

—Me parece que invertiste mal, Mary.

—¡Oye! Calma. Pero ¿quién demonios te crees que eres?

—Madre mía. Cálmate tú. Has tirado el jerez de Colin por todas partes. Parece que haya habido una masacre.

—En fin, dejémoslo estar. Dejémoslo estar —dijo Mary Cottle y salió hecha una furia de la habitación de Eddy Bale.

Porque todo tiene una explicación perfectamente lógica. Todo. Las guerras, los terremotos y las catástrofes personales de los hombres. La valentía y la cobardía. Actos generosos desinteresados y la convicción de ser maltratado. Todo. La caída del hombre y los defectos de nacimiento también, esas fallas de San Andrés, de Anatolia, de Altyn Tagh y del Gran Glen del corazón, de los óvulos y de los genes. Están trabajando en ello, trabajan en todo eso: los teólogos en sus lóbregos estudios donde la luz mortecina cae distante sobre los textos antiguos y tupidos, distantes como Dios (y esto también, el afelio exorbitante, la avanzada y la lejanía de Dios —el quinto pino de Dios— tiene una explicación perfectamente lógica); los científicos en sus luminosos laboratorios donde la luz parece una especie de grasa blanca sensacional.

Todo tiene una explicación lógica.

De modo que Charles Mudd-Gaddis en la habitación de Bale y Colin, Lydia Conscience en la de la niñera y Mary, y Tony Word en la del señor Moorhead se encuentran en sus respectivos sueños.

Se reúnen un domingo al mediodía en uno de los salones del Contemporary Resort Hotel, que Mudd-Gaddis cree que es una residencia donde su familia lo ha encerrado. Por lo que se imagina, no es tanto lo que queda de su familia, sino lo que pasa por ella, lo que es ahora, una familia transformada por el tiempo y la evolución, un incremento de nuevos parientes adicionales que, por más que lo intente, y lo hace, no logra aclarar quiénes son. Aunque está seguro de que se lo han explicado todo, y repetidas veces además, y puede que hasta con paciencia —aquí son amables; encerrado o no, esta no es ninguna ratonera dickensiana, y los doctores y el personal son tan agradables como eficientes; en ese aspecto no tiene queja, ni en ese ni

en otro, en realidad— eso de que lo han abandonado, quiere decir; él es un hombre de mundo, o por lo menos lo era; él habría hecho lo mismo estando en su lugar, porque ¿qué se puede hacer? ¿Qué se puede hacer en realidad cuando las personas son tan mayores que ya no pueden cuidar de sí mismas? Cuando envejecen tantísimo (por algo se habla de segunda infancia) se vuelven incontinentes y se mean encima, se cagan en las sábanas y van por ahí (aunque no es que puedan —ir por ahí—, no pueden, y los tienen que empujar en las sillas de ruedas, subirlos y bajarlos de ellas, como — ¿qué?— unos calcetines en un cajón, o la colada en la cesta) sumergidos en un hedor personal, en una intimidad despiadada. Tan viejos que no pueden cortarse la carne ni untar la mantequilla en el pan. Por supuesto que los encierran y los dejan aparcados allí, aunque sabe que es desperdiciar saliva, tiempo y dinero. Es una tomadura de pelo, la verdad. Una tomadura de pelo y al mismo tiempo un homenaje a unos mínimos de decencia el que la gente se tome la molestia de explicarlo. De acuerdo, puede que hablen más lentamente y que alcen la voz. Eso también lo puede entender. Porque ¿qué demonios se puede esperar? ¿Se puede esperar otra cosa? ¿Te pondrías a discutir de grandes conceptos con una criatura? Y si lo hicieras, si pudieras, pero se tratara de un niño duro de oído, un niño *sordo*, ¿no alzarías la voz? Le parece un milagro que tengan la paciencia de hacerlo. Le parece un milagro que no se cabreen de vez en cuando y lo manden a tomar por culo. «Yo soy Jim y él es Bill. Recuerdas a Bill, ¿verdad, papá? Era tu bombero de parte de tu cartera. Yo soy tu barrendero de parte de tu nuncio papal».

Lo que no quiere decir que no se lo merezca. La deferencia. Las visitas semanales. Por más que lo incomoden, por más que le disgusten. En fin, tanta tontería. Tener que soportar que te afeiten, la humillación del doble pañal si ha cagado donde no debía. Todo ello: la camisa limpia y el cuello almidonado (que le provoca una erupción cutánea parecida a una úlcera de decúbito; y esa es otra, tener que permanecer delante de ellos en su silla de ruedas, sentado sobre la piel de carnero como si se le fuera a enfriar el culo), el suplicio de la corbata que, aunque esto no sea una ratonera y la gente sea simpática, no te protege de tener que soportar el aliento del celador, que aunque no sea malo, podría transmitir microbios —se te acercan mucho para hacerte el nudo de la corbata— que podrían provocarle una neumonía. Todo eso. Aunque es él quien insiste en la pantomima ridícula de las fragancias y los talcos con que, ya que parece haber perdido el olfato igual que las demás facultades, se cubre o, mejor dicho, ese celador lo cubre, a mansalva. Cosa que, hay que reconocer, ¿es lo único positivo —no cuenta el hecho de que tengan que ponerle pañales— de todo este asunto, receptivo y capaz como es de responder

a las palmaditas y los roces de la carne sobre la carne aunque esas palmaditas y esos roces vengan de un celador varón y mariquita, y aunque sepa —a menos que ahorquen a los viejos— que no se le volverá a empinar?

Porque todo tiene una explicación lógica y sus visitas no deben percatarse de su tufo de viejo.

De modo que recibe esas visitas, por más que sean un coñazo para todas las partes implicadas, por más que se despellejen entre ellos o que todos —incluido él mismo— suelan pasar la tarde allí sentados soltando patochadas.

Era todo un drama. Ser así de viejo. Así de sospechoso. Porque a lo mejor la auténtica razón no sea la ratonera, a lo mejor la auténtica razón por la que son así de amables y simpáticos en este palacio de jubilados bien equipado es que no quieren contrariarlo, que aunque lo estén abandonando todas las otras funciones y facultades, aún conserva el poder financiero y puede desheredarlos y no incluirlos en sus últimas voluntades —¿qué queda de su voluntad?— de un plumazo. Es evidente que aún creen que está en su sano juicio. Y puede que sea esa la auténtica razón por la que él es amable con ellos, así de cortés y adaptable, y puede que esa sea también la auténtica razón por la que acepta recibirlos todos los domingos.

Porque ¿cómo iba a ser por amor?

¿Por ambas partes?

Dios bendito, si él ni siquiera se acuerda de ellos de una semana a la otra.

Y ellos, por su parte, por cuanto a ellos respecta, ¿qué quedaba de él que pudiera quererse? Un viejo con pañales con una piel de carnero debajo del culo cuya peste superaba el perfume de flores que no crecen en la naturaleza, y un olor a abono sobre el cual no crecieron nunca.

Empieza Lydia Conscience.

—¿Cómo estás hoy, Charles?

Y el viejo Mudd-Gaddis piensa: Con que estas tenemos. Ni papá, ni abuelo, ni bisabuelo. Así de viejo. Ni tío, ni primo hermano. Charles. (Tampoco amigos, demasiado joven para que ella sea su amiga, amigos nunca). El parentesco reducido a las minucias técnicas de la genealogía. Así de viejo. Viejísimo.

Tony Word ve que los ojos legañosos del viejecito lo escrutan.

—Sí, Charles, ¿cómo va?

—Bien, gracias —contesta educadamente Mudd-Gaddis—. ¿Y vosotros?

Lydia Conscience apoya sobre la barriga el anillo de compromiso y la alianza.

—Muy bien, gracias, Charles.

—¿No tienes náuseas matutinas? —quiere saber.

—Dios, no —contesta agradecida—. Solo te dan los dos primeros meses. Ahora ya estoy en la fase incómoda. Tengo los tobillos hinchadísimos. Les cuento a mis amigas que me siento como si fuera una vaca y que debo de parecer una luna llena.

—No, qué va —se apresura a tranquilizarla—. Está… —intenta encontrar la palabra— *radiante*, radiante de verdad —le dice a Tony Word.

Y este asiente sin convicción.

—¿Y tú qué tal estás?

—¿Yo? No me quejo, ninguna carta al Times —explica Tony Word —, siempre y cuando siga la dieta.

Ahora Mudd-Gaddis, que no tiene ni idea de qué le habla este monigote y a quien estaba a punto de ofrecer caramelos de la caja que guarda para las visitas de los domingos, asiente, y, cubriéndose el trasero, añade:

—Bien, bien. Eso es muy importante.

(Porque con la edad avanzada llega la paranoia —así de viejo, viejísimo— y sabe que ya ha cometido un error cuando ha hecho la estúpida pregunta de las náuseas matutinas, no ha sido su mejor momento, porque les ha dado la oportunidad de agarrarse a eso y a lo mejor creen que no se acuerda de los embarazos de su propia esposa, y no los recuerda, ni si estuvo casado, y está a punto de hacer otra pregunta, de pifiarla, y es lo único que puede hacer porque lo que de verdad quiere saber, lo que de verdad quiere hacer es dejarse de gilipolleces y pedirles directamente: «A ver, ¿quién demonios sois vosotros?». Por el amor de Dios, si parecen niños. Aunque a él todo el mundo le parecen niños últimamente. Así de viejo, viejísimo. ¿Y por qué sigue la mujer haciendo alarde de los dichosos anillos? Viejísimo. Con todo, piensa, en el sueño en común que comparten los tres, no es que yo sea un imbécil rematado. Está bastante claro que ella intenta recordarme algo. Mis responsabilidades probablemente. Si tuviera mejor la vista. Desde aquí los anillos parecen de esos de juguete que regalan con las patatas fritas.

—Oh, mira qué caramelos tan buenos —dice Lydia Conscience.

—Perdón. Toma.

Coge dos tofes y un caramelo de chocolate.

—Es una auténtica vergüenza —se justifica ella—. Ahora como por dos.

Aunque cuando se pone uno de los caramelos en la boca, lo mastica sin interés.

Mudd-Gaddis desplaza la caja casi imperceptiblemente hacia Tony

Word.

—¿Y tú, amigo? Siempre que la dieta lo permita, claro.

—Me encantaría, muchas gracias, pero es que me moriría.

—Claro.

—Pero tienen un aspecto delicioso.

—Sí, me han dicho que son bastante buenos —comenta Mudd-Gaddis—. Siempre procuro tener una caja a mano para mis invitados.

Tony Word asiente y Lydia Conscience también.

—Entonces, ¿viene a verte *mucha* gente?

¡Fíjate! Qué poca vergüenza tiene la preñada. Porque de repente entiende de qué va todo esto.

¡Lo rico que debe de ser!

Y si esto no es una ratonera es porque él, Mudd-Gaddis, les debe pagar bien para que no lo sea.

¡Lo rico que debe de ser!

Para que todos estos parientes pobres se presenten aquí todos los domingos —tiene la sensación de que está en el campo, en Sussex, en Cotswolds— en sus viejos y estropeados Anglia y Ford Cortina. Y también el asunto de los anillos, ahora entiende lo de los anillos. Y que no tiene nada que ver con recordarle sus responsabilidades. Es un lenguaje en código, eso es. Esta pizpireta le está mandando señales. La gordinflona solo le mandaba un mensaje. Le estaba diciendo que lo que lleva en la panza es legítimo, que ella y el debilucho —que está claro que no puede ser el padre— eran cónyuges y se habían casado como corresponde. Con los anillos sobre la barriga lo único que hacía era pregonarlo. ¡Y esa pregunta sobre la gente que viene a verlo! Así que claro que se hace una idea de qué va esto. Es una competición. ¡Para ellos él es como una quiniela!

Aun así hay que ir con pies de plomo. No sabe qué pretensiones tiene esta gente con él, aunque está seguro de que no pueden ser muy grandes. Charles. No papá, abuelo, bisabuelo, ni tío ni primo. De todos modos, hay que ir con pies de plomo. Se da cuenta de que tendrá que seguir siendo racional, mostrar que está en su sano juicio, educado, seguir dándoles conversación, seguir aguantándolos. ¡Así de viejo, viejísimo! Con ellos tiene una relación de parentesco cogida por los pelos, pero está claro que por más endeble que sea les basta para poder internarlo —porque uno no se hace tan rico como es él sin saber por lo menos cuatro cosas de leyes; un juez, un psiquiatra y el hijo de un vecino sabrían hacerlo— y si son así de avariciosos, la próxima vez no acabará en un palacio de jubilados bien equipado, sino en una auténtica ratonera. Y otra cosa. Si está encerrado aquí, no es por obra de su familia. Él no tiene familiares, solo este vínculo débil entre primos, más fino que la pintura barata. Solo Dios lo sabe, pero se ha

encerrado él mismo. Está convencido. Se ha encerrado él mismo por su propia voluntad.

Viejo. Así de viejo, viejísimo. Traicionadísimo.

—Te preguntaba si viene a verte mucha gente, Charles.

—Ah. Perdona, querida, el oído ya no es el que era —dice Mudd-Gaddis.

(Porque por estar sordo no te pueden internar. Se lo ha puesto fácil. Es lo que debe hacer alguien en su sano juicio. Y porque ahora es astuto gracias a la edad avanzada, que le ha ido quitando facultades una a una, pero ha logrado añadir solo esta, una astucia casi independiente de su voluntad, a un personaje que antes siempre la había repudiado. Igual que, cuando le había ofrecido un confite a como se llame, él no había cogido ninguno y había dado a entender que era por su dentadura. Démosles sordera, démosles dentadura. A ver qué hacen con ellas en el tribunal de Su Majestad.)

—Te decía si viene mucha gente a verte —repite Lydia Conscience, subiendo la voz.

—De vez en cuando. Algún hombre, alguna mujer.

—¿Benny Maxine?

—¿Benny?

—Maxine. El chico judío de la cara hinchada.

Sí que recuerda a un joven de cara inflada y le parece recordar su voz, insistente, machacona. Reconoce haber recibido las visitas de Maxine. Pero ¿es judío? ¿Tiene primos judíos?

—¿Janet Order?

—Sí, creo que sí —dice Mudd-Gaddis—. Una chica de tez oscura.

—¿Oscura? —pregunta Tony Word—. Si es azul de la cabeza a los pies. Como un cardenal.

—Bueno, ya sabéis, la vista —dice Mudd-Gaddis, que juega la carta de la vista y la pone sobre la mesa junto con la del oído y la de la dentadura.

—¿Viene Noah Cloth? ¿Y Rena Morgan?

—Noah tiene un dedo amputado —le recuerda Tony Word—. Le falta un dedo en la mano izquierda. Y Rena es la que no para de sonarse la nariz. Es un grifo de mocos andante.

—Madre mía —exclama Mudd-Gaddis y se pone a pensar en su familia transformada por el tiempo y la evolución, incrementada. Un judío con la cara hinchada, una mujer con la piel amoratada, un manco y una nariz a lo cascadas del Niágara. Más estos dos. El debilucho y la fulana del debilucho. (Y ahora se acuerda, ahora sabe quién es quién. Gracias a sus achaques. Y con astucia o sin ella, cree que entiende la auténtica razón por la que tiene una caja de dulces para ellos. Puede que no sea por otra razón que por complacerlos).

—Bueno, debo reconocer —empieza a decir Lydia Conscience— que a mí no me extraña.

—¿El qué, querida?

—Que no estén aquí hoy.

—Sí, pensábamos que los veríamos —dice Tony Word.

—Yo no.

—¿Ah, no?

—Por supuesto que no. Y tú tampoco si estuvieras atento.

—Estoy atento.

—A tu dieta.

—No me queda otra. Ya lo sabes.

Charles Mudd-Gaddis, que no soporta presenciar riñas entre enamorados, intenta que retome el hilo.

—¿Por qué no te sorprende que no estén aquí hoy, querida?

Lydia Conscience mira primero a uno y después al otro. Parece que, en este sueño común, cuelguen de cada uno de ellos deflectores como cortinas, como paneles y toboganes, como trampas en los juegos, como sistemas de aislamiento y protección. Son discretos como si llevaran auriculares. Ninguno de ellos sabe qué piensa el otro. Es como una de esas cartas en las que las firmas están dispuestas en un círculo, para que no se sepa quién ha firmado primero. ¿Cómo puede fingir sorpresa Tony, cómo puede Charles hacer ver que no sabe nada?

—Pues por el *sistema por parejas* —responde ella—. Ellos dos no son de la misma pareja. ¿De qué sirve el sistema por parejas? —pregunta ansiosa.

—El sistema por parejas —repite Mudd-Gaddis.

—Chico-chica, chico-chica. No tiene nada que ver con las habitaciones —dice ella.

—Las habitaciones.

—Janet Order ha salido con Noah Cloth. Benny Maxine ha salido con Rena Morgan.

—No sé si lo acabo de…

—Tony ha oído a Noah y Janet tramando algo. Y yo sabía que Rena no podía estar haciendo nada bueno. Se ha camelado bien a la niñera. Esa pobre desgraciada. La «sala de juegos», seguro. Ya sé yo a qué estarán jugando esos dos ahora. En fin, Benny Maxine es mi pareja. Conozco sus problemas de salud tan bien como los míos. Estaba preparada para cualquier imprevisto que pudiera surgir. Cualquiera. Tony es la pareja de Janet, Rena Morgan tenía que ser la de Noah. Ya nos habían asignado pareja a cada uno. No tenía nada que ver con las habitaciones.

—¿Quién es la mía? —pregunta Mudd-Gaddis.

—Ay, Charles —dice con palabras entrecortadas—, tú no tienes. No logras acordarte de los síntomas.

—¡Estáis desheredados! —ruge de repente Mudd-Gaddis.

—Oh —dice amablemente Tony Word—, pero ¿éramos tus herederos? Mira que eres majo, viejito, pero ¿no te parece un poco absurdo? A ver, yo tengo una leucemia devastadora. No tengo probabilidades de vivir más que tú.

—Ay, Charles —dice Lydia Conscience—, si tú no tienes ningún testamento. Eres pobre. ¿Qué nos ibas a dejar? Si vives de la caridad. Estás pelado.

—¿No soy rico?

—Eres pobre como una rata —le responde Lydia Conscience.

—¿Y cómo te explicas todo esto? —Señala el salón bien amueblado.

—¿Qué? ¿El vestíbulo del hotel?

—¿Es un vestíbulo de hotel?

—¿Qué te creías que era, abuelete? ¿El Albert Hall? —le pregunta Tony guiñándole un ojo a Lydia.

—Entonces, ¿por qué venís? ¿Por qué venís todos los domingos?

—Ah, ha sido una estupidez —dice Lydia—. Por resentimiento, supongo. Cuando me enteré de lo de los otros, que habían salido ellos solos, pensé que nosotros tres podríamos hacer algo al respecto. Que quizá podríamos aliarnos contra ellos.

Entonces es amor, piensa Charles.

—Entonces hagámoslo —exclama—. ¡Todos para uno y uno para todos! ¡Los tres mosqueteros!

—Mosqueteros —dice Tony Word contento.

—Ya veremos —dice Lydia.

Así que es amor. Una especie de amor. Amor de algún tipo. Por lo menos es amistad, la lealtad cambiante de los compañeros de juego.

Porque todo tiene una explicación lógica. Todo. Se están muriendo. Duermen mal, se revuelven una y otra vez con sus síntomas, desvelándose a la más mínima molestia, hasta con el permiso a regañadientes que conceden Nedra Carp, Eddy Bale y el señor Moorhead.

TERCERA PARTE

1

Al final del tercer día habían estado en las seis áreas de Magic Kingdom. Habían estado en Main Street, USA. Habían estado en Liberty Square, Adventureland y Fantasyland. Habían estado en Tomorrowland y en Frontierland y a estas alturas ya estaban hartos de oír la broma macabra de Benny. «Cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno»[4], decía cada vez que mencionaban las últimas dos áreas del parque temático.

Moorhead solo les dio permiso para montarse en las atracciones tranquilas: el funicular, la vía de tren con una escala de uno a ocho, los tranvías, los autobuses pequeños, los de dos pisos, el Crucero por la Jungla, el Carrusel de Cenicienta, los botes a pedales y el tren elevado que da la vuelta a Tomorrowland. La pista del Gran Premio, la Big Thunder Mountain, los cohetes espaciales y la Space Mountain quedaban prohibidos. Como también el Té del Sombrerero Loco, la del Señor Sapo, la Misión a Marte y el Vuelo de Peter Pan. «Emociones fuertes», decía Benny a modo de advertencia a los demás, valorando cada atracción a partir de la descripción de la guía y negando con la cabeza, sabiendo cuál sería la decisión de Moorhead. Por eso pasaban gran parte del día transportados de una punta a otra del parque, como turistas pasivos. Aun así, cuatro de los niños —Lydia, Charles y Tony Word habían sido la excepción— se habían mostrado reacios a la hora de subirse en los autobuses de dos pisos. Una vez más, Maxine había sido su portavoz. «¡Que somos ingleses —gritó al conductor mientras discutía con Bale— y no hemos cruzado el Atlántico para venir aquí y montarnos en un autobús de dos pisos, que además de no ser auténtico, su conductor no es negro!».

Pasaban gran parte del tiempo viendo espectáculos y subiéndose en trenes entre efectos especiales de algún tipo. Era todo como estar en una especie de museo pasivo. Solo Colin seguía fascinado con la animatrónica parlante, y cuando alguno de los niños (que ya se avergonzaban un poco de saltarse siempre la cola —como medida de precaución Moorhead había establecido que Tony Word y Janet Order fueran en silla de ruedas— pero que eran incapaces de estar de pie más de quince o veinte minutos) se quejaba, era él quien se ofrecía

voluntario para hacer la cola. Mudd-Gaddis, Lydia Conscience y Noah esperaban sentados en bancos o debajo del toldo de las cafeterías al aire libre —normalmente en esos momentos Moorhead aprovechaba para ir a buscar otras atracciones para ellos mientras Eddy Bale y Mary Cottle empujaban las sillas de Tony y Janet, y Benny y Rena, que tenían ganas de disfrutar de su estatus de minusválidos, los acompañaban—, y Nedra Carp iba de acá para allá entre Colin y los niños para ir informándolos sobre el progreso de la cola.

—¿Cómo es, Benny? —preguntó Noah cuando Maxine y los demás salieron de Qué Pequeño es el Mundo.

—Emociones fuertes —contestó Benny Maxine.

—¿En serio, Benny? ¿Sí?

—Qué va —respondió Benny—. Digamos que no está mal. Había unas muñequitas de la ONU cantando y bailando.

—Fascinante —dijo Colin.

—Vaya tela —dijo Benny, señalando a Janet y Tony en silla de ruedas—. Si vamos a seguir viendo esas cosas, no serán sillas lo que necesitemos, sino gafas.

Fueron al Tropical Serenade, fueron al Country Bear Jamboree. Pasaron tiempo dentro de salas de cine viendo películas —envueltos, gracias a una técnica llamada Circle-Vision 360, por imágenes espectaculares de todo el mundo: Tívoli, Nueva York, los Alpes, Roma y el Valle del Nilo, las antiguas piedras de Jerusalén, India, entre otros lugares— y visitando exposiciones de patrocinadores de multinacionales: Kodak, Eastern Lines, RCA, McDonnell-Douglas.

Y empezaban a ponerse nerviosos.

—¿No te gustaría ir en silla de ruedas? —le dijo Lydia a Noah para meterse con él.

—Claro, para llevarte a dar una vuelta.

—¡Puta! —chistó Lydia Conscience entre dientes.

—¡Chulo! —chistó él.

—Señor Moorhead —dijo una tarde Lydia Conscience—, ¿puedo cambiar de pareja? Me parece que Benny no se acuerda de mis síntomas. Y creo que me sentiría mejor si estuviera con Janet.

—Si haces el cambio con Janet, se irá todo al traste —se opuso Moorhead.

—¿Y si me da un ataque? Me parece que Benny no es muy responsable —susurró.

—La asignación de parejas se hizo con mucho cuidado —dijo Moorhead.

—Pues tendríamos que practicar —respondió ella.

Y para contentarla, él aceptó de mala gana. Llamó a Benny para explicarle la situación.

—Lydia está molesta. Cree que no sabrías qué hacer en caso de emergencia.

Lydia fingió sentirse indispuesta y Benny Maxine se le acercó. Le desabotonó el cuello. Mojó un pañuelo y se lo puso en la frente, en las sienes.

—Me ha hecho daño en la barriga.

—Ni la he rozado.

—Me ha hecho daño en la barriga, señor Moorhead.

Porque ahora, además de nerviosos, estaban empezando a dividirse. Unos en silla de ruedas, otros no, las atracciones

prohibidas para ellos, picaban algo de comer en horarios distintos, y los recuerdos por separado del mundo que habían visto proyectado se erigían a su alrededor como un muro.

Solo Lydia seguía notando el regusto del sueño; Charles, que lo había compartido con ella, reflexionaba sobre el hecho de que para él la vida era mucho más interesante dormido que despierto; y Tony Word recordaba, no sin cierto orgullo, que tampoco había salido mal parado, que en realidad se desenvolvía bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias. (Sin embargo, los demás, que además de no haber estado en el sueño, ni siquiera habían estado durmiendo en ese momento, pasaron por lo menos un día, día y medio, con la extraña sensación de que alguien —una o más personas desconocidas— habían estado hablando de ellos a sus espaldas).

Porque Eddy Bale tenía razón. A los chicos les encanta explorar los hoteles. En los ascensores entran en éxtasis, se divierten tocando las teclas.

Y había empezado como un juego inocente, Benny Maxine eligió a Rena Morgan por la sencilla razón de que ella se había mostrado dispuesta: una niña muy espabilada y en quien se podía confiar. (Y, de todos los niños, la verdad es que parecía la más fuerte, puede que fuese la única que pudiera seguirle el ritmo).

Hasta le propuso que llevara consigo el pasaporte. Por si acaso.

—Por si acaso ¿qué, Benny?

—Mujer prevenida vale por dos, bonita.

Y le enseñó el suyo, dándole unos golpecitos al documento de color azul marino como si fuera una carta de crédito, un talismán, un as bajo la manga, una patente de corso.

Era un chico de quince años, aún era un niño, aún era un crío, y por más que se hiciera el fanfarrón, por más que se esmerara en parecer que tenía calle —«tenía calle y necesitaba un mapa», reconocería avergonzado más tarde— no había hecho nunca las cosas que quería. Lo único que le había ocurrido en la vida había sido su enfermedad, y vivía su existencia más real en un modo de esperanza y

fantasía.

Los primeros cinco o diez minutos se los pasaron tocando teclas, por turnos, Rena cuando subían, Benny cuando bajaban, y cada vez que entraba alguien en el ascensor, le preguntaban educadamente «¿Qué planta, por favor?» con sus acentos ingleses más refinados.

—Oh, qué amabilidad —dijo una mujer—. ¿Os está gustando nuestro país?

—Sí, señora —respondió Benny—, pero no somos turistas.

—¿Ah, no?

—Mi compañera y yo —dijo señalando a Rena, que ponía todo de su parte por permanecer seria y procurar aguantarse la risa y las vastas reservas de mocos solo a base de fuerza de voluntad (porque una risita podía desencadenar una catástrofe)— formamos parte de la organización de Disney.

—¿Ah, sí?

—Éramos los dos niños de la versión cinematográfica de *Mary Poppins*. ¿Ha visto la película? ¿Quiere que le firmemos un autógrafo?

—Pero si es muy vieja la película. Deberíais rondar la treintena.

—Así es, señora —dijo Benny—. Somos un poco bajos para nuestra edad. La organización de Disney nos da la oportunidad de volver a los platós en el ascensor.

—Me bajo aquí —dijo la mujer.

—Sí, señora, son buena gente. Cuidan de los suyos.

—Ay, Benny —exclamó Rena cuando la mujer bajó—, pero qué cosas tienes. No se lo ha creído.

—Sí se lo ha creído.

—No.

—Estoy convencido. Por la vida de la reina. Te lo juro.

—¿Y lo jurarías por la tuya?

—Claro —dijo Benny—. Lo juro por mi vida.

—Ah, tu vida.

Y cuando subían —Rena era quien manipulaba el ascensor—, Benny se tiró un pedo ruidosísimo a propósito. La gente —habría unas seis personas a bordo— hizo ver que no se había dado cuenta.

—Vaya —dijo Benny—. Los gases.

Tampoco hicieron caso.

—Puaj —comentó Benny— pero qué pestazo. Madre mía.

Así de inocentes. Aún les hacían gracia los chistes ocultos en los olores y todas las bromas que hicieran referencia al cuerpo.

Y exploradores. Descubrieron la sala de banquetes, las de reuniones y las de hospitalidad, avanzando a trompicones por el gran laberinto que era el hotel, por sus vísceras, subiéndose en los

montacargas cada vez que podían, entrando en la planta de lavandería y de mantenimiento, donde un guardia los hizo salir, y a quien Benny insistía en enseñar su pasaporte británico.

—Aquí viene gente de todas partes —le dijo el guardia—. Vienen de Tulsa, vienen de Indiana.

Entraron en restaurantes y coctelerías —y fuera de una de ellas Benny invitó a Rena a bailar—, pasaron por las piscinas, echaron un vistazo a la sala de juegos, donde un caricaturista les ofreció hacerles un retrato juntos —«Venga, Benny. Solo para hacer lo que hacen las personas normales», había dicho Rena, y Benny se llenó la boca de aire, y con la cara torcida y abotargada dijo «Venga, vale»— y luego volvieron a uno de los restaurantes, donde Benny explicó a la jefa de sala que sus amigos los estaban esperando dentro, cogió a Rena del brazo, todo formal, y dejó atrás a la mujer (así de inocentes eran, tan inocentes que se creían que debían comportarse de una manera especial)— y se metieron en la cocina.

—¡Felicidades al chef! —anunció Benny como si fuera un gran señor.

Tres hombres con sombreros de cocineros los miraron.

—A todos ustedes —dijo.

—Sí, todo estaba delicioso —añadió Rena.

—Menos el hielo —dijo Benny.

Se quedaron mirando a los dos niños.

—El hielo no sabía a nada. Era insípido. ¿No te parece, querida?

—Fuera de aquí —dijo uno de los hombres.

Y se pararon enfrente del spa, el centro de bienestar donde en ese preciso momento el tío de la Mansión Embrujada se acercaba a paso lento a Colin Bible.

—A esta hora no pueden entrar mujeres —dijo Benny al leer el cartel de la puerta.

—Entra tú, yo me espero. Y luego me lo cuentas.

—¿Cómo? ¿Entrar en un centro de bienestar? ¿Yo? Ni loco. Podrían denunciarme.

—Ay, Benny —dijo Rena Morgan.

No fue hasta que llevaban casi una hora fuera cuando se acordó de Mary Cottle. E incluso entonces, cuando le explicaba su idea a Rena, estaba jugando.

Dijo que había creído verla esa misma tarde en la parada del monorraíl del hotel.

—Agachada detrás de las puertas automáticas estaba.

No había dicho nada. No porque Colin y los chicos —menos Mudd-Gaddis; Mudd-Gaddis seguía abstraído, perdido en la pesadilla privada que lo había hecho entrar en su propio mundo— no se hubieran dado

cuenta de que no estaba o hubiesen expresado preocupación, sino porque, aunque no lo había calculado, la información era información, le daba ventaja, le otorgaba a un jugador como Benny —y esto tampoco había sido calculado, solo había sido la misma combinación de esperanza, fantasía y realidad que regía su vida— una posición de privilegio si alguien quisiera jugar con él. Además, no estaba seguro de que fuera ella. Y tenía que mear, así que iba a toda mecha.

Y tampoco dijo nada en ese momento, solo lo de las puertas. (Porque en esto también era así de inocente, quería quedar lo mejor posible con su nueva amiga, dejando atrás sus dudas igual que había hecho con la jefa de sala en el restaurante. Tuvo que equivocarse para no mencionar una cosa así. Y esos cálculos. Aunque nunca hubiera sospechado. No quería revelar *nada*).

En realidad, no habría sacado el tema si no hubiera sido porque de golpe ató cabos.

Porque Bale los había dividido en grupos esa tarde y debido a lo que había sucedido en la Mansión Embrujada, habían tenido que volver antes al hotel.

Habían perdido a Mary Cottle. Moorhead y la Carp no habían vuelto con las chicas. Colin Bible no tenía la llave de la habitación de Tony, y a los niños no les habían dado ninguna. No se habían dado cuenta del problema hasta que llegaron a la planta. Cuando Colin les dijo que tenían que volver a bajar, se quejaron.

—No podemos hacer otra cosa —insistió Colin—. Os tendréis que duchar y después os quiero a todos en la cama. No podéis quedaros solos. Tendremos que volver a bajar y pedir la llave de la habitación de la señorita Cottle.

—Es la habitación de al lado —había dicho Benny—. Me juego algo a que la puerta que comunica está abierta.

—Venga, chaval. Vamos a jugar.

—¿Y qué nos jugamos?

Aún no había podido ir a hacer pipí.

—Dilo tú.

Benny se puso a pensar.

—No, no me juego nada, Colin. Es también la habitación de la Carp.

—Veo que vas aprendiendo.

—Pero yo puedo ocuparme de ellos —dijo Benny—. No tiene secreto.

—¿Dónde estoy? —preguntó Mudd-Gaddis.

—Gracias, colega —dijo Benny, y se fue al lavabo.

Y fue mejor así, porque mientras Colin le explicaba la situación a uno de los recepcionistas del hotel en un extremo del largo mostrador,

Benny creyó ver a Mary Cottle aceptar una llave de uno de los recepcionistas en la otra punta.

No estaba del todo seguro. Acababan de bajar de un autobús un montón de turistas que se estaban registrando en ese momento y la rodeaban. Si es que era ella.

—Venga, vamos —había dicho Colin—, ya podemos subir. Ya tengo la llave.

Benny no había vuelto a mirar, pero veinte minutos más tarde, ella seguía sin aparecer.

—Descubramos qué esconde —le dijo a Rena, creando un misterio donde ni él mismo se hubiera imaginado que había uno.

—¿Me puede poner con la habitación de la señorita Cottle, por favor? —le pidió al recepcionista.

—Tendrás que usar un teléfono interno.

—Benny —dijo Rena Morgan.

—¿Un teléfono interno?

El recepcionista le explicó dónde había uno.

—¿Benny?

—Tengo que llamar desde un teléfono interno —le explicó Benny —. ¿Puede decirme el número de habitación de Mary Cottle? —preguntó a la telefonista.

—Benny.

—Espera, que me lo va a dar.

—Benny, mira qué hora es. Yo tendría que haber vuelto a la habitación hace media hora.

—No, la seiscientos veintinueve no, la otra.

—Me vuelvo —concluyó la niña.

Él tapó el auricular.

—¡Espera un momento! —le dijo entre dientes.

Porque ahora empezaba a creer. En el misterio, en la aventura.

Rena Morgan lloraba.

—¡Por Dios! Está bien. Por Dios —dijo, y colgó el teléfono.

Y aún estaba intentando calmarla cuando los vio Lamar Kenny.

—¿Algún problema? —preguntó con una solicitud que era casi balsámica, y dejó su maleta en el suelo delante de la puerta del ascensor—. ¿Puedo hacer algo por ayudar?

—No —contestó Benny—, mi amiga tiene una alergia descomunal, nada más. Por eso tiene los ojos mal. Cuando llegue a su habitación y se tome la pastilla, se pondrá bien.

—Enseguida estaré bien —logró decir Rena entre sollozos y mientras tanto tiraba de un pañuelo enrollado que extraía como en un truco de magia. Tenía las manos en todas partes, daba golpecitos,

tiraba y presionaba con ellas, como una directora de orquesta, jugaba sobre sí misma como los trileros. Si sacaba la mano izquierda, de repente aparecía un pañuelo en la derecha. Si movía la derecha, con la izquierda ya había guardado el pañuelo que Lamar Kenny no había llegado a ver. Con la velocidad de un ladrón, movía los dedos por su cuerpo como si fuera un telar. Se pasaba las manos por la cara a la velocidad de la luz y parecía que se secaba, se daba toquecitos en el rabillo del ojo, recogiendo los líquidos que le salían de la nariz como de los cortes de la corteza de un árbol. No se veía lo que hacía con los pañuelos, si los metía dentro del bolso grande que llevaba o se los volvía a guardar en las mangas.

Y todo esto lo hace delante de mis narices, pensó Lamar Kenny.

Era solo porque tenía formación de actor y estaba acostumbrado a los arranques improvisados de rápida y engañosa destreza que no sabía cómo lo hacía la niña (ni siquiera qué hacía) pero sí que era algo fuera de lo común. A otra persona le habría parecido simplemente una muchacha nerviosa, inquieta, hasta inestable. Pero él era del gremio. (Y era consciente de que tenía nombre de artista. No era ninguna novedad. Pocos lo creían, pero Lamar Kenny era su nombre real. Hasta su agente había intentado hacer que se lo cambiara. «Es mi nombre —le había dicho Lamar—, no me lo pienso cambiar. Como mucho puedo cambiar el orden y hacerme llamar Kenny Lamar. Así puedes conseguirme bolos de presentador de *strippers* o de maestro de ceremonias en espectáculos empresariales». Pero tampoco lo habría hecho. Tenía la sensación de que era el nombre el que lo había llevado al mundo del espectáculo, un nombre sugerente que se había convertido en su destino).

—Eres muy buena —le dijo a la niña.

—Sí, ya estoy mejor.

—No, no, me refiero a eso que has hecho.

—Me dan estos ataques —le explicó ella— y parezco un manantial.

—Un manantial. Caramba, sí. Un manantial —dijo él—. Como un río, como el Ganges, o el Misisipí, o las cataratas del Niágara. Caramba, qué manantial.

—Eh —dijo Benny Maxine, dando un paso adelante y casi tropezando con la maleta del hombre. No se entendían.

Kenny se refería a los movimientos que hacía con los pañuelos y no sabía nada de los mocos, solo se daba cuenta de que la niña no estaba bien: lloraba, tenía los ojos rojos.

—Benny, por favor —dijo ella, y empezó a rodear a Lamar Kenny para entrar en el ascensor.

—Ya voy —dijo él.

Los movimientos de Lamar eran los de su vieja rutina de perro

obediente, y, como los de la niña, se basaban en principios de desorientación y de distracción. Y ese listillo empezó a tropezarse con la maleta que él había cambiado imperceptiblemente de lugar con un simple toque de zapato, o con la pernera del pantalón o levantándola y, con la ayuda de la precisión de los movimientos compensatorios de su cuerpo, la había vuelto a dejar, en apariencia, en el mismo lugar —manjar para el vulgo, pensó el actor profesional—, pese a que en realidad estaba, por un lado, en una posición completamente distinta con respecto al listillo o, por otro, aunque pareciese que la hubiera dejado a milímetros o incluso a centímetros de distancia de donde la había levantado, en realidad, en el mismo sitio. (Ni siquiera necesitaba la maleta. Era un impedimento, circo, gimnasia, un simple juego de piernas y no añadía nada nuevo a la rutina, quizá hasta le quitaba mérito, solo era necesaria como una especie de nota ornamental o un redoble de tambor, superfluo y de poca importancia al fin y al cabo, como cuando se inspeccionan los candados y las cadenas en un número de escapista. Hasta la mano que tendía Lamar Kenny era la mofa definitiva, ciega y torpe como una caída, una zambullida para encontrar el equilibrio. Hasta sus accidentados, amargados «lo siento» y «perdón»).

El rostro de goma de Lamar Kenny —y algo así un Kenny Lamar cualquiera no hubiera podido hacerlo— reflejaba la expresión del de Benny. Hablar de «momento oportuno» habría sido demasiado sencillo; lo que hacía Lamar era una especie de ventriloquía inversa, estudiaba a conciencia la cara y el cuerpo de Benny, captaba señales que el propio chico ni siquiera sabía que lanzaba (poniéndose casi literalmente en el lugar del otro). Exigía un grado de concentración increíble. Era un arte sutil y refinado, pero eso que se lo digan a esos patanes que se pensaban que solo veían la típica coreografía de dos personas torpes que se bloquean el paso recíprocamente, una payasada, un contratiempo de lo más normal de quien cae al entrar en un sitio o en la acera, cuando en realidad se trataba de un hombre que se batía en duelo por dos, esquivando todas las sonrisas, primero avergonzadas, estupefactas y después aterradas, del listillo. Una mímica tan refinada y sutil que dejaba de ser mímica y se transformaba en un auténtico acto de posesión.

Podrían haberse quedado allí para siempre, fintando, dando estocadas y esquivando golpes, en un punto muerto eterno, y bloqueados como dos estrellas, uno en el campo de gravedad y la órbita del otro. Porque Lamar Kenny sabía que la única salida de la víctima-voluntario de su público era largarse. De hecho, eso era lo que él esperaba, no el momento preciso en que el adversario huía, sino la posibilidad de mirarlo a los ojos, muy concentrado, anticipándose —anticiparse, ese era el secreto—, examinándolo no hasta el momento

de la fuga sino en el instante en que se le *ocurría* la idea, momento en el cual era Lamar Kenny quien se interrumpía y huía, corriendo los cinco o seis pasos de distancia para salir de los pequeños escenarios donde solía trabajar, para girarse y dirigirse al público desconcertado y generalmente enmudecido.

—Vamos, Robin Hood —decía Lamar Kenny, a ver si puedes pasar al fraile Tuck.

¿Podría hacer algo así Kenny Lamar?, se preguntaba Lamar Kenny, y le dio una patada imperiosa y violenta a la maleta, dejando libre el espacio entre ellos, él y el listillo, como si lo estuviera desafiando, subiendo la apuesta de su mofa, como si dijera: «Venga. Ya no está. Ahora ya no tienes que preocuparte por ella, por si te tropiezas. Ahora solo tienes que preocuparte por mí». Y miró al listillo para reanudar su baile de igualdad y estancamiento impuestos, su empate. Solo que este estaba mirando la maleta, quizá la veía por primera vez, y se fijaba en su piel lisa e intacta, en que no se había usado nunca, no llevaba etiqueta y extrañamente no había viajado nunca.

—Venga —dijo Lamar Kenny—. Venga, vamos.

Pero Kenny también estaba distraído. Algo le había hecho perder la concentración. No eran los golpes de la puerta del ascensor, sus periódicos intentos por cerrarse, su breve mal carácter mecánico en los intervalos de tregua en que se retraía cuando alguien tocaba el largo borde sensible de goma que se volvían cada vez más cortos hasta que llegaba a rechinar contra el brazo o la pierna de quien hiciera fuerza contra el borde —contaba con ello, había elegido el lugar donde hacer su número y contaba con ello— ni siquiera las protestas chillonas y sin reservas de la niña, sus gritos insistentes, machacones e incluso aterrorizados, «¡Benny! *¡Benny!*» —con eso también había contado—, sino la imagen de ella que veía por el rabillo del ojo. Había dejado de hacer aquello con los pañuelos y lo miraba fijamente, con una cara enorme, aumentada, ampliada ante sus ojos detrás de la máscara transparente de mocos.

—¿Se encuentra bien la niña?

Benny corrió a la puerta.

—Oye, escúchame —dijo Kenny Lamar, apoyando todo su peso contra la puerta del ascensor—, solo estábamos haciendo el tonto, ¿verdad? Oye, escúchame.

Benny Maxine sumergió las manos entre los pañuelos mojados y arrugados del bolso de Rena y encontró un Kleenex. Le limpió la cara, la arregló, le sacó los largos filamentos de líquido gelatinoso, haciéndole daño, haciendo toscamente todas las delicadas operaciones de aseo por la pobre niña.

No habían hablado nunca de eso. Él ni siquiera sabía qué era la

fibrosis quística. Noah Cloth era su pareja, el del osteosarcoma.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Benny.

—Qué vergüenza —dijo ella casi sin voz.

—Rena, ¿qué debo hacer?

—¿Qué le pasa? ¿Qué tiene? —preguntó Kenny.

A Rena le costaba respirar, resollaba; el aire, al salir, se bloqueaba y producía un ruido de engranaje o de motor que golpeaba con fuerza.

—Estamos averiados—dijo Benny llorando.

—Por favor, susurró ella, ¿podemos subir ya?

—Tenemos que subir —dijo Benny Maxine.

—Eh, me piro —dijo el actor, que se alejó del ascensor y cogió la maleta sin etiqueta, el equipaje ligero donde guardaba su traje de Pluto.

Moorhead dijo que su organismo no había sufrido un «ataque» de verdad. Que no había sido una «crisis». Solo, había dicho, un «episodio» de poca importancia. Los médicos siempre hablaban así, describían lo que le pasaba a su cuerpo casi como si estuvieran leyendo boletines del frente.

Naturalmente Benny se sintió aliviado. No quería que le pasara nada malo a ninguno de ellos, y menos mientras él era el responsable. Los chicos moribundos no necesitan más responsabilidad de la que ya tienen. Y era por eso que Benny tenía dudas sobre todo ese asunto del sistema por parejas. Él no había ido allí para hacer de enfermero de nadie. Y, por su parte, esperaba que no fueran los ojos de Lydia Conscience lo último que viera cuando le llegara su hora. Es decir, esperaba, que la muerte no le pillara desprevenido, entre aficionados; que hubiese ambulancias disponibles, médicos, enfermeras y todos sus parientes cercanos bien arreglados y que pudieran despedirse con el estómago lleno; que la emergencia llegara en horario laboral, después de comer, por ejemplo, y que el clima y el día fueran propicios. Que tuviese tiempo de hacer un par de llamadas.

Aunque no acababa de creer en la posibilidad de una muerte terriblemente prematura. No mucho. Benny era jugador, estaba al tanto —o por lo menos eso creía— de las probabilidades de las apuestas. Claro que morían chicos de quince años. Morían en accidentes de coche y de avión, abatidos por francotiradores, atacados por locos en la calle, y algunos, suponía, sucumbían a la enfermedad de Gaucher. Los judíos askenazí. Pero ¿qué eran los judíos askenazí? Aparte de que eran personas originarias de la Europa central y oriental, no sabía nada más. Su familia llevaba más de doscientos años en el Reino Unido. Benny ni siquiera había hecho el *bar mitzvah*. Si había habido ritos askenazí, prácticas askenazí, tintes autóctonos

askenazí en las prendas y en los chales para las oraciones, o nutrientes askenazí parte de una dieta askenazi ya se habrían disuelto del todo. Y ahí era donde entraban, se imaginaba Benny, las probabilidades de las apuestas. Porque después de prácticamente doscientos años debería tener que

restarle por lo menos media vida. ¿Qué? ¿Debilitado por un gen ya de por sí raro, y de por sí atenuado, degradado y desinflado? ¿Acorralado por un miserable gen teológico, geográfico? Ni hablar, por más que tuviera sus síntomas, el hígado grande y el bazo en aumento, ni hablar, la tasa elevada de glucosa en las células, los depósitos de azúcar que le recubrían la sangre como si fuera un postre, ni hablar, sus huesos frágiles y abollados, ¡ni de coña!

Benny era un auténtico jugador. Vivía con esperanza.

De modo que cuando Moorhead dijo que no había pasado nada grave, se quedó tranquilo. Él tenía su plan. A la mañana siguiente fue pan comido saltarse el recorrido turístico, volver a su habitación y hacer la llamada que Rena, con sus problemas y sus inquietudes, había interrumpido la noche anterior.

Le dijo a la telefonista que era el señor Maxine, que llamaba desde la habitación 627 y que aunque había anotado el número de habitación de Mary Cottle cuando ella se lo había dado, lo había traspapelado. Con tono amable, le explicó que la que le interesaba no era la 629 sino la otra. Esperó mientras ella lo buscaba. Cuando volvió al teléfono y le dijo que no tenía permiso para darlo, Benny soltó una risita. «¿Cómo? —dijo intentando poner una voz más grave—. ¿Desde cuándo no se puede dar el número de una habitación de hotel? ¡Qué demonios!». Dijo que lo más probable es que hubiera metido el papel con el número en el bolsillo del pantalón que después había enviado a la lavandería. O, aún más estúpido por su parte, en el bolsillo de la camisa del pijama, quizá, e hizo alusión al frenesí y al abandono del momento. «Ya sabe cómo son estas cosas, ¿no? Seguro que lo sabe».

—Puedo ponerle con el servicio de lavandería —le sugirió la telefonista fríamente.

Benny dijo que era muy amable por su parte, pero que ahora creía que las cosas no habían ido así. Le parecía recordar haber garabateado el número en la sección de economía del periódico del día anterior. A lo mejor la chica que había limpiado la habitación…

—Lo siento —dijo ella—. Cuando un cliente dice que no podemos facilitar el número de su habitación, no lo podemos facilitar.

—Claro, por supuesto —dijo Benny Maxine—. Lo entiendo perfectamente; es algo que se remonta al derecho inglés. —E hizo partícipe de su complot a la telefonista—: En realidad la señorita Cottle y yo vamos a casarnos. Quería darle una sorpresa y dejarle este estupendo ramo de flores que tengo aquí. Habría que ponerlo en agua

enseguida, pero sin el número de habitación de mi prometida, pues…

—¿Y por qué no va a la habitación 629?

—Verá, lo que ocurre —explicó Benny— es que en esa habitación se aloja con la bruta de su tía Nedra, que aún no sabe nada de nuestro compromiso y…

La telefonista colgó.

Soy listo, pensó Benny, pero debo reconocer que hay muchas cosas que no sé. Repasó una y otra vez lo que le había dicho a la mujer, recordando las meteduras de pata como un jugador que vuelve a pensar en todas las cartas que ha jugado.

Con todo, sabía que había dado con algo, y esa mañana, antes de que salieran del hotel, se hizo el detective y, a una distancia prudencial, siguió la pista de Mary Cottle por todos los sitios donde estuvo. Fue a mirar escaparates por el vestíbulo del hotel. Se fue a comprar unas gafas de sol. Fue al quiosco y compró el periódico.

Si no hubiera entrado en un ascensor que subía pero que él creía que bajaba, no la habría encontrado. Estaba muy lleno. Y cuando Benny miró la pantalla que había encima de las puertas del ascensor vio que se iba a parar en todas las plantas. Aquello estaba llenísimo. La gente le apretujaba su hígado dilatado, sus huesos frágiles. «Perdón —se excusó—. Disculpen», y se bajó en la octava planta. Las camareras esta-

ban arreglando las habitaciones, habían dejado sin vigilancia sus grandes carros en los amplios pasillos. Se acercó y estaba a punto de coger unos jabones y gamuza para lustrar los zapatos cuando de repente una camarera salió de la 822. Estaba vaciando la basura: colillas grises y negras, restos de tabaco amarillo del mismo color que la caca de un perro enfermo esparcida por el fondo de los ceniceros, hasta las cenizas eran extrañas, el fuego no las había consumido del todo, se habían hecho una bola, densa como la lava, y los paquetes arrugados de esos cigarrillos baratos y apestosos del tercer mundo que fumaba eran solo la prueba final.

«¡Bingo! —pensó Benny Maxine, el afortunado jugador—. *¡Lo he encontrado! He encontrado su escondrijo!*»

2

Cuando le salió el sarpullido en el brazo, un círculo regular en torno al bíceps de unos cinco centímetros que parecía una liga roja chabacana, Eddy se quitó el crespón —para que no lo vieran los niños, se lo había puesto debajo de la manga izquierda como si fuera un aparato para medir la tensión— y, doblándolo, se lo metió en el bolsillo del pantalón. Era la tercera vez que se lo cambiaba de sitio, primero lo había subido un par de centímetros cuando lo había pasado del impermeable al abrigo el día después del funeral, y después se lo había puesto directamente sobre la piel. Un dolor fluctuante y tortuoso como un viejo río, un dolor que escondía por respeto en los calzoncillos.

El sarpullido no se le había ido ni después de que empezara a llevar el brazal doblado con sumo cuidado en los bolsillos. (Y seguía moviéndolo, cada día cambiaba de lugar ese trozo de tela negra, primero lo ponía en un bolsillo, luego en el otro, después en el de atrás de los pantalones, en los bolsillos donde ponía el pañuelo, la llave de la habitación, las monedas). El sarpullido no le picaba. Era adiabático, insensible al tacto como el propio círculo de tela. En realidad, no le molestaba en absoluto, y cada mañana cuando se afeitaba, cuando se duchaba, siempre le sorprendía ver que seguía teniéndolo. Era una única cenefa —no mostraba pequeñas erupciones; no presentaba burbujas ni la piel se alteraba como a veces pasa al llevar sombrero, cuando la cabeza recuerda el sombrero que ya no está—, lisa como la zona sin vello que ocupaba en la parte superior del brazo, la decoloración del persistente y amplio anillo rojo parecía la cicatriz de un injerto de piel. Le habría pedido a Colin Bible que le echara un vistazo, pero dio por hecho que el enfermero había dado por hecho que estaban peleados. Se lo podría haber pedido a Moorhead, pero siempre tenía algo que hacer cuando estaban juntos y se olvidaba. O se lo pensaba mejor, en el último momento se volvía más protector con su liga rubí de luto, insensible como unos genitales inactivos, como partes íntimas no estimuladas. (Y sabía que la otra tira, la negra, el crespón desgastado y liso, cuyo sarpullido rojo era solo un fantasma raído, se disolvería, se descompondría, reducida a simple fibra, una bola de pelusa oscura fragmentada, las cenizas sin

cremar del recuerdo de Liam que se pegarían a los bolsillos de los pantalones y de la camisa, teñirían su ropa como una mancha que no se va).

Lo echaba de menos. Echaba de menos al Liam de las últimas y horribles semanas cuando él y Ginny sabían que no podían hacer nada por su hijo a punto de morir, que ahora solo sufría, cuando oían el sonido del medicamento en su boca, lo olían en su aliento, el alivio reseco del dolor solo mitigado. (Porque lo que uno recuerda, pensó Eddy, lo que se te queda pegado a las costillas y excluye todo lo demás, del mismo modo que la canción que escuchamos excluye el resto, o el sabor de lo que estamos comiendo excluye los otros sabores, no es ni el placer ni el sufrimiento sino la grave relevancia de las cosas. A Liam le había llegado la enfermedad y le había sido diagnosticada cuando tenía ocho años. Murió a los doce. Dos tercios de la vida de su hijo se habían vivido en la remisión de una infancia normal, aunque Bale no lograba acordarse de esas cosas. Debieron suceder, tuvieron que suceder: el propio Liam, que rememoraba la relevancia de sus propios momentos felices, le había recordado, decenas de veces, las ocasiones en las que habían salido, las películas que habían visto juntos, las visitas a museos, los dulces que habían comido en restaurantes, los libros ilustrados que le habían leído cuando era pequeño, los cuentos que le contaba Eddy antes de acostarse, la tarde de la que extrañamente Bale no conserva recuerdo, en que Liam afirmaba que Eddy le enseñó a hacer volar una cometa en Hampstead Heath —y eso que se acordaba de todas las actividades deportivas que habían hecho padre e hijo— y a estas alturas no está ni seguro de qué carácter, cuando estaba sano, había tenido su hijo). Conocía solo —está claro que no era memoria, no era conocimiento, puede que ni siquiera fuera amor, sino una sombra en la sangre, o a lo mejor los huesos de su corazón cargado y hundido— la presencia negativa de Liam.

De hecho, podía ser que por el dolor de la muerte de Liam, Eddy sintiera que las vacaciones de ensueño no iban como debían. Los niños no se habían quejado, ninguno de los adultos había dicho nada, pero Bale tenía la sensación de que había cometido errores, de que el decoro se había disipado, que había algo que iba contra el sentido del honor. Ginny no habría aprobado algo así, pero no se trataba de eso. (¿Y no era raro que Eddy no pensara nunca en la propia presencia negativa de Ginny?) Quizá, al haberlos dividido en dos grupos ese primer día, Bale había tenido la posibilidad de pensar que Liam estaba con el otro grupo, el de los niños que habían ido con Colin y Mary Cottle a la Mansión Embrujada. Hasta era posible pensar que estaba en una de las otras habitaciones, que lo habían asignado, por ejemplo, con el contingente de Moorhead, el de Mary o el de Nedra. (Tampoco

es que quisiera recordarlo. Había dejado en casa a propósito el álbum de recortes que tenían de Liam. O tal vez Ginny se lo había llevado cuando lo abandonó. Él no lo había buscado. Principalmente había fotos del Liam enfermo, que en su mayoría habían recortado de periódicos. Y del Liam enfermo se acordaba demasiado bien. Era el niño con la cabeza vendada que imaginaba de manera imprecisa que estaba en alguna de las otras habitaciones, la presencia negativa, tan cerca como el sarpullido).

La mente ociosa, pensó Eddy, es el taller del diablo.

Tiene que pensar, y después modificar, lo que no funciona, sea lo que sea: ese decoro deteriorado que a lo mejor eran solo los verdugones, los defectos, los borrones y las manchas de sus vidas maculadas, deslucidas. La insurrección que emponzoña la desesperación. Que floreció en ese tipo de diversión organizada de Bale. Porque el orden ya se ha alterado. Le han llegado comentarios, ni siquiera comentarios, pistas y gestos, las señales excitadas y febriles de sus ardides codificados. En los ascensores ha habido tejemanejes, escenas, juergas. Sus niños moribundos lo hacen avergonzarse. En los restaurantes se muestran desinhibidos, alardean de sus enfermedades, se jactan de su muerte inminente. (Y ahora parece haber surgido una especie de rivalidad. Disney World se ha convertido en una especie de Meca para estos niños, como un Lourdes pero al revés. Cada día Eddy y los niños ven a otros niños enfermos: estadounidenses, por supuesto, pero también hay una familia española, un contingente sudamericano. Hay niños africanos con enfermedades tropicales devastadoras. Ha llegado a sus oídos que hay un par de leprosos en el parque. Es como una especie de Torneo de la Muerte. Eddy no es el único que ha tenido la idea. Han surgido organizaciones. El nuevo estilo consiste en conceder deseos a los niños con enfermedades terminales, enfrentarse a la realidad a golpes de fantasía). Nedra Carp cree que Benny Maxine podría estar espiando a las niñas. Con quince años es el mayor de todos —aparte de Mudd-Gaddis— y sus necesidades fastidian a Nedra. Quiere cerrar con llave la puerta que comunica las dos habitaciones.

—Eso no lo podemos hacer. Imagínese que Colin Bible tuviese que entrar.

—Es un cerdo. Es un cerdo y un guarro. Les cuenta historias obscenas.

—Está en plena pubertad. Se hace notar. ¿Qué tiene de malo? Probablemente esté colado por una de las chicas.

—Siempre habla con doble sentido. Molesta a las niñas. Se revienta los granos y les dice que le sale esperma de los poros. Que podrían quedarse embarazadas si lo tocaran.

—Tontea con ellas. ¿No cree que necesitan alguien con quien tontear?

—Esas niñas están a punto de morir, señor Bale.

—¿Qué quiere que haga, señorita Carp?

—Somos los responsables de estos niños. Usted podría hablar con él.

—¿Y qué le digo? ¿Que además de su muerte también tiene que aceptar su virginidad?

(Y recuerda que Liam había empezado a masturbarse dos meses antes de morir).

—Usted piensa que soy una vieja solterona.

—No. Claro que no.

—Sí que lo piensa. Sí. Cree que soy un personaje pintoresco. Se cree que soy una solterona pintoresca. Por eso me propuso venir.

—No, en absoluto.

—¿En absoluto? Usted se cree que huelo como el baúl de una abuela. A saquitos de lavanda, a detergente, a la higiene de antes.

—Hablaré con Benny.

—Yo conozco el cuerpo —dijo Nedra Carp.

—El cuerpo.

—¡*Conozco* el cuerpo humano!

Y habló con Benny. Le resultó incómodo, pero no fue precisamente una conversación de hombre a hombre. No mencionó a la cigüeña ni que los niños no vienen de París. Él ya sabía esas cosas. No utilizó la argumentación brusca de Nedra Carp sobre el poco decoro del muchacho. Ni siquiera le hizo ninguna advertencia, ni le puso reglas, ni tampoco intentó apelar a la conciencia que tenía Benny de la extrema vulnerabilidad de esas niñas sentenciadas. Lo que hizo, en efecto, fue decirle lo que no se había atrevido a decir a Liam. Lo que hizo, en efecto, para prevenir la ansiedad y aquietar el miedo —no fruto de una afabilidad improvisada ni de un afán de ser el típico que da consejos a lo boy scout— fue pedirle disculpas en nombre de todos aquellos que lo sobrevivirían.

—Te vas a perder muchas cosas.

—Entonces, es tan especial como dicen, ¿no?

—Pues sí —reconoció Eddy Bale.

—Ya me lo imaginaba —dijo Benny Maxine—. No hay humo sin fuego.

—Alerta máxima.

—Qué bien —dijo Benny.

Cuando el muchacho intentó sonsacarle a Eddy cuáles eran sus partes favoritas de la anatomía femenina, si las tetas, el culo o el coño, Bale se sonrojó y le dijo que creía que se trataba de una cuestión de gusto personal.

Benny sonrió y le dio un codazo en el costado.

—¿Sabe qué es lo que me excita a mí?

—A lo mejor no deberíamos hablar de estas cosas —le dijo Bale.

—El pelo.

—Quizá es mejor que hables de estos temas con tu fa…

—El pelo, el vello, la pelusilla, el pelaje —continuó Benny tan feliz—. El bosque, el matorral.

—Ya, bueno —dijo Eddy.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Bale se quedó mirando al chico.

—Es personal, pero usted ha sido quien ha sacado el tema.

—Lo que se empieza se termina —dijo Bale arrepentido.

—Bueno —dijo Benny Maxine— lo que pasa es que…Me da un poco de reparo decirlo.

—Oye —dijo Eddy—, por mí no lo hagas. Lo que quiero decir es que si te incomoda hablar de esto, no hace falta que…

—Lo que se empieza se termina —le recordó el muchacho.

—Ya —dijo Eddy.

—Sigo siendo virgen y tal —le dijo Benny—. Bueno, ya lo debe de saber, si no, no estaríamos teniendo esta conversación, ¿verdad?

—Mira —lo tranquilizó Eddy—, yo a tu edad también era virgen. Se le da demasiada importancia.

—¿A la virginidad?

Recordó la lista de Benny. El bosque, el matorral, y dijo:

—A lo de las chavalas.

—Bueno, no se trata de las chavalas precisamente.

—Tal vez deberías hablarlo con el señor Moorhead —dijo Eddy deprisa—. Él es el médico a bordo. Sabrá darte mejores consejos que yo. Si lo que te preocupa son los efectos de la masturbación en una persona con tu enfermedad, seguro que él te podrá ofrecer toda la información que necesitas.

—No, si me muero, me muero —dijo Benny y fulminó con la mirada a Bale, acusándolo con toda la fuerza de su condena a muerte—. ¿Verdad que ha empezado usted? —preguntó finalmente—. ¿O es que no quiere terminar?

—Sí, ya te lo he dicho.

—¿Y por qué no me deja decirlo?

—Dime.

—¿Seguro que puedo?

—Sí, seguro.

—Vale —dijo Benny—, pues digamos que hasta ahora he sido una virgen judía, una especie de niño monje. Soy un chico virgen de

quince años con una virginidad de quince años a sus espaldas. Quince años, y no hay ninguna certeza, aplastante, no está escrito en ningún lado que vaya a cumplir los dieciséis. Así que lo que necesito saber es cuánto dura.

—¿Cuánto dura?

—El tiempo. Cuánto tiempo dura. Si los medicamentos funcionan. Que un pavo pueda hacerlo. Si se tiene buena salud, los instintos normales y lo que dicen los expertos en estadística, ¿cuánto puede estar empalmado un hombre, señor Bale?

Eddy estaba desconcertado.

—¿Cuánto dura un orgasmo?

—¿Cuánto dura un orgasmo? —repitió Benny—. No, no es eso. Ya sé lo que tarda un pavo en correrse. Es de lo otro de lo que no estoy seguro. ¿Hasta cuándo dura la potencia, quiero decir? ¿Cuántos años le quedan a un tipo hasta que los huevos no lo dejen tirado?

—¿Cuánto tiempo? ¿Hasta qué edad?

—Sí —respondió Benny—. Hasta qué edad.

—Bueno, eso depende, diría yo. Dicen que el instinto sexual muere con nosotros.

—Vale —dijo Benny.

—Ay, Benny —exclamó Eddy.

—¿Qué? Ah, ¿eso es lo que está pensando? Déjelo. No es eso para nada. Puedo restarle quince o dieciséis a setenta y me da la diferencia. Soy capaz de quitar el sustraendo del cómosellame. Eso no es lo que me preocupa. Así que me pierdo lo que sea, los cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco años de eso que me ha arrastrado hasta aquí para hablarme maravillas. Nada del otro mundo, tampoco es para tanto. Qué va, eso no le preocupa a Benny Maxine.

—¿Qué te preocupa?

—Ese viejo hijo de puta taimado —dijo Benny a sí mismo.

—¿Qué?

—Ese viejo zorro.

—Yo no…

—Mudd-Gaddis. Lo he llevado de acá para allá, de habitación en habitación y lo he observado, lo he estudiado, y a su edad el viejo cabrón probablemente tiene una experiencia doscientas veces mayor que la mía. Lo he llevado en su silla de ruedas. Lo he llevado a pasear. Lo he llevado de excursión. Y él con la mano en el paquete por debajo de chales y mantas. *Ay*, ese sí que sabe.

—Benny —dice Eddy Bale en voz baja—, no hay para tanto. Benny, de verdad.

—Ya, vale, gracias por esta gran conversación de hombre a hombre.

Y cuando Maxine se fue, Eddy Bale se preguntó en voz alta, y no por primera vez: «¿Estoy loco? ¿Estoy loco?».

(Porque estaba que no podía más, con su descubrimiento. Porque, si su intuición no fallaba, pensó que había dado con el auténtico reino mágico. Y, si los pillaban, el niño viejo era una buena tapadera. Y porque pensaba que el abuelo estaba de vuelta de todo. No se acordaría de nada. Del sitio al que pensaba llevarlo seguro que no se acordaría. No del lugar donde habrían estado.)

(Y no se había equivocado con su intuición.)

(Y Benny dio las gracias por sus dotes naturales de jugador: por su suerte, por su atención a los detalles, por todos sus finos instintos.)

(De modo que esta era la extraña pareja, uno que se estaba muriendo por una especie de plaga bíblica que, como no había hecho el *bar mitzvah*, no podía ni entender él mismo, que iba empujando la silla por el pasillo del hotel, y el otro, en la silla, que se moría de mil causas naturales apretujadas y amontonadas una al lado de la otra, y parloteaba desde las profundidades de su imprevisible y acumulativo corazón de pensionista, de vejestorio, de matusalén.)

(—Ahh —había dicho Mudd-Gaddis desde lo hondo de su pecho congestionado, inspirando aire—, nada como pasearse por la cubierta por la mañana. Muchas gracias por invitarme, Maxine.)

(—¿Para qué están los compañeros de viaje? —le había contestado Benny.)

(—Hoy en día con estos estabilizadores nadie diría que debajo está el mar.)

(—¡Mantenga el rumbo!)

(Mudd-Gaddis había soltado una risita.)

(—Muy bueno. «Mantenga el rumbo». No como en los viejos tiempos —añadió pensativo.)

(—No —Benny había coincidido.)

(—No. No se parece en nada a los viejos tiempos.)

(—No.)

(—No como los barcos de Su Majestad en los que yo viajé.)

(—Me lo creo —había dicho Benny.)

(—No como en los tiempos de la Compañía de las Indias. No como los carcamanes en los que nos envió Su Majestad a combatir contra la Armada Invencible.)

(—De verdad.)

(—*Rule Britannia, Britannia rule the waves* —había cantado Charles Mudd-Gaddis con su voz aflautada.)

(—Estos estabilizadores te habrían ido muy bien en el *Titanic* —había dicho Benny—, o cuando te embarcaste con el capitán Cook en

el descubrimiento de Hawái.)

(Mudd-Gaddis le lazó una mirada hostil.)

(—Yo no navegué nunca con Jim Cook —le respondió en voz baja.)

(—No, por supuesto que no. Eso fue después —murmuró Benny, preguntándose si ese hombre petrificado le estaba tomando el pelo.)

(—Aunque no todo es progreso. El aire del mar, por ejemplo. El aire del mar no parece tan vigorizante como antes. —Mudd-Gaddis se quedó observando las paredes azules del pasillo a través de sus gafas gruesas—. La verdad es que aquí no se respira bien. El aire está un poco cargado, si me apuras.)

(—No como en los viejos tiempos.)

(—No. No se parece en nada.)

(—Sí que está cargado —dijo de repente Benny Maxine—. Oye, ¿y si nos metemos un rato en este salón? Probablemente tenga aire acondicionado.)

(Estaban delante de la habitación 822. Benny golpeó la puerta con fuerza y, al no obtener respuesta, plegó la silla de Mudd-Gaddis y la escondió detrás de las puertas cortafuegos al final del pasillo. Después volvió a la 822, se puso a trabajar con una de las utilísimas herramientas de su navaja suiza, y hacer palanca en la puerta fue el trabajo más rápido y sencillo del mundo.)

(—Rápido, detrás de las cortinas.)

(—¿Detrás del tapiz?)

(Benny miró a su amiguito atrofiado y dijo:)

(—S-s-s-í.)

(—Aquí también está cargado —se quejó su viejo compañero.)

(Aunque, tal como sucedió, no tuvieron que esperar demasiado. Casi nada, en realidad. Fue algo que no entraba en el concepto normal de suerte —y Benny reconocía un golpe de suerte a la primera— igual que los dos muchachos no entraban en el concepto normal de niños. Su don natural de jugador a la hora de reconocer los esquemas, el diseño de las cosas. Su instinto para las fluctuaciones de las circunstancias especiales, su fortuna compensatoria, adaptable. Todos los medios favorables ofrecidos por la suerte para atrapar las ocasiones ventajosas al vuelo, para asir de inmediato las combinaciones propicias: las tragaperras, las gracias caídas del cielo y los premios gordos que estabas obligado a hacer tú mismo. No era chiripa, había pensado Benny, solo lo que me merezco, solo lo que me espera. Y bendijo su corazón, que a la hora de apostar, no fallaba.)

(Y cuando Benny Maxine oyó a Mary Cottle abrir la puerta, ni siquiera tuvo que pedirle a Mudd-Gaddis que guardara silencio. Y este era evidente que en su época, a juzgar por su mirada descolocada, ya

había estado en alguna ocasión detrás de un tapiz.)

(Mary entró en la habitación —parecía nerviosa, parecía irritable —, cerró la puerta y dejó el bolso en una silla.)

(No fue un *striptease*. Ni siquiera se trataba de una manera normal de desvestirse. Se despojaba de la ropa, era una desposesión. Ordenada y rigurosa como la preparación rápida de un bombero en una situación de emergencia pero al revés, o la disciplina ensayada de los marineros cuando a toque de silbato los llaman a sus puestos. No había ningún rastro de alarma, ni siquiera de prisa, solo la misma eficiencia metódica de la rutina ensayada que se ha llegado a perfeccionar, solo la competencia, la habilidad, la pericia, la destreza, la gracia y la maña de la especialidad funcional de un talento extraordinario. Solo la misma pulcritud, la misma desenvoltura de quien sabe lo que hace, de quien tiene la soltura y las aptitudes del veterano experto. Era como si estuviese sirviéndose el té por la mañana, untando de mantequilla la tostada o volviendo a casa por la ruta que toma hace años.)

(Y Benny, los dos chicos, estaban anonadados, su única intención había sido espiarla, estaban estupefactos, como máximo solo habían tenido la esperanza de atraparla —de nuevo, como máximo— en medio de una cita rígida y formal, algún escarceo estúpido y forzado con Colin Bible, Eddy Bale o el señor Moorhead; o, con más probabilidad, de pillarla fumando algo ilegal, en privado; llamando a un novio en Inglaterra, pidiendo alcohol al servicio de habitaciones o dándose un atracón de helado, de caramelos, de galletas; estaban atónitos, ya que solo habían esperado llegar a rozar el chismorreo típico de su imaginación o, detrás de la puerta cerrada del baño, haberla oído hacer pipí o caca. Ellos, que no se lo habían esperado, que tan solo habían contado con aquello que les podía ser ventajoso y favorable, con lo oportuno y lo propicio, en realidad no podrían haber llegado a imaginarse toda esa fuente de riqueza, que ganarían la lotería, el bote de las tragaperras, que se llevarían el premio gordo, esa buena estrella, que se harían de oro. Eran testigos en primera línea de aquel misterio, y eso superaba con creces lo que se merecían, superaba con creces lo que esperaban. Eso sí que era un golpe de suerte de tomo y lomo.)

(Más tarde Benny ni siquiera lograría recordar el orden en el que se había quitado la ropa. Solo aquella confusión de los movimientos eficientes, formales, prácticos. Aún no había dejado el bolso en la silla, que ya tenía la ropa colgada con cuidado en el armario —y, ¿cuándo se había quitado las bragas, las había doblado y las había dejado al lado del bolso? y, ¿cuándo se había quitado los zapatos?, ¿cuándo se había bajado las medias y las había dejado en el respaldo de la silla?— y estaba completamente desnuda, desvestida, destapada, como Dios la

trajo al mundo, en bolas. Estaba delante de ellos en cueros, en pelota picada —Benny pensó que esa era la expresión adecuada: en su pura desnudez parecía carne cruda como la de la carnicería— y le sorprendió la peculiar y rosada ausencia de vello en su cuerpo, sus curvas insospechadas y su rotundidad —y extrañamente, extrañamente porque no se acordaría de haberla visto así, se convertiría en el paradigma de todas las mujeres, con sus medias de seda hasta el muslo, rodeada de lencería, un tesoro oculto de encaje y ligueros, todos los lazos invisibles de la carne, las braguitas con el vello público abultado como un oscuro triángulo de seda reforzada, su sexo era como una caja de caramelos por abrir, un cesto lleno de fruta — y los dos muchachos le ven los pechos, le ven el coño. Se tumba desnuda sobre la cama que aún está hecha. Levanta sus largas piernas y las separa.)

(Luego se da la vuelta y les da la espalda. No ven qué hace, pero le ven el culo. El brazo izquierdo baja y recorre su cuerpo, y desde su punto de vista parece que haya cogido un segundo cojín y se prepare para una siesta. Ven moverse sus nalgas adelante y atrás sobre el cubrecama. Se está acurrucando para irse a dormir, piensa Benny Maxine. Está haciendo un poco el vago. Los dos chicos observan el trasero, estudian la oscura línea vertical, las dos discretas sombras marrones y profundas entre las nalgas como si fueran dos mitades de un huevo de zurcir, como quemaduras cicatrizadas, manchas peludas.)

(Acaba rápido, todo su cuerpo se estremece y salta de la cama. En el baño —deja la puerta abierta; ven parte de su reflejo en el espejo de cuerpo entero— se sienta a hacer pis, coge papel higiénico del rollo y se limpia. Se lava las manos, se echa agua en la cara y cuando vuelve a la habitación, parece otra. Hasta su mirada es distinta, devuelta a un estado de tranquilidad mental.)

(—He oído hablar de esto —le dice moviendo los labios Benny Maxine a Charles Mudd-Gaddis para explicarle lo que ha pasado—. Una especie de sueño superrápido.)

(El viejo gnomo lo mira con el ceño fruncido. Mientras la ven vestirse, ella sigue moviéndose con formalidad y eficiencia, aunque ahora, al ponerse la ropa, es casi como si estuviera posando. Y es así, aunque Benny no se da cuenta. Posa para la propia ropa, se mueve en perfecta combinación con su atuendo, ajusta tirantes y copas, costuras y prendas de ropa interior en la insospechada rotundidad de la carne. No se cansan de mirarla. La ven de lado, por detrás, de frente. Cuando apoya una pierna sobre la cama y se inclina hacia adelante para subirse la media hasta el muslo, atisban por un instante y sin obstáculos la vagina y sus senos prietos y pesados. Pero se mueve demasiado deprisa.)

(Al principio Benny no sabe dónde mirar y, preocupado por si

algún crujido artrítico delata su presencia, mira a Mudd-Gaddis para darle a entender que se esté quieto, para prevenir el chirrido de sus articulaciones, el chasquido de sus huesos quemados. Pero los ojos de este están inmóviles, su intensa expresión de viejo está tan exenta de deseo y tensión como la de Mary Cottle.)

(Y fue entonces cuando Benny pensó por primera vez *menudo hijo de puta taimado*. Fue entonces cuando se hizo las preguntas que no sabía que llegaría a formular. No solo la de la duración, el lapso de tiempo después del cual podría esperar el cese, la liberación, la descarga de lo que él ya sabía y reconocía como el enésimo síntoma de su vida, pero también la pregunta sobre las preferencias, sobre todo esa, lanzando el pelo como si se tratara de una ficha en un juego, y despreciando a Mudd-Gaddis, ese viejo depravado y vicioso, ese hombre de mundo satisfecho, que ni siquiera tenía que molestarse en alargar el cuello o mover los ojos, y que presumiblemente en su época ya lo había visto y lo había hecho todo, que solo tenía que esperar ahí escondido para que apareciera algo maravilloso y delicioso, el carcamal estaba sereno y tan pagado de sí mismo como un asesino tras el punto de mira, cómodo en su nostalgia sexual —sin tener que elegir, a lo mejor ni siquiera tenía ninguna preferencia, porque el vejestorio sabía que elegir era un esfuerzo en vano— como esa mujer que se abrazaba sola en la cama y el pobre Benny, con quince años y virgen, estaba condenado a cargar para siempre con su virginidad petrificada de quince años, sin saber las probabilidades que tiene de ganar pero teniendo que apostar de todos modos, por la roja o la negra, declararse a favor del coño, del culo, de las tetas o el pelo, y, esperar, aunque no se hacía ilusiones de que ganasen las tetas o el culo porque, seamos francos, si él llegara a participar en el juego sería solo metiendo mano a escondidas. Y siempre lo había sabido. Por Dios, siempre había sabido dónde estaba la diversión, pero hasta esa mañana ni siquiera había sospechado de la existencia de aquella geografía: *los huevos de zurcir, esas cavidades elípticas, las dos discretas sombras oscuras, las quemaduras gemelas, ¡esas manchas apestosas en el interior de las nalgas!*)

(Está vestida y sale de la habitación, no dirige ni una mirada a las cortinas, no mira nada, no controla nada —como hace todo el mundo, como hace hasta el mismo Benny, como incluso debe de hacer Mudd-Gaddis, palpándose los bolsillos o mirando en el bolso para ver si lleva chicles, las llaves, un peine, un pañuelo o monedas— de la habitación de la que está a punto de salir. Se ha ido. Ha cruzado la habitación totalmente sosegada y ha salido, como si fuera un espacio indiferente, con la misma seguridad, decisión y aplomo como si pasara de una habitación a otra en su casa.)

(Y aunque en muchos sentidos ha sido una mañana excepcional

para él, una verdadera revelación, y las cosas que ha visto se le han quedado grabadas en la cabeza como en una placa fotográfica, Benny está inquieto, tiene envidia de Mudd-Gaddis y está convencido —de vez en cuando había echado un vistazo en la dirección de Charles durante la actividad de Mary, tanto para confirmar que aquello estaba ocurriendo de verdad como para obtener el respeto que creía merecerse al haber descubierto ese lugar— de que esto, completamente nuevo y excitante para él, era algo de lo más corriente para su experto compañero de viaje saciado de placer.)

(Y al menos Mudd-Gaddis —gracias a Dios por estos pequeños milagros— podía compartir con Benny ese descubrimiento que él no podía contener, podía aliviar su carga, por lo menos, esa excitación desbordante; aunque más tarde no se acordara de esto, no se acordaba ni de lo que había comido, por lo que tampoco recordaría esto, ese hombre de mundo desmemoriado, ese viejo joven, no podría arruinarle ese placer que sin duda Benny volvería a visitar, ni tampoco lo delataría.)

—Sí —dijo Charles Mudd-Gaddis a Tony Word y Lydia Conscience en una ocasión, y a Janet Order, Rena Morgan y Noah Cloth en otras tres—, Mary Cottle. Se ha cogido una habitación para ella sola. La ochocientos veintidós. Un poco más pequeña que las nuestras pero está bastante bien amueblada. Es estrecha y larga, hay una cómoda color verde oliva, diría que danesa, con tres cajones largos que sobresalen. En la esquina sureste de la habitación, hay una mesa circular de un tono similar de más o menos metro y medio de diámetro con dos butacas escandinavas a juego. Al lado del televisor Silvania hay una silla un poco más grande. Las cortinas son lisas, de un marrón parecido a la corteza húmeda, y la alfombra es de lana y fibra sintética y está tratada con un producto ignífugo que le confiere un brillo. Hay cuatro ceniceros y no tres como en todas las habitaciones: uno en cada mesita de noche y los otros sobre la cómoda y la mesa. Supongo que habrá puesto el del lavabo en la cómoda, aunque yo creo —ya sabéis cómo fuma— que puede que haya pedido uno más a las limpiadoras. Había siete colillas en solo dos de los ceniceros, dos en el de la cómoda, y cinco en el de la mesita de noche al lado del teléfono de color beis a la derecha de la cama de matrimonio. Por cierto, el cubrecama era muy bonito, de un siena quemado. En lugar del mapa estilizado de Disney World que tenemos en nuestras habitaciones, había un simpático retrato en blanco y negro del viejo Mickey Mouse, de la época en que aún se llamaba Botero Willy. Al salir me fijé en que el listín telefónico de Orlando estaba abierto por la página cuarenta y tres.

—¿Le has contado todas estas cosas a Benny? —preguntó Rena

Morgan.

—¿A Benny? —respondió con incertidumbre el pequeño paciente gerontológico.

Porque todo tiene una explicación lógica.

Fue Janet Order quien informó a Nedra Carp de que Mary Cottle había cogido la habitación 822. Aún estaba molesta porque Mary no había tenido ninguna consideración la noche en que volaban a Florida cuando encendió aquel cigarrillo y le provocó una tos que casi se ahoga y la despertó del sueño. Aún se acordaba de las circunstancias, para empezar, la dificultad que había tenido para dormirse —la niña azul que recibía el sueño con los brazos abiertos, aunque solo fuera por los sueños, los disfraces que encontraba en ellos, y quien, salvo circunstancias especiales o necesidad, tenía que esperar como todos los demás una hora bien buena hasta llegar a la fase REM con sus ingeniosas posibilidades de camuflaje— y que después de despertarse aún le había resultado más difícil, aunque recordaba haberse echado un sueñecito, alguna siesta intermitente, y también recordaba sus serias sospechas, de haber pensado: «Ella ha visto mi historial, conoce mi caso, lo que me pasa. Lo ha hecho a propósito». Y también pensó: «Ahora aunque vuelva a dormirme, tendré que ir al baño. De cualquier modo, necesitaré otra hora, hora y media, para poder volver a soñar. Y da igual que no lo hiciera a propósito, aunque necesitara fumarse un cigarrillo, sé cómo son los fumadores; son adictos como los alcohólicos. Se esperará una hora —¿no es eso lo que hizo la primera vez?— u hora y media, y entonces, cuando crea que estoy durmiendo profundamente, ¡se encenderá otro!».

Por eso Janet se chivó.

Y por eso pidió que la pusieran en el grupo del señor Moorhead y los chicos, aunque hubiese preferido estar con Rena e incluso con Lydia, tan distante en el sueño, y cuya presencia había hecho sospechar a Janet de todos modos, a pesar de su orden, a pesar de recoger y limpiarlo todo, eliminando cualquier pista o rastro de su paso por allí. (¡Todas las pistas que pudiera encontrar!). Y por eso, de todos los adultos presentes en las vacaciones, eligió a Nedra Carp para irle con el cuento. Ya que la niña, dotada de una acusadísima conciencia de la aversión que sentían por ella los demás, la percibía a un quilómetro de distancia, tenía ese don como ciertos animales tienen la capacidad de oler el miedo de quien tienen delante. ¿Y por qué no debería? ¿No era azul? ¿No era la niña azul? (No me extraña que supiera que ella había estado allí, en el sueño, pensó. Me lo dijo mi instinto canino). Y eligió a Nedra por un sentido más agudizado de la aprensión, y esta vez no era por la simple sensación de racismo

contra el color azul, sino por una peculiar sensibilidad a la idea de casta. Además de haber intuido que le tenía antipatía, también había intuido el motivo. Era solo porque se alojaba en otra habitación. Sencillamente porque ella no estaba bajo su tutela. No porque ella fuese azul y repugnante sino porque no era una de las niñas de Nedra. En cuanto se percató, le dio un vuelco el corazón, un nuevo extraño síntoma de amor. De modo que eligió a Nedra, casi con timidez, nerviosa, le ofreció los datos —primero comprobó la información intentando llamar a la 822 (si respondía la señorita Cottle, habría colgado), pero la telefonista le había dicho que la persona que se alojaba en la habitación había dado instrucciones al hotel de que no la molestaran («¿A ella? —dijo Janet—. *¿Ella?*». «Al huésped —había respondido fríamente la telefonista)— como un pretendiente. Le estoy haciendo la pelota, pensó Janet, le estoy haciendo la pelota. Y no le importaba nada, no le hubiera importado ni aunque no hubiese captado todas aquellas vibraciones, con su sexto, séptimo e incluso octavo sentido que le habían revelado la antipatía de Nedra por Mary, incluso antes de que Janet mencionara el nombre. Y había algo más. Que la mujer a quien había elegido amar no la correspondía. Y además de no quererla, lo más probable es que sintiera por ella una aversión mayor incluso que la que sentía por Mary Cottle. Y su aversión, su aprensión incluso, no se basaba en el color azul de Janet Order sino en el hecho estúpido —su querida niñera era estúpida— de que se alojaba en la habitación de enfrente con el señor Moorhead, Noah Cloth y Tony Word, y para ella eso era una afrenta.

—Ay, qué habitación tan bonita —empezó a decir Janet Order—. Cómo me gustaría estar aquí contigo y las otras niñas, Nedra.

Nedra Carp, que sabía que llegaría a oídos de su jefe sin ser ella quien tuviera que molestar al pobre hombre, que ya bastantes problemas tenía, se lo contó a Colin Bible.

Quien se sintió animado, casi alentado, por la prometedora facilidad con la que el tipo —Matthew Gale; se llamaba Matthew Gale — se había hecho con la llave. Es su territorio, pensó Colin Bible. Las ventajas de estar en tu propio territorio. En el mío, si lo hubiera deseado, podría haber asistido a operaciones históricas, haber conocido a enfermos famosos, haber visto sus historiales y sus radiografías, jeques, primeros ministros y actores que siempre iban a la clínica con sus enfermedades secretas e inconfesables. Podría haber tenido ración doble en el restaurante, incluso acceso al armario de los medicamentos.

Animado sí, pero alentado no tanto. Aún estaba demasiado nervioso. Y se sentía culpable, humillado porque lo hubieran

descubierto tan fácilmente, y recordaba el guiño cómplice de Gale con la fuerza de una bofetada. Él, que nunca se había vanagloriado de eso (y se sentía intimidado por este hombre vulgar que sí lo hacía), que ni siquiera se vanagloriaba de ello en estas circunstancias comprometidas, y que podría haber pasado junto con Colin —los dos se comportaban de un modo muy neutral, en los pubs que frecuentaban, en los teatros y auditorios a los que asistían— por primos segundos, hombres de negocios o dos conocidos lejanos que por casualidad se encuentran para pasar juntos la velada simplemente porque uno de ellos está en posesión de una entrada de más. Y se siente aún más humillado por el recuerdo de su actitud descarada en el gimnasio, por su emboscada a traición en los urinarios, por su fingida, delirante despreocupación de actor malo: su presencia clandestina, merodeando cerca de las máquinas, cubierto por capas de sigilo e insinuación como con un impermeable. A Matthew le pareció muy divertido. Y lo había llamado «guapo» y le había preguntado si llevaba mucho esperando.

Se había arrepentido, pero tanto por el pobre y obsoleto Colin como por él mismo, y después de su encuentro en el spa, había esquivado a Gale dos días.

—¿Sabes lo que creo? —había dicho Matthew—. Creo que eres un calientapollas.

—No es verdad —dijo Colin—. Qué cosas dices.

—Pues ¿entonces qué pasa, corazón? ¿Te ha venido?

—Por favor, no seas ordinario.

—¿Estoy perdiendo el tiempo contigo, marinero? ¿Qué clase de juego es este?

—¿Es que no podemos conocernos? —preguntó Colin—. ¿No podemos hacernos amigos primero?

—Ya conozco a suficiente gente. Tengo amigos a patadas.

—Ya te lo dije. No soy un hombre ligero de cascos.

—Está claro que no. Eres Don Dolor de Huevos.

—Ya te expliqué —dijo Colin entre dientes— que tengo un amigo muy especial, en casa, en Inglaterra.

—Sí, me lo contaste. Yo solo quiero que sepas una cosa, hermana. Me estoy empezando a cansar de estas citas en las que nos tomamos un refresco. Yo tengo el título de maricón, no creo en los cortejos largos.

Matthew no estaba trabajando. Estaban sentados en una mesa delante de una cafetería esperando a que empezaran los fuegos artificiales.

—Tienes que darme más tiempo.

Colin hablaba como una chica tonta. Hasta él mismo lo creía.

—¿Sabes una cosa? Eres un ingenuo. ¿Qué? ¿Te crees que eres el único hombre casado que se va de casa unos días? ¿El único maridito del congreso? Los rollos de una noche son estupendos. Los abuelos cachondos lo hacen contra la porcelana deteriorada de las salas de té.

—Yo no soy un abuelo cachondo.

—No me digas. —Matthew sonrió con aprecio—. Mira que eres zorra.

—Por favor —le pidió Colin—, no hables así.

—¿Cómo quiere que hable la señorita? Te estoy tirando los trastos. Te hago cumplidos. No soy un lord. Si veo un buen culo, tengo que interrumpir la transmisión. Soy así.

Un paraguas de fuegos artificiales se abrió sobre Magic Kingdom, los reflejos rojos, azules y verdes se deslizaban por sus rostros como maquillaje corrido.

—Oh, ahh, mira, tesoro —dijo Matthew Gale.

Colin no quiso mirarlo.

—Está bien —había dicho Gale—, vale. A la mañana siguiente, te respetaré. Lo que sea. Lo único que quiero es llevarte a la cama. Me estás volviendo tarumba, ¿sabes?

—Qué *sarasa* —respondió Colin.

—Oye, tampoco soy tan malo —le dijo Matthew Gale.

—No, qué va, eres tremendo.

—No soy tremendo. ¿Quieres vulnerabilidad? Yo soy vulnerable. ¿Sensibilidad y delicadeza? Soy sensible como una polla. Te estoy siendo sincero, reina. ¿Qué te crees, que luego lo iré escribiendo por las paredes? No tengo ni un lapicito.

—Eso va bien saberlo —dijo Colin.

—Mírala, ahora se hace la guarra.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Colin.

—Veintiséis años. ¿Por?

—No lo aparentas.

—La suerte del marica —dijo Matthew—, gracias a los genes tengo esta cara de crío. ¿Por qué?

—Pareces adolescente.

—Ah, ya veo. Te da miedo estar contribuyendo a la corrupción de un menor. Olvídalo. Puedes estar tranquilo. Hay miles que lo han hecho antes.

—¿En serio tienes veintiséis años?

—Tengo treinta tacos, colega —dijo Matthew.

Porque era una prueba. Porque ahora sabía lo de la habitación.

—Oye —le dijo—, no puedo salir del parque. Ni siquiera debería estar aquí fuera contigo.

Por debajo de la mesa, Matthew Gale le agarró la entrepierna con la mano.

—No vas a poder creer lo que te has estado perdiendo hasta ahora —le dijo—. De mi *Galeón* nadie sale con quejas.

Colin le apartó la mano.

—No lo haré en un coche. Ni en un cuchitril ni en una esquina cualquiera.

—Los marineritos ingleses tenéis mucha clase.

—Te lo digo en serio —le advirtió Colin.

—¿Quieres que reservemos una habitación?

—No —respondió—. (Porque la prueba aún no había terminado).

—¿Quieres que la reserve yo? —preguntó Matthew—. Si quieres, lo hago, pero podría ser arriesgado. A ver, no lo digo por el dinero, pero tú dices que no quieres salir del parque. Y en el Contemporary me conocen; me conocen en el Polynesian y en el Walt Disney World Village. A ver, si quieres que me registre y que luego te deje un mensaje en una botella, vale, lo hago, pero yo trabajo aquí y todo el mundo se conoce, si esto se llega a saber, la Mansión Embrujada no la veré ni en pintura.

—No, no hace falta que te registres.

Y Colin Bible le explicó a Matthew Gale la historia de la habitación 822.

De modo que fue la facilidad con la que Matthew pasó la prueba y pudo conseguirle la llave de la habitación de Mary Cottle la que le permitió por fin llevar a cabo su plan.

Esperó a que ambos estuvieran desnudos para preguntárselo.

—Pero ¿qué eres, un espía industrial?

—Déjalo —dijo Colin—. ¿Puedes o no?

—No lo sé. Ni siquiera sé qué tendría que hacer.

—Sí que lo sabes. Te lo acabo de explicar.

—Los manuales —dijo Matthew Gale.

—Exacto.

—Los manuales de mantenimiento.

—Y cualquier otra cosa que puedas conseguir.

—Pero ¿tú qué te crees? ¿Qué soy ingeniero mecánico? Soy un marica guapísimo, encantador y con una sonrisa irresistible. Yo no sé nada de proyectos. ¡Animatrónica! ¡Dios mío!

—Pues entonces solo los manuales. Colin es muy listo. Podrá reconstruirlo todo a partir de eso.

—¡Madre mía! —dijo Matthew Gale—. Si no fuera por este cuerpazo que tienes… Hay que ver. ¡Lo que se hace por amor!

—Lo que hacemos todos por amor —repuso Colin.

—Pero es que encima yo no trabajo en la Sala de los Presidentes.

—Seguro que tienes amigos —le dijo Colin con dulzura.

Y entonces, sin tan siquiera tener que amenazarlo con que lo contaría todo si fracasaba en su misión, Colin Bible, que estaba seguro de que no sería así, que admitía y aceptaba con confianza la existencia de una especie de espíritu masón entre ellos, una lealtad implícita, incondicional, que no solo se daba por entendida sino que siempre era accesible, y que además estaba custodiada y salvaguardada por todos los grados y estados de la condición homosexual, dejó que Matthew Gale se metiera en la cama de Mary Cottle.

3

El Parque Temático Epcot, cuyo acrónimo era «Experimental Prototype Community of Tomorrow» (Comunidad prototípica experimental del mañana), estaba dividido en dos partes: Future World y World Showcase. Eddy Bale, que había ido a investigar, pensó que no sería una gran diversión para los niños moribundos.

Un poco por el énfasis en el futuro, claro está, pero no solo por eso, no era ese el motivo principal.

Al fin y al cabo, él tenía experiencia en esos asuntos. Liam tenía ocho años cuando le habían diagnosticado la enfermedad y, aunque sus posibilidades de sobrevivir a largo plazo le habían inquietado desde el principio, no fue hasta cumplir los diez años cuando sospechó que se iba a morir, y hasta los once no supo con certeza que sería así. Y fue solo en aquellos últimos meses espantosos, recordaba Bale, cuando Liam empezó a desear que le llegara la muerte. Su hijo, que no solía desear que llegara nada.

Y de eso se trata, ¿no?, pensó Bale. Que ni una vez durante los cuatro años que duró la espantosa enfermedad de su hijo, o en aquel año o dos en que el niño había tomado conciencia de su terrible destino, no había expresado abiertamente —o eso creía Bale, él que lo conocía— ni había albergado en secreto ideas sobre el futuro del mundo o el suyo propio. A los seis años había querido ser bombero, piloto, cantante, policía. A los siete, por un breve tiempo, su imaginación había considerado la posibilidad de convertirse en estrella del cine. Y a los nueve, quería, en tanto que pudiera proyectar una vida futura, simplemente hacerse mayor. Después de conocer la gravedad de su enfermedad no volvió a hablar más de eso. Se cerró a la idea de un futuro como el futuro se había cerrado para él.

Irían, naturalmente. Había habido mucho revuelo sobre la nueva zona de Magic Kingdom como para no ir. Y sentirían punzadas de dolor, en privado, o a través de la distancia de los chistes malos que harían en público. Algún arrepentimiento fugaz, una especie de nostalgia inversa por lo que aún no ha llegado a ser, pero no tan fuerte como la que experimentaba él. Bale aún no tenía cuarenta años y, aunque esperaba vivir otros treinta o treinta y cinco más, no creía

que en el lapso de tiempo que le quedaba (olvidándose por ahora de los sesenta o sesenta y cinco años que los niños de las vacaciones de ensueño habrían llegado a vivir si no hubieran enfermado) las ciudades del mundo llegaran a su apogeo con esas formas altas, esbeltas y futuristas que los planificadores e ingenieros del parque habían proyectado: paisajes urbanos, pensó Bale, que más que nada recordaban los efectos especiales de las películas de ciencia ficción, aquellos barnices lustrosos y permeables de las naves espaciales tipo Lego o las capitales de planetas lejanos, que resplandecían de noche contra el cielo azul como luces de pistas de aterrizaje o el color del agua de los mapas.

Pero irían. Irían —esto a Eddy le costaba reconocerlo— porque tampoco quedaban muchas más cosas que pudieran hacer. Creía que habían disfrutado su paso por Disney World. Tenía sus dudas —su idea confusa de que el decoro había ido a menos— pero en conjunto Bale tenía la sensación de que la visita había sido positiva. Lo que les quedaba de salud —Moorhead había hecho la selección sabiamente— hasta el momento había aguantado, y parecía que todos se llevaban mejor de lo que habría cabido esperar. La hostilidad de Colin había sido el único inconveniente, pero eso solo iba con él. Al margen de eso, el hombre hacía su trabajo a conciencia, como todos —Eddy también había elegido sabiamente— y había sido discreto delante de los niños.

Por tanto, para Eddy, no se trataba de una inquietud abstracta por la idea de no asistir al cambio tecnológico del mundo cuando llegara el momento. La posteridad no le preocupaba tanto. Así como no lamentaba no haber estado presente cuando los sucesos históricos habían tenido lugar, no lamentaba haberse perdido la Edad Media, el Renacimiento, todos los gloriosos días señalados, la hora antes del propio nacimiento, antes de que el tiempo empezase. Sospechaba que la posteridad también estaría hasta arriba de trabajo, que tendría sus propios enfermos incurables. De modo que no era envidia. La envidia no tenía cabida si el objeto de la envidia estaba a treinta o treinta y cinco años —él no recordaba que los niños habrían tenido sesenta o sesenta y cinco años «si todo hubiese ido bien»— en el futuro.

Era la otra parte la que inquietaba un poco a Bale. El World Showcase lo ponía nervioso.

Para empezar, no creía que aquello los fuera a divertir. Era más parecido a un centro comercial con boutiques y restaurantes caros que a un sitio donde uno iría a pasar sus últimos momentos. Después, estaban los pabellones (reproducciones de lugares de interés, sitios destacados de visita obligada como las imágenes de las postales —en la reconstrucción de una calle de París, Bale había observado la punta afilada y graciosa de la Torre Eiffel, reducida para conseguir el efecto

de la perspectiva, que surgía de la azotea de un edificio donde la habían colocado como una planta en una maceta— escenografías teatrales, cuadros, como un telón de fondo para un espectáculo de variedades del mundo entero) de los nueve países representados (Canadá, Reino Unido, Francia, Japón, Estados Unidos, Italia, Alemania, China, México) habían sido construidos alrededor de una laguna artificial y el efecto, por lo menos para Eddy, era desconcertante, surreal. De hecho, era más bien como estar en un sueño. China estaba entre México y Alemania, Estados Unidos, entre Italia y Japón. Canadá estaba cerca del Reino Unido. En resumen, era como estar en el paraíso. Un lugar cómodo, más o menos de las mismas dimensiones, sin obstáculos ni características climáticas molestas, organizado como los pasillos de unos grandes almacenes. Era como el paraíso y le daba miedo. También les daría miedo a los niños. Verían que China existía de verdad, que Francia existía de verdad. Que Alemania no era una invención. Italia tampoco, que México no era improbable, que Japón no era inverosímil. (Todo, todo real: la escala, aquellos países de juguete, embellecidos para que pasaran por auténticos —¿no había prueba suficiente con el pabellón del Reino Unido, con su reconstrucción de una calle comercial y de un pub, de los estilos Tudor, georgiano y victoriano, sus chimeneas, la madera y la paja, o incluso los vendedores ambulantes con su plato color perla parecido a las viejas y blandas corazas?— como las grandes locomotoras cuyos modelos no son más que simples representaciones. Todo, todo real, desgraciadamente). Aquello podía amedrentarlos. Ese descubrimiento. Les recordaría el simbolismo elemental de su situación, que lo que hicieran ahora tendría que durarles a la fuerza, ellos, que deberían haber pasado la vida como marineros borrachos, como si no hubiera un mañana. (Y a propósito de la historia, pensó Eddy Bale, a propósito de los días señalados y de la muerte que espera como un contrapeso en el otro extremo del tiempo, ¿no lo pasaba mal Liam el día de su cumpleaños y en Navidad? En realidad en todas las fiestas, tanto en las que se intercambiaban regalos como en las que no. Los cumpleaños lo saturaban como el aire viciado. ¿Y no era igual para Ginny? ¿Para Eddy? En los últimos años de su hijo, los regalos habían llegado no solo sin tarjeta, sin envolver y sin caja, en la última época, era como si los hubieran cogido de casa y los hubieran metido en bolsas de plástico igual que le llevaban los pijamas limpios y el tubo de pasta de dientes. Que seguramente duraría más que él. Y qué raro, pensó, que la voz de Liam hubiese empezado a cambiar justo un par de meses antes de morir. Era raro. Otro golpe más. «Esta es la voz que habría tenido, ¿no, papá?», le había preguntado su hijo. Y Bale había mentido. «Tienes un poco de carraspera —le había dicho—. Si al

doctor le parece bien, Colin te puede dar caramelos para el dolor de garganta». Y, aterrado, había dejado el tema de la pubertad de Liam para el médico. «No sea ridículo», le había dicho Moorhead. «No, está demasiado débil. Una polución nocturna podría matarlo», había dicho Bale. E intentó seguir con esa excusa incluso después de haber descubierto que Liam había empezado a masturbarse. El muchacho chupaba obedientemente los caramelos que le había traído Bale. Sus conversaciones quedaban inmersas en los vapores de eucalipto, de cereza, de miel y limón. Tanto, que Eddy tenía la impresión de que el problema del chico era que había cogido un molesto dolor de garganta, un catarro. Y que debía dormir en una habitación con un vaporizador, con cataplasmas de alcanfor en el cuello. Hasta que lo que le dijo el doctor a Eddy fue como un jarro de agua fría. «¿Qué es eso que tiene en la boca?». «Un Hall's», respondió Liam. «Tíralo. ¿Es que no sabes que el mentol te puede sentar mal?». Pero habían pasado unas semanas. La voz de Liam había cambiado. Y Bale esperaba que no recordara que antes tenía otra voz. Hasta que las palabras de Liam fueron como un jarro de agua fría. «No volverá a dolerme la garganta nunca más, ¿verdad?», había preguntado. Los cumpleaños y las ocasiones especiales se sucedían cada vez más deprisa. Un día, aproximadamente una semana antes de morir, él y Ginny, que habían salido un momento al pasillo para fumarse un cigarrillo, volvieron a la habitación. Su hijo lloraba. «¿Qué pasa, Liam? ¿Qué tienes, cielo?». «Han cerrado los astilleros —respondió—. En las noticias han dicho que los obreros han empezado una huelga». Lo que quería decir es que estaban en un país donde no se construirían más barcos mientras él viviera. Y aquel también era una especie de aniversario, un hito en su recorrido. Porque los centenarios y jubileos, los cumpleaños, las fiestas y las estaciones cada vez eran más breves y se habían convertido en mensuales, quincenales, semanales, diarios, y la periodicidad, los intervalos, se restringían al interior del amplio vórtice de tiempo que iba menguando hasta un ahora menguadísimo. Y fue más o menos cuando Colin empezó a llevarlo a ver los coches de Devonshire Place. Y cada día era un día señalado. A propósito de la historia).

Pero los niños no se amedrentaron. Por lo menos eso no pasó. Los miedos de Bale, su visión del paraíso como parque temático, su sentido de la orientación distorsionado, y esa sensación de lo surreal no los consternó. Y si compartían con él sus dudas sobre la geografía distorsionada del lugar, si el hecho de que Italia estuviera a un tiro de piedra de Asia o que China compartiera una frontera con México ofendía su sentido del orden, no dijeron nada. El clima uniforme no les molestaba. El hecho de que no hubiera montañas y que no tuvieran que cruzar mares no les preocupaba. Nada parecía preocuparles. No estaban molestos, ni siquiera eran conscientes del simbolismo

elemental de su situación. Pasaban la vida como marineros sobrios.

Y si parecía que estaban menos entusiasmados que otras veces, Eddy no lo atribuyó al aburrimiento —no estaban aburridos—, sino a algo parecido a una pérdida de la inocencia, al hecho de estarse aclimatando a un nuevo país quizá, de haber superado el jet lag y el estupor inicial típico del turista.

La realidad es que lo que les preocupaba era cómo ir, o volver, a la habitación de Mary Cottle.

A excepción de Eddy, que no sabía nada, intentaban portarse bien, tanto adultos como niños, del modo más consciente posible. Aunque no todos ellos lo sabían —Eddy, claro está, y Mary Cottle—, funcionaban como un grupo sin siquiera saberlo.

Por primera vez, se ponían por parejas sin que se lo tuvieran que recordar. Janet Order y Tony Word, Rena Morgan y Noah Cloth, Benny Maxine y Lydia Conscience. Si tenían que hacer cola, agarraban la mano del compañero como si fuera el billete de entrada. Y Eddy Bale, emocionado, se preguntó por qué se había preocupado. Parecían chicos cariñosos, sin afectaciones, como alumnos que van de excursión, con sus enfermedades atenuadas por la paciencia y la valentía, ese aire de ligera desventaja que conservaban, como si sufrieran una larga enfermedad pero no terminal, se reducía a una especie de pobreza y un temor respetuoso por el hecho de encontrarse en un ambiente extraño. Podían estar haciendo cola para beber agua de la fuente o esperando para subir al autobús. Hicieran lo que hicieran, parecían apagados, estaban serios como mendigos que dan las gracias. No es que no pregonaran a los cuatro vientos los disparates que Eddy Bale se había imaginado, sino que entre ellos se hablaban en susurros. El hecho de que desde el punto de vista físico estuvieran mal emparejados —Janet y Rena les sacaban una cabeza a sus respectivos compañeros— solo hacía que parecieran aún más asentados, casi como si estuvieran casados, como si la diferencia de edad y estatura significara una especie de profunda aceptación mutua, del mismo modo que una esposa que guía a su marido ciego parece que tenga un vínculo más íntimo con él que si el hombre tuviese la vista perfecta. Ocurría lo mismo con Lydia Conscience y Benny Maxine. La menor panzuda, que detrás de su aspecto de embarazada escondía un tumor, y el chico adolescente, parecían una pareja de amantes cogidos de la mano, tal vez abrumados, y sin duda demasiado jóvenes para encontrarse en esas circunstancias, pero tan compenetrados y felices como dos jóvenes y peligrosos asesinos que salen a cometer fechorías.

Nedra Carp y Colin estaban uno al lado del otro, detrás de los niños, supervisándolos, mientras el señor Moorhead se acercaba a cada pareja, para controlar que todo fuera bien, pero con la discreción

y el aplomo de un metre.

Y mientras observaba al peculiar grupo que esperaba para subirse a los vagones que los llevaría hasta la decimoséptima planta de la Spaceship Earth (el espectacular emblema de Future World, una esfera enorme, agujereada como una pelota de golf inmensa), Eddy sintió un extraño sentimiento de orgullo. Es porque se lo están pasando muy bien, pensó.

Procurando no separarse —recordaban el follón que había supuesto cuando había pasado—, los niños se hacían a un lado instintivamente y dejaban que los demás entrasen antes que ellos aunque no fuera su turno.

Dios mío, pensó Eddy, mirándolo todo desde la penumbra del teatro, con su orgullo incrementado por la oscuridad, la esperanza y el amor que lo colmaba. Dios mío, pensó Eddy, desbordado por su curiosa satisfacción, con su locura a un límite que alcanzaba picos febriles, ¡qué buenos son!

Estaba contento hasta con la oportuna simetría de la división por parejas. Un adulto por cada pareja de niños —Nedra se sentaba entre Janet Order y Tony Word mientras Colin Bible se subió a los vagones con Rena y Noah, y Benny y Lydia Conscience iban con el señor Moorhead—, y ahora las parejas parecían menos en desventaja, no parecían enfermos, ni pobres ni fuera de lugar. Eran los adultos, pensó, quienes les daban esa fuerza, su comportamiento educado y tranquilo tenía algo de premeditado, no surgía del largo sufrimiento, como había pensado al principio, sino de una plácida e imprecisa forma de exhibicionismo. Y entonces lo entendió. Bueno, pensó, podrían ser hijos de divorciados, que estaban aquí por mandato judicial para pasar el fin de semana, por decreto oficial, obedeciendo la sentencia de un juez y con sus afectos divididos por la mitad, perfeccionando sus expresiones, ajustándolas como en los libros de contabilidad, con la despreocupación innegable de quien recibe un amor indiferente, ensayando el ritual de las visitas y haciendo vete a saber qué cálculos secretos sobre su custodia, mirando el reloj de tapadillo, calculando cuánto quedaba de la mañana, la tarde, y preguntándose si ya era el momento de ir al restaurante o si sería larga la cola para ir al cine.

Eddy Bale, consolado por su imaginación —el divorcio no era tan calamitoso como la calamidad que les esperaba— se fue al lado de Mary Cottle, que se ocupaba de Charles Mudd-Gaddis y avanzaba por el andén con la silla de ruedas como si fuese un cochecito cada vez que la cola avanzaba un poco y subía más gente a los vagones. En la luz tenue, Eddy le rozó la cadera sin querer y le preguntó si podía sentarse con ellos. Mary se encogió de hombros y él se montó con los dos. Se sentía cómodo, cómodo de verdad. Los dos adultos y el niño

formaban una familia agradable.

El tren salió del andén y empezó su lenta ascensión mientras Eddy reflexionaba sobre la calma colectiva del grupo, la inescrutabilidad de lo que se acepta tal como viene.

Él no sabía, no podía saberlo, que los chicos no estaban interesados; se dejaban arrastrar por delante de las maravillas de este palacio de maravillas, dejaban que los llevaran hasta la cima de aquella geosfera mastodóntica como si los hubieran llevado a un pozo, con la historia de la civilización iluminada a cada lado como si fueran las vistas de un río desde una barca, como las orillas del río de París que se deslizan ante los ojos a bordo de un *bateau mouche*.

Él no sabía, no podía saberlo, que eran indiferentes, del todo —solo Mudd-Gaddis señalaba lo que veía, solo Mudd-Gaddis chillaba, entre maravillado y asustado— a los progresos de la humanidad presentados sin transición, desligados, navegaban por el tiempo como en las viñetas de una tira de cómic, y era como si redujeran la marcha cada vez que cruzaban un hito de la historia, como si estuvieran llegando a una estación de tren conocida en el recorrido de camino a casa, pasando por las pinturas rupestres, los animales estilizados como joyas, hombres primitivos en cuclillas alrededor de su hoguera Neandertal como quien juega a los dados. Pasaron por delante de egipcios que tallaban jeroglíficos como si fueran grandes y extrañas llaves y, un poco más lejos, atisbaron escenas del antiguo teatro griego, con sus tragedias clásicas declamadas. Viajaron por las vías adoquinadas de la antigua Roma y contemplaron las grandes bibliotecas de imperios extintos. Vieron monasterios donde monjes medievales, cual secretarias que escriben meticulosamente lo que les dictan, copiaban los evangelios. Pasaron por la imprenta de Gutenberg —y Bale no sabía, no podía saberlo, que Colin Bible se mordía la lengua, sentía punzadas de dolor cada vez que veía un efecto especial: la figura que se movía en la imprenta de Gutenberg—, después continuaron hacia las glorias del Renacimiento. Y se zambulleron en el bullicio del siglo veinte. La señal de un telégrafo se parecía al sonido de unas castañuelas. Vieron los jeroglíficos de los periódicos que informaban de noticias de última hora en las cabeceras. Ahora había radio, tele, ordenadores. Y continuaban subiendo, llegaron al espacio, con la confortable temperatura ambiente del cielo, sobre ellos se arremolinaron marismas galácticas como huellas dactilares de las estrellas, plataformas espaciales parecidas a arañas futurísticas.

En el interior de Journey Into Imagination asistieron a una especie de espectáculo de marionetas electrónicas —que a él le parecieron que estaban clavadas al sitio; ¿cómo iba a saberlo?— y vieron arcoíris que se desconchaban como si fuese pintura, y dirigieron orquestas electrónicas, y caminaron por un suelo donde sus pasos se convertían

en música, y se miraron, sus niños deformes, en espejos que deformaban la imagen. Vieron una película 3D y Eddy observó cómo los chicos se alejaban cada vez que los objetos saltaban de la pantalla en su dirección.

De modo que, ¿cómo podía saber Bale, cómo podía saber cuáles de aquellos oh y ah indefectibles, como alguien que en un cumpleaños ve como soplan las velas, venían del corazón y cuáles no? ¿O que Colin Bible ahogó sus quejidos de herida no cicatrizada y reprimió con sumo cuidado suspiros y gemidos al mirar desde el balcón de cristal de la Central Informática Epcot los enormes y complicados cuadros de control que se encargaban del funcionamiento de todo?

¿O que Nedra Carp, sentada entre Janet Order y Tony Word, se preguntaba por qué el señor Moorhead no la había enviado a un vagón con las niñas que estaban a su cargo y no con unos extraños? (¿Sabía ella lo que llevaban en los bolsillos? ¿Qué terribles caramelos de contrabando podrían haber traído? ¿Habían hecho hoy aguas mayores? ¿Quién se había asegurado de que hubieran hecho pipí antes de dejarlos salir?). Y también un poco enfadada con las niñas, o decepcionada —ella no era de las que pierden los estribos con los niños, no como esa Mary Cottle, que se iba ofendida al baño cada vez que las cosas no salían del todo bien y que ahora se esfumaba cuando las pobres criaturas armaban jaleo o se ponían de malhumor (y ahora ella sabía a dónde iba, ¿verdad?, a lo mejor se trataba de algo más que hacerse la ofendida, y tal vez, si había querido que el señor Bale se enterara, se había equivocado al irle con el cuento a Colin Bible, que probablemente ya lo sabía, porque Dios los cría y ellos se juntan)—, porque no habían protestado y la habían dejado sin más con el melindroso de Tony Word, con sus gustos peculiares y su apestoso aliento a verduras, un niño, sospechaba ella, que de haber sido por él, se habría arrodillado en la tierra a coger patatas, zanahorias, cebollas, a coger rábanos, espárragos y calabazas, hortalizas más exóticas como los calabacines, las berenjenas y el brócoli, comiéndoselo todo allí mismo, directamente de la tierra; y Janet Order, esa niña repugnante, cuyo espantoso color azul era casi palpable para ella, hasta a oscuras, horrible como una vena, lívido como un escarabajo o un basilisco. ¿O que no podía dejar de pensar en esa mujer?

¿Y que Benny Maxine tampoco lo lograba, y no se sacaba de la cabeza las dos discretas sombras del culo de Mary Cottle, que eran más grandes y más graciosas que unos hoyuelos?

¿O si el señor Moorhead, que se había quitado el reloj de la muñeca y se lo había guardado en el bolsillo de la chaqueta y que, lejos de los demás, preguntaba la hora a los turistas de aspecto semita por enésima vez ese día —él era científico, el método de ensayo y error formaba parte de su formación— y les observaba la muñeca

cuando levantaban el brazo a unos centímetros de los ojos; y también las hipótesis, debían de ser por lo menos de mediana edad (el más joven no podía tener menos de cincuenta años) o mejor personas mayores, de sesenta, o mejor aún, ancianos, de setenta, miopes, y esperaba, la observación paciente también formaba parte de su entrenamiento, ver la contabilidad en su piel, esos números indelebles, reveladores, esa cuidadosa revisión contable tatuada, y también escuchaba —porque podrían haber sentido vergüenza, podrían haberse puesto el reloj en el otro brazo o llevar uno colgado del cuello —, auscultando sus acentos, habría encontrado por fin a su judío?

¿O que Lydia Conscience ya no creía estar engañando a nadie con sus anillos de pacotilla y su barrigón? (Eso era algo que había quedado bastante claro en el sueño que había compartido con Mudd-Gaddis y con Tony Word. La habían tratado con condescendencia. ¡Mudd-Gaddis hasta había fingido que Tony Word era el padre de la criatura! *¡Tony Word!* Los comentarios sobre las náuseas, sus propias observaciones resentidas sobre el sistema por parejas cuando lo que había querido decir, suponía, era que no quería que nadie conociera los detalles de su enfermedad. ¡Más vale que te tomen por una menor zorra que por una enferma terminal! Y la gente no paraba de mirarla cuando estaba con los demás. A veces el señor Bible se ponía la chaqueta blanca de enfermero. ¡Qué vergüenza! Ya puestos podían poner un anuncio. Como si Mudd-Gaddis no llamara ya suficiente la atención. O Rena Morgan, que pensaba que engañaba a alguien con sus ridículos pañuelos escondidos. ¿No se daba cuenta la imbécil de que se veían cuando se los volvía a meter en la manga? ¡O la calvicie de Tony Word, que ni siquiera tenía la decencia de ponerse una peluca! O el color azul de la piel de Janet Order, que había invadido su sueño en el avión. «Sueño con Janet, la de color azul», cantaba mentalmente. O la hinchazón de Benny con su cara abotargada, y el tonto de Noah que no sabía leer y ahora que perdía los dedos ¡ni siquiera podía contar! Y era por ese motivo que aún llevaba los anillos aunque ya no engañase a nadie, y distanciaba dos veces la realidad — antes porque quería que la gente pensara que estaba preñada y ahora porque no quería que supieran qué diantres le pasaba— porque no soportaba que la gente conociera sus detalles. ¿O que desde que se había enterado de que Mary Cottle tenía una habitación privada había intentado reunir fuerzas para decirle que no se había gastado ni un centavo de su dinero y quería pedirle si podía usarla ella, pagando su parte, para evadirse de vez en cuando?

¿O que Noah Cloth, al recordar a la señora que una vez lo había ido a ver a su casa y recordando lo que le había dicho sobre la negación, la rabia, la negociación y la aceptación —¿y no había sido la compulsión de las compras, por lo menos en parte, una especie de

negociación? Si era así, entonces, aunque no pudiera recordar haber superado las partes de la negociación y la rabia, quería decir que estaba en las últimas—, se preguntaba si podría usar la habitación de la señorita Cottle como una especie de hospital de cuidados paliativos si ella le daba permiso?

¿O que Janet Order se había hartado de su camuflaje, de las permutaciones de esos campos de fuerza azules que la habían protegido en el sueño, que la habían escondido como un depredador de color pardo o una presa de color pardo, como pájaros que no pueden distinguirse del árbol en el que están posados, o esos soldados con ese tono beis tan apagado del uniforme de combate como el de las hojas del veranillo de San Martín? Porque la realidad era que el azul, además de la cianosis de su enfermedad, era su color favorito. ¿Y no era verdad que ella, en las profundidades marinas y en lo alto del cielo de esos sueños azules, en bailes y celebraciones, en coronaciones, inauguraciones y mascaradas, en todas las ceremonias en que la etiqueta exigía vestir de color azul, perdida en los banderines azul regio, azul noche y azul marino, en las cortinas y los tapices jacintinos tejidos en el sueño, o rondando por la mantelería azul pavo real y azul celeste, todas las posibles gamas de azul, todas las tonalidades de cobaltos de sus flamantes y centelleantes accesorios, los tachones azul zafiro, la sombra violeta, vestida con todos los tonos de nomeolvides de su piel lapislázuli, se amaba, incluso admiraba, por encima de todo lo demás, a ella misma? ¿Y que ahora, de repente, necesita en realidad un poco de privacidad, nada más —el baño es demasiado pequeño (la medicación de Tony y la de Noah, la suya, las píldoras digestivas y los utensilios para afeitarse del señor Moorhead, todos los cepillos de dientes, los dentífricos, los champús y jabones especiales que llenan el lavabo y el amplio espacio que hay al lado); los niños se preguntan qué hace ella en el baño; si abre el grifo de la ducha para esconder los sonidos de sus inspecciones hasta que el espejo se empaña—, y anhela colarse en la habitación 822, porque quiere, necesita examinarse, curiosear a su antojo su pompis azul, sus pechitos de color azul aciano, sus pezones azul Prusia?

¿O si Tony Word, el leucémico, que teme no estar comiendo adecuadamente, que sospecha de las verduras mondadas y escurridas que le sirven, del puré de patatas, de la crema de zanahorias y del puré de guisantes, de las remolachas chafadas y de la acuosa coliflor desmenuzada, de la fruta caldosa y de las hortalizas picadas, delante de las miradas de niños, adultos y camareros, cede y descarta lo que ni siquiera está en el menú menos una lista de alimentos que se sabe de memoria y pregunta si tienen papilla, la pide, y se siente culpable por esa transgresión alimenticia, una culpa casi religiosa, porque se da cuenta de que mastica (y eso que sabe que no hace falta, es como

masticar sopa), con la misma atención y cuidado que un judío o un musulmán, como si se tratara de comida prohibida, si pusiera especial atención, podría capturar y escupir grumos de conservantes y aditivos como si fueran trozos de cerdo? ¿O que está agotado de la curiosidad de la gente (¿papillas? ¿a su edad?), que le provoca pavor la atención que recibe en las comidas y desea volver a su antigua dieta, apañándose él solo (algo que habría sido imposible antes de que Mudd-Gaddis se lo hubiera sugerido, y que ahora era su sueño), y piensa que si logra que le den permiso, puede usar la asignación que tiene para comida, añadir lo que falte y después, especificando concretamente los ingredientes que necesita, dar instrucciones a cocina del tiempo de cocción de cada cosa, qué utensilios de leña, qué ollas necesita, y pedirse la cena por teléfono desde el teléfono de Mary Cottle?

¿O que Charles Mudd-Gaddis, aferrado a un resquicio de memoria —¿es un recuerdo personal o se trata de historia antigua?— impreciso como los fragmentos dispersos de un sueño (qué horror hacerse viejo, enfermo e inválido, temblar de frío hasta en verano, atrapado ya no solo en el esqueleto —frágil como un objeto arqueológico— y la carne —frágil como un esqueleto—, sino movido por todas las mortajas de ganchillo típicas de los viejos, adornados como un mueble, las gorras, los chales y las mantitas que se les colocan en el regazo —y él ha encontrado la respuesta hace mil años, o eso le parece, y ahora espera solo que se le haga la pregunta, cuál es la fórmula secreta de su existencia geológica, y le dirá al listillo, a quien le tocará cuidarlo, le dirá, si es que aún es capaz de recordar sus palabras, le dirá, le recordará: «Es el masoquismo. Debes amar el dolor y venerar la humillación»— para beneficiarse de una marcha forzada existencial tan larga), intenta evitar, como si pudieran evitarse, los obstáculos del dolor, todas las punzadas, los pellizcos, los calambres y los morados de esta carrera de obstáculos, de este campo minado que es su vida, y trata de respirar hondo, para atrapar y retener ese recuerdo? Había un componente de placer. Había sido una especie de testigo. Había compartido la condición de ser testigo. Con… ¿Un bebé? ¿Cómo podía ser? Porque el crío había hablado. Lo recordaba claramente. Bueno, claramente hasta cierto punto. Aunque para él todos estaban hechos unos críos, para un hombre de su edad. Los enfermeros y los asistentes. De modo que no era un bebé en realidad. Y había pasado algo ilícito. Una exhibición o una actuación. Está bien, una especie de exhibición o actuación secreta que les había proporcionado a él, a ellos, a él mismo y al niño, placer. Habían ido a ver un espectáculo. En una excursión. Pero sin los demás de la residencia, y no habían ido a un museo de historia antigua como este en el que se encontraban hoy, donde todo lo que había eran plataformas espaciales pasadas de moda

y ordenadores obsoletos como daguerrotipos desvaídos. Su enfermera. Claro. Su enfermera. La que olía a tabaco extranjero. La que estaba sentada a su lado. Él, ellos —él y el otro vejestorio— habían espiado a la enfermera. O eso recordaba, aunque no lograba entender el sentido del comentario que después le había hecho el viejo lobo de mar, que le había preguntado: «¿Charley, qué me dices de esos escondites que tenía dentro de su escondite?»

¿O que Rena Morgan estaba agotada?

¿O que Mary Cottle, que había partido serena al empezar, con las terminaciones nerviosas lisas como sábanas limpias, ha empezado a sentir de nuevo no solo la opresión (que no había tenido ni siquiera durante el viaje en el vagón del túnel del amor, ni siquiera en estas circunstancias de intimidad impuesta: los niños estaban calmados, tranquilos, en un estado casi contemplativo, completamente absortos, con lo que antes les había preocupado sin preocuparles ahora, la fuerza de gravedad de sus obsesiones, las tensiones constantes de sus cuerpos defectuosos, porque, admitámoslo, por qué tenía que preocuparse ella por estos niños, ella que al fin y al cabo, no pintaba nada aquí, menos que Nedra Carp, menos que Bale si no fuera por la proyección que hacía no de sus dos fetos muertos que no había parido, o de los dos fetos abortados después de la amniocentesis, sino de los dos bebés enfermos que se habían gestado nueve meses, mercancía defectuosa, esos pequeños ciudadanos sufrientes cuyas rabietas sospechadas fueron selladas y sus delicadas vidas agravadas desencadenaron, puede que de manera inversamente proporcional, los encuentros violentos que ella tenía consigo misma, sus chutes furiosos), sino una especie de prurito, suave, más de lo que estaba acostumbrada, puede que hasta delicado, limitado en la longitud de ondas y frecuencias de algo parecido al cortejo —nada ajeno le es ajeno a ella—, una especie de extraño y agradable magnetismo de la piel, el impulso centrífugo del ansia a lo largo de la órbita degradada y que da vueltas de su vida, y por una vez sus intereses se centran en las bifurcaciones convencionales, intentando ponerse al día, ella que tenía fijación con la discreción y los escrúpulos pero que conocía el punto G como la palma de su mano y que sabía por qué se le daba tanta importancia; esta mujer, lasciva como un marinero, una flota, la marina entera, que llevaba sus fiebres y sus temperaturas de ignición, como las rosas marchitas y aplastadas del amor, ahora no tenía enemigos bárbaros a sus puertas sino cosas más sosas, menos imprevisibles, no tanto los protocolos innatos de la carne o las escaramuzas eróticas y las guerras estelares de su cuerpo como la política de la etiqueta y del amor, todo el chismorreo del corazón y la mente, de un nuevo estilo floral como esas exhibiciones sexuales mudas de la naturaleza, el anillado vistoso de los pájaros, por ejemplo,

que ni siquiera saben que lo que llevan son las señales de instinto y evolución; así de inocente, así de ingenua, hasta arriba de sentimiento de culpabilidad y de ropa interior e indignada como alguien que quiere limpiar su nombre, con las ganas, la necesidad de pompa y circunstancias, de una vida con todos los accesorios que no había vivido y que ni siquiera había sabido que deseaba, con un deseo difuso, amplio y disperso como un cielo cubierto de nubes? ¿O que el carcamal que estaba sentado entre los dos, Mudd-Gaddis, podría ser tanto patriarca como niño, que es patriarca, una especie de tótem antiguo que supervisa su comportamiento y con quién tienen que quedar bien, y que ella que nunca ha querido nada de los hombres, quiere una atención suave, las cortesías honorables y antiguas del placer: flores y cajas de caramelos en las puertas giratorias de los peajes del romanticismo, vinos, violines gitanos y, más tarde, cosas más inventivas: nombres cariñosos y palabras bonitas, cartas de amor, la rosa debajo del limpiaparabrisas, una estrella para ella, sonetos marcados con las iniciales como si fueran pañuelos, joyas en cestas de pícnic, que le envíen coches con chófer, orquestas sobornadas, baños calientes: todos los óbolos agradables del Agasajamiento, todas las ventajas del Amor? ¿O que los beneficios de los afectos aferentes disparados desde la periferia ebria del corazón de ella se iban a concentrar como un pozo de sangre debajo de la mirada atenta del pequeño carcamal, de aquel tótem de patriarca chiquillo, Cupido niño?

De modo que, ¿cómo podía Eddy, que no lograba ni aclarar sus propios motivos, llegar a entender algo de todo aquel embrollo de razones complejas y objetivos contradictorios que se entrelazaban de una manera monótona y rutinaria como el tráfico denso, o cómo podía hacerse una imagen de todos en aquella maraña de designios, sentimientos e intenciones, asíncronos y asindéticos como troncos atascados que quieren salir de un atolladero?

4

Bueno, Colin Bible había visto suficiente. Tenía la sensación de que había quedado en ridículo. Le habían tomado el pelo. Pero no estaba en disposición de difamar. El tipo había cumplido su palabra (aunque, a decir verdad, en la cama no era tan bueno como había insinuado). Al día siguiente cuando había ido a la casilla de correo que compartía con Bale, los manuales de mantenimiento estaban esperándolo dentro de un enorme sobre de manila. También había unos proyectos que Matthew había podido conseguir, hasta unos diagramas de lo que Colin imaginaba que serían —al fin y al cabo, algo de mecánica sabía; era enfermero, entendía de radiografías y cardiogramas, sabía colocar vías y poner inyecciones y, a grandes rasgos, conocía bien el cuerpo humano (pues sí, pensó, sonrojándose con el recuerdo), que era igual de complicado que cualquier pieza de una máquina— esquemas de los sistemas de las conexiones eléctricas de las alarmas contra incendios y antirrobo.

Pero comprendió que el Imperio estaba acabado, en las últimas, muerto. El futuro, y sin duda el presente, pertenecía a la superpotencia y a la ambición nipona. De ellos eran la energía nuclear y el láser, tenían la tecnología punta, los microchips y la animatrónica. Pronto llegaría el día en que no quedaría ni una atracción turística decente, actual y presentable entre América y la Unión Soviética. Todo lo demás no eran más que paisajes —sí, y también tenían desiertos, los cañones más profundos y los ríos más largos; tenían los atardeceres, tenían el mejor clima— y atracciones divertidas. No habría otro sitio al que ir para los niños que estuvieran a punto de morir.

Pero su auténtica melancolía, su auténtico patriotismo, lo reservaba para Colin, en Albión, entre sus obras de cera obsoletas. (Nosotros tenemos la cera). Pobre Colin, pensó Colin, y no habría sabido decir en cuál de los dos pensaba.

No, por quedar en ridículo se refería a que había dejado que se le viera la desesperación y sabía que, en su lugar, Mary Cottle no se habría permitido ese lujo. Admiraba a esa mujer, y, si aquella vez que ella se había separado del grupo se había chivado, había sido

únicamente por su sentido del deber. Aunque la desesperación era otra cosa. Todo el mundo está desesperado, él lo sabía, y eso incluía a Mary Cottle. Lo que estaba mal era darse permiso a uno mismo para que se viera. Como decía el poeta, la mayoría de hombres lleva una vida de desesperación silenciosa, pero el poeta se equivocaba. La mayoría de hombres lo gritaba a los cuatro vientos, gritaban y gritaban hasta que todo temblaba. Añoraba el silencio de sus días pasados, las antiguas cualidades flemáticas que lo hacían británico y que habían impedido que saliera del armario. Quería recuperar su desesperación silenciosa. (Era demasiado tarde, por supuesto. Si el nivel de pulcritud aquí no hubiera sido tan alto —era todo tan aséptico que hasta se podrían haber realizado intervenciones quirúrgicas—, su nombre ya estaría garabateado con espray por todos los lavabos). Habían utilizado la habitación de Mary Cottle, habían estado en su cama —sus habilidades como enfermero le habían resultado prácticas a la hora de volver a hacerla; Matthew quedó maravillado con los ángulos perfectos como los de las camas de hospital— y lo mínimo que podía hacer era callar. No le había contado a Gale que aquella no era su habitación. No sabía qué intenciones tenía Mary al haber cogido otro cuarto —había cortado a Nedra Carp cuando empezó a contarle sus teorías después de hablarle de su existencia—, pero seguro que tenía que ver con la desesperación. Eso lo dejaría en manos de Dios. Ella podía ser una de las personas que llevan una vida de desesperación silenciosa. Mientras que él, ahora que se había metido en este lío, tendría que seguir haciendo sus ruidos impropios.

De modo que a la primera oportunidad, cogió los manuales y se fue a buscar a Gale.

—Pero ¿qué dices? —exclamó Gale—. Tienes a William Henry Harrison ahí dentro. Tienes a Dwight Eisenhower y a Martin Van Buren. A Warren Harding, a James Knox Polk. Tienes republicanos y demócratas. ¡Hasta te he puesto un liberal! Te he hecho una selección de lo más variada.

—Una selección excelente.

—Los escogí yo —dijo Matthew.

Ay, los maricones, pensó Colin, y tuvo una imagen fugaz de los dedos de los pies de Matthew Gale que se enroscaban dentro de los zapatos, colado por él, timidez y picardía por debajo de los cordones. Por debajo de los mocasines, se corrigió, y se dio cuenta de que Gale estaba enamorado y volvió a preguntarse si le estaba escondiendo algo.

—¿Matthew?

—¿Qué?

—¿Me estás escondiendo algo?

—¿Si te estoy escondiendo algo? ¿Crees que te escondí algo anoche?

—No hablo de anoche.

—¿Pues entonces de qué hablas si se puede saber?

Ay, los maricones, pensó, con sus florituras sintácticas nobles y aristocráticas.

—Hablo de los manuales. Por favor, Matthew. ¡«Informes confidenciales sobre la calefacción central de Magic Kingdom»! ¡«Revelados los secretos del lavabo de Mickey Mouse»!

—¿Sabes qué pasaría si se enteraran de que estoy pasando este material?

—Ha sido un trueque.

—Ah —dijo Matthew Gale—, porque somos de la KGB, ¿no? Somos de la CIA, del MI5.

—No, Matthew, somos solo un enfermero enamorado.

—¿Me vas a denunciar? —preguntó Matthew deprimido.

—¿Quién, yo? ¿Yo, que creo en la confianza y la lealtad? No sufras.

—¿Y ahora de qué hablas?

—De la fraternidad. De ese viejo espíritu masón que hay en todos los grados y condiciones del mundo homosexual —dijo cansado, convenciéndose de que no, no le escondía nada—. Oye, Matthew.

—¿Qué?

—Tenías razón. No sabía lo que me perdía. No tengo ninguna queja de tu Galeón —le dijo con cariño, y se fue.

Porque todo tiene una explicación lógica. Porque Colin Bible ya había visto suficiente y estaba listo para probar otra táctica.

—Vamos, chicos —dijo Colin.

—Ya hemos visto ese desfile —dijo Benny Maxine.

—Quiero que lo volváis a ver.

—¿Adónde los lleva? —preguntó Nedra Carp.

—No hace falta que venga, señorita Carp, si no le apetece.

—Ah, no puedo dejar que vaya usted solo. ¿Quién empujará la silla de la niña?

—Yo mismo. Benny puede llevar la de Mudd-Gaddis.

Maxine miró al enfermero.

—De todos modos, no tenemos ninguna prisa. Aún falta una hora para que empiece.

En Magic Kingdom los desfiles eran frecuentes. El señor Moorhead les había dado permiso para que se quedaran una noche a ver el

Desfile Eléctrico de Main Street, un cortejo de carrozas adornadas con luces como las que se cuelgan de los cables, muelles y las torres de los puentes suspendidos. A diario había desfiles de «personajes» en los que los héroes y heroínas de varias películas de Disney posaban en carrozas: Alicia apoyada en su seta como el tallo de una fruta; Pinocho en su encarnación humana, sin hilos, abandonado como un capullo que ya ha dejado de cumplir su función; Blancanieves con sus enanitos al lado; el pato Donald con sus sobrinos vestidos de marineros. Ese también lo habían visto. Había bandas musicales de la escuela superior, tambores mayores, *majorettes*, chicas con pompones, grupos que marchaban como si fueran la Guardia Suiza. Osos altos con aire de patanes que se paseaban entre la gente como líderes, como maestros de ceremonias. Algunos llevaban globos con la forma de trébol de la cabeza de Mickey Mouse, un poco parecida a los tréboles de las cartas de jugar. (Pluto desfilaba con un gallardete de Mickey Mouse en la espalda a modo de fusil. «¡Perro soldado!», le había gritado Benny Maxine ahuecando las manos. El chucho se volvió y, a pesar de su expresión de agradable estupor y sus enormes ojos fijos, parecía como si lo fulminara con la mirada). Por todas partes había banderines, distintivos, gallardetes, banderas, picas, artilugios y estandartes de Mickey Mouse, una ostentosa exhibición heráldica de todos los representantes blasonados en librea. De las carrozas y la fanfarria salía música a todo volumen: los grandes éxitos de Disney, enérgicos y marciales como himnos. Podría haber pasado por un triunfo bélico: los osos, los patos, los perros y los enanos eran como esclavos, como cautivos ya conversos de campos de batalla de tierras lejanas y exóticas. El Ratón se erigía como un césar en lo alto de su gloria imperial aislada, sobre una peana circular que estaba decorada como si fuera un pastel. Iba vestido de director de banda, con una chaqueta rojo chillón con gruesos galones dorados y unos pantalones a rayas de color blanco y rojo. Los guantes blancos estaban fijos en una posición de director de orquesta a la altura de su chacó rojo y blanco. Sus súbditos lo vitoreaban al pasar. (Nadie hubiera dicho que Minnie era su concubina. Con su vestido de topos que parecía hecho en casa, iba en una carroza más baja y menos importante, y podría haber pasado por otra chica con pompones más).

Ellos pensaban que iban a ver ese desfile.

Pero Main Street estaba prácticamente desierta.

—¿A qué venían tantas prisas? —preguntó Nedra Carp.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó Benny Maxine.

—Esperad —les dijo Colin Bible—. Ya lo veréis.

—Aún falta media hora —dijo Lydia Conscience.

—¿Vamos a quedarnos aquí esperando? —preguntó Janet Order desde la silla de ruedas.

—Podríamos estar descansando un poco en la habitación —añadió Rena Morgan.

—Podemos sentarnos allí —dijo Colin, y señaló un pequeño espacio verde que había al otro lado de Main Street. Había unos antiguos bancos de madera delante de una barandilla de hierro baja que rodeaba la zona verde.

—Si nos sentamos aquí, cuando empiece no veremos nada —dijo Noah Cloth.

—Tiene razón —comentó Tony Word—. La gente se colocará en la acera y nos tapará todo.

—Paciencia —dijo Colin—. Lo vais a ver.

Aproximadamente veinte minutos antes de la hora prevista en que iba a empezar el desfile, unas cuantas personas empezaron a posicionarse a lo largo de la ruta.

—Mirad allí —avisó Colin.

—¿Dónde, Colin? —preguntó Janet.

—Ahí, a ese joven cretino que está cruzando la calle y viene hacia nosotros. —Señalaba a un hombre raro con un bigote estrecho y largo, de macho, que le rodeaba el labio superior como un cerco de suciedad en la bañera. Unas patillas gruesas y oscuras le llegaban hasta debajo de la boca—. Que sepáis que se las tiñe —dijo Colin en voz baja—. Con betún.

—¿Cómo lo sabes, Colin? —preguntó Noah.

—A ver, no quiero apabullaros con mi ciencia, pero soy enfermero, ¿verdad? Y tengo ojos, ¿no? ¿Dónde habéis visto algo tan oscuro? Ni todos los agujeros oscuros juntos tienen tanta negrura.

—Todos los agujeros oscuros —repitió Benny Maxine, fingiendo desmayarse.

—Despierta, chaval —lo reprendió Colin—, que estamos de excursión, esto es un estudio científico.

—Solo estamos esperando a que empiece el desfile —dijo Lydia.

—Un desfile que ya hemos visto.

—Dos veces.

—De día y de noche.

—M-I-C-K-E-Y M-O-U-S-E.

—¿No podemos saltárnoslo?

—Es *esto* —chistó Colin—. El desfile es *esto*. ¡Esto es el desfile y no lo habéis visto nunca! Lo único que habéis visto son los muñequitos de peluche, las figuras perfectas, felices de la vida que no se han movido por los bajos fondos.

—Pero bueno, señor Bible, ¿qué lenguaje es ese?

—Calladita está más guapa, querida. No se meta donde no la

llaman, señorita Carp.

—Me parece que su comportamiento deja mucho que desear, señor Bible —respondió ella.

—Déjelo —dijo él cortante—. ¿Que deja mucho que desear? ¿Deja mucho que desear? Les estoy enseñando a las nenas, les estoy enseñando a las chavalas. Les muestro a los imbéciles, les presento a los tarados. A los soplagaitas y a los soplapollas, a los gamberros y a los paletos. Les suministro a los pazguatos y les traigo a los papanatas. Todos esos vejestorios emperifollados. Dios sabe que ninguno de ellos los había visto antes, así que el menda se ha encargado de ponerle remedio.

—¿Por qué?

—Otra pregunta —dijo él.

—¿Por qué?

—Pues porque tienen que saber cómo funciona el mundo, ¿no? Es cuestión de estar al día, de estar al mismo nivel que los demás. Este mundo es un asco. Hay pilas y pilas de muerte por todas partes. ¡Ojo! —se interrumpió—. *Mirad aquello que creáis que os vais a perder*. ¡Silencio! ¡Fijaos!

El hombre del bigote y las patillas pasaba por delante de ellos.

Y en ese momento no habría habido manera de poder moverlos de allí. Las sillas de ruedas de Janet Order y Mudd-Gaddis no habrían bajado ni por una cuesta.

—Oh, oh —exclamó Colin Bible—, nos han dado gato por liebre.

—¡Nos han timado! —dijo uno de los niños.

—¡Estafado! —añadió otro.

—¡Nos la han pegado!

—Hay ceporros para dar y regalar —dijo Benny Maxine.

Porque vieron que Colin se había equivocado.

Al final resultó que aquel tipo no era joven. Debía de rondar los cincuenta. Llevaba unas botas de cowboy, el cuero barato de imitación no es que estuviese desgastado, estaba deshaciéndose, se desconchaba como pintura, descolorido y podrido como fruta pasada. Los tacones eran altos y estaban hechos con un plástico transparente veteado. Tenían unas motas de metal dorado que parecían chispas en el estampado de una corbata chabacana. De cerca tenía ese aspecto extraño, pálido, solitario y frágil de los hombres que se cortan al afeitarse. De los cocineros de menú, de los borrachos que se despiertan y se encuentran en una celda o de los que se han metido en una pelea. Del cuello le colgaba una corbata de bolo, como lazos sueltos, sobre una camisa de rayón fucsia que le quedaba ajustada sobre una barriga, pesada y compacta como un músculo. Dentro del bolsillo trasero del pantalón llevaba la cartera, de la que colgaba una cadena atada al

cinturón.

Y sus anchas patillas no estaban teñidas, las tenía tatuadas. Empezaban en las orejas y le cubrían las mejillas. El bigote también era un tatuaje, cuyo brillo y lustre eran como reflejos en un paisaje. Todo era indeleble, la tinta había penetrado en profundidad en las cicatrices en relieve de su bigote dibujado.

La gente se iba concentrando, llegaba deprisa, y se colocaba a lo largo de la acera, se iba formando una multitud, enseguida ocupaban los lugares estratégicos como espectadores en un teatro. «¿Los veis? Parecen seguidores de lucha libre», dijo Colin cruelmente. Y era cierto. Más que de hinchas, tenían un aire de fanáticos impacientes. Personas engalanadas con harapos, portadores de enfermedades del espíritu, tanto los hombres como las mujeres, difundían el contagio de imprecisas cepas pandémicas de trastornos mentales que tenían como consecuencia no la supresión total del buen gusto, sino la adaptación y la rendición a las condiciones variadas de su existencia. Como si hubiesen sobrevivido a sus sueños, incluso a su vida, solo por la necesidad de estar en un desfile de personajes de dibujos animados en Disney World.

Era distinto el caso de los niños y los padres. Curiosamente eran una minoría, Colin casi no los mencionaba, como si la mayoría de vidas tuviesen un periodo de gracia de treinta o treinta y cinco años, pongamos, una especie de garantía de noventa mil kilómetros de placer y rutina. Las personas a las que señalaba eran las viudas que viajaban juntas, los jubilados de Miami o que venían de sitios como Detroit o Cleveland con viajes organizados. Eran los pensionistas, las parejas no acompañadas de niños. Vestían de manera informal: las mujeres llevaban chándal o a veces pantalones cortos —era un agradable día de otoño—, los hombres iban con bermudas, con pantalones del color de los colorantes artificiales para caramelos, con zapatos blancos, con viseras con motivos de pescador. (El Castillo de Cenicienta, que surgía imponente tras ellos, les hacía parecer más súbditos que nunca, discretamente contentos, incluso acomodados, pero con un aura de lealtad impuesta).

—¡Mirad ahí! —dijo Colin Bible—. Y allí. ¡Mirad a esos de allí!

Había una pareja con cabeza de enano, arrugada, hinchada y satisfecha. Tenían el rostro moteado de verrugas, como monedillas de carne.

Había un hombre con un barrigón y las tetas caídas, su mujer tenía una piel horrible, arrugada, con cicatrices y picada como un escroto. Ambos tenían los dedos gordos y lisos, y los cerraban en un puño pelado e inútil como el de los bebés.

—Mirad, mirad a esos qué feos son —dijo Colin.

Al lado de la pareja de las verrugas había una mujer enfadada y

con una larga melena de color oscuro que estaba de espaldas a la calle. Llevaba el pelo recogido por debajo del mentón y parecía una *babushka*. Miraba a Colin y a los chicos; tenía unas cejas densas del mismo color y forma que las sanguijuelas y unos ojos tan hundidos en el cráneo que parecían una máscara o agujeros recortados de retratos de películas de terror. Sus labios eran finos, como los de un muñeco, con forma de lazo, rojos y brillantes como pintura fresca, y estaban superpuestos, trasplantados sobre sus labios reales como un tachón en un libro contable o como un libro mal coloreado por un niño, y eso le imprimía una capa más de ferocidad a su mirada.

—Es descorazonador —dijo Colin—. Las imperfecciones están en todas partes, en todas partes. En la naturaleza no es así. ¿Qué, os pensáis que las estrellas aparentan la edad que tienen? ¿Los océanos, el cielo? ¡Ni hablar! Solo los hombres, solo las mujeres. Los árboles nunca parecen mayores de lo que son. Las montañas mejoran con los milenios. En todas partes, en todas partes. Cuerpos mal llevados, maltratados, marchitos. Como estilos y modas pasadas. Se trata de la rendición gradual al tiempo que pasa, chicos. No podemos quedarnos para siempre con los dientes de leche. Las tijeras cortan el papel, el papel cubre la piedra y la piedra rompe las tijeras. Los caramelos provocan caries y las mandíbulas que eran firmes se desdibujan como la orilla en el mar. Las narices se hinchan desmesuradamente como tumores. Las barrigas se inflan y los músculos pierden fuerza. Las caderas y los muslos se ensanchan como pantalones de montar. Madre mía, niños, parece que acabemos de bajar del caballo. (Y en todas partes, en todas partes, está esta falta torpe de equilibrio. Se ven cuerpos viejos y flojos con piernas delgadas, parecen personas que llevan una carga demasiado pesada. O pájaros hinchados y torcidos sobre sus patas). Y el pelo. El pelo se vuelve más fino, cae, desaparece. Los cuerpos decaen. No sé. Es como si poco a poco los elementos nos hubiesen ido minando: la erosión, el viento y el agua, con la fuerza de la gravedad y la oxidación del aire. ¡Mirad! ¡Mirad allí!

Una mujer de mediana edad con un vestido estampado esperaba a que empezara el desfile con unas zapatillas de estar por casa. Estaba llorando. Se le derramaban las lágrimas. El ángulo de una fosa nasal se le llenó de mocos.

La joroba de una señora mayor cubría como un chal la espalda de una bonita joven.

Vieron los detalles de la cara de un hombre, la barba mal afeitada, las arrugas, la barbilla partida, los hoyuelos y los poros, nítidos y definidos como en las fotografías en blanco y negro.

Gafas de sol con forma de cisnes, de máscaras, de mariposas, de cualquier cosa, como las formas de las joyas hechas a medida. Pelucas y peinados con formas extrañísimas que parecían plantas en la cabeza

de la gente, como muestras botánicas raras. Y, en todas partes, cejas dibujadas, labios pintados como prótesis cosméticas.

Ahora había empezado el desfile. Un hombre elegante con un traje se cuadró cuando pasaron las carrozas. Tenía el sombrero en el corazón. (Y la salud mental, la salud mental también arruinada, pisoteada como un zapato, arrugada como ropa sucia). Ya había empezado, pero los niños no miraban. No podían apartar la vista de la multitud. («Es *esto*, ¡*esto* es el desfile!»). Observaban la zona especial que el parque había habilitado para los visitantes que iban en silla de ruedas, a los viejos, hombres y mujeres, que estaban en ellas, envueltos para protegerse de un frío interior incluso en un día tan caluroso, tapados con mantas hasta los pies, con jerséis, bufandas, con guantes y manoplas de lana, con sombreros y gorras en la cabeza y encima gorritos con las orejas de Mickey Mouse, oscuros como kipás; miraban, entre los individuos de aquel grupo, a una anciana que llevaba una máscara de goma de Frankenstein para resguardarse del frío; a su enfermera, que le iba dando cigarrillos, y ella sacaba el humo por un agujero en los labios pegados del monstruo. Observaban a otras mujeres, agotadas, cansadas, sentadas en bancos con los faldones por encima de las rodillas, con las piernas (con medias gruesas color carne de mulato, color crema de café) más que abiertas, olvidadas, separadas, guiadas por el colapso de las líneas desdibujadas de sus muslos. A sus maridos (o a lo mejor eran simplemente los hombres con quienes convivían, porque les resultaba práctico, por compañía, por aprovechar mejor las ayudas de la beneficencia), con las manos en el regazo, indiferentes, como quien acaba de retirarse de una mano. (Y por todas partes aquellas gafas oscuras. «No es por el resol —les dijo Colin—, ¡es por el calor!»). Observaban a mujeres y hombres adultos vestidos con los souvenirs de Magic Kingdom: sudaderas y camisetas de Ígor, de Mickey Mouse, de Pepito Grillo, delantales de Alicia en el País de las Maravillas, vestidos de Minnie Mouse, bolsos de viaje de Dumbo, de Tigger y de La Dama y el Vagabundo. Observaban a una mujer de unos sesenta años que por razones inexplicables llevaba una boa, un turbante y un velo de malla negra que le caía por delante de los ojos; manos, brazos y hombros con manchas de la edad; a un hombre con unos pantalones anchos con un bulto sospechoso que lucía sin escrúpulos. A un hombre en pantalones cortos con unas venas en las piernas tan gordas que parecían los hilos de cera que caen en las botellas de Chianti que se ven en los restaurantes italianos.

A una mujer con el cutis graso y unos poros como si tuviera la piel de gallina, tan visibles como los puntos de los pollos desplumados. A otra que aún conservaba su atractivo con unas piernas torneadas y desnudas, pero llenas de pelo (tenía hasta en los pies), que parecían

patillas cortadas con cuidado o unos calcetines subidos cinco centímetros por debajo de la rodilla; a un hombre fornido de unos sesenta años cuyo pelo en el pecho, visible por debajo de la camiseta de tirantes, había sido arreglado con el mismo cariño y paciencia que el de un colegial al peinarse. (En todas partes, pelo en todas partes: la extraña sensación que tenían de encontrarse entre pájaros, las pelucas, la boa, la *babushka* de pelo por debajo del mentón de aquella señora, los peinados altos, la calvicie incipiente, las cejas dibujadas, el bigote y las patillas tatuadas de aquel cowboy extraño. La calvicie de Mudd-Gaddis y la pelusilla de la quimioterapia que tenían varios niños. Porque todo tiene una explicación lógica, y casi todos habían oído que el pelo sigue creciendo después de muerto. Porque todo tiene una explicación lógica y el pelo era la cuerda roída y frágil con la que se aferraban a la inmortalidad).

En todas partes había parejas peculiares. Un chico y una chica que no podían tener más de doce años pero cuya intimidad de enanos les hacía parecer que estuvieran casados. El chico le pasaba el brazo por la espalda a ella en un gesto protector, y la otra mano la tenía en el bolsillo de su gabardina tres cuartos como si acariciase una pistola. Llevaba chaqueta, camisa y corbata. Sus pantalones, con una raya afilada como una navaja, se elevaban sobre un par de zapatos elegantes y a la moda. La chica, más baja que su pequeño novio, llevaba un abrigo de lana correcto que parecía comprado en las rebajas de la vuelta al cole y sonreía débilmente. En su cabello negro se veían hilos grises y bajo el brazo de su protector parecía un poco nerviosa, recelosa, incluso sufrida, como si conociera los defectos de él, tal vez sus enfermedades —que para ella no lo eran—, sus problemas con la bebida, su adicción al juego, sus puños rápidos y sus insultos groseros.

Y miraban abiertamente a las parejas desiguales: a las chicas grandes y fuertes al lado de hombres demasiado pequeños, y hombres tan voluminosos como jugadores de fútbol americano junto a mujeres escuálidas y mustias, a las parejas con una diferencia de edad abismal que se mostraban cariñosos en público: que se manoseaban o se agarraban del culo, los hombres reposaban los dedos como quien no quiere la cosa en el pecho de ellas, como sumergidos en agua. O de repente se pasaban los brazos por la espalda. Lanzaban con orgullo señales de satisfacciones secretas, como tal vez hacen los ricos, como los travestis.

Y se fijaban en un grupo de retrasados, de aspecto extraño sin edad, en el que los hombres iban vestidos con monos y las mujeres con vestidos anchos, sin forma y medias hasta la rodilla. Se agarraban unos a otros con sus dedos cortos y gordos, y sus ojos contentos y extraños se concentraban en aquellas caras sonrientes como si fueran

uvas en una tarta, sonreían radiantes con dentaduras imperfectas, radiantes debajo de su pelo rapado y sus cráneos cortos y anchos.

(Sin embargo, la mayoría no eran deficientes, simplemente estaban envejeciendo o eran viejos, o por lo menos habían superado ese periodo de gracia de treinta o treinta y cinco años que parecía acompañar a la mayoría de vidas).

Ya ni siquiera necesitaban que Colin dirigiese su atención y les señalara cosas. Ya estaban absortos, levantaban la voz como personas que pujan por lo mismo en una subasta, ni siquiera escuchaban; o, si lo hacían, era esperando el final del discurso del otro, el momento oportuno en que ellos pudieran dar su opinión, que llegara su turno: o, si escuchaban, no era para esperar a que el otro acabase sino en busca de una especie de pista, una frase más o menos específica a partir de la cual pudieran construir, añadir algo, como en una partida de dominó, por ejemplo, o de cartas con reglas muy precisas. Pero en general estaban demasiado exaltados hasta para eso. Solo escuchaban a medias, en realidad, o menos, lo mínimo, por encima, concentrándose solo en lo que les convenía a ellos y en la esencia, en el meollo y la sustancia de lo que querían decir, pensaban en titulares de periódicos por prudencia y educación, pero al final se adaptaban a una especie de conversación en la que seguían utilizando el lenguaje del otro reino, aquel del que habían venido.

—¡Madre del Amor Hermoso! —dijo Janet Order—. Mirad a ese par de carcamales.

—¡Y que lo digas, Janet! Lo están dando todo —coincidió Rena Morgan.

—Aunque la mona se vista de seda… —suspiró Janet.

—Mona se queda.

—Charcos de sangre.

—¡La virgen! —dijo Benny Maxine. —Mirad a la chavala del culamen. Yo me muero con semejantes posaderas.

—Toma ya, es monumental, ¿no? —dijo Tony Word.

—No quiero ni imaginarme lo que puede llegar a salir de ahí —comentó Benny.

—Sálvese quien pueda.

—¡Virgen santísima! —dijo Lydia Conscience—. Vosotros decid lo que queráis, pero yo me solidarizo con la pobre vieja que parece que esté en estado de buena esperanza.

—Ay, madre. Menudo bombón. En cada pueblo hay una.

Tony Word reflexionó y dijo:

—No. Es una zampabollos. Se trata simplemente de un caso de glotonería pura y dura.

—Entonces, ¿tú crees que está así solo de engullir? —preguntó

Lydia.

—Pues claro —dijo Tony—. Esa es capaz de zamparse un elefante. Enterito.

—Pobre Jesús, cómo sufre —dijo el analfabeto Noah Cloth mirando a su alrededor y concentrándose en el grupito de retrasados —. Sufre por todos los pazguatos brutos y chalados, por todos los zopencos y mostrencos que son más cortos que las mangas de un chaleco, por todos los que están cucú, los cretinos y los majaras, por los zotes y los zoquetes, por todos los patanes, pasmarotes y panolis que no tienen salvación.

—Cierra el pico, colega —le dice Benny Maxine en voz baja.

—Por todos los tarados —dijo Noah, que ahora lloraba—. Por todas las lumbreras.

—Menudo atracón se ha dado la jamona —dijo Tony Word con los ojos clavados en la mujer gorda que Lydia Conscience había creído que estaba embarazada—. La de comida indigesta que le ha pasado por el gaznate a ese pozo sin fondo —añadió sin apetito.

—Tiene el pecho cargado —dijo Rena Morgan, llorando, de una mujer que tosía—. Debería dejar el tabaco.

—Atrás quedaron sus días de gloria —dijo Janet Order.

—¡Pero bueno! ¿Y para quién no? —quería saber Rena, sollozando —. ¿Para quién de nosotros no, eh? ¿Para quién?

—¿Están todos de vacaciones de ensueño también? —preguntó Charles Mudd-Gaddis.

—Todos, hijo mío, sin lugar a dudas —dijo Lydia Conscience cansada.

—Qué vergüenza —dijo él—. Dejarse de esta manera cuando uno tiene toda una vida por delante.

Y al final acabaron señalando sin ningún disimulo. (Podían parecer sordomudos en la cola de un bufet libre que gesticulaban ante los platos y señalaban los postres). Se arremolinaron sin criterio, se revolvieron como presas de un espontáneo y aleatorio «J'accuse». Lloriquearon, aullaron, gimotearon, sollozaron.

Porque todo tiene una explicación lógica. Ellos vivían en el clima frío de Inglaterra. Venían de un país donde el hábito hacía al monje o a la monja. No estaban acostumbrados a ver ropa deportiva, pantalones cortos y vestidos ligeros y lavables del clima casi tropical. No estaban acostumbrados, es decir, a ver la forma real del cuerpo de las personas, y sencillamente no tenían ni idea de que lo que veían era el aspecto corriente del físico con el paso del tiempo, de las comidas, de los buenos momentos, de las comodidades y de todas las licencias que el cuerpo se concede sin pensar. De modo que cuando Colin dijo lo que dijo, ellos lo creyeron.

—De verdad —les dijo—, sois vosotros dentro de unos años, olvidaos de los setenta años de esperanza de vida que os tocaban. Toda esa carne echada a perder, todos esos cuerpos estropeados y maltrechos. ¿Los veis? ¿Veis lo que pensabais que os ibais a perder?

—Cuerpos —dijo Nedra Carp—. A mí no me venga a hablar de cuerpos. Yo conozco el cuerpo humano.

—¡Toma, son mías! —gritó Colin Bible, irrumpiendo en la habitación que compartía con Bale, Mudd-Gaddis y Benny—. *¡Ya tengo sus autorizaciones en el bolsillo!*

5

De modo que Nedra conocía el cuerpo humano.

Sus deberes como niñera por lo menos le habían proporcionado conocimientos en ese campo. (¿No había bañado y secado a docenas de niños? ¿No había ayudado a bañar y hasta a vestir a todos aquellos hermanastros y hermanastras, medio hermanos y cuartos de hermano —«parientes fraccionados», los llamaba ella— en sus años de infancia?) Y si sus conocimientos se limitaban en gran parte a los cuerpos de los niños, bueno, ¿acaso no eran los cuerpos de los niños cuerpos en su forma más pura? ¿No eran los niños la esencia de la idea más nítida de la forma? ¿Sin pelo, sin protuberancias monstruosas, sin la suciedad del sexo? (No era mojigata. No quería decir suciedad. Se refería a que el cuerpo se abstrajera, a que se alejase de sus intenciones, de la adherencia hermética y total de la piel al esqueleto: el palimpsesto de la carne con volutas y ornamentos barrocos). Había frotado y restregado a muchachitas y muchachitos desde que tenía memoria y, sentada en taburetes o en sillas para tener un punto de apoyo, atraía aquellos cuerpos hacía sí con la V abierta que formaban sus piernas (de pederasta tenía lo mismo que de mojigata) lavándolos con vigor, frotando, acicalándolos —para irse a dormir o para ir a fiestas— como si hubiesen sido caniches de un concurso canino, conocía la textura de su piel, cada centímetro y cada cavidad de su cuerpo incluso bajo el tacto de las toallas gruesas y rugosas y la suave capa acuosa del jabón, sin contar la engañosa sensación provocada por la temperatura del agua. Practicaba con esa línea familiar descentralizada, con sus diluidos hermanastros y medio hermanos (los dos hermanastros, el chico y la chica, las tres —¿qué?— hermanas primas y la hermana de su medio hermano, el medio hermano, la media hermana y las dos hermanastras por parte del segundo viudo, con lo que durante el resto de su vida siente que está —ella que no sabe *dónde* está— tanto *in loco parentis* como *in sororal parentis*), igual que otras niñas juegan con muñecas.

De modo que, sin haber tenido nunca un especial interés por el cuerpo, sabía cómo era. Por lo menos tenía cierta familiaridad con él, para ella los niños y las niñas eran sexualmente neutros, como las

muñecas. Conocía, por tanto, la superficie del cuerpo, la piel que les pulía, que les lustraba como armas para una inspección. Y hacía mucho tiempo, o por lo menos a la niña le parecía que hacía mucho tiempo (cuando tenía cinco años, cuando tenía seis, cuando tenía siete, ocho y nueve), ella había lustrado su propio cuerpo, levantándose después de que la niñera le hubiera leído un cuento en la cama, cuando, fingiendo dormir, la mujer se había inclinado para acabar de arroparla, para ponerle bien el pelo, y después había salido de la habitación de puntillas, Nedra prestaba atención hasta que dejaba de oír pasos, se levantaba e iba al armario, donde, si era en verano, miraba en el interior de la manga de su abrigo grueso de invierno o, durante el frío, en la manga de la chaqueta de entretiempo y cogía un trapo enrollado con cuidado que escondía allí, y no volvía a la cama sino que se ponía delante del espejo de cuerpo entero, lejos de la ventana, en una esquina de la habitación, y se quitaba el bonito camisón para examinarse el tórax, la zona de la que no recordaba ningún momento en que no hubiera sabido que allí se desarrollaría el pecho, para ver si la pequeña y discreta mancha de vino, no más grande y no muy distinta al círculo que deja un vaso húmedo al apoyarlo sobre una superficie de madera, seguía allí.

Y allí estaba naturalmente.

Usando el paño, lubricando primero una punta con saliva o con agua del vaso que tenía sobre la mesita de noche, pero solo en los meses calurosos (porque un poco de humedad no dejaría marca en la bonita lana gruesa del abrigo, mientras que en la chaqueta de entretiempo se vería enseguida), al principio frotaba la marca con paciencia hasta diez minutos, como si más que hacerla desaparecer quisiera hacerla brillar (y solo en los meses fríos se aplicaba con más tesón, cuando utilizaba el paño seco como goma de borrar y rascaba, raspaba, restregaba y apretaba como si quisiera encender una cerilla, hasta que al final acababa sangrando —aunque nunca con las uñas, por más que deseara arrancarla, se contenía solo por escrúpulos, por una prohibición que había oído sobre la automutilación— y se provocaba verdugones, ronchas, cardenales en el cardenal), para a continuación cambiar la punta húmeda por una seca y repetir la operación durante diez minutos más aproximadamente, pero siempre con delicadeza —era verano, la habitación estaba cerrada, con el esfuerzo transpiraba y Nedra no podía soportar el olor de su propio sudor, del mismo modo que no podía tolerar ninguna de sus imperfecciones—, aunque con la misma paciencia discreta y resignada de un artesano. (De modo que puede que fueran los meses de verano los que la salvaron, los que evitaron que se provocara un cáncer, los que la indultaron del clima inglés, que era tres cuartos frío y un cuarto caluroso, como la receta del martini).

Aunque su niñera veía los resultados cuando la bañaba.

—¿Sigues toqueteándote eso que tienes en el pecho?

—No me lo toqueteo.

—¿Cómo que no? Un día vas a hacer que te salga una buena septicemia con ese dichoso tic que tienes.

Sin embargo, la niñera se equivocaba. No era un tic. Lo que hacía no era de manera inconsciente, no se parecía en nada a morderse las uñas o a jugar con el pelo, aunque ella no tenía ninguno de esos hábitos. Lo único que quería era librarse de esa cosa, hacerla desaparecer a base de frotamientos furiosos. (Y, a veces —durante los meses de verano, después de irse a dormir, los últimos pálidos rayos del sol entraban por la ventana de su cuarto y se mezclaban con la luz del plafón o de la lámpara de la mesita de noche, o durante los meses fríos, cuando la noche se estrellaba contra el cristal de la ventana y la única luz en la habitación eran los pocos watts del plafón y la de la lámpara de la mesita de noche— creía de verdad que la mancha estaba perdiendo intensidad).

Durante una visita médica el doctor se la vio.

—¿Te duele?

—No.

—¿Pica?

—No.

—Entonces, ¿por qué te la tocas? La estás irritando, ¿sabes? Al final conseguirás que te salga una infección tremenda. Le recetaré una pomada. Quiero que se la ponga en esa zona durante cinco días cada noche después del baño. Bien, Nedra —le dijo el médico—, este es un medicamento muy fuerte. Es una pomada a base de esteroides y no debes rascarte. Tienes que dejar que haga su efecto.

Y la niñera se la aplicó y Nedra, que no lo había entendido bien, viendo que hasta ahora la pomada solo había conseguido bajar la inflamación sin que se viera ningún efecto en la mancha, y creyendo que el médico tenía miedo de recetarle una dosis demasiado fuerte —había perdido a su madre; sabía de dosis y de medicamentos fuertes, sabía que los médicos se mostraban reacios a dejar que los pacientes los tomaran incluso cuando estaba claro que iban bien; como la morfina de su madre, por ejemplo, que el médico le había dicho que tomara cada cuatro horas pero que ella necesitaba cada dos— siguió poniéndosela durante una semana, hasta que ya no quedaba más en el tubo y le salió un sarpullido espantoso por todo el cuerpo. El médico le dijo que era alérgica a los esteroides y dejó de recetarle la pomada. El sarpullido desapareció al cabo de un tiempo pero la mancha seguía allí.

Y ahora sabía cómo se llamaba: estigma. Buscó la palabra en el

diccionario de su padre y descubrió que el defecto violáceo iridiscente que ella llevaba incrustado en la piel como un abalorio podía ser: «una marca aplicada con hierro candente en la piel de un criminal o un esclavo; marca o señal de infamia, deshonra u oprobio»; y, en la acepción médica, «marca en la piel que sangra como síntoma de histeria; marca indicativa de enfermedades o anomalías»; y, más abajo, al final de la lista, después de las acepciones biológicas y botánicas, «pequeño orificio por el que entra el aire en un insecto o pequeña mancha en un alga», leyó que los estigmas eran «llagas idénticas o similares a las heridas de Jesús después de la crucifixión» —no era el caso de la suya, que se parecía más a una media luna estampada en la piel por un hipotético vaso de cerveza, por ejemplo, que se deja secar en un hipotético bar— «y a veces huellas impresas en personas en un estado de éxtasis religioso o crisis histérica».

No había mucho donde elegir, pensó: las llagas de la histeria; las señales de la infamia, la deshonra y el oprobio; las marcas de anomalías; las marcas en criminales y esclavos. (Estaba marcada. Era una niña marcada. Se convertiría en una mujer marcada). Decidió ser esclava y se volcó en las niñeras.

Ayudante de las ayudantes de la madre. Aprendiz de las niñeras.

Y ellas, a esas alturas la casa de la madre estaba casi completamente ocupada —Nedra tenía diez años, su madre había muerto cuando ella tenía cuatro, su padre, a los nueve, su madrastra se había vuelto a casar con el viudo y al cabo de dos años ella también moriría, dejando al viudo libre para casarse, para traer a su novia, que también era viuda y tenía dos hijos, a su pequeño club—, con tantas habitaciones llenas como en un bed and breakfast de buena reputación, las niñeras, además de recibirla con los brazos abiertos, probablemente la habrían reclutado si ella misma se hubiera ofrecido antes. Y pasó de frotarse y restregarse ella misma —había dejado de atacar la cosa que tenía en el tórax— a hacérselo a los bebés, a todas esas muñecas de carne y hueso que bañaba y secaba casi con la misma brusquedad que se había aplicado a sí misma. Las niñeras intentaron que se lo tomara con calma, que se relajara. «Nedra, que los vas a despellejar». Le quitaban la manopla y el jabón y le enseñaban a ser más dulce, o lo intentaban. «Nedra, cariño, que no estás cortando leña. Tienes que ser más delicada con ellos». Y que probablemente la habrían dejado por imposible si no hubiese sido por todas aquellas muertes, que seguían creando posibilidades para que los supervivientes se casaran con otras viudas, otros viudos, a su vez con sus propios hijos. (Tenían poca vista —Nedra pensaba en las niñeras que fueron llegando a casa de su madre como un escuadrón, aunque lo más probable es que nunca hubiera más de una presente— y no acababan de entender lo que ocurría. Las muertes de los adultos,

pensó Nedra, son las que mantienen las cosas a flote en esta casa). Y al final, al ver que no había manera de que aprendiera, que no se le daban bien los bebés, la enviaron con los niños de dos o tres años. Quienes —ya fuese porque eran mayores, más fuertes o porque tuvieran mayor capacidad pulmonar, ya fuese porque hacía más tiempo que estaban en el mundo y habían desarrollado un marco de referencia con el que podían evaluar el trato de Nedra en comparación con el de las niñeras de verdad, que era menos parecido al de los estibadores del puerto, o porque habían empezado a desarrollar un sentimiento parecido al de la indignación— aún armaban más escándalo que los bebés.

De modo que ahora tampoco podía estar con esos niños y (como vieron que no había nada malo en ella, que su furia no procedía del rencor y seguramente era solo una especie de dedicación, y algo más, quizá, un sentimiento que ellas reconocían de sus años de aprendizaje y que era la señal de una impotente o quizá demente adhesión, una manera de aceptar su vocación, la llamada a ser niñera) la ascendieron (y eso que no había superado la prueba con los bebés ni los niños pequeños) para que se hiciera cargo de los niños de verdad.

En aquel momento ella debía de tener once o doce años. En la casa de su madre debía de haber, sin contarse a ella misma, unos ocho niños. Nueve cuando el segundo viudo y la nueva madrastra lejana tuvieron un hijo.

Esa era la reserva a partir de la cual las niñeras tenían que elegir. Y si en ese momento Nedra tenía doce años y ya había estado con todos los recién nacidos y los niños pequeños que se atrevieron a confiarle, los únicos niños de verdad que quedaban —la hermanastra y el hermanastro eran un año o dos más pequeños que ella— eran la medio hermana y el medio hermano, los otros únicos Carp de la casa.

La pusieron a prueba con la medio hermana, pero la niña era delicada y no soportaba las palizas de Nedra.

Le dieron una última oportunidad. La enviaron al baño, donde estaba Gregory, de ocho años.

Ella lo vio a través del vapor. Él la vio acercarse reflejada en la condensación de los azulejos húmedos, del mármol resbaladizo. Se sobresaltó, y cubierto de espuma hasta el cuello, se encontraba en desventaja.

—¡Ay, madre! ¡Ay, Dios! Pero ¿qué haces tú aquí?

—He de ayudarte a bañarte.

—¿Qué? ¿Ayudarme a bañarme?

—Vamos, Gregory, dame la manopla, haz el favor.

—¿Para qué?

—Pásamela, Gregory. Que no tengo todo el día.

—Pero ¿tú estás tonta? ¿Te crees que voy a dejar que me toque una niña? *¡Ni loco!*

—No seas ridículo, Gregory. La niñera te ha bañado durante muchos años.

—Ya, bueno, pero para eso es la niñera, ¿no? Lo tuyo es distinto.

—Soy tu hermana. —Su respuesta al pudor del niño era obvia, incluso lógica, pero igualmente pobre. Ambos lo sabían. En esa casa se habían dado pocas situaciones de intimidad espontánea. Por más que los hijos de esas extrañas relaciones de relevos y vínculos entre diversos progenitores vivieran y jugaran juntos, comieran en la misma mesa, se acostaran más o menos a la misma hora, compartieran ropa, vivieran detrás de las mismas puertas nunca cerradas y, a medida que fueron haciéndose mayores, tuvieran la misma libertad para moverse a su antojo por las mismas habitaciones y pasillos —las habitaciones de su madre, los pasillos de su madre—, no era habitual (y a Nedra no le había pasado nunca) sorprender accidentalmente a alguien de la familia en un estado de desnudez. No sabía por qué ni cómo había sucedido, pero era un poco como ser huéspedes del mismo hotel. Simplemente no se había dado la ocasión de echar una miradita comprometedora a otro. Simplemente no se daban situaciones embarazosas. Las incursiones de Nedra en el cuidado de los niños le habían otorgado algunos «puntos de vista» privilegiados, hasta incluso una especie de experiencia de primera mano, pero en aquellas ocasiones estaba tan concentrada en lo que hacía —poseída por la furia, podría decirse— que ni siquiera tenía en cuenta el sexo de quien estuviera bañando.

—Vete —dijo Gregory Carp—. Lárgate. ¡Fuera!

—No hasta que haya acabado contigo.

—Bueno, he oído que te van estas cosas. Pues lo siento mucho —dijo y se levantó un poco para intentar correr la cortina de la ducha. Nedra la retiró, era su última oportunidad, las niñeras se lo habían dicho, y la enrolló en la barra. Gregory la miró—. Sí, sí —dijo—, he oído que estás hecha una bestia. Jack el Destripador, te llaman en la guardería. Le quitarías las manchas hasta a un leopardo. Eres la reina de los trastornados, Nedra, eso es lo que eres.

—Pierdes el tiempo, jovencito.

Estaba arrodillada, con las mangas remangadas, y metió la mano en la bañera para buscar la manopla, que sacó de debajo del muslo de Gregory.

—Vete, ¡aléjate de mí! ¡Para! *¡Que pares te digo!*

—¿Quieres que te oigan gritar?

—¡Pues claro!

Nedra le frotó los brazos con la manopla enjabonada. De golpe él

se echó atrás en el agua. «Siéntate», le ordenó y él se incorporó un poco, con el pecho cubierto de una fina capa de burbujas. Le frotó una axila. Él tenía cosquillas. Le dio la risa tonta. «No seas tonto, Gregory. No seas tan tonto». Ahora su medio hermano se reía como un poseso. Con la mano cogió unas burbujas y se las tiró. La ligereza de la trayectoria le hizo gracia a Nedra, que sonrió y también cogió un poco de espuma. Era un poco como intentar lanzar plumas. La verdad es que aquello se parecía bastante a una gloriosa pelea de almohadas de poco peso. Los dos se tiraban miles de ligeras bolas de espuma. Nedra tenía espuma en la ropa, en la cara, en el pelo. El hermano se levantó y empezó a salpicarla. Le tiraba agua que se recogía del pecho con las manos.

Y entonces fue cuando ella se fijó, cuando la vio.

Naturalmente, era aquella cosa, la mancha de vino, el semicírculo, la joya falsa con forma de media luna, la mancha violeta iridiscente, el cardenal, el estigma, la señal infame de su anormalidad histérica en la piel. Él también la tenía. También estaba marcado. Y ahora veía cómo era aquella cosa realmente. Tenía forma de labio.

Estaba ahí, en el tórax de su hermano, en el punto exacto donde la tenía ella, pero invertida, en la zona donde no recordaba ningún momento en que no hubiera sabido que allí se le desarrollaría el pecho.

Fue en aquel instante cuando Nedra empezó a concebir la idea de la alianza, incorporando también a la hermana de Gregory, porque pensó que sería lo que él querría, ofreciendo a la pequeña una relación especial, un estatus de nación amiga; sin sospechar que, aparte de la suya, no había ninguna relación especial en esa casa, que la sangre no tenía ninguna importancia, ni tampoco la relación fracturada y fraccionada de los medio hermanos y los hermanastros, ni la nebulosa de parientes fraccionados: que no había nada que contase, ni siquiera una relación normal de amistad; sin saber que las cosas estaban como ella había expresado con su metáfora, que los demás de la casa estaban igual de unidos los unos con los otros que los huéspedes de un hotel (y pronto se olvidó de la hermana, cuando el medio hermano mencionó la indiferencia que sentía por la niña, y ella se siente más culpable por ello que él), reprimiendo su apetito para satisfacer el de Gregory, llevándole caramelos, guardándole postres, reservando parte de su paga y, cuando se libraron de la hermana, la niña delicada que no soportaba los golpes de Nedra, añadió también su décima parte —la porción de la niña representaba una décima parte—, que Nedra (porque ella aún creía en la buena voluntad de él, en su generosidad, y a veces lo regañaba por ser tan desprendido con su dinero —es decir, el de Nedra— porque él derrochaba en juguetes sin valor que compraba con lo que ella había apartado, y que si no se hubiese

gastado en eso, habría sido destinado igualmente a los ahorros para los gastos del hermano) se había quedado del dinero de Gregory, ya que para ella ese dinero era de Gregory.

Porque ella lo único que quería era mirarla, estudiarla (ni siquiera quería tocarla, de hecho había dejado de bañarlo, no porque él fuese demasiado mayor, que lo era, sino porque ella no quería volver a caer en antiguos patrones de comportamiento, no quería volver a infligir dolor nunca más, ni siquiera de manera involuntaria o inconsciente, no quería aplicar —se había deshecho del paño— ninguno de aquellos frotamientos obsesivos e irreflexivos con los que ella misma se había provocado llagas en el cuerpo y con los que había hecho llorar a sus medio hermanos, a sus hermanastros y a parientes fraccionados de piel clara) sin decirle, aunque le hubiera encantado, que ella también tenía una.

Jugaban. Ella era cuatro años mayor que él. Jugaban a los juegos de él.

Jugaban a ¡ve a pescar!, jugaban al culo sucio. Le ponían la cola al burro y jugaban a la guerra con soldaditos de plomo. Ella lo empujaba en el columpio, le daba vueltas en el tiovivo. Lo llevaba a caballito. (Creía que sentía el calor de la mancha a través de la chaqueta de Gregory, a través de su camisa y de su camiseta, a través de la blusa de ella, el suéter y su propia camiseta, el calor de la mancha indeleble sobre su piel se propagaba a través de las seis capas de ropa que los separaban y la calentaba detrás del corazón, en el punto en que él rebotaba contra ella).

—Oye, Nedra —le dijo él un día—, ya tengo casi diez años. Soy grande para mi edad, soy igual de alto que tú. Es ridículo que me lleves a caballito.

—Pero si eres ligero como una pluma —respondió ella.

—No. Me siento idiota.

Ella estaba a punto de llevarlo a la otra punta del jardín, donde hacía poco había empezado a enseñarle a jugar a béisbol, donde se apoyaban el uno en el otro en melés torpes de rugby a dos, donde jugaban juntos a una suerte de hockey, donde daban patadas al balón que Nedra le había comprado. Se dirigían al pequeño parque, donde ella seguía empujándolo en el columpio, donde seguía dándole vueltas en el tiovivo.

—Está bien —dijo ella—. Llévame tú.

Porque aún no se la había enseñado, no se lo había dicho. No porque fuera un secreto, sino porque lo guardaba, lo atesoraba para cuando lo necesitara —tal vez había llegado el momento, tal vez las dudas que mostraba él al ir a caballito eran un presagio— para unirlo a ella como ella estaba unida a él desde hacía dos años. Las excusas

habían empezado a parecerle ridículas incluso a ella: los juegos violentos a los que jugaban, que habían sido idea de ella, la chica, que no tenía ni idea de deportes de chicos, en realidad, que ni eran de su gusto ni se le daban bien pero que se había forzado a aprender, a empollar reglas a base de leerlas en manuales, y que en su tiempo libre practicaba las bases del fútbol, del rugby, del béisbol y del hockey, ella, que antes de tener la necesidad de conocer esos juegos el único juego al que había jugado había sido el de bañar a niños, jugaba a la niñera, y de hecho había logrado desenvolverse bastante bien, en los juegos violentos, solo por poder enseñarle a él a jugar, para tenerlo consigo, para entretenerlo. Y que en ese momento no había sabido que la excusa de enseñarle deportes desencadenaría otras excusas: el hecho de que Gregory sudara sería un pretexto para hacer que se quitara la camiseta, para secarlo, y así ella podría contemplar la mancha, estudiarla, ver si seguía ahí.

De modo que los recelos que tenía Gregory porque ella lo llevara a caballito no fueron recibidos con excesivo desagrado. Veía las ventajas, los elementos que podían jugar a su favor. Y fue por eso que no discutió, por eso fue tan rápida en proponerle que intercambiaran los papeles y que el chico la llevara a ella a cuestas. Porque aún no se lo había contado, y porque en realidad no sabía cómo hacerlo aunque fuese el momento oportuno.

—¿No peso demasiado para ti? —preguntó la chica de catorce años al niño de casi diez.

—No —respondió él mientras ella se subía a su espalda.

Porque tal vez él la note, pensó Nedra. Porque tal vez la siente y lo sabrá por el calor, y no tendré que decírselo yo.

Sin embargo él no dijo nada cuando la bajó.

Es tímido, pensó ella. Es como yo.

—¿Has notado algo raro? —le preguntó.

—Tienes las tetas puntiagudas —dijo él—. Tienes las tetas como clavos.

¿Qué podía esperar?, pensó. Es *muy* tímido. No debería haberle preguntado nada.

De manera que Nedra esperó a llegar a casa. No le señaló que estaba sudado, que estaba acalorado. Lo llevó directamente a su cuarto y cerró la puerta.

—No pensarás bajar a cenar con este aspecto —dijo ella—. Quítate la camisa.

—Pero Nedra… —dijo él.

—Te lo digo muy en serio, jovencito. Quítatela.

Y como él entendía perfectamente que en aquella casa los vínculos de sangre no tenían ninguna importancia, ni las relaciones especiales

ni la amistad y sabía que era ella la que le daba los dulces, los postres, los regalos, el dinero extra y las clases de deportes, le hizo caso. Se quitó la camisa y la camiseta y se las entregó obedientemente a la loca de su medio hermana, la reina de los trastornados. Que las cogió y las tiró al suelo.

—¿No me vas a secar? ¿Qué haces? Eh, ¿qué estás haciendo?

—Mira —dijo ella—. ¿Lo ves?

—Madre mía, hermanita —dijo él—, ¡esto es mejor que los dulces!

Y se quedó inmóvil mientras ella se acercaba y sin darse cuenta de lo que hacía, tocó con los pechos, que no recordaba ningún momento en que no hubiera sabido que se le desarrollarían, la mancha iridiscente en el tórax de Gregory, uniendo los dos estigmas del puzle, apretando su joya falsa con forma de labio inferior contra la mancha de vino con forma de media luna y labio superior de su hermano.

Gregory había cumplido diez años cuando fue a hablar con ella. Nedra se acordaba porque él llevaba aquel bonito gorro de cuadros escoceses que le había regalado por su cumpleaños.

El niño carraspeó, como para hacer ver que la había pillado desprevenida y que, por caballerosidad, no reclamaba su atención, sino que le daba la oportunidad de recomponerse, fingiendo ya no su invisibilidad sino la de ella.

—Gregory.

—Me parece —empezó a decir el medio hermano— que no puedo seguir honrando nuestra relación especial.

—¿Ah, no?

—Aunque siempre te medio querré.

Janet Order, se encuentra pensando de repente Nedra Carp, Janet Order, Janet Order. Janet Order la Lívida, la Niña Azul, piensa, que parece querer desafiar su práctica de muchos años de amor mercenario, de trabajadora retribuida —cosa que era un defecto, se daba cuenta ella sola— y los viejos patriotismos y antagonismos basados en la proximidad, su dependencia, por ejemplo, hacia todo lo que está autorizado y su atención servil a los niños que cuidaba, la afrenta, por ejemplo, que suponía para ella la pura y sencilla otredad: tener que compartir el baño con alguien, encontrar cabello en el peine de otra persona, cajas de tampones de otras mujeres y toda la mnemónica de un ser distinto a ella —era un defecto, era un defecto —, el defecto de las hostilidades que le revolvían el estómago y sus antipatías melindrosas (ella, que se habría sentido atacada por Mary Cottle, por ejemplo, por el hecho de que tenía el mismo nombre bautismal que la Poppins), su xenofobia y el otro lado de la moneda, el defecto de tener favoritos, como era también un defecto su juego pagano de apuntar el pulgar hacia arriba, pulgar hacia abajo.

Defectos, defectos, defectos.

Pero se perdona porque ha decidido hacer borrón y cuenta nueva de un modo esplendoroso, Nedra siente simpatía por la niña que quiere hacerlas mejores a las dos. *Janet Order*, piensa, de repente presa de la admiración. *Janet Order*. *Janet Order*. Que también tiene un cardenal, su cuerpo entero es un tremendo estigma azul.

Mientras tanto, en la habitación de Mary Cottle, el señor Moorhead visitaba a su ejemplar judío.

Porque en el fondo era un animal social y en las fiestas y reuniones no iba proclamando a los cuatro vientos que era pediatra, ni que antes había trabajado en urgencias. Pero en su egocentrismo no tenía el suficiente valor de declararse, aunque él creía serlo —y puede que lo fuera—, uno de los mejores especialistas en diagnósticos del mundo. Y *nunca* hacía referencia a lo que para él era una absoluta certeza: que de verdad era el mejor especialista en diagnósticos de todos los tiempos. Y aunque hubiera querido soltárselo en uno de los cócteles organizados por la reina, por ejemplo, a uno de aquellos estirados con condecoraciones, sabía qué resultado tendría un gesto así —lo habrían tomado por un demente— y se mordía la lengua. Pero se merecía un reconocimiento, pensó el señor Moorhead. No era ni por modestia *ni* por miedo que evitaba alardear. Era por pura y simple prudencia. La realidad era que su don era una maldición. Él sabía cómo acabarían las cosas. Sabía cuándo se moriría la gente. Sabía más que la muerte. Y aunque el don de gentes no era su fuerte, conocía bastante bien la naturaleza humana y se daba cuenta de que una persona debía tomárselo con mucha deportividad para no dejarse desanimar con la perspectiva de la propia mortalidad. Riendo, pensó que lo tomarían por el aguafiestas de los cócteles de Su Majestad.

(Aunque lo había hecho en una ocasión. Era la primera vez que se lo pedían y estaba un poco alegre. Se jactó de su talento con un eminente filántropo. El hombre estaba encantado, le había contado todo su historial médico y la conversación había llegado a ese punto en el que tenía que hacer la temible pregunta. Moorhead lo vio venir —al fin y al cabo era especialista en diagnósticos—, pero no hubo manera de detenerlo. «Le he contado muchas cosas sobre mí —dijo el hombre al final—. Así que ¿usted qué cree? ¿Qué cree, eh?». A veces saber que sucederá algo da la oportunidad de afrontarlo de la mejor manera —al fin y al cabo era médico—, y estaba preparado para este señor. «Verá —le dijo indignado—, no soy médium, ni adivino, ni ningún embaucador. Soy un hombre de ciencia. No me pondré a hacer trucos de magia para usted en el salón». Y aguardó nervioso la reacción del millonario, que hasta para la mente achispada de Moorhead tardó un poco en llegar. El tipo empezó a mirar a su

alrededor, a los jardines exuberantes de Buckingham Palace, a la guardia con sus trajes de ceremonia, a las fastuosas tiendas con franjas que parecían de Camelot. «En el salón», dijo mientras Moorhead se alejaba. Él era pediatra y sabía unas cuantas cosas de conductas infantiles y de niños, así que no le sorprendió ver que el hombre seguía mirándolo mientras él intentaba perderse entre los otros invitados; el viejo volvió a acercársele, él no le prestó atención cuando de repente —y eso que era todo un *sir*, uno de los hombres más ricos de Inglaterra, y, según la opinión profesional de Moorhead, no duraría más de dos años— intentó inmiscuirse en la conversación del pediatra con sus nuevos interlocutores). De modo que cuando le preguntaban, él se limitaba a responder que era «médico», a secas, ya que conocía tan bien la naturaleza humana que comprendía que todo el mundo quisiera consultar con él los síntomas que tenía, ofrecerle el cuerpo como patriotas, como voluntarios, como reclutas de su propia y tosca mortalidad.

No le molestaban esas intrusiones. No le molestaba que se aprovecharan de su saber. De hecho, se alegraba. Pero necesitaba datos. Y eso no eran datos. Eran pruebas sueltas, anécdotas, valoraciones hechas deprisa y corriendo en una fiesta que no iban acompañadas de revisiones y pruebas, la única confirmación de sus hipótesis la encontraba en las necrológicas que leía en los periódicos.

De modo que cuando le preguntó la hora a la mujer—había estado esperando al final de la cola con aspecto impaciente, como si le hubieran dado plantón— y le vio la pulsera de números tatuados en el brazo, hizo un gesto de fastidio por lo poco que uno podía fiarse de la gente y se puso a esperar al lado de ella. Empezó a darle conversación sobre el progreso de la cola —intentando exagerar su acento británico —, las atracciones del parque, el alojamiento, y por fin, el motivo por el que había venido a Florida. Un congreso internacional de medicina en Miami, dijo.

—¿Es usted doctor?

—Sí, médico. Sí. De Inglaterra.

—De Inglaterra. Yo viví en Inglaterra. En Liverpool.

—¿Ah, sí? Yo tuve una consulta allí después de licenciarme. Debía de ser el 57 aproximadamente. Aún había refugiados. De los campos de concentración.

Tuvo que alzar la voz sobre el barullo que había delante del Country Bear Jamboree. Después del espectáculo su colega seguía sin aparecer y le preguntó a la señora si le gustaría ir a comer con él a la Liberty Tree Tavern. Podían pedir un *schnapps*, propuso él.

La mujer —estimó que sería de la misma edad, quizá un año o dos mayor que él; tendría dieciocho o diecinueve años después de la guerra— se disculpó, dijo que estaba cansada y que se iría a hacer la

siesta a su habitación.

Él caminó junto a ella un rato en silencio.

—Oiga —dijo por fin—, no quiero meterme donde no me llaman, pero ¿ha probado a que le extirpen los quistes que tiene en la cara?

De modo que ahora, dos días más tarde, ella está en viso echada sobre la cama de Mary Cottle. Tiene achaques que quiere contarle pero Moorhead la ha hecho callar, explicándole que ahora se da demasiada importancia a la información que aporta el paciente, que un diagnóstico es más fiable si lo elabora independientemente el médico sin lo que le haya dicho el enfermo, que lo puede engañar.

Termina la revisión y vuelve a meter sus instrumentos en el maletín negro de piel.

—Puede vestirse —le informa mientras le extiende su vestido. Se va al baño de Mary Cottle y se lava las manos en el lavabo de Mary Cottle.

—¿Y entonces? —pregunta la mujer cuando él vuelve a la habitación—. ¿Sobreviviré?

El señor Moorhead frunce el ceño.

—Es obvio que —señala la habitación— en estas instalaciones… Dígame, señora, ¿tiene fotos de su familia?

—¿Fotos?

—De la familia.

—Si le digo la verdad, doctor, no salgo de casa sin mis fotos, pero hasta ahora nadie me lo había preguntado.

—Busco pruebas de posibles patologías genéticas.

—Ah, patologías genéticas —dice ella y se pone a hurgar en el interior de su bolso grande. Extrae de él una carpeta de plástico azul que parece un portafolios gigante. Sujeta con unas gomas, está repleta de fotografías.

El señor Moorhead coge del cajón del escritorio de Mary Cottle un bolígrafo, papel del hotel, se sienta, regula al máximo el variador de la lámpara, coloca una silla para la mujer y se coloca la lupa en el ojo.

—Pásemelas de una en una y explíqueme el grado de parentesco que tiene con cada persona.

—Ese es Danny, mi nieto —le dice mostrándole una fotografía en color de un niño que parece un consentido y juega con el ordenador en un sótano reformado en Shaker Heights, en Ohio—. La niña es Debbie, su hermana.

—Yo me refería a… —dice él.

La mujer pone otra foto debajo de la lupa.

—Ese es mi hijo Ben. Y ella es su esposa, Susan.

Están dentro de un Chrysler descapotable.

—Estas son las gemelas de Ben y Susan: Sheila y Sharon. No pueden tener hijos. Son adoptadas.

Le muestra decenas de fotos. Todas en color y con un acabado mate. Son de cumpleaños celebrados en salas de juegos con paredes de madera; ceremonias —bodas, *bar mitzvah*— celebradas en salas de hotel, con grandes composiciones florales en el centro de las mesas. Le explica quién es cada invitado.

—Ese es Ron, mi otro hijo. El padre de Danny y Debbie.

—No veo ningún parecido —observa el señor Moorhead.

—¿Ningún parecido?

—Entre usted y sus nietos. Entre usted y sus hijos.

—Han salido a mi marido.

—¿Y quién se parece a usted?

—Sharon. Y Sheila.

—Pero sin son adoptadas.

Ella se encoge de hombros.

—¿Hay algún motivo médico por el que…? ¿Se llama Ben? Ben. ¿… por el que Ben y su nuera no pueden tener hijos?

—Ben se hizo la vasectomía.

—Ah.

—Dice que está mal traer hijos a este mundo.

Señala la foto de otro hijo, Donald, que vive en California y vende tejidos. Donald tampoco tiene hijos.

—Me dice: «Mamá, no querrás que tus nieto crezcan bajo la amenaza de la Sombra, ¿no?». La llama así: la Sombra.

—¿Se refiere a la Bomba?

—Vive en Mill Valley. Se refiere a la falla de San Andrés.

Después Moorhead ve una foto envuelta en papel celofán. Es de Mack, su difunto marido.

—¿Fue el segundo ictus el que lo mató?

Ella se asusta.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Sonríe solo con el lado derecho del rostro.

—Madre mía, usted sabe de qué habla. —Se toca los pequeños quistes claros que tiene en el rostro.

—Me gustaría conocer la historia de su familia —le dijo el señor Moorhead—. Sus padres, abuelos, hermanos y hermanas. Tíos y tías de sangre, sus hijos.

Ella asintió.

—¿Se trata de una familia numerosa?

—Sí.

—¿Y son originarios de…?

—Polonia.

—¿Hay muchos antecedentes de cáncer en su familia?

—No, ninguna larga enfermedad —respondió ella.

—¿Enfermedades del corazón? ¿Ictus?

—¿Contando a Mack?

—Mack era su marido —dijo Moorhead—. No es pariente.

—No.

—¿Diabetes?

—No.

—Hay una fuerte incidencia de diabéticos entre judíos polacos.

—En nuestro caso no —respondió ella.

No había habido dolores abdominales, ni cirrosis, ni anemias, ni artritis, ni asma, ni problemas en la columna vertebral.

—¿Vesícula? ¿Cálculos en la vesícula?

—De ninguna manera.

—¿Convulsiones? ¿Colitis?

—Qué va.

No había habido ningún caso de problemas pulmonares, pleuritis o neumonía.

—¿Y depresión?

—Todo está en la cabeza.

—¿Qué me dice de la gonorrea? ¿De la sífilis?

—A ver —dijo ella—, ¿usted por quién me toma?

—¿Diverticulitis?

—No, toco madera.

Le preguntó por edemas. Ella negó con la cabeza. Le preguntó por gastroenteritis. Ella negó con la cabeza.

—¿Microcefalia? ¿Hiperplasia? ¿Hipopostasemia? ¿Hemoptisis? ¿Síncope? ¿Isquemia o ataques isquémicos transitorios?

—Calle, calle.

El señor Moorhead dejó el lápiz sobre la mesa.

—Y dice que se trata de una familia numerosa.

—Sí, enorme.

Volvió a coger el lápiz. ¿Disfunciones vasculares?

Ella negó con la cabeza. Igual que cuando él le preguntó si algún familiar había tenido hemorroides o palpitaciones o varices o vértigo o infecciones del tracto urinario. Igual que cuando le preguntó por casos de sarna, hepatitis, lupus o Parkinson.

—¿Tuberculosis, urticaria?

—Descartadas.

Y resultó que había que descartarlo todo: hernia y obesidad, hemorragia rectal e hipertiroides, vesículas y osteoporosis, fallo renal y demencia senil, paresia y parestesia, derrames pleurales, vaginitis y tiroides. La enfermedad y todas sus patologías quedaban descartadas.

Aun así ella quería hablar de sus achaques. Y Moorhead, desanimado y desorientado con respecto a sus propias teorías, que ahora ni siquiera puede resumir, que no puede decir por qué necesitaba las fotografías, esas viejas poses formales en color sepia, aquellas instantáneas en blanco y negro tan reconfortantes, la escucha sin prestar demasiada atención.

—A ver —dice ella—, usted es inglés. En Inglaterra tienen el sistema sanitario público. ¿Acaso no me quedé a vivir allí dos años después de la guerra? ¿Cuando mis documentos ya estaban listos a los cinco meses? ¿Pudiendo haberme ido a cualquier otra parte? ¿Con el mundo a mi disposición? ¿Y sin embargo me quedé para terminar mis lecciones de pronunciación, mis clases de dicción? Piense que yo el inglés ya lo hablaba un poco. Lo suficiente para poder defenderme. Pero ¿cómo puede defenderse una judía si habla con acento? Un judío, un semita, un israelita, un hebreo. Este es mi miedo, doctor. Lo que me quita el sueño. Podría volver. El acento. A veces lo oigo. ¿Qué hago si vuelve esa molestia? ¿Qué hago entonces? ¿Qué pasará? ¿Qué voy a hacer? —dice con un marcado acento.

—Por favor —dice él. Moorhead vuelve al ataque—. Se lo suplico, por favor.

—Mira tú por dónde —añade ella—, me lo suplica. El doctor me lo suplica.

Y, sobre las aguas de detrás del Contemporary, Colin Bible, animado por las expectativas que él mismo se había creado —no es una cosa inmoral ni de gran relevancia, pero las personas que tratan con enfermos, inmersos hasta el cuello en el dolor y las enfermedades de los demás, parecen convertirse en el paradigma de la salud, como si se beneficiaran de una dosis extra de bienestar y por medio de un aura de espléndida y luminosa energía que se les pega por contraste con el ambiente que los rodea, casi fuesen compensados con una especie de inmortalidad a escala como la calderilla que se encuentran los acomodadores en el suelo al final de las proyecciones— gira en Bay Lake en busca de un puerto donde atracar. Mary Cottle aguarda con los niños en el puerto. Mira al horizonte, como si estuviera en el mar, con los ojos bien abiertos para intentar encontrar la pequeña lancha motora de Colin.

—Perdóneme si un pobre muchacho marcado por la muerte osa dirigirle la palabra a una bella y sana dama como usted.

—Perdona, Benny, ¿estás hablando conmigo?

—Bueno, podría decirse que lo intento. Se hace lo que se puede. —Y le guiña un ojo a Mudd-Gaddis. Le guiña un ojo a Rena.

—¿Qué ocurre, Benny? Si hay algo que te preocupe, haz el favor de decírmelo, por favor. Esa manera tuya de dar rodeos me pone un poco de los nervios. Por el amor de Dios, criatura, últimamente hablas como si fueras un espía. De verdad. En serio. Como un informante de la policía. Todas esas puyas, todas tus salidas. Y te lo digo —añade—, porque te quiero.

—Ah, bueno —resopla Benny—, *los nervios*.

—¿Tienes intención de estropear el que podría ser el día más bonito que hemos pasado aquí? —pregunta Mary Cottle, casi como si supiera de qué está hablando Benny.

—Todo esto me hace pensar en una canción —dice Benny—. ¿Ah, sí, Benny? — se pregunta él mismo—. Sí, en serio —se contesta—. Vamos, cántala. Cántala, Benny —se anima—. No tengo voz —dice—. Va — insiste—. Luego no digas que no te lo he advertido —se justifica —. Be-nny, Be-nny —canta ahuecando las manos como si estuviera en un estadio—. Pero ¿era esta la canción? —grita desde detrás de las manos—. No, esto solo eran unos coros para convencerlo y que empiece —explica—. La canción, la canción —reclama. —Está bien, dice algo así. —Mira a Mary Cottle—. *I cover the Waterfront* —empieza a cantar la canción de jazz.

Mary Cottle tiene razón cuando dice que es el día más bonito que han tenido. Por lo menos desde el punto de vista meteorológico. La temperatura es de veintisiete grados. La humedad no supera el veinte por ciento. Sopla una brisa de ensueño que infunde seguridad a todo el grupo como un bálsamo sobre la piel. El cielo es de un perfecto azul. Las nubes parecen la decoración de una tarta.

—¡Tierra a la vista! —les dice Colin en tono festivo desde la lancha motora.

—¿Qué has descubierto? —pregunta Benny Maxine.

—Oye, majo —responde Colin, hablando en voz baja y echándole un vistazo al chico de la cabina del alquiler de embarcaciones—, ¿serías tan amable de bajar la voz? ¿Tendrías la educación de cerrar el pico?

—¿Tú qué crees? —pregunta Noah—. ¿Crees que podremos?

—¿Eh, Colin? —pregunta Lydia—. ¿Podremos?

—A ver —dice Colin—, si me dejáis que hable un momento con el almirante —y señala al joven del puesto—, luego os cuento.

Salta de la pequeña lancha motora y se deshace del chaleco salvavidas.

—Oye —le dice al chico—, no quiero que me oigan los mocosos.

—Dígame.

—Por eso hablo así, en voz baja.

—Dígame.

—¿Has leído algo sobre los críos? Los siete enanitos y la Blancanieves de allí.

El joven —que según Colin no llega a la veintena y es un bombón — mira en dirección a los niños.

—¿Has leído algo sobre ellos? —le pregunta—. ¡No te quedes mirando así, hombre!

—¿Me he quedado mirándolos?

—Es lo que hace la gente, ¿sabes? O eso o apartan la mirada. Una cosa o la otra. Y no sabemos cómo llevar la fama, ¿vale? La celebridad no nos hace sentir muy cómodos.

—¿Salen en televisión?

—En las noticias.

—¿En serio? ¿En las noticias?

—Baja la voz.

—¿Qué es lo que han hecho?

—Aún no lo han logrado.

—Y cuando lo hagan —pregunta el chico de las barcas de alquiler —, ¿qué será?

Colin baja aún más la voz.

—Bueno, se van a morir.

El joven asiente.

—Ya —dice triste—. Viene mucha gente así aquí.

—¡Pero no a este puesto de alquiler de barcas! ¡Y no tantos juntos!

—No, supongo que aquí no vienen tanto.

—¿Lo ves? —dice Colin.

—¿Qué les pasa?

—¿Ves a la niña azul? —Dirige la vista a Janet Order.

—¿Sí?

—Ella es Janet. Tú, ¿Tocas algún instrumento musical?

—El saxo, un poco.

—Tiene cerradas las lengüetas del corazón. Las válvulas y las llaves que tiene son un desbarajuste.

—¿Y esa niña rellenita?

—Un tumor de dieciocho kilos.

—Qué barbaridad.

—Todo esto —dice señalando Bay Lake, el sol, el cielo azul y el día espléndido—, no sería lo habitual, ¿no? Incluso para los parámetros de aquí, incluso en Florida, ¿verdad que no?

—No es muy habitual.

—«No es muy habitual», ya me lo creo, ya. Bueno, y el chico con

bultos en la cara es Benny Maxine. Benny se muere porque el hígado se le ha hecho tan grande como una pandereta y el bazo como una pelota. Y el pequeño Tony Word y Noah Cloth, aún más menudo, se mueren de leucemia y de osteosarcoma respectivamente, es decir, un horrible cáncer en la sangre y el otro de huesos.

—Uf, vaya.

—Es lo que hay —dice Colin.

—Tremendo.

—La otra niña es Rena Morgan. Rena es la que tiene fibrosis quística.

—¿Y el que parece un viejo?

—Charles Mudd-Gaddis. Charles no es capaz de decir si es martes por la mañana o si estamos en 1066. No le llega suficiente oxígeno al cerebro, ni al ombligo, ni a los órganos, ni a las uñas de los pies.

—¿En serio?

—Te lo dice Bible, así que va a misa.

El barquero mira a los niños y sacude la cabeza.

—No los mires así —dice Colin.

—Perdón.

—Por eso les prometí este premio —dice bajando tanto la voz que el joven tiene que esforzarse para oírlo—. Bueno, para ser sinceros, ellos no lo han llegado a decir, son demasiado educados, pero creo que están un poco hartos de atracciones y exposiciones, de tecnología punta y de bandas musicales. Y he pensado que les iría bien pasar un rato en el agua y que les diera un poco el sol, ¿entiendes?

—Por supuesto.

—Bien. Nos llevaremos dos lanchas motoras, la barca a vela y uno de esos pontones.

—No las alquilamos a menores de doce años. Aunque vayan acompañados de un adulto, no pueden llevarlas ellos. Lo siento.

—Benny, déjame tu pasaporte, por favor —gritó Colin—. Rena, ¿el tuyo? Benny tiene quince años. Rena tiene trece.

—Pero estos niños se van a morir —se opuso el chico.

—Se pondrán el chaleco salvavidas.

—Por favor, señor —dijo el joven—. Es que no veo cómo puedo permitir que haga algo así. Es que es una irresponsabilidad. Imagínese que pasa algo. Porque podría pasar. Podría pasar cualquier cosa. Se empiezan a pelear, la cosa se va de las manos y acaban volcando. Podría ser una catástrofe.

—Tienes razón. Estaría bien que cerraras el puesto mientras nosotros nos llevamos las barcas. No alquiles las demás embarcaciones durante ese rato. O sea, cuanto más tráfico haya, más probable es que ocurra una catástrofe.

—¿Que no alquile otras barcas?

—Verás, es que eso también forma parte del premio. Para que los chicos puedan tener el lago para ellos solos, la cuestión es organizarlo de tal manera que por una vez… Oye, tú eres nativo, ¿verdad?

—¿Nativo?

—Nativo de aquí, si eres de aquí.

—De Orlando.

—Vale. Eres un chico nativo de Orlando. Y, dime, ¿cuántos días de tu vida recuerdas en que el tiempo haya sido como el de hoy? Pero ¿qué digo «tiempo»? Esto no es tiempo. Esto es la Naturaleza. ¿Cuántos? ¿Una docena? ¿Menos? ¿Puedes contarlos con los dedos de las dos manos? ¿Con una? Yo te doblo la edad y no recuerdo ninguno igual. Vale, yo no soy de Orlando, ni siquiera de Florida, pero vivo en el planeta. Voy de vacaciones a la costa. He estado en las costas del Mediterráneo. He vuelto a casa bronceado. Pero esta de hoy es una dispensa especial. Es una oportunidad que te ofrece Dios. —Y ahora no habla en voz baja. Los chicos lo oyen hablar con total libertad de sus muertes, de la gran decepción que han sido para ellos sus vidas, de lo que él llama el indulto milagroso de ese día, la liberación del tiempo cronológico y del tiempo atmosférico. (Porque está tonteando. No tiene por qué hablarle así, haciendo referencia a sus muertes, ni ir repitiendo sus nombres, ni sacar a colación la excepcionalidad del día ni decir nada sobre el alquiler de las otras embarcaciones. Porque —él no se juega nada; no quiere nada de este bombón salvo su atención— está tonteando, hace ostentación de su buen humor como si de una bandera se tratara. Porque está de un humor excelente, porque está en posesión de lo que no sabía que había venido a buscar. Porque está tonteando y hace ondear al viento su buen ánimo. Está tonteando con el chico del alquiler de embarcaciones, con Mary e incluso con los pobres niños condenados que tiene bajo su tutela).

Al cabo de pocos minutos ya están repartidos. Colin va en la barca a vela con Tony Word, Benny va en una lancha motora con Lydia, y Mary Cottle y Noah Cloth van en otra igual. Rena Morgan tiene que llevar a Janet Order y a Charles Mudd-Gaddis en el pontón. El chico del puesto ha aceptado cerrarlo y no alquilar más embarcaciones.

Colin, que tiene aspecto de ser buen marinero, lo es de verdad. Con la barca a vela de alguna manera consigue maniobrar entre las dos pequeñas lanchas motoras y vira para acercarse a la especie de balsa voluminosa que conduce Rena. Contagia su buen humor al resto, los lleva a remolque de su extraordinaria alegría.

—¡Soldados —grita a Rena y a Lydia, a Charles y a Tony, a Benny y a Noah y a Mary Cottle y a Janet Order—, es como en los viejos tiempos de Dunquerque! Hail Britannia, ¿no? —vocifera—. ¡Hail Britannia!

(Es como tener dinero para gastar. Como ser un cliente. Sí, como estar en una posición de ventaja con respecto al dependiente que le está atendiendo; y sus decisiones, sus caprichos, que aún tiene reservados, son como tener la propina en el bolsillo. Ora cede, ora se resiste a su antojo, está tonteando, exhibe su despreocupación de playboy como si fuera un perfume).

Y dirige a su extraña flota rumbo a Discovery Island. Atento. Él es el experto. Les señala la distancia, les dice cómo apagar el motor mientras él, que solo cuenta con el aire —que no es ni lo suficientemente fuerte ni concentrado como para poder llamarlo viento—, parece absorber su energía encallada, bloqueada, parece que maneje la barca como si fuera una tabla de surf, con los brazos y la espalda, el cuerpo y la cabeza atareados y en movimiento como los de un púgil.

—Allí —dice Benny Maxine, girando la llave del motor de la barquita y mirando hacia el muelle.

—Usa un poco la cabeza, Ben —dice Colin—. No podemos atracar allí.

—¿Por qué no?

—Es donde van las barcas a dejar y recoger turistas. Allí no se puede. Es un área reservada.

—Ahh —dice Benny—, entonces, ¿hacia dónde vamos?

—A la otra isla.

Ignorando los guacamayos y las cacatúas, los íbices y los ñandús, ignorando los cisnes trompeteros, las grullas y los pavos reales blancos, ignorando los flamencos y los pelícanos, ignorando las águilas, van a remolque de la cháchara y la alegría de Colin y tocan tierra en una cala como el borde de una llave donde Colin supervisa el desembarque y sigue imponiéndoles su humor mientras los ayuda a bajar.

—¿Y no es así? —pregunta de nuevo—. ¿No es como en Dunquerque? ¿No es así de alguna manera? ¿Y qué fue Dunquerque sino una de las últimas batallas más solemnes y la evacuación más grande de la historia? Eso es pasarlo bien, eso son los mejores momentos. ¿No tengo razón? Sabéis que sí.

—¿Dónde estamos, Colin?

—Janet, según el mapa, este sitio se llama Pantano del Naufragio.

—Me pregunto si habrá serpientes —dice Noah.

—Las serpientes no te hacen nada —dice Benny— si tú las dejas en paz.

—Eso se dice de todos los animales: de los tiburones, de los tigres y de los perros rabiosos.

—Y es verdad. Por eso se dice.

—¿Cómo lo sabes?

—He ido de excursión. Antes de ponerme enfermo. Hice muchas salidas.

—«Antes de ponerme enfermo». Esa sí que es buena. «Antes de ponerme enfermo». ¿Y eso cuándo fue?

—¿Crees que nunca he estado sano? ¿Quieres que nos apostemos algo? ¿Eh?

—Congénita. Tienes una enfermedad congénita.

—Ah, ¿que *yo* tengo una enfermedad congénita? *¿Yo?*

—Congénita y crónica.

—¿Lo has oído, Colin? Dice que tengo una enfermedad congénita.

—Y crónica.

—¿Lo ha oído, señorita Cottle?

Mary Cottle, con el viento en contra con respecto a Janet y Rena, saca un pitillo de una cajetilla de cigarrillos del África Oriental que acaba de abrir y se lo enciende.

—¿Qué le parece? ¿Podría fumarme uno?

—En rigor, querido Benny, no deberías fumar.

—Qué cara dura es —exclama Lydia Conscience—. Después de ver cómo le ha hablado antes.

—¿Por favor?

—De eso, nada —dice Mary Cottle.

—Pantano del Naufragio —dice Rena Morgan—. No es que sea muy bonito.

—A mí me parece bastante adecuado —señala Colin Bible.

—Yo creo que está bien —dice Janet Order.

—Para nuestro objetivo.

—Pero *no* es muy bonito.

—Virgen —dice Colin Bible—. Es un sitio virgen.

—¿Y *eso* qué quiere decir, Colin?

—Que aún no han venido los paisajistas. A poner guacamayos y cacatúas en los árboles. Los íbices y los ñandús. Los cisnes trompeteros.

—¿Y entonces? —pregunta Mary Cottle.

—¿Y entonces qué?

—Pensaba en nuestro famoso objetivo.

—¿Qué prisa hay?

—No nos persigue nadie.

—Si soy mayor para morir —dice Benny enfurruñado—, soy mayor para fumar.

—Parece un pantano de verdad.

—Parece un naufragio de verdad.

—Eso no es arena. ¿Es arena?
—Es como cemento, creo.
—Las partes fundamentales de la vida en la tierra.
—Esto debe de estar lleno de ortigas.
—Y de zumaque venenoso.
—Y de belladona.
—Y de hierba carmín.
—De hojas de ruibarbo.
—De semillas de ricino.
—Quien no se anime puede volverse a las barcas.
—¿Charles?
—Pregúntales a las señoras.
—¿Janet?
—Pregúntales a los tíos.
—¿Tíos?
—De acuerdo, entonces —dice Colin—. Tenéis un gran día por delante.

De modo que se separan. En dos grupos. Charles, Tony, Noah y Ben con Colin. Lydia, Janet y Rena Morgan con Mary. Ni siquiera piensan en bañarse. No es que bañarse esté fuera de discusión, es que ni siquiera había entrado en la discusión, como tampoco ir en barca. Avanzan en direcciones opuestas en esta isla artificial plana y pelada en medio del lago azul artificial, superan los matorrales enanos de mangles y se reencuentran en dos claros gemelos, puede que ni siquiera de manera consciente, buscando una posición de ventaja, un asidero, un lugar elevado, y superan, silenciosos como salmones, todas las trampas y dificultades (y esto no solo yendo en direcciones opuestas, sino dándose la espalda, y no solo dándose la espalda, sino dando zancadas al unísono con sus líderes adultos) de los inconvenientes.

Podrían haber pasado por duelistas que miden la distancia de su combate como si fuese una propiedad de tierra.

Colin Bible oye que Mary Cottle se decide y dice:
—Me parece que aquí está bien, es un lugar como cualquier otro.
Mary Cottle oye que Colin Bible está de acuerdo y constata:
—Aquí está bien.
—¿De acuerdo?
—Sí.

Los niños y las niñas se quitan la ropa a toda prisa y se tumban a tomar el sol en medio de una zona en la que la humedad es inexistente, con la brisa que sopla en el perfecto cielo azul y con unas nubes como la decoración de una tarta.

—¿No viene, señorita Cottle?

—Estoy bien así. Me fumo mis cigarrillos.

—¿Colin? Se está genial. Se está superbién, Colin. De verdad.

—Tranquilos. Disfrutad vosotros. Yo voy a echar un ojo por si al chico del puerto le da por no cumplir con su palabra.

Separados por unos treinta metros, los dos grupos están echados sobre hamacas de tierra y piedras medio torcidas. Tony Word y Lydia Conscience han hecho un nido con su ropa y se han echado encima. Hay demasiada distancia como para poder distinguir algún rasgo, para divisar las formas y los galones aún solo incipientes de los órganos genitales. Se miran a través de la distancia que los separa y ambos bandos, por separado y en grupo, experimentan la espléndida sensación de estar en contacto con la carne desnuda. Se bañan sin traje de baño, en el aire, y se miran lascivamente, a distancia, maravillados y estupefactos.

—Ya vale, Rena. Vístete, que te vas a quemar.

—Cinco minutos más, por favor, señorita Cottle. Solo cinco minutos más. *Por favor.*

—Está bien —responde, y los chicos consiguen cinco minutos más para estudiar el rosa indistinto de la piel de ellas, y las chicas para fijarse en la frágil palidez de ellos.

Y fue maravilloso ver cómo se miraban boquiabiertos en aquel aire perfecto en el que casi no había humedad, verlos embobados ante las hélices y las parábolas de la gracia; jadeaban, suspiraban, esas criaturas a quienes les quedaba tan poco tiempo de vida y que incluso siendo tan jóvenes no habrían podido contratar ninguna póliza de seguros a ningún precio, ni aunque hubiesen pagado con los materiales más preciosos de la tierra, en racimos de perlas, en cubos de lingotes o envueltos en diamantes; fue maravilloso verlos tan contentos de estar vivos: se miraban y contenían la respiración.

6

—Ay —dijo Matthew Gale cuando Mary Cottle, pensando que sería la camarera que venía a traerle las toallas, abrió la puerta del escondite —, disculpe. Me habré equivocado de habitación. Estaba buscando la 822. Ah, esta *es* la 822.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—No, no. No se preocupe. En esta habitación se alojaba un amigo mío, pero está claro que ya se ha ido y ha vuelto a Inglaterra. Disculpe las molestias.

—¿A Inglaterra?

—Vaya —dijo Matthew Gale— usted también es inglesa. Como Colin. Bueno, disfrute de su estancia.

—¿Como Colin? —repitió Mary Cottle—. ¿Estuvo aquí con Colin?

—Oh-oh. He metido la pata hasta el fondo, ¿verdad?

—Colin lo trajo aquí.

Porque ahora ella lo reconocía. Era el chico que los había ayudado el día que fueron a la Mansión Embrujada, quien había intercambiado los guiños con Colin que ella había interceptado en aquellos primeros días de su llegada, aquellos días ya extintos de vivir y dejar vivir. No había sido el chico, claro que no, sino las turbulentas circunstancias en las que había participado, las que convirtieron los nervios de Mary en mechas a punto de explotar y la habían llevado —ella, que de entrada detestaba cualquier clase de planificación— a coger aquella habitación.

—Oiga —dijo él, que no era ningún tonto y tenía un instinto especial para los extraños deslices de lo ordinario, mientras evaluaba la situación, todas sus ramificaciones incalificables, y se preguntaba, por ejemplo, qué habría estado haciendo la señora Bible la noche en cuestión, e intentó dar consuelo en una situación en la que podía ser o no oportuno—, ¿quién sabe lo que pasa en el matrimonio de otra pareja? ¿En la vida de otra persona? ¿Puedo pasar?

—No, no puede.

—No me importa. Puedo decir lo que debo decir aquí en el pasillo y dejar que los vecinos piensen lo que quieran. No voy a decirle que somos dos adultos que saben lo que hacen y que ya está. Porque

empiezo a sospechar que en estas circunstancias concretas dos personas adultas y que saben lo que hacen no sabrían dónde esconderse. No, señora. Empiezo a sospechar que para ser justos con todas las partes afectadas necesitaríamos celebrar unas puñeteras elecciones, un plebiscito universal. Bueno, está usted, por supuesto, y ese otro, el genio del espionaje industrial, el Colin que está en Londres, en Inglaterra, y Dios sabe quién más, el hombre, la mujer o el niño con quien usted estuvo divirtiéndose aquella noche fatídica… Oiga, si siente que me estoy pasando de la raya, por favor, dígamelo. ¿Me lo promete? Es un verdadero encanto, su Colin. Hasta logró convencerme para que consiguiera la llave de la habitación. Estoy convencido de que era una prueba. Bueno, usted me entiende, ¿verdad? Esas pequeñas negociaciones que hacemos con el destino… Si aparece por la esquina una gallina lila tirando de un carro rojo, quiere decir que pasará tal cosa. ¡La religión! No, gracias. Estoy muy bien aquí, muchas gracias. No, casi no hay corriente… Bueno, la verdad, aunque *no* me incumba, a mí su Colin me gusta mucho. Tiene sus defectos, claro. Pero ¿quién es perfecto? Yo seguro que no. Bueno, seguro que usted lo sabe. Colin le habrá contado todo. ¿Y por qué no?, digo yo. ¿Para qué sirve una relación abierta si una de las partes implicadas no puede soltarle todo a la otra? Por más repulsivo, degradante y humillante que pueda resultarle al pobre patán que es la tercera, cuarta, quinta o sexta parte implicada. ¿Me estoy calentando demasiado?

—No tengo ni la más remota idea de lo que habla —dijo Mary Cottle.

—No —respondió Matthew Gale con una bonita sonrisa—, claro que no.

Ella empezó a cerrarle la puerta en las narices. Al principio Gale se resistió, pero de repente retrocedió y eso hizo que Mary perdiera el equilibrio, trastabillara y quedara con la mejilla izquierda pegada a la puerta.

—Yo no sé —dijo él en voz alta desde el otro lado de la puerta—, qué clase de enredo están tramando, pero teniendo en cuenta las circunstancias, me siento obligado a advertirle de que no están jugando con el típico lugar turístico, ni la clásica atracción de cinco estrellas que no hay que perderse, algo imprescindible, no, ¡sino con el omnipotente país de Dios omnipotente en persona! *¿No va a decir nadie amén?*

—Amén —dijo alguien.

—Y ¿por qué no? —dijo Gale (y ahora Mary tenía la impresión de que susurraba, y fuese lo que fuese lo que estuviera diciendo lo hacía con la boca pegada a la madera de la puerta)—, ¿por qué? ¡Estamos en Disney World! La madre de todas las atracciones, la madre de la

diversión, el epítome de la Bondad. ¡Están jugando con Disney World! Señora, *señora*, ¿usted se da cuenta de lo que eso significa? Eso significa que pueden comérselos con patatas si les da la gana. ¡Porque no solo tienen las pistolas, la Bomba y la animatrónica, además tienen los Diez Mandamientos y los Combatientes por la Causa Cristiana! Están bien conectados con los principios importantes: la Seguridad Es Lo Primero y el Acceso a los Discapacitados. Con lavabos dobles y colchones ortopédicos. Con todas las comodidades, las habitaciones limpias y la garantía de la relación calidad-precio. Con la moderación pública y una sección de objetos perdidos que parecen los putos servicios secretos. Con ratones listos y osos simpáticos, con dragones reticentes y toros de huerto. Con la cara amable de la Naturaleza, como si dijéramos. Con… Pero *¿me está escuchando?* —preguntó.

—Sí —contestó con una mano en las bragas.

—¡Con la *familia*, quiero decir! Con abuelos que pescan y padres que juegan al golf. Con madres que llevan en coche al colegio a sus hijos y a los de los vecinos y que están estupendas con vaqueros. Con hermanitos y hermanitas que se desesperarían si se perdieran de vista por un minuto. Con mascotas que darían su vida por la de cualquiera de ellos. Este es el panorama. ¿Ve cuál es el panorama?

—Sí —dijo ella separándose el pelo púbico como si fueran unas cortinas e introduciendo un dedo en la rendija.

—Estoy hablando de un tono concreto. De opiniones personales críticas. Porque al fin y al cabo es verdad que el mundo *es* un pañuelo. De la desmesurada energía de la rectitud y del fervor. Todas las dicotomías del «nosotros contra ellos». No se trata solo del capitalismo, de la economía de mercado. Ni siquiera de una cuestión moral, a fin de cuentas, sino de algo más grande, más imponente, más importante. ¡La eficiencia! Eso es. Nada más. La eficiencia. Sacar más provecho al dinero. Es así de sencillo. La eficiencia. Todo el resto no es más que inmoralidad manifiesta. *Todo* lo demás. Este sigue siendo el panorama. Este sigue siendo el panorama. ¿Y quién no está ahí?

—¿Quién?

—Colin no está.

—Colin —repitió ella.

—Y usted. *Usted* tampoco está.

—¿Usted está?

—Lo mío es distinto —dijo él—. Yo estoy entre bambalinas.

—Sé quién es usted —explicó tranquila, ya que volvía a ser ella misma. Se había corrido. Se había recuperado, tenía el control de la situación, la temperatura de los nervios era normal, como la fiebre que baja después de una crisis.

—¿Qué?

—Sé quién es usted.

—Ya, ya. Colin se lo habrá dado a entender. Es así cómo se mueven las astutas viejas maricas que juegan a dos bandas.

—Lo vi en la Mansión Embrujada.

—Soy la camarera —dijo una mujer—. Le traigo las toallas.

Y cuando Mary abrió la puerta, él ya no estaba.

Con la precaución de dejar salir antes a los huéspedes, aunque fuesen niños, salió del ascensor en la planta baja. Gale saludó mediante señas a sus compañeros miembros del cast —nos entendemos a la primera, pensó, nos entendemos a la primera como los mozos que ayudan con el equipaje en los aeropuertos— y los llamó por el nombre. Debía de conocer a todos los que trabajaban en el Contemporary. Bueno, pasaba mucho tiempo en el gimnasio. Algo que, pensó, no era sospechoso. Simplemente hacía uso de las instalaciones. Igual que había visto a botones y a recepcionistas que iban a la Mansión Embrujada durante la pausa para comer. Era solo una de las ventajas de trabajar allí.

Sin embargo, lo que sí era sospechoso era que usara los ascensores. Que las cámaras lo hubieran captado en las plantas de las habitaciones, que lo hubieran visto bajar a medianoche, a la una. Lo que sí era sospechoso era la historia poco convincente que se había inventado: que era un jugador y que iba a las habitaciones de los huéspedes para desplumarlos al póker y a los dados. Ellos, sus compinches, los botones y los recepcionistas, no se lo tragaron. Él sonrió con timidez y se puso a hacer círculos con las puntas de los pies en la moqueta y en el suelo de mármol, como si fuera descalzo o llevara una caña en la boca.

—Para un poco, Gale, o te vas a volver loco.

—Deja que le dé el aire de vez en cuando.

—Es verdad, Matthew. Te va a consumir. Se te va a quedar como la mecha de una vela.

—¿Quién era esta vez?

—¿La 1033?

—¿La 704?

—¿La *rubia*? ¿La de los melones y el culazo de agárrate y no te menees?

—Un caballero no da nombres de las mujeres a las que besa.

—Ah, ¿qué solo las *besas*?

—Tío, ¿sabes qué te pasará si se entera el director?

—Sí, casi mejor que se entere el padre.

—Uno pensaría que con todo el ejercicio que hace en el gimnasio estaría un poco más relajado.

—¡Y es así! Si no, esas pobres chicas ya estarían en el otro barrio.

Se metían con él, bromeaban como si fuera un heroico semental de campo cuando en realidad era una criatura habitual de las salas de té de Florida.

—Menudo amante estás hecho —dijo el jefe de botones—. Te he visto entrar en ese ascensor hace menos de un cuarto de hora.

—Puede que el ascensor se haya parado en la quinta planta —dijo él—. Puede que allí se haya subido una cubana pelirroja de armas tomar. Puede que me haya amenazado diciéndome que bailaría encima de mí con sus tacones de pinchos si no lo bloqueaba por dentro. Puede que me la haya beneficiado en el mismo ascensor. Puede que solo necesitáramos ese rato. Eh, Andy, ¿cómo va?

—Matthew, aquí, tirando. ¿Y tú?

—Sería un ingrato mentiroso si me quejara.

—Nos vemos, Matt.

—Hasta luego, Andrew.

Y entonces vio a Pluto, el perro, rodeado de niños y sujetando en la mano los globos de Mickey Mouse que siempre llevaba y de los que tanto le costaba desprenderse.

(—No veas, Lamar, ni que los pagaras de tu propio bolsillo —le había dicho.)

(—No, pero tengo que inflarlos con helio. ¿Sabes que además de los míos también tengo que inflar los de Goofy?)

(—¿En serio?)

(—Él es mi superior.)

(—Venga, hombre.)

(—Sí, y te diré más, ese perro cabronazo es un tirano.)

(—¿Sabes qué? Casi me lo creo. Me parto contigo, Lamar.)

(—Joder, que soy un profesional.)

Y Pluto le debía un favor. Probablemente más de uno. Porque a veces Matthew sustituía a Kenny cuando este iba a hacer castings a Orlando o Winter Park o Daytona Beach o Kissimmee. («Madre mía, tío —le había dicho después de volver con las manos vacías de una de esas pruebas—, has dado todos los putos globos que tenía. Ahora me pasaré un año entero inflando mierdas. ¡No tienes sentido del negocio!)

De modo que en ese preciso momento Matthew Gale decidió cobrarse el favor. Se dirigió hacía el perrito asediado y le hizo la señal muda secreta que tenían, que hasta entonces había sido la manera de saludar de Lamar Kenny. (Muda porque como encarnaba a uno de los personajes tenía prohibido cualquier tipo de comunicación verbal, hasta incluso un gruñido. Después decía: «Chaval, le han puesto el bozal a Pluto»). Matthew hizo el gesto con la mano. Kenny lo vio pero

sacudió la cabeza como haría un lanzador que rechaza una señal en un partido de béisbol. Matthew repitió el gesto con la mano izquierda. El perro se lo quedó mirando con aire interrogativo. (Era tan cómico, pensó Gale. Joder, qué bueno es el tío. No tenía ni idea de por qué Lamar no conseguía nunca esos trabajos. Era un actor fabuloso). Así que Matthew se acercó más y volvió a hacer el gesto. De nuevo el chucho hizo caso omiso y de nuevo Matthew repitió la señal. Pluto se encogió de hombros y soltó los globos que sujetaba con la pata. Salieron volando, fuera del alcance de los niños, que saltaban para intentar coger los hilos. En medio del desconcierto, Matthew Gale se acercó disimuladamente a su amigo y le dijo: «Tenemos que quedar. ¡Es un asunto importante!».

Pluto miraba triste hacia el cielo viendo cómo se iban los globos. Seguía interpretando al personaje y no soltó ni un quejido, pero Gale sabía que cualquiera que lo estuviese mirando, todos los niños allí presentes, le leían la mente, porque lo llevaba escrito en la cara de can. Estaba pensando: ¡La madre que me parió, ahora tendré qué hinchar veinte globos de mierda más!

Ambos estaban junto a la taquilla de Lamar. Hasta que no se quitó la última prenda del disfraz de Pluto y lo colgó en la percha con cuidado, Lamar Kenny no abrió la boca. Señaló la taquilla.

—¿Es esto el camerino de una estrella o es el camerino de una estrella?

—¿Tú qué piensas, Lamar?

—Pienso que es el vestuario de un tipo que trabaja en una cadena de montaje, de un obrero siderúrgico, de alguien inscrito en el sindicato de obreros.

—Me refiero al número.

—Que lo juzgue Dios.

—Vamos, Lamar, ¿qué te parece?

—Me parece que es de locos. Me parece que si lo que quieres es que nos echen, has dado en el clavo.

Gale pasó el dedo por los estantes metálicos llenos de polvo de la taquilla.

—A mí también me parece que es el vestuario de alguien que trabaja en una cadena de montaje.

—Eso —dijo Kenny—. Tú anímame.

—Yo te animo. Es lo que quiero. ¿Acaso no he venido a hacerte una propuesta?

—Vaya propuesta.

—Reconócelo, Lamar. Es un número fantástico. Por lo menos reconócelo.

—No digas «número». No tienes ningún derecho a decir «número».

—Perdón.

—¿Es que digo yo «dar por culo»? ¿Digo «mariposón»?

—No pretendía ofenderte, Lamar.

—No sé. No sé por qué estoy tan susceptible. Este es un oficio donde uno vive y deja vivir. Tienes razón, el papel es la hostia. No, nos denunciarían. Llamarían al servicio de seguridad. Si solo nos echaran a la calle seríamos afortunados.

—No nos denunciarán. El tipo, Colin, está metido hasta el cuello. Y no te hablo de los líos de cama. Los líos de cama son lo de menos. Está en posesión de unos manuales confidenciales.

—¿Le diste unos manuales confidenciales?

—¿Tú crees que sé lo que le di? No *sé* qué le di. Pillé lo que encontré. Él le quitó importancia. Hizo como si no tuviera ninguna importancia. Naturalmente yo tengo mis dudas.

—¿Y la mujer?

—Ahí hay algo raro.

—Raro.

—Tiene un aire belicoso.

—Tú —ordenó Mary Cottle a Colin Bible—, ¡fuera de mi habitación! —Y le recordó que ella tenía una reputación que defender y exigió saber cómo se había enterado.

Era verdaderamente alucinante. Que en el fondo de cada cosa hubiera un fondo, como el último peldaño de una escalera. Pero por debajo, aún había un nivel inferior, aquella zona ilimitada llena de aire, el proscenio de la profundidad, del misterio, de lo inexplicable. Colin la envió a Nedra Carp. Que la dirigió a Janet Order. Que implicó a Mudd-Gaddis.

Y Mary Cottle fue a verlo.

—¿Charles?

—Diga, señora.

—¿Sabes quién soy?

—¿El Ángel de la Muerte?

—No —respondió ella.

—¿Puedo volver a probar?

Ella se lo quedó mirando.

—¿Está usted viva?

—*¡Por supuesto que estoy viva!*

—¿Es más grande que un cesto para el pan?

—*¡Mudd-Gaddis!*

—¿Cuántos son esos?

—¡Mudd-Gaddis!

—¿Acaso vive usted en Europa del Este, al este del Odra?

—*¡Soy Mary Cottle!*

—Esa era la siguiente pregunta que quería hacer. —La miró—. Dígame, señorita Cottle.

—Nada —dijo ella.

Porque todo tiene una explicación lógica.

En realidad le daba igual llegar al fondo de las cosas. Le daba igual el misterio. Ni siquiera quería proteger su buena reputación. Lo que quería era proteger la habitación.

—Está hecha una furia —dijo Mudd-Gaddis.

—Yo ni siquiera he visto la habitación —comentó Lydia Conscience.

—Ni yo —dijo Rena Morgan.

Noah y Tony tampoco la habían visto. Ni Janet Order. Evidentemente, Benny se moría por volver pero sabía que no tendría demasiado sentido ir con alguien más.

Acudieron a Benny. Era el mayor. Tenía la navaja suiza con la que podrían entrar.

—Sería allanamiento —dijo él.

—Y no sería la primera vez —señaló Rena Morgan.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que ahora ya tienes tanta práctica que no corremos ningún riesgo. No es como si estuviésemos haciendo algo subrepticio.

—Algo furtivo —dijo Lydia Conscience.

—Clandestino —dijo Janet Order.

—Algo encubierto.

—Ilícito.

Benny Maxine las miró a todas una por una. «Pero ¿qué es esto?», preguntó. Si ellas le hubieran respondido «sororidad», a él no se lo habría parecido. Y a ellas tampoco. Ahora eran amigas, se sentían cerca después del día en la isla, más cerca de lo que su propia mortalidad las podría haber acercado. (Se sentían más cerca que Tony y Noah, que habían dormido juntos en cuidados intensivos y siempre se sentaban juntos para comer y en todas las atracciones. Que se consideraban uña y carne. Más cerca que eso).

—¿Qué puede haber *ahí dentro*? —preguntó Lydia Conscience.

—Algo importante —dijo Janet Order.

—¿Crees que tiene un amante? —preguntó Rena Morgan.

—¿Un amante? ¿Para qué va a querer un amante? —respondió enfadado Benny—. ¿Qué quieres decir con eso de que si tiene un

amante?

—Pues que a lo mejor está enamorada —dijo Rena.

—No está enamorada —dijo Benny.

—¿Y tú qué sabes de lo que siente la gente? —replicó Rena.

—Anda ya —dijo Benny—. No está enamorada.

—Pero ¿qué hay en esa habitación?

—Llévanos. Te lo pido por favor. Vamos a verla.

—Vamos, Benny.

—Por favor.

—Es una locura —dijo él.

—Ya hemos ido a todas las demás atracciones.

—No hay nada.

—Está hecha una furia, Ben.

—No hay nada —repitió.

Aunque naturalmente sí que había algo. La geografía humana de ella. O por lo menos el recuerdo que él tenía. La topografía sexual de esas cavidades elípticas, las dos sombras oscuras, esas manchas gemelas en los huevos de zurcir de su culo. Por lo menos estaría el cubrecama sobre el que ella se había echado.

Y si accedió a llevarlos fue para honrar el recuerdo que tenía de esas deliciosas reliquias.

7

Fueron de noche.

No dijeron a nadie adónde iban ni se molestaron en inventarse coartadas complicadas. Sencillamente lo que sucedió es que cada uno logró separarse de su grupo respectivo. Se comportaron, observó Noah, como pilotos de un escuadrón acrobático. Cuando uno se iba, los que quedaban ocupaban el vacío y hacían el mismo ruido que antes, el mismo alboroto, no añadían ni restaban ni un ápice a la necesidad de atención colectiva de siete niños con enfermedades terminales en unas vacaciones de ensueño. Y en realidad, si te ponías a pensarlo, fue una gran interpretación, uno de los mejores trucos jamás vistos en Magic Kingdom. Solo repararon en su desaparición después de que todos hubieran desaparecido.

Cualquiera de los chicos podía ponerse a explicar de inmediato el atractivo de la habitación 822. En cuanto la vieron, se convirtió para ellos en lo que debía de ser para la señorita Cottle: un escondite, una especie de club secreto. Tal vez esa fue una de las razones por las que fueron tan ordenados. Lograron repartirse por la habitación, ocuparon las tres sillas que había —cuatro si contábamos la silla de ruedas de Mudd-Gaddis—, la cama de plaza y media —que las chicas enseguida hicieron suya— y hasta —los chicos— llegaron a poner los pies sobre la gran mesa redonda, a ocupar, en realidad, toda la habitación larga y estrecha de color verde oliva con muebles modernos y oscuros sin alterar en lo más mínimo su aspecto impoluto de sitio que se acaba de limpiar. Tenían trucos para ello. Rena Morgan animó a los chicos a cerrar bien los cajones de las mesitas de noche y los de la cómoda. Lydia Conscience les dijo que si encendían la tele, quitaran el volumen. Y Janet Order, la tercera experta en técnicas de camuflaje, les sugirió que cogieran todas las tarjetas publicitarias que había sobre el televisor y las escondieran en algún sitio, que desenredaran el cable del teléfono y que corrieran las cortinas lisas de color marrón.

Así que permanecieron sentados en medio de aquella extraña y confusa armonía —estaban a punto de morir, a fin de cuentas—, rodeados de una limpieza perfecta y un orden de saldo. Se sentían como en casa. Estaban muy a gusto. Como si estuvieran calentitos en

una casa en el árbol al resguardo de la lluvia. Observaban las imágenes sin sonido de la tele como si fueran leños en un hogar.

Todos se sentían regenerados, como si hubieran regresado a un estado de preciosa intimidad que casi habían olvidado.

—¿Cuándo creéis que se les ocurrirá venir a buscarnos aquí? —preguntó uno de ellos finalmente.

—Ya lo han pensado —dijo Janet Order.

—Seguro —añadió Benny.

—Ah, ¿entonces por qué no han venido aún? —preguntó Rena Morgan.

—Porque se sienten avergonzados —dijo Lydia.

—Se sienten avergonzados.

—Bueno, sí —dijo Benny Maxine.

—Ya —dijo Rena—. Imagino que les da miedo pillarnos en medio de una gran orgía.

—No es eso lo que les da miedo —dijo Tony Word.

—¿Y tú qué sabes?

—Rena, no es eso.

—No —dijo Noah Cloth—, están avergonzados por la señorita Cottle.

—O le tienen miedo —dijo Benny.

—Porque les va a cantar las cuarenta.

—Sí, les lanzará cuarenta ceniceros del hotel.

—A lo mejor llaman primero.

—No —dijo Rena—, no podrán conseguir el número de teléfono llamando a la centralita, ¿verdad que no, Benny? No dan los números si los huéspedes no han dado permiso para hacerlo. ¿No es eso lo que dijiste?

—Por Dios, Rena —dijo Janet Order—, si tienen el número de la habitación, también tienen el número de teléfono.

—Qué tonta que soy —dijo Rena Morgan.

—No esperarán que contestemos —dijo Benny—, pero probablemente llamarán antes. Para que nos dé tiempo a largarnos.

—Está claro que no debemos responder —dijo Rena, fulminando con la mirada a Janet—. No vaya a ser que enredemos el cable del teléfono.

—*¡Señoras, por favor!* —dijo Charles Mudd-Gaddis.

Rena dio unos golpecitos sobre la colcha.

—Noah, ¿quieres venir a descansar aquí a mi lado? Esto es enorme. ¿Eh, Noah? ¿Noahito?

—Estoy bien aquí.

—¿Y tú, Tony? ¿Toniiii?

—Pero a lo mejor no se han dado cuenta de que nosotros lo hemos entendido, y si llaman esperarán que respondamos —dijo Lydia Conscience—. O sea, a lo mejor nuestros amigos aún no se han dado cuenta. O a lo mejor no son tan educados como tú te crees, Ben.

—A lo mejor no —respondió Benny—, pero creo que no deberíamos arriesgarnos. Si suena el teléfono, nos piramos.

—Estoy de acuerdo con Benny —dijo Rena Morgan. Miró a los miembros del club secreto—. ¿Lo sometemos a votación? ¿Quién quiere proponer una moción?

—Por el amor de Dios, Rena —saltó Janet Order.

—¿Qué quieres hacer, Rena? —preguntó Lydia.

—Pues yo qué sé —replicó ella—. ¿No estamos en el encuentro de sindicalistas de la casa del árbol, en el sínodo del club secreto? ¿No deberíamos proponer mociones? ¿De qué nos ocuparemos cuando hayamos solucionado los viejos asuntos? ¿O la única orden del día es qué hacer si suena el teléfono?

—Rena está que trina.

—¡Señoras, por favor!

Benny Maxine apagó el televisor de un golpe en el botón.

—¿Quién vota por una historia de fantasmas?

—¿Una historia de fantasmas?

—¿Tienes una idea mejor?

—A mí me gustan las historias de fantasmas.

—Y a mí.

—Con mucha sangre.

—Con cuajarones de tripas por todas las paredes de la habitación a modo de decoración.

—Con gemidos. Alaridos de dolor.

—A mí me gustan las historias de fantasmas.

—Me distraen de otros problemas.

—¿Quién empieza?

—Benny.

—La idea ha sido suya.

—Pues eso es lo que digo.

—¿Empiezas tú, Benny?

—¿Cómo puedo estar seguro de que no vas a llorar?

—No lloraré.

—Pero imagínate que la historia es tan espantosa que no lo puedes evitar.

—No lloraré.

—Si lloras, me pagas una prenda.

—¿Qué prenda?

—El dinero que tienes.

—*¡Benny!*

—Ya sabes lo importante que es el dinero para Noah.

—Solo quiero animar un poco la cosa. Para que nos interese a todos. Tú también puedes apostar. Apuesta a que la historia que contaré no lo hará llorar.

—Un momento —dijo Noah—. ¿Y yo qué gano si no lloro? ¿Qué prenda pagas *tú*?

Maxine se paró a pensarlo.

—Cuarenta dólares —dijo—. Dos a uno.

—¿Noah?

—Adelante —respondió Noah—. No lo conseguirá.

Hicieron las apuestas, y Benny empezó a contar la historia.

—Érase una vez —comenzó— había un muchacho que se llamaba Noah Cloth…

—¡Benny!

—… *muchacho* que se llamaba Noah Cloth. Noah era una persona normal en todos los aspectos excepto en uno. Tenía un apellido —Cloth, «trapo»— que le venía como anillo al dedo, ya que su enfermedad lo dejaba hecho un trapo. La enfermedad se llamaba osteosarcoma, era un cáncer mortal, el tumor de los huesos más común entre los niños. Solo había una manera de afrontarlo y era la amputación. Allí donde aparecía, es donde los doctores de Noah tenían que cortar. Si le salía en un dedo, le cortaban el dedo: si le salía en una pierna, adiós a la pierna.

—No vale.

—¿No vale?

—No, no vale. Has dicho que ibas a contar una historia de fantasmas.

—¿Cómo que no vale? Si se va a morir —se justificó Benny—. Yo haré que la palme, se muere. El cáncer de los huesos se lo carga. Se muere. Muere, pero luego vuelve. Se le aparece a su pobre y triste familia, a su madre desconsolada, a su padre compungido. —Echó un vistazo a Noah para calibrar su reacción. El chico se mordía los labios, pero Benny no conseguía distinguir si era porque estaba al borde de las lágrimas o de la carcajada. —Aún estás a tiempo de echarte atrás —le dijo—. ¿Quieres echarte atrás?

El muchacho negó con la cabeza. Benny prosiguió.

—Aunque el cáncer tardó mucho en avanzar, Noah no llegó a cumplir los trece años. Cuando finalmente murió, quedaba muy poco que sepultar. De tanto que lo habían cortado. Todo lo que lograron meter dentro del pequeño ataúd —que por el tamaño podía parecer que estuvieran enterrando a un perro pequeño— fueron partes de la

cara y de la cabeza que aún no habían amputado: parte de la mandíbula, el hueso largo donde se apoya la nariz, la cavidad del ojo izquierdo que parecía un engaste sin joya y fragmentos del cráneo similares a trozos de cerámica rota. Y los restos de su cuerpo enfermo los montaron sobre una estructura de alambre como la de los dinosaurios en los museos. Había un codo que parecía un parche en la manga de una chaqueta. Había una parte de una espinilla, un fragmento de tobillo, puede que una sexta parte de su columna vertebral. La pelvis la tenía toda comida, tanto que parecía una colmena y, curiosamente, la mayoría de dedos del pie derecho.

Benny Maxine lanzó una mirada penetrante a Noah Cloth. Lo que tenía que hacer a continuación no era agradable, pero estaba en juego su honor como jugador. De todos modos, si el chico hubiera dado la más mínima señal de rendición, habría puesto punto final a la historia. Miró a Noah a los ojos. No eran ni risa ni lágrimas lo que luchaba por la hegemonía. Era el terror lo que se había instalado como un tic en su rostro.

Benny respiró hondo, se levantó de la silla y se puso a caminar despacio junto a la pared mientras hablaba.

—Noah Cloth murió en la mesa del quirófano de un hospital de Surrey el martes después de que hubiera cumplido los doce años.

Los chicos contuvieron una exclamación y Benny Maxine continuó.

—En la funeraria tuvieron que esforzarse más que los cirujanos para que estuviera presentable para una sepultura cristiana. Lo unieron con cera y con alambre, valiéndose de fotografías de niños como modelo. Lo envolvieron en un sudario y, siguiendo los deseos del señor y la señora Cloth, lo enterraron a medianoche bajo una lápida sin nombre, lejos de la mirada de los hombres. No se permitió que nadie asistiera al funeral. No fueron ni los Cloth. La mortaja se descompuso en la húmeda tumba. La cera que había mantenido unido su cuerpo se disolvió y volvió a la tierra. Los alambres que recorrían lo que quedaba de sus huesos se oxidaron y se convirtieron en parte del tétanos general del mundo, y Noah Cloth quedó reducido, encogido, concentrado, disuelto en una especie de dado sin números. Ya no formaba parte, si es que alguna vez lo había hecho, de los muertos respetables. Enfermo terminal desde el día en que nació, debilitado y consumido por la enfermedad, seccionado por los bisturíes y las sierras de los doctores, era tan poco apto para la tumba como para el mundo y su espíritu, enjaulado en ese mísero puñado de huesos intactos como la pieza de mármol que queda para testimoniar la intención del escultor, se levantó del vasto lago de los muertos y una noche regresó al piso de sus padres, donde se enterró en la cama en que había dormido de pequeño, en el pequeño cuarto que, cuando no había estado en el hospital, ¡había sido su tumba en vida!

»Fue la señora Cloth quien oyó primero el macabro traqueteo de sus huesos. Estaba en la cama y muy asustada intentó despertar a su marido, porque los extraños golpecitos que hacía Noah muerto no eran distintos a los que había hecho en vida. Lo zarandeó una y otra vez, pero no se despertaba. «Marido —le susurró al oído—, marido, ¡despierta! Se oyen ruidos en el cuarto de Noah». Pero al hombre la vida y la muerte de su hijo lo habían consumido de tal manera que dormía como si él también estuviera muerto. Por lo que la señora Cloth se levantó y siguió la pista de los extraños crujidos que recordaban al castañeteo de los dientes de los hombres a los que se les hiela la sangre por el frío. Llegó a la habitación de su hijo y encendió la luz.

Benny hizo una pausa, estaba apoyado en la pared y estudiaba a Noah. Noah lo miraba y no osaba respirar. «¿Noah?», preguntó Benny imitando a la perfección la voz vieja y entrecortada de una madre destrozada. «Noah, ¿eres tú?». Y pareció desmayarse por el miedo y la debilidad, se le dobló el cuello y la espalda, y, en ese preciso instante, Benny alcanzó el interruptor central de la habitación y con una hábil y rápida convulsión, sumió la 822 en la oscuridad.

Esto es lo que sucedió.

Janet Order y Lydia Conscience gritaron.

Benny Maxine consiguió que Noah Cloth llorara.

Tony Word se mordió la lengua y pensó que se había provocado una infección.

Charles Mudd-Gaddis por un momento creyó que se había dormido.

Rena Morgan contuvo la respiración, asombrada por la precisión de Benny.

Mickey Mouse se materializó a todo color en el techo.

Pluto observaba a los niños desde detrás de Mickey.

Porque *todo* tiene una explicación lógica.

En la más absoluta oscuridad —con las cortinas completamente corridas, con las cortinas opacas de lona que estaban detrás, los muebles color oliva de tonos oscuros, las tarjetas plastificadas que habían quitado de encima del televisor y el espesor y la densidad de los propios niños— el escondite funcionaba como una cámara oscura perfecta.

Porque todo tiene una explicación lógica.

En la habitación 822, la mirilla por la que los huéspedes observaban a quien llamara a la puerta antes de abrir se había colocado al revés sin querer, se había puesto como parte cóncava y no convexa al ojo del huésped (además de ser una explicación lógica, también era científica) y el ojal de cristal se transformaba en una

especie de lente que refractaba la luz.

Todo.

En una cámara oscura normal la imagen se habría proyectado sobre una superficie que se hubiera encontrado delante de la lente, en este caso las cortinas lisas de color marrón. Eso es lo que debería haber pasado en la 822. Entonces, ¿por qué estaban en el techo? Porque era una habitación en un hotel importante que acomodaba a huéspedes no de todo el país, sino de todo el mundo, a huéspedes de diferentes contextos sociales, étnicos y religiosos, a fumadores y a no fumadores, a personas que encendían velas votivas, a parejas en su primera luna de miel o incluso en la segunda o la tercera, a hombres y mujeres que aunque no estuvieran de luna de miel eran igual de románticos que los recién casados, que llamaban al servicio de habitaciones y comían a la luz de las velas, a adolescentes y a una gama variada de personas con tendencias místicas que no podrían vivir nunca en un ambiente no purificado y que quemaban incienso en el altar de sus sentidos. Por lo que, de alguna manera, Mickey y Pluto estaban en el techo y no en las cortinas debido a las medidas de protección contra incendios y las pólizas de los seguros: por la fina capa de producto ignífugo ligeramente brillante aplicado sobre las cortinas, que no caían de modo perfectamente perpendicular, y reverberaban las imágenes sobre la alfombra cubierta con producto ignífugo, que hacía rebotar la luz del suelo al techo. Por eso.

Todo esto sucedía demasiado deprisa como para darse cuenta de qué pasaba. Los chavales que chillaban, tanto niños como niñas, corrían para esconderse y casi hicieron caer a Mudd-Gaddis de la silla de ruedas en medio de la barahúnda. Se protegían la cabeza con las manos, como, se puede suponer, reaccionarían los antepasados ante los cometas y otros augurios.

—¡Madre mía! —gritaban.

—¡Uf!

—*¡Socorro!*

Benny Maxine, no menos asustado que los demás (de hecho, aún más que ellos: los otros niños, en su atropellada y ciega estampida, lo rozaban, le tocaban sus órganos ya magullados, lo frotaban, lo empujaban y lo atacaban con las conflagraciones adiabáticas de sus escaramuzas en la oscuridad), se dio la vuelta, encontró el interruptor y logró devolver la luz a la habitación.

Mickey y Pluto desaparecieron de golpe y, unos segundos después, se oyó un fuerte golpe en la puerta.

—Son ellos —dijo Lydia—. Al final no han llamado.

—Ja —exclamó Rena Morgan.

—Bueno, acabemos con esta pantomima —dijo Benny, y abrió la

puerta.

Se encontró delante al Ratón y al Perro.

—Hola, chicos —saludó Mickey con un tono agudo como el de un instrumento de lengüeta, como las notas más altas de un clarinete—. Somos los buenos. —Levantó la extraña mano, que parecía un guante de béisbol con cuatro muñones, a la altura de la sonrisa fija y siguió—: Somos como los mormones. Pero no estamos mal de la cabeza. De verdad, chicos. Estamos bien. O eso creo, por lo menos. Veinte quilómetros con un litro por autopista, trece en la ciudad. Aunque en los casos específicos estas medidas pueden variar. Probablemente varíen.

Empezó a contarles más o menos lo que Matthew Gale le había dicho a Mary Cottle. Y se estaba empezando a entusiasmar cuando el perro lo interrumpió, tirando del brazo de su dueño, lo alzaba y lo bajaba como si estuviese maniobrando un puente móvil o haciendo señales a un tren.

—No veo por ningún lado a la señora de la casa —dijo Pluto.

—No pasa nada —dijo Mickey, retirando el brazo. Vio a Rena y a Benny y, mientras se frotaba los guantes de béisbol, reconoció a la maga y al listillo del otro día—. Qué niños y niñas tan majos. Justo lo que necesitamos. O por lo menos lo que yo necesitaba. Lo que necesita Mickey. Quedémonos un rato, Plutito.

—Ni tampoco veo al señor.

—Este perro piensa demasiado en señores y señoras de la casa, en amos y en amas —explicó Mickey—. Es su naturaleza, claro, pero a veces exagera.

—¿Se puede exagerar la propia naturaleza? —preguntó Mudd-Gaddis.

El Ratón lo miró de pies a cabeza. Lo que faltaba, pensó. Esto está lleno de listillos.

—Desde luego, viejito —dijo—. ¿No es ese el origen de la tragedia? ¿Cuando no nos damos cuenta de que es el momento de salir del personaje?

Lydia Conscience y Tony Word cuchicheaban.

—¿Qué? —preguntó Mickey a la espera de una respuesta. Tony bajó la vista—. No, ¿qué? —repitió el Ratón—. Vamos, ¿no lo pensáis compartir con el resto? ¿No? ¿No sabéis que es de mala educación guardar secretos? Basta de cuchicheos —los regañó—. ¿Entendido?

—Quiere saber cómo habéis hecho para estar en el techo —dijo Lydia.

De modo que por lo menos en parte todo aquello era un malentendido, un lío, un error. Había un elemento de farsa, claro está, la tumultuosa calistenia del enredo. Había muchas cosas que se

malinterpretaban, muchas cosas que se perdían en la traducción. Los niños, el Perro y El Ratón no se entendían. (Cierto, podían estar proyectados en el techo como si se tratara de una presentación de diapositivas, pero no podían ver a través de las paredes, ¿verdad?) Y luego estaba la vena teatral de Kenny. Era actor. Tenía tablas. Y estaba enfadado. Se lo llevaban los demonios.

Ya se lo llevaban los demonios cuando abrió la puerta el compinche y lo reconoció, a él y a la niña que estaba en la cama, la mocosa prestidigitadora del ascensor, tan rápida —más que los tahúres que había visto en Las Vegas, rapidísima, una artista de los reflejos— con las manos, cosa que (él era un hombre justo) no le envidiaba en absoluto. Solo se preguntaba si Matthew Gale, que estaría sudando, estaba convencido de ello —o por lo menos esperaba que fuera así— dentro del traje de Pluto, se había compinchado con los niños. Menudo miembro del cast, pensó mezquinamente. (*Esperaba* que estuviera sudando. Esperaba que se estuviera *asando* ese patán. Porque la verdad es que era todo un arte, llevar ese traje era un arte, se trataba de saber respirar, como la diferencia que existe entre los cantantes que actuaban en locales y los que lo hacían en las salas más grandes e importantes de Las Vegas: todo era cuestión de respiración, de fraseo. Lo que distinguía a los hombres de los niños, a las ovejas de las cabras. De modo que si Matt se había compinchado con los chicos, si todo esto estaba pasando por algún motivo o maquinación para tenderle una trampa a él, deseaba con todas sus fuerzas que el puto maricón se estuviera derritiendo como mantequilla dentro del traje de Pluto). Así que no envidiaba a la niña en absoluto. La respetaba, si lo queréis saber. O, por lo menos, respetaba su talento. Con qué fin lo utilizaba ya era otro tema. Hacer que la gente se muera de miedo era otro tema. ¿Qué demonios era aquello? ¿Era un espectáculo? Vale, pero no, gracias.

De modo que ya estaba enfadado cuando entró por la puerta y los vio. Irritable y listo para la pelea.

Sin darse cuenta, naturalmente, o se daba cuenta de las cosas erróneas, porque la naturaleza de los malentendidos, de la farsa (sin la cual no habría diversión), consiste en no verlos así. Si hubiera habido alguien presente capaz de ver todos los ángulos, habría sido otra historia, pero no había nadie. Matthew Gale no se acordaba de ellos del día de la Mansión Embrujada. (Las niñas tampoco habían estado en la atracción, y solo Mudd-Gaddis, tan alterado en aquel momento y ahora tan tranquilo, habría sido al único a quien le hubiera podido causar alguna impresión). Veía tantos berrinches a lo largo del día que es poco probable que hubiera recordado algo. Curiosamente, quizá Mudd-Gaddis sí lo habría recordado si Gale no estuviera escondido en el traje de Pluto que le había prestado Lamar, cuyo interior, por cierto,

ahora era tan cálido y húmedo como un invernadero, y en el que por momentos se tostaba cual presa de caza. O Benny Maxine, que había tenido un altercado con Goofy y Pluto en el restaurante, que le había estrujado la nariz a Goofy, le había tirado de los pelos del bigote y le había toqueteado el sombrero y, en nombre de sus compañeros, les había apostado a los chuchos que ninguno de ellos se moriría. (Y que luego digan de los tahúres del Misisipí, pensó. Yo sí que soy un jugador de pies a cabeza). Pero o bien había olvidado el episodio o bien no reconocía en el can apaleado y atemorizado que tenía delante —atemorizado de sí mismo, por la situación de encierro y sofoco en la que se había metido— al perro distante y valiente de aquel primer encuentro. De modo que no había nadie. El comentario que había hecho Lydia sobre no sé qué galimatías del techo, la rabia de Lamar Kenny, que además de inexplicable, nadie había advertido. (Y los cuchicheos, claro: él era actor, tenía tablas; uno no se pone a cuchichear cuando un actor está en escena; eso ya era el colmo, era peor que interrumpirlo —la pregunta de Mudd-Gaddis, que él se había tomado como una indirecta sobre su interpretación; la niña en la cama —. De las tres niñas, solo Rena fue la única que no se levantó cuando el Ratón y el Perro habían aparecido en el techo).

E identificó al listillo de buenas a primeras, eso sí que había sido el premio gordo. Lo había interrumpido en el espectáculo del desayuno del otro día y le había montado una escena entre huevos fritos y globos.

(Ese era uno de los motivos por los que era extraordinario ser un ser humano, pensaron Mickey Mouse y las niñas, Mickey Mouse y los niños: las razones, las sutiles nervaduras de las razones. El torbellino de los motivos. Somos como copos de nieve, pensó Benny Maxine, como huellas digitales o marcas dentales).

Pero era aquella manera de hacer morir de miedo a la gente la que marcaba la diferencia en el temperamento artístico de los dos. (Diferencias artísticas, tenían diferencias artísticas. Hay que ver, pensó Lamar Kenny, llevo muy poco en el mundillo y ya tengo diferencias artísticas). Sin embargo, por más que eso lo impresionara, que hasta se sintiera halagado por que existieran esas diferencias, era precisamente eso lo que lo desquiciaba más que cualquier otra cosa. De entrada, pensó, no tenía muy claro a qué atenerse. Los niños eran otra vuelta de tuerca. Eso estaba claro. Pero ¿era algo momentáneo o más duradero? ¿Flor de un día o una constante en el futuro? La verdad es que no sabía qué pasaba allí. Porque desde que el listillo número uno le había dado el día, había estado recabando información. Al parecer nadie sabía si pasaba algo o no, pero en lo que todos coincidieron fue en comentar la influencia negativa de esos niños a punto de morir. Él pensaba que el parque podía estar relacionado con algún estudio de

mercado e imaginó que este grupo tenía algo que ver con eso. Por ejemplo, le habían contado que alguien que encajaba con la descripción de aquel caso perdido de la silla de ruedas había armado un escándalo un día en la Mansión Embrujada. (Aunque no se lo había contado Matthew, eso seguro, que tenía que estar metido en el ajo, fuese lo que fuese aquello, y que no solo esperaba que se hubiera derretido como mantequilla dentro del traje sino que además se hubiera puesto rancia en un abrir y cerrar de ojos).

Porque lo último que necesitaba era hacerse mala sangre. Esos espectáculos centrados en la muerte —hoy estamos aquí y mañana quién sabe— tenía la impresión de que no acabarían de cuajar, aunque no podía negar que como idea era audaz. Solo que, ¿dónde estaba el arte en todo eso? A fin de cuentas, ¿qué se quería demostrar exhibiendo a personas moribundas? A él eso le recordaba a los ahorcamientos públicos. Sin duda el poeta había dado en el clavo y no había nada nuevo bajo el sol. En realidad, le parecía que era un poco de mal gusto. Aunque entendía el porqué, veía adónde querían llegar. La vieja idea del «triunfo del espíritu humano». Gente que muestra lesiones y tumores, que expone sus muñones, que huele la propia gangrena. El maravilloso mundo del espectáculo. Bueno.

La primera cosa que había que hacer, pensó, era una comprobación, ver si aquello era real. (Porque ¿no apestaba, por lo menos un poco, a fraude y a circo ambulante?) Sabía lo que hacía la niña, la de la cama, pero ahora tendría que averiguar lo que hacían los demás, de qué iba aquella historia.

Se volvió a Janet Order.

—Bien —dijo—, vamos a ver si sale esta porquería. —Le lanzó una toallita mojada—. Pero por favor —dijo Mickey Mouse—, con ese poco entusiasmo no podrías ni borrar la tiza de la pizarra. Tienes que hacerlo de corazón.

—Este es todo el corazón que tengo —dijo la niña con el corazón agujereado.

—A ver, déjame a mí —dijo el Ratón, que le quitó el paño y se puso a frotarle la piel azul.

—¿Te atreves a ponerle las manos encima a un cliente? —gruñó Pluto—. ¿A un *cliente*?

—¿Y tú qué, eh? —contraatacó el Ratón—. ¿Y tú qué, Manos Largas? ¡Vaya perro más hipócrita estás hecho!—. Él, que ya estaba cabreado de entrada, en cuanto entró por la puerta se dio cuenta de que le había tomado el pelo. Cobrarse el favor, había dicho Gale, cobrarse el favor. Por las veces que había hecho guardia por él cuando había ido a hacer pruebas en locales. Cobrarse el favor. ¡Más bien le faltaba un *hervor*! Le había dicho que era solo para desquitarse, ya que estaba furioso porque Colin lo había enredado, porque, o eso dijo, la

mujer también estaba metida en todo aquello. Para desquitarse y tal vez quitarle a él los manuales. Simplemente para fastidiarlos con las implicaciones y el escándalo, aplastarlos a ambos con toda la autoridad moral de Mickey Mouse y su fiel compañero. (Fiel compañero no estaba mal. Fiel compañero tenía algo de genialidad e imaginaba que era eso lo que al final lo había convencido). Aunque ¿por qué no cayó en preguntarle lo que no cayó en preguntarle? ¿Por qué no había caído en preguntarle: «Entonces, ¿por qué no vas con Minnie?». Porque a lo mejor Gale no era ningún tonto. Porque a lo mejor le habría salido con eso que todos pensaban: que Mickey y Minnie no estaban casados, que había algo sospechoso, si no desagradable, en esa relación. Que si se acostaban —y después de cincuenta años de relación, ¿quién iba a dudar de ello? Los ratones no eran de piedra— y vivían en pecado, ¿cómo podían esperar tener ventaja moral sobre Colin y esa mujer? De todos modos no se le había ocurrido. Y comprendió que le habían tomado el pelo desde el momento en que el listillo les abrió la puerta, en cuanto había visto a la camarilla de listillos que tenía el listillo número uno, aquella asociación de pequeños moribundos.

Entonces, ¿qué hacía él ahí? Eso aún no lo entendía. (¡Y ese era el motivo por el que era tan extraordinario ser un ser humano! Oh, qué bien le iba. Razón y motivo. Un poco como en su número, en realidad, avanzarse al movimiento del otro, combatir por dos. La vida como un crucigrama. Nueve vertical, catorce horizontal y si no se encuentra la solución no vale la pena vivirla, la vida). ¿Y entonces? Por encima de todo, ¿era esta una oportunidad o no? ¿Era Matthew amigo suyo o era uno de esos tipos fieles a la empresa que él sabía que abundaban en estos sitios? ¿Que colaboraba con operaciones del FBI, que incitaba a cometer delitos para que pudieran detener a otras personas? ¿Y si lo de ser marica era solo una pose? ¿Para que confiaran en él? Si era así, podría ser una buena oportunidad. Tal vez la 822 era su trampolín hacia la fama; a lo mejor Matthew Gale era el cazador de talentos secreto que él siempre había estado esperando que lo encontrara. Y si no… bueno, si no, estaba acabado de todos modos. Estaba haciendo de Mickey Mouse. Iba vestido con el traje oficial de ratón de Mickey Mouse, con el esmoquin que le confería un aspecto un poco empresarial que llevaba últimamente. ¿Cuántos años podían caerle por aquello? Quizá cadena perpetua, quizá la silla eléctrica. (Dios, lo que decía aquello del *star system*, ¡los beneficios y privilegios de quien trabaja en ese mundo! Había oído, y si no lo hubiera oído lo habría sospechado —los miembros del cast eran bastante reticentes a hablar de su salario—, que el roedor que trabajaba por la mañana ganaba muchísimo más que él, o que los demás personajes, claro está, y sabía de buena tinta que el Ratón, a no ser que estuviera de buen humor, no

siempre hablaba con el resto, a veces ni siquiera le daba la hora a la propia Minnie, de lo antojadizo y voluble que era, como una *prima donna*. Entonces, ¿por qué no habían tirado la casa por la ventana? ¿Por qué no le habían dado a Mickey un camerino aparte? ¿Era la manera que tenía la dirección de impedir que se le subieran los humos a la estrella del espectáculo? ¿Por qué si no lo pondrían tan fácil para que Lamar abriera la taquilla del Ratón, con aquel candado tan cutre de gimnasio de instituto? Bueno, claro, pensó Lamar: para que no se le subieran los humos a la cabeza no, sino para imponerle la misma autoridad moral que el Reino parecía desprender por todos los poros. Los mosqueteros no robaban. Ni entre ellos. Ni a nadie. Eran limpios, respetuosos, serviles, leales y valientes. Los mosqueteros eran el no va más en cuanto a moralidad se refiere. Era lo que les otorgaba su imponente autoridad. Y ese era el motivo no solo por el que ellos no hablaban sino por el que ante ellos la mayoría de visitantes no decía ni pío, a excepción de los niños más pequeños).

Entonces, ¿qué se esperaba de él? ¿Qué? Si es que no le habían tendido una trampa. (Algo que, como cada vez empezaba a sentirse más como en casa en la 822, no le parecía que fuese así). ¿Qué se esperaba de él? Ah, pensó el actor profesional, recordando las palabras de Pluto. «¿Te atreves a ponerle las manos encima a un cliente? ¿A un *cliente*?». ¿Era una amonestación? ¿Una especie de advertencia sibilina? (Y Matthew *no* se había podrido, no se había derretido como mantequilla allí dentro; ni el traje de Pluto, ahora que lo pensaba, había apestado en ninguna de las ocasiones en las que Matthew se lo había puesto para sustituirlo. Sabía que lo admiraba como actor. ¡Y no se había podrido allí dentro! A lo mejor también conocía los secretos de la respiración). «¿Te atreves a ponerle las manos encima a un cliente? ¿A un *cliente*?». Si aquello no era una manera de parafrasear las palabras de advertencia que le da el fantasma a Hamlet para perdonar a Gertrudis, ¿qué era? Entonces, ¿qué? *¿Qué?* Tenía algo que ver con la muerte, estaba convencido. (Porque siempre había algo de lo que hacían allí que estaba *un poco* orientado hacia la muerte. La Mansión Embrujada donde trabajaba Matthew, por ejemplo. Toda aquella nostalgia por los viejos tiempos: Main Street, USA, con sus farolas de gas y palos para atar a los caballos, los espacios de principios de siglo donde se proyectaban películas por cinco centavos, los salones recreativos de época y los carros tirados por caballos. Liberty Square con su estilo colonial. Frontierland con su estacada y sus gorras de castor. Para él todo eran tonterías del año catapún. Incluso Tomorrowland. El pasado y el más allá. ¿Y qué decir de Blancanieves? ¿La pobre infeliz de Blancanieves sepultada viva en su ataúd de cristal como esos recipientes con forma de campana que tienen en los mostradores de los restaurantes para mantener frescas las

tartas, las rosquillas y las pastas? ¿Y los siete enanitos? ¿Qué decir de ellos, eh? Mocoso, Mudito, Gruñón, Feliz, Dormilón, Tímido y Sabio. Humores y patologías. ¿No había ahí una analogía por descubrir entre los enanitos y esos niños listillos? Había visto lo que sabía hacer con un pañuelo, lo que, por el rabillo del ojo, veía que estaba haciendo ahora. La niña que estaba en la cama era una firme candidata a Mocoso. Y los niños que habían cuchicheado, la niña con el bombo y el niño que había bajado la vista a los zapatos cuando les habían llamado la atención y que había dejado que la del bombo hablase por él. Estaba claro que él era Tímido. Lamar no acababa de situar al pequeño de la silla de ruedas. La pregunta que había hecho sobre si se podía exagerar la propia naturaleza había sido claramente hostil. Aunque por otro lado, en medio de todo aquel alboroto, parecía que se había quedado roque. ¡Un Dormilón rematado! Y a Lamar le pareció que el de los dedos amputados tenía una ligera mirada perdida. Podía ser un Mudito. El listillo número uno, el entrometido que había fanfarroneado en el restaurante y con quien había tenido el altercado delante del ascensor: un Sabio a todos los efectos. ¿La niña que parecía que la hubieran dejado preñada? ¿Feliz? Y llegados a este punto solo quedaba la niña azul, la que le había dado una respuesta hostil y poco entusiasta y que, lo que aún era más importante, era del mismo color que la cólera. ¡Exactamente igual que Gruñón!) Así que sí, tenía algo que ver con la muerte.

Solo debía ser cauto y seguir los avisos crípticos del viejo Pluto, sus instrucciones implícitas y enigmáticas. Si no, ya podía despedirse de sus oportunidades. Si no, se vería en la calle sin ni siquiera el traje de perro roñoso. Entonces debía recordar que estaba terminantemente prohibido poner las manos encima a los clientes. Debía ir con pies de plomo.

Llevó la mirada de Matthew con el traje de Pluto hasta la nueva clientela enferma del Reino, y a continuación empezó a hacer la prueba con su voz altísima de contratenor.

—Chicos, sois lo que no hay —dijo Mickey Mouse—. «Los Condenados Portentosos». Me encanta. —Señaló a Tony Word—. ¿Cuánto tiempo de vida te han dado?

Tony se encogió de hombros.

—Eh —dijo Benny Maxine.

—¿Una hora? ¿Un día? —insistió Mickey.

Tony se encogió de hombros.

—¡Eh!

—Porque si es menos de un día, ya puedes olvidarte de Roma. ¿Sabes por qué?

—*Eh* —dijo Benny—, *¡tú!*

Tony se encogió de hombros.

—*¡Porque Roma no se construyó en un día!* —dijo estallando en una carcajada.

—¿Está loco? ¿Por qué dice esas cosas?

—¿Por qué se mete con niños enfermos?

—Más que un ratón es una rata.

—Está bien —dijo Mickey Mouse—, a ver, levantad las manos. ¿Quién quiere ser incinerado? ¿Qué, nadie? Vale, ¿quién quiere acabar bajo tierra? Que levante la mano. ¿Nadie? Entonces, ¿sepultados en el mar? ¿Reciclados? Que se acaban las opciones. Madre mía, sí que sois difíciles.

Parecía que Pluto había desaparecido. Mickey no lo había oído irse. A lo mejor estaba escuchando desde el cuarto de baño.

—Por fin solos —dijo el Ratón—. Veamos, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, estábamos hablando de qué será de vosotros. O mejor dicho: yo estaba hablando de ello. Parece que os da un poco de apuro hablar del tema. Bueno, ya sé por qué, claro. Mickey Mouse no nació ayer. Tiene mucha experiencia. Aunque os diré la verdad. La tragedia no ha sido nunca lo mío. El control ha sido siempre mi especialidad, mi don. Mi talento especial, podría decirse. Bueno, *nunca* he tenido enemigos. Popeye tiene enemigos, Correcaminos, Bugs Bunny, Tom y Jerry y Piolín también. Las urracas parlanchinas tienen enemigos. La Pantera Rosa. Pero el viejo Mickey Mouse no. No he tenido nunca enemigos. Y tampoco los tiene la gente con quien me relaciono. Mis patitos y mis perritos. La vida es demasiado breve. Sin ánimo de ofender, ¿eh? —Miró uno a uno a los niños, que no sonreían—. Vale, vale, ya está bien de hablar de mí. ¿Qué os habría gustado ser de mayores si hubierais podido vivir más? —Sabio, Mudito, Dormilón, Gruñón, Tímido, Feliz y Mocoso lo miraban fijamente, con todos sus viejos humores obstruidos, atascados, congelados como el hielo, las flemas y las cóleras desviadas, la sangre y la bilis espesa y coagulada ante una asombrosa estupefacción—. Ch, ch, ch —dijo el Ratón—. Niños, pobres niños. Creo que no había visto nunca a unos pringados como vosotros. ¿Dónde os criasteis? ¿En la calle de la amargura?

A Pluto le dio la risa en el lavabo.

—En la calle de la amargura. ¡La calle de la amargura! ¡Qué ratón!

—Esto va de perlas para el sistema nervioso —dijo Lydia Conscience.

—¿Eh? —dijo Janet.

—Lo pone nervioso.

—Porque la verdad —dijo Mickey Mouse—, es una auténtica injusticia. ¿Qué? No me jodáis. A ver, ¿ni *todos* los caballos ni *todos* los hombres del rey os han podido curar? —Se quedó mirando

fijamente a Benny—. Eso sí que es mala suerte. Aunque —siguió—, supongo que también tiene sus ventajas, su lado positivo, toda esta situación de mierda. Seguro. Claro que sí. ¿Por qué no? Desmadrarse. Infringir la ley. Saquear y arrasar. De perdidos al río. Quiero decir, ¿qué más da? ¡Hoy es el primer día de lo que os queda de vida! Puede que no volváis a ver la calle de la amargura.

—Puede que no vuelvan a ver la calle de la amargura —repitió Pluto, riendo.

—¿Sabéis?, es raro —dijo el Ratón con aire filosófico—. Es raro, en serio. Lo que pasa, quiero decir. Me refiero a que la gente se muere de verdad. A vuestra edad. A ver, vosotros estáis aquí, hacéis vida normal y os cuidáis. Miráis a los dos lados de la calle antes de cruzar, no aceptáis subiros al coche de ningún desconocido, os laváis los dientes después de cada comida, y luego ¡pam! ¡Pam y bang! ¡Pam y bang y pum y zas! Plaf y plas, quiero decir. A ver, ¡socorro! Pero ¿quién os va a oír? Y aunque lo hicieran, ¿de qué serviría? Nadie os puede ayudar. Vale, a lo mejor hacen una colecta, a lo mejor sois invitados de honor en un balneario a elegir. Lourdes o Magic Kingdom. Pero lo raro, lo verdaderamente raro, es que después del melodrama, después de todos los esfuerzos y los buenos oficios de los intermediarios, de los mediadores, de las damas de honor, de los corredores de seguros honestos, de los padrinos, después de las oraciones y después de los sacrificios, después de las velas y después de las ofrendas, acaba pasando lo peor de todos modos. Sucede lo impensable, ocurre lo imposible, todo lo injustificable, impúdico e irreverente, todo lo infeliz inexcusable, todo lo incómodo insoportable. Lo increíble, lo incivil, lo inmerecido, lo impropio. La íntegra, indigna incultura. Lo indecoroso, inhumano insostenible. Lo incontrolablemente incómodo. Toda la indomable e inmoral infamia incondicional. Toda la impiedad inconexa, toda la innaturalidad inamistosa. Lo ingrato, lo inimaginable, lo ímprobo. Lo inapropiado, lo inmundo, lo imprevisto. La inmejorable, inelegante insubordinación. La intempestiva inconveniencia, la inoportuna inefabilidad. La inhumación, quiero decir.

—Impreciso —objetó Mudd-Gaddis. (Porque todo tiene una explicación lógica, y Charles se sintió tan viejo —el tiempo era como un peso en caída libre que ganaba velocidad con cada segundo, el tiempo era como las famosas ausencias interminables del amor, donde los segundos son minutos, los minutos horas, las horas días, semanas — que ya ni siquiera creía en la posibilidad de la muerte).

—Pero insólito —dijo Benny Maxine.

—Debo reconocer que es así —comentó Mudd-Gaddis.

Y fue entonces cuando empezó la rebelión, el alboroto. (Aunque aún no era demasiado tarde. Solo se necesitaba alguien capaz de ver

todos los puntos de vista). Porque ahora la mayoría llenaba la habitación con «¡eh!» e indignación. Llevaban casi una semana en Florida. Bombardeados por los efectos especiales, con láseres, con el 3-D como si fuese una geometría de lo literal y una envolvente estereofonía que buscaba las proyecciones y las profundidades del oído como una especie de líquido, habían visto la ciencia y la ingeniería participando en juegos pasivos, puestas al servicio de maravillas menores y, a veces les daba la impresión, de que se burlaban de las prioridades. Ya se habían acostumbrado a los pequeños milagros igual que, después de más o menos dos horas de vuelo transatlántico, se habían adaptado a la idea de gran velocidad, a comer en el cielo, a hacer pipí allí, a la propia idea de volar, y les supo mal —necesitaban a alguien que los protegiera— que el Ratón los traicionara, que no hubiera venido a traerles un mensaje de amor —a fin de cuentas no lo esperaban, ni siquiera habían pedido que fuera a verlos—, y que los colmara de exenciones, que les repartiera indultos. Se sintieron ofendidos por Pluto. Quizás estaban más enfadados con el mil leches que con el Ratón. Que no los había defendido, que se había escondido en el baño cuando el monólogo de Mickey se había puesto violento. Pluto —no había habido oportunidad de hablar de esto; por lo menos hasta cierto punto era como si tuvieran un pensamiento colectivo, en contacto con las convenciones y los instintos de la muerte— había traicionado la muda bondad de su lealtad caricaturesca.

Ahora Pluto, quizás atraído por el follón, por el clamor prometedor, había vuelto. Había entrado arrastrando los pies y los miraba uno por uno con esa expresión fija y servicial que tenía, universal, talla única.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Mickey Mouse.

—Estaba en el baño —dijo el Perro.

—Lo has dejado hecho un asco, ¿no? —preguntó el Ratón, pensando que ahora estaban en otro número, esperando que ellos también lo creyeran, porque sabía que con el primero había fracasado —. Bueno, ¿sí o no?

—¿Sí o no, qué?

—Si has hecho o no tu caca de can.

—¿Si he hecho mi caca de *can? ¿Yo?*

—¿Vosotros qué decís, chicos? ¿Creéis que ha hecho popó este can cagón?

—¿Por qué no? —pregunta Lydia Conscience modosita—. Inglaterra espera que todo hombre haga popó.

—Ohh —se queja Rena Morgan.

—No está mal —admitió Mickey.

Primero Mocoso, la pequeña y ágil prestidigitadora tumbada en la cama, después el listillo número uno, luego Dormilón, y después Feliz, con el bombo, se ponen a hacer juegos de palabras. Son unos farsantes, pensó. Ni siquiera están enfermos. Son unos farsantes profesionales perfectamente sanos. Estos enanitos son unos monstruos del espectáculo. Estoy acabado, no tengo futuro. Los condenados portentosos. Me encanta. Sí, sí, sí.

Ahora ya no se sentía con fuerzas. Ya no estaba de humor para continuar con ese reto. Desmotivado, extenuado. (O por lo menos alguien que pudiera ver a través de las paredes, ver todos los puntos de vista. O quizá alguien que viese bien. Quizá simplemente alguien que no estuviese extenuado, que no hubiera perdido la cabeza. Aunque a largo plazo lo más probable es que no hubiera tenido ninguna importancia. Ni tampoco a corto plazo. Solo el tiempo suficiente para poder salir con el honor intacto, cubrirse las espaldas, irse de rositas, no tener que disculparse por nada, sin meterse en líos). Y se dio cuenta de que había salido perdiendo, de que la había pifiado también en este espectáculo, su gran momento, la oportunidad de su vida, su ocasión de interpretar lo que ahora comprendía que habría sido una serie de espectáculos de la corte, solo un número limitado de representaciones en beneficio de niños que a su vez también estaban limitados a interpretar un número de representaciones, mostrar su repertorio, su material fúnebre especial —pero ¿no tenía que pasárselo a los de estudios de mercado? No se les escapaba nada— como si el mercado de los niños que se iban a morir fuese solo otra convención, otro tipo de espectáculo más, y aún hablaba en falsete, pero solo como puro y simple camuflaje protector, como una vez, recordaba, en la que se había negado a salir de la parte de atrás del caballo que interpretaban un compañero y él en una función escolar. Menuda carrera, pensó el actor extenuado. Caballos, perros, ratones.

Porque el alboroto, el jaleo, no solo no había cesado, sino que estaba ganando fuerza.

Noah Cloth, dolido y asustado por las aciagas profecías del Ratón, había empezado a llorar.

—Insoportable —decía entre sollozos—. Ingrato. Incómodo. Inaguantable. Inoportuno. Cuánta verdad, cuánta verdad.

—Que venga el compañero de Cloth —dijo Lydia Conscience—. ¿Quién es su pareja? Le ha dado un berrinche. Llamad al compañero. ¿Janet?

—Yo no tengo nada que ver. Soy la compañera de Tony —respondió Janet Order.

—Bueno, yo tampoco soy su compañera. Soy la de Benny —dijo Lydia.

—Yo digo… —dijo Tony Word en tono críptico.

—A ver, ¿quién es su dichoso compañero? Tiene un ataque de nervios. Va a despertar a todo el hotel.

—A lo mejor es Mudd-Gaddis.

—Mudd-Gaddis no tiene pareja. ¿Tú crees que iban a ponerlo con alguien? Por favor, pero si casi no tiene ni sombra.

—Yo digo…

—A lo mejor su compañero es Tony —sugirió Benny.

—¿Cómo va a ser Tony su compañero? —dijo Janet—. ¿A ti qué te pasa, es que no escuchas cuando te hablan? Acabo de decir que Tony es mi compañero.

—Pero ¿tú quién te crees que eres para decirme «¿A ti qué te pasa?», ¿eh? Quién diablos te crees que eres para decir «¿Es que no escuchas cuando te hablan?».

—¡Ya habló el gran hombre!

—Nunca he recibido ninguna queja.

—¡Qué gran hombre!

—Digo, yo digo…

Noah estaba gritando.

—Cómo no, ¿por qué no te apuestas algo, gran hombre?

Prácticamente aullaba.

—¿Qué? *¿Qué* es lo que dices? —gritó Lydia.

—Este es el problema que tenemos con este sistema —le comentó Mudd-Gaddis a Pluto—. No siempre nos acordamos de quién es nuestro compañero cuando lo necesitamos.

—¿Tiene esto algo que ver con mi religión?

—¿A qué viene ahora tu religión, matacristos?

—¿Crees que esto es lo que quieren? —dijo Mickey mirando al Perro—. ¿Escándalo y trifulcas?

—¡Rena Morgan! —dijo de repente Mudd-Gaddis.

—¿Rena Morgan qué?

—Rena Morgan es la pareja de Noah.

Lydia Conscience estaba encima de Noah como si fuera una mamá gallina. Janet se sumó y se puso a mimarlo, a consolarlo, había algo provocador en las atenciones de las dos niñas.

—Yo digo que no puede ayudar nadie —dijo Tony Word, y rompió a llorar.

—Bueno, sí, ya lo veo —dijo el Ratón—. En serio. Lo veo. Tiene un toque, ¿cómo lo diría?, un toque… A lo Grand Guignol.

Acompañaron a Noah hasta la cama y lo tumbaron con cuidado.

—Eso es —dijo Lydia—. Eso es. Justo al lado de Rena. Está un poco alterado, Rena, cariño. A ver si consigues calmarlo un poco. ¿Estás bien, Noah? ¿Has acabado ya de poner a todos de los nervios?

—Como concepto es brillante —dijo Mickey Mouse—. Al mismo nivel que, por ejemplo, recitar Shakespeare en lengua de signos.

—No hagas caso de lo que dice Janet —le susurró Lydia Conscience a su compañero, Benny—. Es una idiota y una manipuladora—. Entonces se volvió a la niña azul—. Por si no te habías dado cuenta, Tony está haciendo el tonto.

—Pues apáñate —le respondió—. ¿Es que no ves que yo ya tengo bastante?

Mickey Mouse sí se daba cuenta. Sobre la cama, agitada, Mocoso movía las manos frenéticamente como un molino de viento, sin tocar por poco al probable Mudito, que estaba echado a su lado y se tapaba los oídos pero que no parecía tener intención de apartarse. Juntos lograban transmitir la imagen de un cerdito indefenso e ignorante y una marrana malvada en una pocilga. Gruñón Azul hacía todo lo posible por contener a cada costado las trepidantes manos de Mocoso.

Forma parte del espectáculo, esa fue la opinión profesional del Ratón. Observó al cazador de talentos vestido de Pluto para entender su reacción. El Perro parecía preocupado detrás de su mirada permanente talla única. Era obvio que o bien no entendía aquellas sutilezas o bien estaba intentando ganarse al público con su expresión teatral de tres al cuarto. Seguramente la primera opción y, si a alguien le importaba su dictamen, creía que las sutilezas que hacía con las manos tampoco las entendían sus espectadores potenciales. Si es que llegaban a percatarse de algo, lo más probable es que pensaran que se trataba de una combinación de tics confusos y nada más. ¿Acaso comprenderían o llegarían a ver que la niña escondía los pañuelos cambiándolos de sitio a cada momento? Si lo habían entendido, ¿se habrían percatado de que había renunciado a cualquier truco y no solo lo hacía delante de los espectadores sino además echada en la cama? ¿Habrían distinguido la sutil contribución de Gruñona o se habrían dado cuenta de que al ponerle las manos encima, o al menos intentarlo, el resultado era el equivalente a trabajar con los ojos vendados y sin red, desafiando todas leyes del circo, como si *invitaran* al público a armar alboroto en lugar de pedir silencio antes de una acrobacia particularmente difícil? ¿Y delante de aquellos niños aturdidos, que estaban a punto de morir? Seguro que ellos tampoco lo entendían. Dios bendito, es que era muy buena. Tenía que reconocerlo, de repente se sentía generoso, como un cómico analizando la actuación de otro. Si no lo entendían, pues no lo entendían. A los niños del público de la artista les quedaban doce minutos de vida. Se merecían lo mejor.

Entonces vio que algo había cambiado. La niña se había quedado sin atrezo, la larga hilera de pañuelos que había logrado esconder —de manera que lo que hacía trascendía la esfera del espectáculo y

entraba en la del arte— metiendo uno por aquí, otro por allá, siempre limpiándose la nariz discreta y delicadamente —*porque los usaba de verdad*, el Ratón lo había visto—, estaban todos sucios y los había puesto en su escondite, mientras durante todo el tiempo, con sus maniobras de distracción y sus elegantes movimientos, continuaba manteniendo la complicada ilusión de que allí no había nada. (Algo que por otro lado era cierto). Lo que hacía la niña dejaba sin palabras al actor profesional, que volvía a mirar en dirección al Perro maricón. Que parecía, cazatalentos o no, estar bastante aburrido. Contrariado, Mickey Mouse negó con la cabeza en vista de aquella señal de indiferencia y volvió a mirar a la niña sobre la cama. Que había empezado a respirar con dificultad, con los estertores típicos de su huracán de ahogos entrecortados. Básicamente, era el mismo gran final aterrador que le había hecho en el ascensor.

Los brazos le cayeron a los costados y empezó a agitarse por toda la cama, usando todas las partes del cuerpo, el torso, los brazos, las piernas, hundía el rostro en el cubrecama intentando separarlo a mordiscos de las sábanas, y por poco no ahogó a Noah, a quien lograron retirar entre Lydia y uno o dos de los demás.

Me había equivocado, pensó el Ratón, es un final aún más extraordinario, y estalló en aplausos. «¡Bravo, bravo! —gritó Mickey Mouse—. ¡Bravo, bravissimo, la más brava!

Había logrado quitar el cubrecama. Hilos de moco negro le caían de la nariz a la boca.

—¡Que alguien llame a nuestras habitaciones! —gritó Benny Maxine—. ¡Avisad a Colin, avisad a Moorhead!

—¿Cómo? ¿Qué nos acerquemos a ella, quieres decir? ¿No es lo que tiene que hacer su compañero? —dijo Janet Order.

—El compañero está indispuesto —dijo Benny—. Mierda —dijo, y él mismo descolgó el teléfono, a pocos centímetros de la cabeza de Rena.

En la 627 no respondió nadie. Llamó a las otras habitaciones.

—¿Por qué no han llamado? Yo creía que llamarían.

(Pero todo tiene una explicación lógica.)

(A los adultos no se les había ocurrido que los niños pudieran estar en el escondite. Los habían buscado por todo el hotel, las tiendas, la sala de juegos y los restaurantes. Por todas partes. Al recordar la tarde espléndida que habían pasado en el Pantano del Naufragio, Mary y Colin creyeron que podrían haber ido allí. El puerto deportivo cerraba por la tarde, pero cuanto más lo pensaban, más convencidos estaban de que habrían alquilado una barca o de que quizá hasta la hubieran robado. El tipo del puerto (que vivía en Orlando y a quien habían llamado a casa pidiéndole que volviera al parque y que había tenido

que conducir los treinta o cincuenta kilómetros que había de distancia) dijo que aunque no le daba la impresión de que faltara ninguna embarcación, no podía estar del todo seguro porque siempre había alguna en el taller por alguna reparación. Llevaba un registro de todo ello en un cuaderno, claro, pero no había pensado en traerlo cuando había cogido el coche. Lo sentía. En lugar de volver a Orlando y perder un tiempo precioso, cogió una lancha motora y le propuso a Colin que lo siguiera con una barca cubierta más grande y lenta, la única donde cabrían todos juntos en el caso de que los encontraran. Los buscaron en el Pantano del Naufragio y, al no encontrarlos, siguieron hasta Discovery Island.)

(Mientras tanto, Eddy Bale y Nedra Carp se unieron a la búsqueda —habían llamado al servicio de seguridad— por las seis regiones de Magic Kingdom, y Moorhead y Mary siguieron a un grupo de policías del parque que recorrieron el Epcot Center. El servicio de seguridad se tomó la desaparición en serio y dio la alerta a toda la red de transporte: autobuses, barcas fluviales y monorraíl.)

(De modo que en ningún momento se les ocurrió pensar en la habitación. Porque todo, todo, tiene una explicación lógica, y ninguno de los adultos logró entender por qué siete niños iban a querer encerrarse en una sofocante habitación de hotel.)

—¿Creéis que tendríamos que bajar?

—No sé. ¿Deberíamos moverla?

—Quizá podría bajar uno o dos de nosotros a la habitación y esperar allí por si vuelven.

—Entonces llevaos a los niños —dijo Lydia Conscience.

—Tú no, Benny —suplicó Rena, casi sin aire—. Te lo pido por favor, no te vayas.

—A lo mejor tendríamos que quedarnos todos aquí.

—Por lo menos llevaos a Tony.

Ahora que Noah se había calmado un poco, quizá aliviado al estar fuera de peligro, Tony había tomado el relevo y era quien daba los gritos de guerra. Chillaba como si lo estuvieran torturando.

—Tony, cariño —le dijo Janet—, yo soy tu compañera y tú eres mi compañero. Somos una pareja y debemos asegurarnos de que no le pase nada al otro. Es evidente que esta no es una situación de uno para todos y todos para uno. Tú no querrías que me pasara nada malo, ¿verdad? Sé que no. Pero con todos estos gritos que pegas, me tienes requetefrita. Tony, cariño, ¿sabes lo que es estar requetefrita?

—¿Israelita? —balbució él.

—Exacto, cielo —dijo ignorando la mirada de odio de Maxine—. Cuando estás israelita, sufres unas palpitaciones muy peligrosas, ahogo y angina. Esos son mis síntomas. No querrás que tu compañera

se muera delante de ti, ¿verdad que no, Tony?

—No.

—Pues haz el favor de callar —dijo Janet Order.

Rena alargó la mano hacia la de Benny Maxine.

—Disculpad —dijo Pluto tímidamente—. ¿A quién decíais que queríais llamar?

Cuánto talento había en el mundo, pensó Mickey Mouse. Hasta Matthew. El pánico de su amigo no podía depender solamente de aquel astuto disfraz. Tenía que reconocerlo: El Perro le había sacado mucho más partido al traje de Pluto que él mismo. Dios mío, pensó triste, recordando otras pruebas que había pifiado por toda Florida central, quizá no soy el as de la interpretación que creía ser.

—¿Benny?

—El bueno de Benjamin —dijo Maxine— a su servicio.

—Benny, por favor —dijo Rena con la voz entrecortada por los gargajos, como el sonido de una interferencia radiofónica—, ¿me das la mano?

Dentro de su máscara, Mickey Mouse se había puesto a llorar.

—¿La mano? ¿Que te dé la mano? Pero ¿qué idea es esa? Esto sí que es una sorpresa.

Porque ahora casi todos lo veían claro. Y habían empezado a dirigirse a la puerta. Lydia Conscience empujaba la silla de ruedas de Mudd-Gaddis. Pluto tiraba del brazo de Mickey Mouse y le decía algo al oído, y el ratón, insensato, pero en el fondo de buen corazón, no lo llegó a entender, aunque le pareció haber captado lo esencial —pero se equivocaba— y, asintiendo, lo siguió reticente en el éxodo, girándose todo el rato para mirar, frotándose con los grandes guantes blancos lo que había olvidado que eran solo botones negros por la parte externa y no ojos, y pensando, como había aprendido en su sueño la buenaza de Lydia Conscience, que no era tan altiva como aparentaba, que a lo mejor el arte salía ganando si uno se iba antes de que terminara la función, que a lo mejor había cosas que era mejor no decir encima de un escenario, y continuaba, asintiendo, girándose para mirar y frotarse los ojos, a lo mejor era el único que se iba de allí con el honor intacto.

Porque a pesar de que los niños se estuvieran muriendo, se habían metido ellos solos en un lío. No se les permitiría irse de rositas, ni ahorrarse pedir disculpas. Lo único a lo que podían aspirar ahora era a cubrirse las espaldas.

—¡Eh! —gritó Benny—. ¿Adónde vais? ¿Lydia? ¿Charley? Eh, Noah.

—Deja que se vayan —dijo Rena. —¿Benny?

—Sí —dijo él—, vale. —Mientras miraba cómo se iban.

El sistema por parejas había fracasado del todo. Noah le había pasado el brazo por la espalda a Tony Word. Janet Order se colocó entre Pluto y Mickey y los retó a no hablar hasta haber salido de la habitación y estar en el pasillo. Pluto no dijo nada, pero Mickey Mouse, que ahora había entrado en su papel, los elogió a todos por su maravilloso trabajo.

—¿Podrías abrazarme? —preguntó Rena.

—¿Abrazarte?

—Sé que no debería pedírtelo. Estoy hecha un asco.

—Oye —dijo él—. ¿Estás mejor?

—Después de aquella noche —dijo ella, con la respiración entrecortada— en que exploramos el hotel, cuando nos lo pasamos tan bien…

—¿Qué? —dijo Benny. Apenas la oía—. ¿Cómo?

—Uf —dijo la niña escrupulosa—, mira la cama. Cómo he dejado las sábanas. —Se le habían caído algunos pañuelos, repletos de mocos, manchados, de la mangas del vestido, del cuello y de la cintura, del dobladillo del faldón. Estaban esparcidos a su alrededor como flores marchitas, como piezas de artillería que habían explotado. —Por favor —dijo ella—, abrázame. Solo hasta que nos encuentren.

Él la abrazó y le dolió el pecho, la barriga y el corazón en el punto en que ella se apoyaba con su frágil peso. La tenía entre sus brazos y ella le dijo que el día que se desnudaron en la isla no le había quitado los ojos de encima. La tenía entre sus brazos y ella le dijo que lo quería.

—Ay, Benny, los buenos mueren jóvenes —dijo Rena Morgan, y murió.

Él estaba con ella cuando Mary Cottle y los demás los encontraron.

—Ha dicho que me quería —les dijo Benny cuando entraron.

—Oh —dijo el señor Moorhead—. Dios mío. Oh —repitió, como si de repente lo viera todo claro.

Y fue así.

Porque todo tiene una explicación lógica. El doctor había decidido no llevar de viaje a ningún niño del que no estuviera seguro que pudiera sobrevivir. Fueron sus problemas de respiración, esos terribles jadeos, los que le habían provocado el ataque y le habían liberado todo aquel veneno en el pecho, los mocos y la bilis, los coágulos de la congestión que en conjunto le preservaban la vida, sosteniéndola con los hilos de una aparente normalidad. El gran especialista en diagnósticos no había tenido en cuenta el factor del deseo. Había fracasado en su pronóstico porque no había tenido en cuenta los suspiros de Rena, las ráfagas, las sacudidas y la aerodinámica de la


pasión, toda la potencia huracanada del vendaval del amor.

8

Bale no era de esas personas que necesariamente se guardan lo mejor para el final, de esas personas que creen, es decir, que debía ganarse las recompensas. De pequeño no se acababa primero la verdura en el plato antes de pasar a la carne, ni se terminaba toda la carne antes de empezar el postre. No era tan quisquilloso para esas cosas y, en alguna ocasión, aunque nunca le había entusiasmado la verdura, utilizaba el mismo tenedor para la ensalada que antes había hundido en el trifle. «Hábitos alimentarios promiscuos» era como describía su manera de comer. Aunque no se podía hablar de hábitos. No tenía hábitos, y había observado que Liam también había heredado esa característica. (Incluso cuando el niño estaba ingresado, se deleitaba viéndolo —era fácil darse cuenta con las bandejas de hospital en las que las porciones de comida estaban separadas y dispuestas en compartimentos y cavidades como colores en una paleta—, saber que esa manera de hacer venía de él, de Eddy, o por lo menos de su lado de la familia, la de los Bale). Como rasgo hereditario no era precisamente un éxito y tampoco alardeaba de ello, pero de todos modos era entretenido reconocer esa peculiaridad y reivindicarla —aunque tampoco lo hacía —como una contribución estrictamente propia. Porque Ginny, él lo había observado, comía según principios misteriosos y, desde el punto de vista de la disciplina, totalmente arbitrarios, principios que eran de ella, o por lo menos de su parte de la familia. No lo había estudiado, claro está —no era una persona obsesiva—, pero había notado que tenía una especie de estrategia, aunque desconocida para él y también para ella, que cambiaba tan a menudo como cualquier código que se precie. A veces se trataba de algo tan elemental como comer todo lo que tenía en el plato de izquierda a derecha. A veces él no reparaba hasta días después —no era una persona obsesiva, no era obsesivo y tampoco era compulsivo; simplemente tenía buena memoria con los menús, nada más— en que ella se había comido los platos por orden alfabético o siguiendo los puntos cardinales.

Entonces, ¿por qué había esperado casi un año para abrir la carta que ella le había dejado el día que se había ido en taxi, la carta que suponía, lo suponía ahora, lo supuso en su momento, lo explicaría todo? Porque él ya sabía por qué se había ido. De hecho, si Ginny no

lo hubiera abandonado, él la habría abandonado a ella, solo era una cuestión de tiempo. Liam había sido un chico excepcional. Excepcional en la salud: inteligente, bueno, alegre, amable, considerado, generoso, atento y cariñoso. Y en la enfermedad también había sido excepcional: con todas las cualidades que había tenido sano más las de un mártir del sufrimiento. En la salud y en la enfermedad. El matrimonio de una mente autónoma. (Podría haber tomado los votos, pero él estaba por encima de eso). Permanecer juntos después de la muerte de Liam habría sido un recordatorio constante de que no estaban a su altura, de que habían caído muy bajo. Si el tiempo debía cumplir con su cometido y curarlo todo, primero tenía que aparecer una herida, después cubrirla, eliminarla. Liam debía morir y los Bale debían separarse.

De modo que sabía muy bien por qué Ginny lo había abandonado y probablemente también conocía el motivo por el que se había ido con Tony el Estanquero. En su momento no lo había sabido. Si no, habría abierto la carta de inmediato, saltándose todas las partes que seguro habría («…y en resumidas cuentas, Eddy, la realidad es que Liam era demasiado bueno. No deberíamos poder recuperarnos nunca de su pérdida. Cielo, aunque no lo nombráramos nunca más, pensaríamos en él cada vez que pronunciáramos el nombre del otro. Ambos somos jóvenes y no nos merecemos vivir a la sombra de su pérdida otros treinta…») para llegar a los fragmentos más jugosos.

Entonces, ¿por qué? Él, que había dejado en casa el álbum de su hijo adrede, las fotos recortadas de los periódicos que mostraban a su hijo enfermo con la cabeza vendada, él que, según su lógica retorcida —renunciar a los buenos recuerdos y conservar los malos— podría haberse permitido traérselo, pero que lo había dejado en Putney, sin siquiera buscarlo, o permitir que Ginny lo cogiera y se lo llevara como dote mortuoria a su estanquero, él, que llevaba encima solo los fragmentos negros en descomposición del brazal conmemorativo, ahora reducido a un puñado de polvo muerto y oficialmente declarado como tal. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué la carta? ¿Él, que tenía tendencia, por el sacarotropismo de sus genes históricos, biológicos, de la familia Bale, siempre ávidos de azúcar, a comer el postre con la sopa y el aperitivo con el café?

Porque aunque no fuera de esas personas que necesariamente se guardan lo mejor para el final, ni sentía la obligación de comerse primero la verdura ni seguía rituales obsesivos, sí que tenía un sentido del fin, es decir, una conciencia y percepción, reales como el orgullo que sentía por el hecho de que Liam continuara con sus buenos hábitos alimenticios, de la inminencia del momento conclusivo: un instinto, es decir, por ponerse en lo peor.

Así que a lo mejor era compulsivo de verdad, o por lo menos

obsesivo, teniendo en cuenta que guardaba lo mejor, si no para el final, para cuando más lo necesitara.

Aunque creía que sabría más o menos qué se encontraría en la carta. (A fin de cuentas no eran *enemigos*, habían estado casados durante casi catorce años). Encontraría consuelo. El consuelo que tanto necesitaba.

¿Y qué otra cosa podía hacer mientras en la funeraria de Orlando preparaban el cuerpo de Rena Morgan?

Habían llevado a los niños, asustadísimos, a la capilla que había cerca de la Interestatal Cuatro, la que había descubierto Nedra Carp durante su primera mañana en Florida. La niñera había organizado a toda prisa una ceremonia de última hora para el pequeño cortejo fúnebre, y a Bale le sorprendió que lo que Nedra le había dicho —¿podía ser que solo hubiera pasado una semana?— sobre la capilla fuese cierto. Había un altar y bancos, vitrales de colores y focos, hasta una especie de fuente sin agua, que parecía medio fuente bautismal, medio fuente para un pájaro, aunque lo que de verdad se preguntaba era si aquel sitio había sido consagrado. Detrás de los bancos había carteles que anunciaban la presencia de «un sacerdote los domingos». Quién era el joven que estaba de servicio el día de la ceremonia de Rena era otra cuestión. Sin embargo, era evidente que la muerte de la niña puede que fuese el acto religioso más importante de la historia de la capilla. El pastor, si es que lo era —llevaba una especie de sotana de color gris—, parecía el más afectado de todos. No logró leer ni un salmo sin llorar y en su breve elegía no dejó de hacer hincapié en el hecho de que era una pena que la niña hubiera tenido que hacer el viaje desde Inglaterra hasta Florida solo para morir. Era como si no pudiera pensar en otra cosa que no fuera la distancia quilométrica.

Asistieron al acto representantes oficiales de Magic Kingdom. Matthew Gale y Lamar Kenny también. Se sentaron en silencio en uno de los bancos del fondo. Benny reconoció a Kenny del encuentro en el ascensor y se lo señaló a Eddy. Mary Cottle reconoció a Gale como el joven que le había guiñado el ojo a Colin Bible en la Mansión Embrujada, pero no dijo nada al respecto. Aunque ahora, obviamente, los mayores ya se habían hecho una idea de lo que había pasado aquella noche. Los de Disney habían localizado al falso Pluto y lo habían echado. También habían echado a Kenny, sospechoso de ser el falso Mickey Mouse, pero Lamar, por temor a no volver a trabajar nunca más en su vida y que seguía creyendo que había sido víctima de una especie de prueba falsa, no reconoció nada. Y Matthew Gale tampoco habló.

—Yo fui quien te metió en esto —le dijo Gale.

—No me digas —respondió Lamar.

—No te dejaré tirado.

—No me dejará tirado —dijo Lamar—. Qué cosa. Tenemos a los capitostes de Disney controlándonos por todos lados y él no me dejará tirado. Eso sí que es lealtad. Me sigue allá donde voy como si fuera Pluto de verdad.

Al volver al hotel, Nedra llevó a los niños a la sala de juegos.

Colin, que había ido a ver si podían cambiar los billetes, llamó para decir que no era necesario, que Rena estaría lista a tiempo para el mismo vuelo, al día siguiente.

—¿Qué cree que le están haciendo? —preguntó Eddy a Moorhead.

Estaban sentados en una mesa del Coconino Cove, un bar cerca del Pueblo Room.

—La están embalsamando. No se suele hacer en Europa, pero parece ser que en este país es obligatorio.

—¿La están embalsamando? —repitió Bale—. ¿Qué quiere decir exactamente?

—Bueno —dijo el señor Moorhead—, es más o menos lo que puede imaginarse. Tratan el cadáver para impedir que se descomponga, para frenar la putrefacción.

—La putrefacción —repitió Bale—. Por el amor de Dios, si no tenía ni trece años.

—Ya tenía edad para enamorarse —dijo Moorhead. Se terminó la ginebra y pidió otra—. Eso es lo que la mató.

—Sí, ya lo dijo.

—Fue una complicación imprevista.

—¿Y cómo lo hacen?

—¿El qué?

—Impedir la descomposición, la putrefacción.

—Con conservantes.

—¿Cómo? ¿Como con los embutidos?

—Los egipcios sumergían a los muertos en salmuera y rellenaban las cavidades con especias y sustancias aromáticas.

—Qué bien —dijo Bale—. Un poco de esencia de rosas, unas gotas de Nuits de Paris.

—Después le quitan la sangre de las venas con una aguja hueca que se llama trocar, que se usa junto con un tubo, la cánula.

—Revelando los secretos de los antiguos —dijo Bale.

—Para que el cuerpo no se deteriore y no se ponga oscuro…

—Como una manzana —dijo Bale.

—…inyectan formaldehido y alcohol en las cavidades.

Eddy dejó su copa en la mesa.

—Después le aplican cosméticos, maquillajes de fondo.

—Ay —dijo Bale—, acabo de recordar que debo hacer una cosa

arriba. —Y se fue del bar, regresó a la habitación y sacó de la maleta la carta de Ginny.

Yo era su madre, Eddy [leyó Bale], *era la mamá. Yo soy quien lo llevó nueve meses en el vientre, quien perdió la silueta y aún tiene estrías, como si fueran galones, como si fueran las señales de mi castigo corporal.*

Así que ten un poco de sentido del decoro. Ahórrame tu estupefacción y tu indignación. Guárdate para tus adentros tus reservas sobre mi buen gusto y mi sensatez. Cuatro años más así a las espaldas y cualquiera pierde el buen gusto, DEBERÍA perderlo si es que le queda algo de sensatez. Ahora mismo no necesito oír esas patochadas.

No siempre ha sido un camino de rosas nuestra cruzada, ¿verdad, Eddy? ¿Salir a pasar la gorra, ir arriba y abajo por las avenidas del reino a hacer nuestro espectáculo? Pasar la gorra para la prensa y para el público, pasar el pañuelo, para secar los ojos colectivos, las narices colectivas. Dios mío, Eddy, menudos tostones les hicimos tragar con nuestra desesperación, con nuestras necesidades y nuestro follón. ¡Nuestra causa! ¡Causa y afecto! En fin, con la gorra en la mano, con el corazón en la mano y las rodillas en el suelo. ¡Mendigos! ¡Mendigos, Ed! Siempre por Liam, por supuesto, nunca por nosotros, o si lo hacíamos por nosotros era en realidad por el concepto de maternidad y paternidad que representábamos, o si lo habíamos hecho por Liam fue solo por una idea abstracta de infancia profanada que tenía él, por una dramatización sentimental del orden justo del mundo, del derecho de nacimiento, de las cosas como deben ser.

¡Bueno, claro —dirás tú— claro, boba, claro que teníamos derecho a esperar que las cosas fuesen mejor, que Liam tenía ese derecho. ¡Claro que es el orden justo, el derecho de nacimiento y los designios divinos que los niños crezcan! Eso no tiene nada de sentimental. No es nada dramático. Las enfermedades de los niños son una cosa: las paperas y el sarampión, la varicela, la laringitis. A lo mejor un hueso roto o un diente que hay que extraer. Sarpullidos estivales producto de errores a la hora de identificar plantas. Las toses, los resfriados, las décimas de fiebre. Las temperaturas que suben y bajan. Los cataplasmas y las asafétidas. Aceites esenciales de clavo y ristras de ajos. Todas las comodidades de los mimos: la sal inglesa, los vaporizadores y los Vicks VapoRub. Solo un sufrimiento a pequeña escala, solo lo que se puede soportar.

Pero ¿y los accidentes de tráfico y las lesiones cerebrales —dirás tú—, la parálisis? ¿Los tumores y los cánceres y ahogarse a pocos metros de la orilla?

No me malinterpretes, Eddy. Yo también lo creo. Era su madre, era la mamá. Y viví con la superstición y el miedo nueve meses más que tú, con esas angustias de las cuatro de la madrugada, las heterodoxias venenosas del parto, todos los terrores ignorantes e irracionales del embarazo. Sentimiento de culpabilidad por fritos que había comido años antes, la sombra del azúcar que me apuntaba con el dedo, la sombra de la mantequilla, de la yema del huevo y la grasa de la carne, todos aquellos caramelos, todo el pescado y las patatas fritas.

Incluso las señales de vida me asustaban. Madre mía —pensaba cuando daba patadas—, ¡solo tiene una pierna! Y ¡Dios mío —cuando vomitaba—, estoy echando por la boca trozos de mi hijo!.

Negociando con Dios, ¿tú te crees? Señor, si tiene que faltarle un dedo, que sea de la mano izquierda, por favor, Mejor que sea sordo que ciego, ciego que deficiente. Si tiene que ser feo, que al menos tenga buena dentadura.

Dios bendito, ¡la de tonterías que llegué a pensar! Me gustaría más que fuese homosexual que miope. Si es gordo, espero que sea alto. Prefiero que se le dé mal el deporte a que no tenga sentido del humor; no importa si no entiende los chistes, pero que no sea un tacaño. Mejor que sea conservador y pobre que rico y comunista.

Y esto no es ni la mitad, por supuesto que no. La mitad era otro tipo de negociación, la mitad era esta: haz que tenga una pierna, señor. Quítale los dedos de la mano derecha y hazlo sordo, ciego, deficiente, rico, gordo, comunista. Con los dientes llenos de caries, Dios mío, y que sea bajo, patoso, avaro y feo, que no tenga sentido del humor, miope y marica. ¡Pero haz que nazca vivo!.

No pedía que viviese mucho, Eddy. Pedía que naciera vivo. Porque si nacía vivo daba por hecho que viviría mucho tiempo. Jamás se me ocurrió que pudiese ser de otra manera. ¿Qué sabía yo de las vicisitudes de la vida cuando me ponía a regatear de esa manera? Yo, que pensaba que se pagaba el billete de entrada y que después nadie te venía a reclamar nada; yo, que sospechaba, tal vez hasta lo esperaba, que podrían haber problemas al acecho, tiempos duros, por ejemplo, pero que jamás se me pasó por la cabeza que yo fuera a seguir con vida y tuviera que presenciar esta tragedia absoluta.

Pero él era perfecto, nuestro Liam. Desde el principio fue uno de esos raros bebés guapos, era despierto y alegre, robusto, sano. Tenía un temperamento tan estable que, si no fuera porque tenemos dos dedos de frente, habríamos pensando que era un niño pensativo, incluso circunspecto. ¿Y no tenía una mirada limpia? ¿Verdad que sujetaba con fuerza? Como si el mundo le sirviera de punto de apoyo con esas manitas suyas perfectas. Como si quisiera levantarse

y echar un vistazo.

Yo era su madre, Eddy. Era la mamá. Y contaba cuántas extremidades tenía, sumaba los dedos de los pies, de las manos, sus rasgos, sumaba las partes de mi bebé como si fuera una forma de aritmética sagrada, como si estuviera recitando el rosario, o dando las gracias a Dios por lo que me había dado.

Pero estaba nerviosa… no, atónita, ante toda aquella gloria. La depresión posparto de la que se habla —yo era su madre, era la mamá— es solo una forma de estrés, solo un tipo de tensión, solo la aprensión normal y comprensible que nace de la responsabilidad. Su punto débil, por ejemplo, la fontanela, la calota craneal con esa membrana tan peligrosamente maleable en los niños, de la que no podía evitar pensar que era como unas arenas movedizas, una especie de torbellino traicionero de vulnerabilidad que me aterraba lavar, me aterraba acercarme a ella con agua, una manopla y jabón.

O cualquier irritabilidad que no pudiese explicarse dentro de los limitados parámetros infantiles de caca, hambre o sueño, aquella explosión inexplicable de rabia, de dolor incomunicable, como una especie de locura testaruda, que era… bueno, exasperante, misteriosa para mí porque parecía tan arbitraria e implacable como… no sé, una vaca que gimotea, o el relincho de un caballo aterrado, o todas las otras angustias inarticuladas de las bestias. ¿Qué? ¿Qué tienes, Liam? —le preguntaba inclinándome sobre la cuna—. ¿Qué pasa, hijo? ¿Qué?. O lo

cogía en brazos, lo mecía, lo mimaba, intentaba sobornarlo y cambiar su rabia por mi comodidad, mi maternidad aún hinchada, los michelines sin ángulos, sin huesos de mi espalda suave, mis pechos tiernos, mi regazo mullido, mi carne de madre. Le tarareaba, le hacía gorgoritos, le decía oh oh, prometiéndole una protección en la que confiaba tan poco como él, el Liam alterado, enloquecido, que gemía.

Porque eso es lo que pensaba, Eddy, que se había vuelto loco de verdad, que se había descontrolado tanto como un demonio. Seco, descansado, alimentado (escupía mi teta como un integrista religioso al que le ofrecen el fruto prohibido) e indignado. Ya no perdía el tiempo intentando razonar con él de manera razonable (o por lo menos con mi versión maternal de la razón: amor, un abrazo, un beso, un achuchón), sino que cogía el atajo e iba directamente a la reconocida y de larga tradición lingua franca de los bebés de todo el mundo: esa libra esterlina universal garantizada en oro, aquel dólar cósmico, la divisa exhaustiva de la baratija que sirve para distraer al bebé. Le agitaba las llaves delante de la cara, le ofrecía el monedero, le ponía en la oreja un reloj que hacía tic

tac (que seguro que no oía con todo el jaleo que montaba), le daba una cuchara reluciente para que la mirara, un sonajero para que lo agitara, diversas superficies para que tocara: papel arrugado, un penique, un collar de cuentas, la cáscara de una naranja, uvas, pan, la piel de la manzana. Me preocupaba, Eddy —bueno, yo era su madre, era la mamá—, que pudiera haber dentro de él algo intratable, inexorable y maligno.

Y era así, ¿no, Ed? Solo que no era lo que esperábamos, o por lo menos no lo que esperábamos esos primeros días en que todo era nuevo para nosotros y no estábamos al tanto.

Porque se aprende. Tarde o temprano. Yo aprendí. Porque no los mantienes con vida plantándote junto a la cuna para comprobar que siguen respirando. Los mantienes con vida con esfuerzo.

Pero esa parte me la ahorro, no vayas a pensar que me estoy quejando, cosa que no es verdad. Porque al final las cosas se acaban controlando, es así, y hay una justicia democrática en todo esto. Pienso en esos nueve meses de terror incontrolable, los siete que supe que estaba embarazada más los dos meses de terror retroactivo cuando temía que podía haberle causado daño al bebé sin pensar solo porque aún no sabía que existía. Porque si esos nueve meses para mí fueron insoportables, y si es verdad que es una experiencia que no se puede compartir, no te puedes poner al día, debo decirte que los momentos de alegría máxima tampoco se pueden compartir, esos siete, ocho o nueve meses cuando sabía que él estaba fuera de peligro, o que yo estaba fuera de peligro, que ya había superado el abismo del posparto, que su punto débil no se iba a hundir y que su estado irritable no eran gritos de locura o de desdicha, sino solo algún proceso inexplicable como que le estaban saliendo los dientes, por ejemplo, o quizá que simplemente se aburría, y el Liam bebé y yo estábamos echados y hacíamos gorgoritos y tarareábamos piel contra piel.

Era su madre, Eddy, era la mamá. Lo vi cuando empezó a levantar la cabeza, a girarse, a gatear, a auparse, a aguantarse de pie sin necesidad de sujetarse, a dar pasos, a caminar. Lo oí cuando dijo «galleta», lo oí cuando dijo «mamá». Lo llevé de paseo en el cochecito. Estuve con él en el parque, en los jardines, en el campo. Lo llevé al bingo, lo llevé al centro. Lo llevé a los quioscos, lo llevé a las cafeterías. Ay, Eddy, íbamos a todas partes, a todas partes, Liam y su mamá. Íbamos a la chatarrería, al puesto de verduras, a la droguería. Íbamos en los coches de los concesionarios que conducían los vendedores. Le enseñé al pescadero, al tendero, al dueño del pub, al farmacéutico, al tonelero y al herrero. Entrábamos a mirar en las papelerías. Los agentes inmobiliarios abrían las casas para nosotros. Hacíamos venir a los albañiles.

Íbamos a la pollería. Merceros y sombrereros nos enseñaban sus artículos. Como todos los demás: nos enseñaban la mercancía, con la esperanza de vendernos algo en el animado mercado abierto que es el mundo. Y todo en beneficio del Liam bebé, Ed, para educar sus necesidades y sus deseos al son de la alegría de aquella gente. Y por eso íbamos a todas partes y hacíamos todo aquello ya no solo con cualquiera sino en todos los sitios en los que los verduleros y los tenderos se ofrecían como los equivalentes del centro comercial y la bolsa. Era muchísimo mejor que jugar a las casitas, nuestro juego bullicioso, jugar al Planeta, jugar a la Vida.

Ahora ya había crecido. Era un niño grande. Y ya había visto bastante, creo, de aquello que era solo mercancía. Hacía un mes que íbamos a los parques y vi que Liam discutía con los niños, porque cuando le enseñaban un juguete, por lo menos al principio, creo que él pensaba que querían vendérselo, que querían que él se lo comprara, así que se mostraba distante, indiferente, desinteresado y les preguntaba casi distraído, despreocupado, cuánto pedían, y él negaba con la cabeza a cualquier respuesta, a cualquier cosa que le dijesen, tal y como yo no sabía que le había estado enseñando. «Demasiado caro, demasiado caro», decía regateando al máximo.

No, cariño, no, cielo —tenía que explicarle yo—, solo quieren jugar contigo.

Yo era su madre, Ed, mucho antes de que tú fueras su padre. No, espera, sí. Porque todo tiene una explicación lógica, Eddy. No, espera, es verdad. Tiene que ser así. Aquellos nueve meses espantosos en los que estuvo en mi barriga como si fuera queso podrido, por ejemplo, o como algo que comes y te hace dormir mal. Y los cuatro o cinco meses que tardó en osificársele la fontanela, los dos o tres meses que tardé en acostumbrarme a su irritabilidad, en acostumbrarme a él —porque la maternidad no es algo natural, Eddy, no lo es, digan lo que digan; ¿cómo va a ser natural algo tan peligroso, difícil y extraño? ¿Cómo puede ser natural pasar tanto tiempo con algo, está bien, con alguien, pero alguien que aún no habla tu lengua y que tampoco tiene una lengua propia como para decirte cómo se llama o dónde vive? ¿Y cómo puede ser natural estar siempre a disposición de algo, vale, de alguien, alguien cuya vida se basa en los parámetros bárbaros de caca, hambre, sueño, y todo el resto del tiempo, todo el resto del tiempo, se lo pasa entre la dicha y el dolor, como una bailarina haciendo puntas? ¿Natural? ¿Cómo puede ser bueno para la salud algo así? Y después nuestros años de juerga; después— bueno, todo eso, el tiempo que estuve de guardia incluso hasta cuando el niño dormía una siesta.

Tú estabas trabajando. Yo tenía la posesión, el disfrute, la plena

propiedad y el vínculo, el dominio absoluto y la posesión física, el dudoso privilegio y la precedencia que me otorgaba la antigüedad natural de la mamá, mi puesto: todos los derechos de ocupación de la maternidad.

Por Dios, Eddy, tendría que haber vivido doce años más para que tú hubieras podido alcanzarme.

Y no lo hizo, no. Ya le costó bastante llegar a los doce primeros. Y fue a duras penas, aguantó a duras penas.

Aunque no hay duda de que intentaste alcanzarme, eso te lo reconozco. Y fue valiéndote de su enfermedad. Convirtiéndola en tu causa. Como un presentador en una telemaratón, casi, así de desenfrenado estabas. ¡Hay que ver! Hay que ver, mi vida, no tuvo que ser fácil para ti —mi marco de referencia ni siquiera es su enfermedad, ya lo sabes; es aquel embarazo, aquellos siete meses frugales en los que me puse como una vaca, y después mi actitud recelosa de espera y verás—, lo sé. No tuvo que ser fácil. O no debió de serlo, no. Coger el caso de Liam, tu caso, y pasar por encima de todos.

Pasar por encima de los médicos, los internos y los especialistas, pasar por encima de los expertos, de los científicos y del sistema sanitario, por encima de los corredores de apuestas, por encima de los nobles y de los honorables, de los presidentes de consejos de administración, de los medios, de los poderosos, pasar por encima del propio público que contribuyó con sus ahorros para alargar la vida de Liam, y al final pasaste por encima de Dios y —esto no lo puedo olvidar y jamás te lo perdonaré— por encima del propio Liam. Que quería morir.

Y antes de que pudiera morir, tú tuviste la gran idea de esos otros pobres niños, y habías empezado tus pesquisas, y yo supe que debía abandonarte en cuanto faltase Liam. Yo no puedo vivir así, cariño. No puedo vivir así, Ed.

Así que. Bueno. Ya está.

En fin, lo dejo aquí. He llamado a un taxi y espero que llegue en breve. Aunque es curioso, si te digo la verdad no tengo ni las más remota idea de qué le voy a decir al taxista. Hace años supe, desde que diagnosticaron a Liam, que no podríamos seguir juntos después de su muerte. Pero no sé adónde ir. Me he quedado sin tabaco. Tendré que ir a comprar. Le pediré que pare en el estanco de Upper Richmond Road.

Ah, Eddy, una cosa, ¿es que aún no sabes que los adultos son más interesantes que los niños?

9

Con toda esa información, Bale salió de la habitación 627 y se dejó llevar hasta el Fiesta Fun Center, la gran sala de juegos del hotel, donde Colin Bible y el señor Moorhead se habían unido a Nedra Carp. El médico volvía del Coconino Cove y estaba, o eso le pareció a Bale, un poco inestable. Colin, que había finalizado su labor de enlace entre el Grupo de las Vacaciones de Ensueño, como se los conocía en la prensa local, la funeraria de Orlando y la agencia de viajes que se encargaba de ponerse en contacto con las dos compañías aéreas que los llevarían primero a Miami y después a casa en Inglaterra, estaba explicando algunas de las dificultades con las que se había encontrado. Había tenido que escoger el ataúd, uno más elaborado y caro de lo necesario, pero que se podía pagar con los fondos para imprevistos.

Contó que la señora de la agencia de viajes había sido amabilísima. Se había encargado prácticamente de todo y se había mostrado muy comprensiva. «De verdad —dijo Colin—, me sabe mal por ella».

Bale miró a la sala de juegos y a los seis niños que habían sobrevivido.

Era entrada la tarde. Los chicos llevaban la misma ropa de vestir que se habían puesto para la ceremonia en la capilla. A excepción de Noah, que llevaba el nudo de la corbata suelto y se había desabotonado el cuello, con la camisa por fuera, la cremallera medio bajada, los pantalones medio torcidos que le colgaban de la cintura y un rubor en la cara señal de una sobreexcitación que no podía ser saludable, los demás niños parecían tranquilos, casi reservados.

—¿Está bien? —preguntó Eddy—. Los ojos, los ojos, los tiene demasiado brillantes, me parece a mí. —Aparte de a él y al caricaturista del hotel, aquello no parecía interesarle a nadie.

Colin seguía contando las hazañas de la tarde.

Al parecer la mujer se había puesto a llorar cuando tuvo que explicarle las normas relacionadas con el transporte del cuerpo de Rena. Para el vuelo nacional que debía llevarlos a Miami, la compañía había aceptado el billete de la niña como pago de los gastos de transporte. No estaban obligados a hacerlo, explicaron, pero era una

especie de regla no escrita y lo harían así. Por otro lado, la compañía del vuelo internacional pedía 5,84 dólares por cada kilo adicional. El ataúd pesaba poco menos de cien kilos. Rena pesaba 43. Tenían que pagar 828,45 dólares. «Pero la regla no escrita…», objetó Colin. Las compañías aéreas extranjeras debían respetar los acuerdos internacionales, le había contestado la señora de la agencia de viajes. No había reglas no escritas.

—Parece que está sobreexcitado —dijo Bale.

—Aún estaba al teléfono cuando se lo he quitado —les explicó Colin—. «¿Y el peso del equipaje permitido?», le he preguntado al agente al otro lado de la línea.

El hombre le respondió que había una franquicia de equipaje de 28 kilos y que había que pagar 5,84 dólares por cada kilo que superara esa cantidad.

«No puede ser —he dicho yo. El tipo no sabía de qué le hablaba—. El equipaje de la niña no puede pesar más de trece o quince kilos, como máximo. ¡Nos tendrán que abonar la diferencia, amigo, o les pondremos una demanda que se van a enterar!». Seguía sin tener ni la más remota idea de qué le estaba hablando. «Ya se lo he explicado —le he dicho—. Las maletas no pesarán más de quince kilos, y la niña pesa cuarenta y tres. Ustedes le hacen pagar por un asiento, por tanto según las leyes internacionales tiene derecho a su equipaje de franquicia. Aún le quedan trece kilos. A cinco con ochenta y cuatro dólares el kilo son setenta y un dólares. De los ochocientos veintiocho con cuarenta y cinco. Y el resultado son setecientos cincuenta y siete con cuarenta y cuatro. Me llamo Bible —le he dicho—. Colin B-I-B-L-E. ¡Nos vemos mañana en la báscula! Ah, otra cosa —le digo yo—». «¿Qué?», dice él. «¡Viva Inglaterra!», le he gritado y he colgado.

—Ahora entiendes cómo me siento —dijo Moorhead, cuando Colin terminó de contarles todo en voz baja.

—¿Qué? —preguntó Colin Bible.

—Digo que ahora ya entiendes cómo me siento.

—¿Por qué?

—Qué cabronazo —dijo Moorhead—. «Bueno, por lo menos la niña se llevará de todo esto un certificado de defunción de Florida». Imagínate a ese cabronazo diciéndome una cosa así. «Por lo menos se llevará un certificado de defunción de Florida de todo esto». Qué cabronazo. —Se refería al médico que había firmado el certificado de defunción de Rena. Moorhead, que no tenía autorización para ejercer en Florida, no había podido firmar el documento.

Bale miraba a Noah, que apenas había ido de compras y que no sabía de dónde sacaría el dinero para los artículos más caros, que no sabía leer ni hacer cálculos. Miraba a Noah, que moriría antes de

poder ganar su propio dinero.

Cuando Rena murió, el niño había querido que Moorhead le diese lo que quedaba de los cien dólares que le correspondían. Aunque el médico sabía lo que había pasado en las tiendas, le había dado los ochenta dólares sin pedirle explicaciones.

Ahora todos miraban a Noah, que había ido a cambiar sus dólares de cinco en cinco, y con las monedas de veinticinco centavos estaba yendo a jugar a todos los juegos: Skee ball y Air hockey, Asteroids, Space Invaders, Pac-Man y Donkey Kong. Era como si ni siquiera fuera consciente de su puntuación, solo le preocupaba cuántas partidas podía jugar. Pero estaba tardando muchísimo. Iba depositando monedas en el mayor número posible de máquinas, apretaba el botón que permitía que saliera la primera bola o la primera expedición de terribles invasores, los primeros vuelos extraterrestres, pero no se quedaba a esperar a poder usar el joystick porque inmediatamente se iba a otra máquina que estuviera libre. Enseguida otros niños que no formaban parte del grupo se pusieron a mirarlo. Nedra Carp lo observaba con un brazo apoyado delicadamente sobre los hombros de Janet Order. El caricaturista no paraba de dibujar bocetos rápidos con carboncillo. Noah se volvió hacia los espectadores y con un gesto los invitó a acercarse y a que aprovecharan para jugar con sus monedas. Metía dinero en las máquinas de refrescos pero no se molestaba en coger las bebidas, hizo lo mismo en las de chicles y caramelos, pero al ver que se había quedado sin cambio, fue a por más para después volver a las máquinas y solo entonces hizo otro barrido por la sala. Introducía monedas en máquinas que seguían funcionando e invitaba a los niños a que fueran a coger los refrescos, los caramelos y los chicles, del mismo modo que los había animado a que jugaran sus partidas.

—Noah —lo llamó Nedra—. ¿Noah? Noah, cariño.

—Oiga, ¿no cree que deberíamos detenerlo? —le preguntó Eddy al señor Moorhead.

—No —respondió el médico—, no creo que debamos detenerlo.

Bale miró a Colin.

—Está desatado —dijo Colin poco a poco.

—Colega, estás hecho un manirroto —le dijo Benny Maxine al pequeño cuando este se había quedado sin dinero.

—Sí, ¿verdad? —dijo Noah, radiante.

—Eres el tío que desbancó Montecarlo.

—¿A que sí?

Bale salió de la sala de juegos y se metió en el ascensor. Una persona se volvió en su dirección.

—¿Planta?

—Ocho, gracias —respondió Eddy.

Le pareció notar en el pasillo el fuerte y extraño olor de los cigarrillos que siempre fumaba ella.

—¿Puedo entrar? —preguntó Eddy.

Mary Cottle se encogió de hombros y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

Él se sentó en una silla que había al lado de la mesa.

—Han limpiado a fondo este sitio.

—Me ofrecieron cambiar de habitación —dijo ella—. No quise.

—No.

—Demasiados buenos recuerdos.

—Ya.

Mary se sentó en la punta de la cama, frente a él.

—¿Y bien? —dijo ella.

Él repitió lo que Colin les había contado sobre el ataúd, sobre los 5,84 dólares que debían pagar por cada kilo.

—¿Ha pedido a la compañía aérea que resten trece kilos del peso del cuerpo de Rena a la cantidad total de sobrepeso? ¡Madre mía!

Le contó lo de Noah y las máquinas, lo de los dibujos que había hecho el caricaturista.

—¿El niño se ha gastado dinero para que lo dibujen?

—No —dijo Eddy—. Ha sido Colin. —Y le explicó el plan de Bible de hacer figuras de los niños para el Madame Tussaud.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —dijo Mary.

—O sí.

Ella se encogió de hombros.

—Quizá sí. Supongo.

—¿Puedo fumarme uno?

—Dijiste que te parecían demasiado fuertes.

—Los hay peores.

—Sí.

—¿No puedo fumarme uno?

—Claro —dijo ella—. Y es verdad, no son tan fuertes. Los hay peores. Diez veces peores. Quince veces peores, veinte veces peores.

Eddy se inclinó para encender el pitillo con el de Mary.

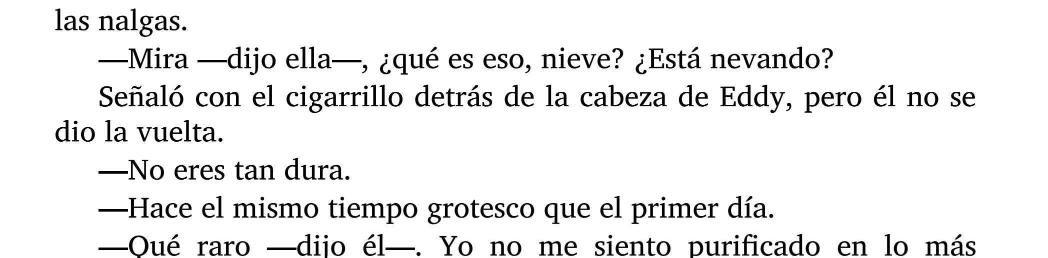
—Chin, chin.

—Chin, chin —repitió ella. Se tocaron las puntas de los cigarrillos.

—Mañana a esta hora —dijo él.

—Estaremos volviendo a casa.

—Estaremos haciendo cola. Enseñaremos el pasaporte en el punto de control, explicaremos lo de Rena y nos secaremos el sudor de la frente. Nos sacaremos la ropa interior que se nos haya metido entre



las nalgas.

—Mira —dijo ella—, ¿qué es eso, nieve? ¿Está nevando?

Señaló con el cigarrillo detrás de la cabeza de Eddy, pero él no se dio la vuelta.

—No eres tan dura.

—Hace el mismo tiempo grotesco que el primer día.

—Qué raro —dijo él—. Yo no me siento purificado en lo más mínimo.

—Yo tampoco —dijo ella—. Ni pizca. De purificada.

—¿Por qué lloras?

—No soy tan dura.

—¿Qué te pasa?

—Ay, Bale —dijo ella—, hemos perdido a uno.

—Tampoco es que le quedara mucha esperanza de vida —la consoló él.

—Dios mío. Hemos estado fuera una semana. Y hemos perdido a uno.

—Allá voy —dijo él, se levantó de la silla y se sentó a su lado en la cama. Le acarició la cara.

—¿Tienes algo aquí?

—¿Qué? ¿Un condón?

—Sí.

—No —respondió él—. ¿Y tú? ¿Tomas la píldora?

—No —respondió ella.

—¿Llevas el DIU?

—No —dijo ella.

—¿Un diafragma? ¿Una esponja?

—Nada —dijo ella.

—Oh —dijo él, y empezó a alejarse.

Ella lo atrajo hacia sí. Le desabotonó la camisa, le desabrochó el cinturón, le abrió los pantalones. Se levantó el vestido, se bajó las bragas.

—¿Tú crees que podemos? No tenemos ningún tipo de protección.

—Hemos perdido a uno —repitió ella, y Eddy la ayudó a quitarse el vestido. Le quitó el sujetador y le tomó los pechos entre las manos. Le chupó los pezones. Ella le puso una mano en los calzoncillos y le sacó el pene. Lo tenía entre las manos y comenzó a acariciarlo—. Así se puede encender un fuego si no tienes cerillas —susurró. Bale emitió un suave gemido—. Despacio —dijo ella—. Poco a poco. —Lo quería enorme, inmenso, colosal. Se humedeció el meñique y se lo metió en el ano.

—Oh —jadeó él.

—Despacio —dijo ella.

—Oh.

—¿Hacía tiempo?

—Sí —dijo él—, sí.

—Sí —dijo ella—. Despacio.

Lo quería prodigioso, formidable, gigantesco, descomunal. Quería que se le hinchara la polla hasta reventar, que se le llenaran los huevos de esperma. Quería que a ella se le dilataran las trompas, que sus partes pudendas chorrearan grasa.

—Despacio —murmuró otra vez—. Con calma, despacio, despacio.

Entonces, cuando instintivamente sintió que era el momento biológico exactamente preciso, alargó la mano y lo agarró, alargó la mano y lo llevó hacia sí. Se lo puso encima y lo guio a su interior. Con las piernas le envolvió las nalgas y empezó a apretar y a soltar, a apretar y a soltar, empujando para que con cada contracción él la penetrara en más profundidad, meciéndolo, acercándolo cada vez más al clítoris, acompañándolo por los recovecos de su carne y dirigiéndolo hacia el suave andamiaje de su sexo, pensando, ella, que hacía años que no se acostaba con hombres, que los mantenía a distancia con sus venenos blancos que le provocaban una reacción química infame, todas las fuerzas sinérgicas radicales de aquella potencia mortal, de aquella complicidad, de aquella conspiración, ella que había usado aparatos mecánicos, artilugios, la gravedad, vibradores, hasta sus dedos mojados a modo de máquinas, ella que había explorado sus terminaciones nerviosas casi articuladas hasta que se las conocía como los hilos que suben y bajan las articulaciones de las marionetas, pensaba: ¡Ahora! ¡Ahora! *¡Ahora!* Y pensaba en monstruos, en aberraciones, en ogros y en demonios, evocaba hombres lobo, vampiros, arpías y cerberos, invocaba a caníbales, a adefesios, a jorobados y a criaturas con pies zambos. Pensaba *ahora ahora ahora ahora ahora* e invitaba a salir a todos los seres deformes, bizcos, con la espalda curva, con las piernas estevadas, llamó a diablos, llamó a duendes, al coco rabioso, al hombre del saco. *Ahora*, piensa, *¡sí!* Y se coloca para recibir el semen de Bale, para mezclarlo con sus óvulos y sus fluidos destrozados y enfermos para hacer un trol, un trasgo, diablillos rotos y zoquetes dando tumbos, energúmenos de sangre atroz, ángeles caídos de la pediatría, lémures, gorgonas, cíclopes, calibanes, condenados horrendos de Dios, obscenos, frágiles y torpes, gárgolas, atrocidades contaminadas y mutantes imperfectos y achacosos, todos los deshechos de Dios, todos sus inválidos casposos, funestos y desfigurados, sus tugurios humanos, sus parias, los parientes pobres y los seres de segunda, aguados, chapuceros, contrariados, el talón de Aquiles, la fisura desconchada, grieta, defecto, inconveniente y obstáculo, sus mutilados, sus discapacitados,

sus disminuidos, sus tullidos, sus caquexias delicadas y afligidas con sus tolerancias provisionales, frágiles e improvisadas. Invoca a los debilitados, a los defectuosos, a los impedidos, a los indignos. Invoca a los blandos, a los esclavos, a los agotados y a los quemados, a los exhaustos, la nulidad y el vacío. Convoca a sus espíritus en nombre de Mudd-Gaddis, de Tony Word y Lydia Conscience, de Janet Order y de Benny Maxine, de Noah Cloth, que consume su dinero como un marinero borracho, y de Rena Morgan, consumida. En nombre del difunto Liam y de sus propios hijos sin nombre que nacieron muertos. Pensaba: Ahora, ahora, joder, *¡ahora!* Y aceptaba que Bale la infectara y la contagiara del clima séptico de sus genes nocivos. Soñaba con complicaciones futuras, con ataques graves e historiales médicos infinitos, con enfermedades neurológicas agotadoras, con flagelos de la sangre y de los pulmones, con glándulas y órganos maltrechos, con agentes patógenos que escalan por el tracto digestivo, que invaden el corazón y la médula ósea, irrumpiendo en la piel y congestionando los bronquios.

Ahora, ahora, ahora, ahora, ahora, ahora, sí, piensa, y apela a los inadaptados famosos, a centauros, a sátiros y a quimeras, a dragones, a grifos y a guivernos. Al basilisco, a la salamandra y al infrecuente unicornio.

Y, finalmente, a un cojo y lisiado Mickey Mouse.

NOTAS

[1] Cita de Hamlet de William Shakespeare. Traducción de Luis Astrana Marín. Madrid, Alianza Editorial, 2012. Las notas sucesivas pertenecen a la misma edición. (*N. de la T.*)

[2] Criatura fantástica del poema de Lewis Carroll *La caza del Snark*. (*N. de la T.*)

[3] Cita de *Hamlet* de William Shakespeare (*N. de la T.*)

[4] Cita de *Hamlet* de William Shakespeare. (*N. de la T.*)